

COMPENDIO
DE
HISTORIA DE ROMA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS
HASTA LA CAIDA DEL IMPERIO

POR
A. GARCÍA MORENO.

.....[Ergo fungar vice cotis, aculami
Reddere quæ ferrum valet. exors ipsa seccandi.

Horac., *Ep. ad Pis.*, V. 304 y sig.

MADRID
F. GÓNGORA Y COMPAÑÍA, EDITORES.
Puerta del Sol, núm. 13.
1879

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Imprenta de los Editores, Ancha de San Bernardo, núm. 74.

Al ilustre epigrafista y eminente historiad-
or, M. Teodoro Mommsen, dedica este
humilde trabajo, como testimonio de su respetuosa
admiración

EL AUTOR.

ADVERTENCIA.

Accediendo á las indicaciones de algunos alumnos de la clase de Historia Universal de la Universidad de Madrid que desean tener una especie de *resúmen* ó *compendio* que pueda auxiliarles para recordar, al aproximarse los exámenes, las extensas y eruditas explicaciones de su ilustrado Profesor D. Miguel Morayta, previo el correspondiente permiso de éste, con cuya amistad tanto me honro, sin otro móvil ni más pretension que la de satisfacer dicha exigencia y facilitar el estudio de tan importante período de la historia antigua, doy á la imprenta estos *apuntes*—que es el calificativo que les conviene—deseando no sean estériles mis esfuerzos por contribuir en algo á la sólida instruccion de la juventud.

Tenga esto presente si algun crítico se digna ocuparse de este insignificante trabajo; pero si á

pesar de ello merezco censura, venga en buen hora; pues, como algo se me alcanza de los inconvenientes con que en dicha profesion se tropieza para ser imparcial y justo, no he de ser yo de los que contribuyan á aumentarlos. Sólo deseo que tengan presente la precipitacion con que escribo, y que la falta de originalidad en el fondo y en el plan, la poca extension del libro en comparacion del asunto, etc., etc., son defectos que soy el primero en reconocer y confesar, pero que no pueden corregirse si ha de responder este compendio á su mision verdadera.

Madrid 1.º de Mayo de 1879.

A. GARCÍA MORENO.

INTRODUCCION.

De las tres grandes fases bajo que la historia antigua nos presenta la Humanidad, elaborando su civilizacion en Oriente, en Grecia y en Roma, es, sin duda, la última la que tiene y á la que debe dar mayor importancia todo pueblo que, como el nuestro, posea la inapreciable fortuna de disfrutar los beneficios de la civilizacion moderna.

No es mi propósito,—ni la extension y objeto de esta introduccion lo consienten—entrar á comparar los elementos característicos de cada una de las mencionadas civilizaciones, los principios comunes en que, por decirlo así, comulgan, ni la influencia que sobre cada una de ellas han ejercido las que le precedieron, debiendo, por tanto, concretarme á exponer algunas consideraciones acerca de los puntos más culminantes de las tres grandes fases bajo que la historia del pueblo—rey puede ser considerada, ó de las tres grandes ideas que convirtió en hechos, y que han atraído en confusion sobre su nombre maldiciones y bendiciones de parte de las generaciones posteriores; antite-

sis al parecer, insoluble, extraña aberracion del entendimiento humano, pero que no es inexplicable para los que admitimos en la historia otro factor al lado del hombre influido por determinadas condiciones físicas, un factor extramundano que insensiblemente dirige al bien aún los más extraviados hechos de los pueblos, dándoles de este modo un carácter trascendental y semidivino que, aisladamente considerados, no tienen.

Por medio de procedimientos casi incalificables por su barbarie, impuso Roma la unidad política al mundo antiguo; no fueron mejores muchos de los que empleó despues para imponerle la unidad religiosa, y sin embargo, nadie osará negar los grandes beneficios que de esto ha reportado la causa de la civilizacion y del progreso.

Mas, dejando á un lado consideraciones que nos llevarían muy léjos, procuraré determinar en pocas palabras el carácter que, en mi sentir, debe tener un trabajo de las condiciones del presente, que se ocupe de la historia de un pueblo como el romano.

Créese generalmente que el fin preponderante de este pueblo fué el jurídico, y extiman muchos que esta relacion es la que debe predominar en el libro que haya de exponer su historia. Entienden otros que los hechos realizados, no sólo por este pueblo sino por todos los de la antigüedad, no tenían otro objeto que preparar la sociedad para recibir la idea cristiana, y desean que prepondere el fin religioso; pero es indudable que, en la historia de Roma sobre todo, tiene el elemento y fin político más importancia que los dos ya mencionados.

En efecto, de los tres modos y en las tres distintas ocasiones en que la Ciudad Eterna ha dictado leyes al mundo y reduciéndolo á la unidad, ora imponiéndole el yugo político por medio de la espada, ora el yugo religioso por medio de la persuasion ó del terror, ora, en fin, el jurídico por la universalizacion de su derecho, debida sólo al reconocimiento de la perfeccion que éste había alcanzado, es, como sabemos, la relacion jurídica la última que aparece, aunque no la creemos la de ménos importancia. Sin haber encontrado tan bien preparado el terreno por la unidad política que Roma había logrado imponer á todos los pueblos cultos de la antigüedad y á otros que, si bien se hallaban en un estado casi de barbarie, tenían cierta privilegiada disposicion para la cultura, no hubiera logrado ciertamente el Cristianismo extender su saludable influjo á tantos y tan diversos pueblos como habitaban en la vasta region comprendida entre el Éufrates y el Atlántico, entre los desiertos de Sara y Arabia y el mar del Norte y las estepas de Rusia. Véase, sino, lo que ha sucedido á otras religiones no inferiores por cierto (bajo el punto de vista del proselitismo) á la cristiana: ó ha alcanzado su influjo hasta donde ha llegado la espada de los que las han propagado, ó se han limitado á un pueblo, el más vasto del mundo si se quiere, pero sólo á un pueblo. Y es que ya cuida lo Providencia de ir disponiendo á todas las instituciones el terreno donde han de echar sus raíces, extendiéndose éstas hasta donde lo encuentran preparado; y la razon y la experiencia nos enseñan, como una verdad histórica inconcusa, que un sistema religioso ó jurídico sólo vive y se desarrolla en el

seno de la civilizacion que lo produjo ó en el de otra que tenga condiciones análogas, pues, segun la civilizacion se extiende y se modifica, así se modifican y extienden dichas instituciones, quedando muertas de hecho desde el momento que se inmovilizan y no transijen ó aceptan los ideales que la humanidad va divisando en los nuevos horizontes que descubre en la eterna marcha por el camino de su perfeccionamiento.

Si pues la dominacion y unidad política es la condicion quizá imprescindible (sobre todo en el estado de aislamiento en que en la antigüedad se hallaban los pueblos) para el progreso de la cultura bajo todas sus fases, es evidente que, aunque no el único, el fin primero y capital de la historia de un pueblo, el que ha de formar, por decirlo así, el armazon ó esqueleto de la misma, debe ser la narracion de los hechos más notables que hayan contribuido á extender y consolidar su dominacion política, vistiendo este descarnado esqueleto con referencias y consideraciones sobre el desarrollo que al mismo tiempo hayan ido adquiriendo los diversos elementos que sirven de base á la civilizacion respectiva, sin que yo afirme por esto, en absoluto, que un pueblo muera desde el momento en que se destruye su unidad ó su dominacion política, por mas que no sea ya éste el personaje principal del drama.

Tales son las razones en que fundo mi modo de ver y exponer en este libro la Historia de Roma, sin desconocer ni dejar de respetar por esto las que tengan los demás para pensar de otro modo.

En tal supuesto, divido esta obra en cuatro Libros, correspondientes á las cuatro edades ó perio-

dos que comprende la historia del pueblo Romano, á saber: 1.^a Tiempos primitivos y Monarquía (orígenes y fundacion de su nacionalidad). 2.^a República aristocrática (período de conquista). 3.^a República democrática (apogeo del poder y síntomas de decadencia). 4.^a Imperio (período de decadencia y ruina), subdividiendo estos libros en capítulos ó lecciones en las que se desarrollan hechos ó aspectos parciales de cada período, y dándoles la mayor unidad posible.

HISTORIA DE ROMA.

LIBRO PRIMERO.

ORÍGENES Y MONARQUÍA.

LECCION PRIMERA.

ORÍGENES.—Península italiana.—Sus pobladores primitivos.—Primeras ciudades.—Fundacion de Roma.

1. *Descripcion geográfica de Italia.*—En la parte meridional de Europa, y aislada de este continente por la altísima y en parte infranqueable cordillera de los Alpes, se encuentra una península, á la que desde los tiempos más remotos vienen designando los geógrafos con el nombre de Italia (1). Aunque sus límites históricos, por decirlo así, variaron en los tiempos de la formacion de su nacionali-

(1) Los Griegos designaban tambien toda la parte meridional con el nombre de *Oinotria* ó *Enotria* (país del vino, segun unos, pero segun la tradicion. esta denominacion se le dió por haber sido el primero que lo colonizó Enotro, hijo de Lycaon, rey de Arcadia) y *Gran Grecia*.—Acerca del origen del nombre Italia se hacen varias conjeturas. Unas tradiciones lo atribuyen á Italo, rey de los Sículos, que vino á Italia y se casó con Electra, hija del rey Latino. Esto parece, y debe ser una alegoría.

dad,—extendiéndose aquéllos segun se iban dilatando hácia el Norte las fronteras del pueblo que tan célebre la hizo—tiene, sin embargo, límites naturales fijos y bien determinados, cuales son por el Norte y Noroeste la mencionada cordillera de los Alpes que la separa, en la actualidad, de Francia, de Suiza y de Austria (en parte); por el Oeste, con la parte del Mediterráneo dicha golfo de Génova, canal de Córcega y mar Tirreno; por el Este, con el mar Adriático, y por el Sur con el estrecho de Mesina.

Atraviésala de N-O. S-E. la extensa cordillera de los Apeninos que, partiendo de las últimas estribaciones occidentales de los Alpes, toma diversos nombres y termina en las playas de Regio, en la pequeña península de Calabria. En cuanto á sus rios, son todos poco notables, si se exceptúan el Pó y sus afluentes que riegan el extenso valle formado por los Apeninos y los Alpes y va á desembocar en el mar Adriático, y el Tíber, que baña el pié de los muros de la Ciudad Eterna y desemboca en el mar Tirreno.

2. *Pobladores más antiguos de Italia.*—Larga y difícil tarea sería la de seguir paso á paso las eruditas investigaciones hechas acerca de este punto por los filólogos, etnógrafos, paleontólogos, epigrafistas, etc., y por tanto nos limitaremos á exponer en pocas palabras el resultado de dichas investigaciones.

Háse venido sosteniendo por mucho tiempo,—porque ningun género de descubrimientos revelaba nada en contrario,—que los primeros individuos de la especie humana que poblaron el suelo de Italia fueron los Celtas y los Indo-germanos en la época de la invasion general que éstos últimos verifica-

ron en Europa, allá por los siglos XX al XXIV ántes de nuestra era; y por mas que haya hoy algunos datos que ponen en duda este aserto (1), como la ciencia no ha dicho sobre esto su última palabra, me limitaré aquí á indicarlo, pues es lo único que el plan de esta obra permite.

Lo que sobre esta materia está hoy casi científicamente comprobado es que, en una época que no es fácil determinar, penetraron sucesivamente, y quizá por distintos puntos del Norte de la Península, tres pueblos, tal vez pertenecientes á tres distintas razas ó á dos por lo ménos, conocidos por los historiadores con los nombres de *Yapigas*, *Etruscos* é *Italiotas* (2).

(1) En 1876, el ilustrado profesor de la Universidad de Bologna, M. Capellini, ha descubierto ciertos vestigios que permiten afirmar, con bastantes probabilidades de no equivocarse, que algunos puntos de Italia estaban habitados por el hombre en los últimos tiempos de la época geológica llamada terciaria. esto es, muchos centenares de siglos ántes de nuestra era, V. m. *Historia de Oriente*, p. 27, y, para más detalles, á Meunier, *Los Antepasados de Adán* ó *Historia del hombre fósil* (vers. cast.).

(2) Como ha habido muchos autores que han sostenido la opinion de que los *Yapigas* eran un pueblo de la raza ibérica que llegó por mar á las costas de Italia, y otros que han negado en absoluto este aserto, voy á permitirme exponer el juicio que sobre esta cuestion he formado despues de pesar detenidamente las razones en que unos y otros se fundan.

Está, en mi sentir, casi fuera de duda que los *Yapigas* eran un pueblo perteneciente á la raza indo-germánica y á la rama helénica, pues si bien las inscripciones que han llegado hasta nosotros, copiadas de algun resto de sus monumentos, han sido hasta ahora indescifrables, sin embargo, su sistema de escritura y las formas de ciertos casos de su declinacion dejan poca duda de que su lengua pertenecía á la familia helénica, y ménos aún cuando se considera la suma facilidad con que se sometieron á los Griegos, llegando á confundirse con este pueblo. En cuanto al lugar por donde penetraron en Italia, es lo más probable que fuese por el Norte, puesto que en casi toda la Península se encuentran huellas ó vestigios de su paso.

Las mismas cuestiones se han suscitado respecto del pueblo

Los Yapigas fueron, sin duda, los primeros que llegaron á Italia, siendo empujados despues por los pueblos italiotas hasta el extremo meridional de la Península, cuya region fué conocida por mucho tiempo con el nombre de Yapigia.

No se sabe cual de los otros dos pueblos fué el que penetró primeramente en la Península; pero es lo más probable que fuesen los Etruscos, los cuales, manteniéndose por mucho tiempo en la parte Norte, entre el Pó y los Alpes, darían lugar á que los Italiotas les cogieran la delantera, viniendo á ocupar, al cabo de muchos siglos de luchas con ambos pueblos vecinos, la parte central y casi toda la meridional de la Península, empujados siempre por los Etruscos que fueron corriéndose á su vez hácia el Sur, atravesando, por último, la cordillera central y estableciéndose definitivamente en el país situado entre el Macra, los Apenninos y el Tíber, que es donde la historia propiamente dicha los encuentra. No es probable que esta emigracion obedeciese al deseo de hallar nueva y mejor morada que la que el fértil valle del Pó les ofrecía, sino que lo hiciesen empujados por otra invasion, la de los Galos, que extendieron

Etrusco. Hay quien afirma que son los Torrebos de la Lidia que fundaron una Colonia en las costas occidentales de Italia, y por consiguiente, que llegaron por mar á este país; pero respetando la autoridad de los historiadores que se hacen eco de esta tradicion, creemos que hay datos suficientes para afirmar lo que decimos en el texto, ora se atienda á la semejanza del nombre *Retios* ó *Resios*, pueblo que habitaba en la parte norte de los Alpes, y el de *Rases* con que eran tambien conocidos los Etruscos, ora á la casi identidad de lenguas y de costumbres entre los dos pueblos mencionados. No obstante, no debe perders de vista que todo esto no son más que conjeturas ó hipótesis más ó ménos probables y de ningun modo inconcusas verdades históricas.

con el tiempo su domonacion hasta el Rubicon y las crestas del Apenino. En resúmen, al comenzar los tiempos históricos, hallamos en Italia los siguientes pueblos ó razas: 1.º restos de los Yapigas, en el extremo S-E. de Italia, entre el golfo de Tarento y el mar Jónico; 2.º los demás pueblos de la raza Italiota (Umbríos, Sabinos, Latinos, Frentanos, Samnitas, etc., etc.), en el centro; 3.º más al N-O. los Etruscos, en la region que hemos indicado; y 4.º los Galos en la parte septentrional (1).

3. *Civilizacion greco-italica.* — No obstante la variedad de razas á que pertenecer pudieran los pueblos que acabamos de mencionar, como los que más interesan á nuestro objeto y los que realmente tienen verdadera importancia histórica son los que proceden sin duda de una misma emigracion, de la emigracion de la raza jafética ó indo-germánica, los Greco-Latinos ó Greco-Itálicos; y como la civilizacion de estos pueblos es la que ha de predominar casi exclusivamente en todas las naciones más cultas y poderosas que despues se han formado, dedicaremos algunas líneas á exponer los principales elementos dela *civilizacion greco-italica*.

Prescindiendo aquí de que los Greco-Italianos pudieran ó no entablar relaciones, despues de su separacion de la gran familia indo-germánica, con pueblos de otras razas entónces más adelantadas, —relaciones que, si acaso existieron, debieron ser muy indirectas,—lo que sí muestra la filogía de una manera evidente es que aquéllos estuvieron reu-

(1) Para detalles, véase Mommsen, *obra cit.*, t. I, Cap. II, III VIII y IX.

nidos en un centro comun por espacio de algunos siglos, los suficientes para traer á su primitiva civilizacion nuevos elementos que le dieron un carácter especial, que, si bien circunstancias posteriores vinieron á modificar en parte, no pudo borrarse jamás por completo en la larga série de siglos que debió mediar entre su separacion y la aparicion de ámbos en el campo de la Historia.

En efecto, si atendemos á su *vida agrícola*, se notan en ella grandes adelantos sobre la primitiva civilizacion indo-germánica. Por mas que posean todas las lenguas de esta familia, palabras análogas, no tienen éstas, sin embargo, el mismo significado. En su centro primitivo, conocieron sin duda los Indo-germanos las palabras *agras*, *aritrám*, *vinas*, etc., pero no significaban todavia el *campo* cultivado (*ager*), ni el *arado* que surca la tierra (*aratrum*), ni el *vino* (*vinum*), sino simplemente la *llanura*, el *remo*, timon y quilla que hiende el agua, y *lo agradable*; es decir, que, al llegar á un grado superior de cultura en un centro distinto del primitivo en que estos pueblos no formaban todavía más que uno, pero separado ya del resto de su raza, aplicaron los Greco-italianos á los nuevos inventos que entraban á formar parte de su cultura, las palabras que en su lengua originaria significaban objetos análogos á éstos por su forma ó por sus efectos (1).

Lo mismo podemos decir en lo relativo á la vida doméstica. La casa primitiva, las costumbres, los

(1) Para detalles acerca de los elementos que formaban una y otra civilizacion, V. Mommsen, *Obra. cit.*, t. I. págs. 27 á 37; mis *Apuntes sobre Historia de Oriente*, págs. 128 á 136; Dunc-ker *Hist. de la Ant.*, t. II, etc.

vestidos, todo era igual en ámbos pueblos en los primeros tiempos. El elemento patriarcal, por decirlo así, constituía el fundamento de la familia y del Estado. Uno mismo era en los dos pueblos el fondo de las creencias populares, y casi idénticos sus dioses principales (1). Sólo con el transcurso del tiempo y efecto de la diferente situación, clima, relaciones con otros pueblos, etcétera, es como se modificaron bastante estas instituciones fundamentales, hasta llegar á ponerse en abierta oposicion en puntos y tendencias capitales.

4. *Los Pelasgos*.—Uno de los puntos en que más disienten los diversos etnólogos é historiadores, y tambien de los más oscuros de los tiempos primitivos de la edad antigua respecto de los pueblos que habitaron las costas meridionales de Europa, es el origen y carácter,—si es que no la existencia,—de uno de los más notables de aquellos remotos tiempos segun unos historiadores, y que no es más que un nombre genérico segun otros; me refiero al pueblo pelasgo.

Comenzando por la etimología de la palabra, de la que nada de cierto ha podido averiguarse (2), y concluyendo por sus grandes construcciones y su influencia directa en formacion y cultura primiti-

(1) V. Mommsem, *l. c.*, págs. 37 á 59.

(2) Sostienen algunos filólogos que el nombre de Pelasgos viene del griego *pelargoi*, *cigüeña*, esto es, *pueblo vagabundo como las cigüeñas*; otros sostienen que de *pelagroi*, *campos negros*, á causa de las tierras que preferentemente cultivaban; otros, en fin, de *pélagos*, *mar*, porque era un pueblo marítimo. Ninguna de estas etimologías tiene verdadero ni sólido fundamento. V. Ler., *Dic. un. del Sig.*, XIX, t. 12, p. 517, col. 2.^a, 3.^a y 4.^a

va de los Estados helenos y latinos, todo es controvertido acerca de este pueblo raro y sin ejemplo.

Expondremos, sin embargo, las opiniones de algunos antiguos y reputados historiadores sobre este asunto. Cuenta Dionisio de Halicarnaso, con referencia á Ferecidas, que diez y siete generaciones (unos cinco siglos) ántes de la guerra de Troya, los Aborígenes de Grecia partieron desde Arcadia á Italia; que 150 años más tarde salieron de Tesalia para el mismo punto algunas bandas de Pelasgos, y por último, que unos 60 años ántes de la guerra de Troya llegaron á las costas occidentales de Italia una colonia de Pelasgos y de Helenos, los cuales fundaron la ciudad de *Palatium* que dió después su nombre al monte *Palatino*, una de las siete colinas sobre que se asentó la ciudad de Roma.

Entre los historiadores modernos, hay algunos que afirman que los Pelasgos fueron la primera emigracion que comenzó á civilizar las costas meridionales de Europa; que era un pueblo de costumbres dulces y pacíficas, y muy dado á la agricultura. Otros los consideran como la raza de los Troyanos opuesta á los Helenos, y dicen que era un pueblo eminentemente marítimo que vino por mar colonizando todas las costas del Mediterráneo, sobre todo las de Italia, y dan á entender que pertenecían á la raza pelásgica los Yapigas, los Etruscos, los Sículos y casi todos los pueblos italiotas, lo cual es inverosímil, puesto que ya hemos indicado en el párrafo anterior, que estos pueblos pertenecían á razas muy diferentes. M. Schæl combate como absurdas la mayor parte de estas opiniones en su *Historia de la literatura romana*.

Una prueba de la poca solidez y de lo aventu-

rado que es cuanto se diga acerca de este pueblo, es que uno de los sábios más distinguidos, el que más ha trabajado en la cuestion de antigüedades de los pueblos italianos, Teodoro Mommsen, en su célebre obra de *Historia de Roma*, al ocuparse tan detalladamente como lo hace de los primeros pobladores de la Península, no menciona, ni siquiera por referencia, á los Pelasgos. Hallándose, pues, en tal estado la cuestion, creemos que no es prudente asentar afirmaciones concretas de ningun género, no sólo sobre el origen, la extension, etc., de este pueblo, pero ni aun siquiera sobre su existencia real como un pueblo distinto de los ya mencionados.

AMPLIACION. Teniendo en cuenta el testimonio de Homero, que hace mencion de los Pelasgos como un pueblo amigo y aliado de los Troyanos, lo que de ellos dicen Dionisio de Halicarnaso, Herodoto y otros escritores griegos, y lo que podemos deducir de las modernas investigaciones de los etnólogos y filólogos, no nos será difícil formar una hipótesis, más ó ménos aventurada, á fin de dar una solucion á tan difícil problema, y decir algo sobre este pueblo, del cual, sirviéndome de una frase de Liddell, «tanto se ha escrito y tan poco se sabe» (1). Podemos, en efecto, suponer que los Pelasgos eran un pueblo que, en tiempo de las grandes emigraciones indo-germánicas, se separó muy luego—quizá en el Asia Occidental—de los que formaron despues la raza heleno-latina, y se dirigió hácia el Sudoeste, llegando hasta las costas del Asia Menor, en donde el contacto con los pueblos más civilizados de la familia cuschita le daría una gran superioridad sobre sus hermanos de raza; que ha-

(1) *Historia de Roma hasta la Constitucion del Imperio*, P. 12,

ciéndose pronto un pueblo navegante y comercial, vendría por mar á establecer colonias, primero en las costas de Grecia, despues, y desde éstas, en las de Italia, y por último. en las de la parte meridional de la Galia y oriental de España. Esta hipótesis explicaría y conciliaría, en parte, los hechos siguientes que hallamos consignados en las obras de los antiguos escritores: 1.º Que los Pelasgos eran un pueblo mucho más culto que los Helenos; 2.º Que se dedicaban con preferencia á la agricultura; 3.º Que era un pueblo marítimo y colonizador; 4.º Que no obstante ser enemigo de los Helenos se fusionase tan pronto con ellos y viniesen juntos á colonizar á Italia; 5.º Que llegasen por mar á esta region ántes que penetrasen en ella los pueblos italianos; 6.º Que despues de fundar á *Palatium* sobre el Palatino, acogiesen con cierta benevolencia y se uniesen á los emigrados Pelasgos ó Troyanos de las costas del Helespont que se habían establecido en las costas occidentales de Italia, explicándose de este modo la tradicion de los Romanos acerca de la fundacion de la Ciudad de las siete Colinas; 7.º Que Mommsen no hable de ellos, considerándolos quizá como meras colonias griegas. ¿Quiere decir esto que yo crea enteramente comprobada esta hipótesis? No tengo pretension semejante, ni desconozco las poderosas objeciones que pueden oponérseme; pero sí la tengo por la más aproximada á la verdad histórica.

5. *El Lacio y los Latinos. Su cultura.*—En la costa occidental de Italia, entre el Tiber y el Anio por el N-O., parte del Liris por el S-E., los Apeninos por el N-E., y el mar Tirreno por el S-O., se encuentra una fértil y extensa llanura, aunque á trechos algo accidentada, á la que se dió el nombre de Latium (1). Estaba poblada por diversos pueblos

(1) En cierto tiempo este nombre se dió sólomente á la lla-

de raza italiota, como los Latinos, Rútulos, Volscos, Ecuos, Hérnicos, etc., y se hallaba rodeada por el país de los Etruscos y Sabinos por el N., el de los Samnitas por el E., y el de los Campanios por el S. Sus rios eran de poca importancia, y su costa carecía de buenos puertos.

El pueblo más notable, históricamente hablando, era el de los Latinos, que no estaba limitado á un solo centro, sino que tuvo sus establecimientos hasta en la misma Campania (v. la nota anterior). Ahora bien; ¿cuál era en aquellos remotos tiempos el grado de civilizacion y cultura de los Latinos? No es posible contestar á esto de una manera concreta, porque no sabemos á punto fijo, si, cuando llegaron á Italia, iban ya organizados por tribus que inmediatamente se establecieron en puntos determinados, haciendo la vida sedentaria de un pueblo agricultor y fundando enseguida aldeas y ciudades, ó si llegaron sin organizacion alguna fija, reuniendose al azar y predominando la vida del pastoreo sobre la agrícola. Atendiendo á las palabras comunes de su lengua y la de los Helenos, parece más verosimil lo primero; pero hay tambien bastantes datos para afirmar lo contrario.

6. *Organizacion de los Latinos.* Tribus rusticae; Civitas. *Primeras ciudades latinas: Alba.*—Es, á mi

nura entre el Tiber, el mar y las pequeñas cordilleras de los montes Sabinos y Ecuos etc. donde se hallaba Roma y la Confederacion de las ciudades latinas, mas por Latium se entendía generalmente el país antes indica lo, que fué el que ocuparon los pueblos latinos ántes de la invasion de los Samnitas y de los colonizadores griegos. Hasta hay respetables historiadores que creen que los Latinos ocuparon en un principio casi toda la Italia propiamente dicha desde el Tiber hasta el golfo de Tarento.

modo de ver, lo más probable que, no obstante la organizacion del pueblo latino en su anterior morada, llegasen á Italia en el estado de confusion y desórden que sería natural en esas primitivas emigraciones en masa, y que tomando asiento por grupos en los distintos valles ó regiones fértiles del país se dedicasen primeramente al fomento de sus ganados y despues á ciertas faenas rudimentarias de la agricultura, formando poco á poco cada grupo de familias *circunscripciones rurales* determinadas (tribus rusticæ), que construirían sus habitaciones lo más próximas posible unas á otras, formando *pagos* (pagus) ó especie de aldeas, á fin de atender á las primeras necesidades de la vida social.

En los primeros tiempos, es posible que bastara esto; pero cuando otros pueblos de raza más ó menos distinta vinieran á establecerse en los países inmediatos, la necesidad les obligaría á estrechar más las relaciones entre estos primeros centros ó tribus para defender sus familias y ganados contra el comun enemigo, dando origen á las primeras *ciudades* (civitates) que formarían muy pronto una especie de confederacion, con ciertas instituciones y leyes comunes, reuniéndose los habitantes en un punto lo más seguro que ser pudiera, en un lugar de difícil acceso, como la cumbre de un monte no muy elevado (*altura, capitolium*, donde se hallaba el *arx*, ciudadela) y lo rodearían con un muro, dando así origen á la *urbs* (*orbis*, círculo) donde encerrarían en tiempo de guerra cuanto poseyesen, familia y bienes muebles. y donde se hallarían tambien los tribunales, el mercado (*forum*) y demás establecimientos comunes. Es así mismo lo más natural,

que las familias fuesen aproximando sus moradas á este lugar de refugio, formando de este modo diversos centros de poblacion ó diversas ciudades (*urbes et civitates*), entre las que fueron las más célebres las de *Labicum*, *Gabies*, *Tibur*, *Præneste*, *Lavinium*, *Laurentum*, y sobre todo *Alba*, la más antigua de todas.

Aunque no se sabe de un modo fijo la situacion de esta ciudad, hay poderosas razones para afirmar que se hallaba cerca de *Palazzuola*, en la meseta entre el *lago di Castello* y el monte *Cabo*, en cuyas inmediaciones se levantaron despues *Lanubium*, *Aricia* y *Tusculum*.

Cada ciudad parece que tuvo en un principio su régimen propio, gobernándose en la forma que diremos al ocuparnos de Roma; pero como los pueblos establecidos en los países inmediatos iban adquiriendo cada vez más poderío, parece que se reunieron todas aquéllas que tenían un mismo origen y hablaban la misma lengua, en una especie de gran Confederacion, mediante una institucion política, el *pacto de perpétua alianza* entre todas las ciudades latinas, poniéndose Alba á la cabeza de la confederacion, en cuya prioridad la sustituyó despues Roma.

7. *Las tribus de los Ramnes, de los Ticios y de los Lúceres. Origen y fundacion de Roma.*—Cerca del ángulo formado en la parte N-O. del Lacio por el Tiber y el Anio, y no muy léjos de la costa del mar Tirreno, entre una porcion de pequeñas colinas que allí se encuentran, se hallaban establecidas en los tiempos á que nos referimos, dos tribus no muy poderosas, y que pertenecian indudablemente á la familia latina, á saber: la de los *Ram-*

nes y la de los *Lúceres*, que debieron echar los primeros cimientos de la que después fué la tan célebre ciudad de Roma. Con este núcleo primitivo debieron fundirse muy luego algunos elementos de procedencia oriental ó heleno-pelásgicos que darían origen á la especie de fábula que sirve, en parte, de argumento á la Eneida de Virgilio y á diversas tradiciones primitivas. Poco después de la completa fusión de las dos tribus á que ántes me he referido, debió solicitar ó imponer su unión otra tribu que habitaba en los mismos lugares, pero que era sin duda de procedencia sabina, la tribu de los *Ticios*, que, óra fuese por su poca importancia, óra porque en los primeros tiempos no hubiese entre los pueblos italianos diferencias esenciales, el hecho es que predominó el elemento latino, conservando sin embargo cada tribu cierta individualidad, ó mejor dicho, obligando á las otras á que reconociesen y aceptasen algunas de sus instituciones primitivas. Empero no vaya á creerse que estas tribus formaron desde un principio una ciudad unida y compacta, ántes por el contrario, predominaba el elemento individualista hasta el punto de que, aun dentro de cada tribu, tenían las curias y las familias su culto y otras instituciones exclusivamente suyas.

Réstame, por último, decir algunas palabras acerca de las dos ciudades opuestas, del *Palatino* y *Quirinal*. La primera fué sin duda la más poderosa y de origen seguramente latino. ¿Puede afirmarse lo mismo de la segunda, ó fué ésta fundada por una colonia sabina, y constituía el elemento sabino á que me he referido anteriormente? Cuestion es ésta sobre la que están divididos los histo-

riadores, sosteniendo unos lo primero y otros lo segundo; y que no hay datos para resolver con exactitud. Lo único que puede suponerse con probabilidades de certeza, es que fuesen dos centros compuestos de los mismos elementos, y que en abierta hostilidad en un principio, vinieran después á reunirse formando ya una ciudad poderosa.

8. *Distintos pueblos que habitaban en Italia al aparecer Roma en la Historia.*—Aunque es difícil sentar afirmaciones concretas respecto á este punto en una época tan antigua, se puede, sin embargo, hacer una ligera reseña del número y situación de los pueblos principales que habitaban en Italia hacia el siglo VIII ántes de nuestra era.

Sin contar con el extenso valle del Pó, ó sea la region situada entre los Alpes, los Apeninos, el Rubicon, el Mar Superior y el rio Athesis, y ocupada ya sin duda por los Galos, puede asegurarse que poblaban el suelo de Italia diez pueblos diferentes, aunque procedentes de un mismo origen la mayor parte, tales eran: en la parte más septentrional, los Etruscos y los Umbrios; en la central, los Picenos, los Sabinos, los Latinos y los Samnitas, y en la meridional, los Lucanios, Brucios ó Italos, Daunos y Yapigas, ó mejor dicho los Griegos, cuyas colonias dominaban ya casi todas las costas meridionales de la Península. Los más de ellos dieron nombre á las regiones que ocuparon, y estaban divididos á la vez en diferentes tribus ó pueblos menores.

Tal debía ser, con ligeras variantes, la situación de Italia al comenzar el engrandecimiento de Roma y su historia.

9. *Origen fabuloso del pueblo romano. Leyendas principales relativas á este asunto.*—Sabido es que

las tradiciones de los Romanos relativas á su origen y á la fundacion de su ciudad eran una porcion de leyendas fabulosas que, si bien podia haber en ellas algun vestigio de verdad histórica, se hallaba tan envuelto en la fábula, que era muy difícil distinguirlo.

Estas leyendas forman una série no interrumpida, pero que pueden dividirse en dos partes, unas relativas al elemento oriental ó greco pelásgico, —si es que en efecto contribuyó éste á la fundacion ó al engrandecimiento de la Roma primitiva— y las otras al elemento italiota ó á los Aborígenes, y que son la continuacion de las anteriores.

Entre las primeras son las más notables las relativas á la llegada de Eneas con su hijo Julio Ascanio á las costas occidentales de Italia, luchas de los Troyanos auxiliados por los Arcadios, ya establecidos allí, contra los Rútulos, ó sea de Eneas contra Turno, y triunfo definitivo del primero, etc. Entre las segundas, que son, como hemos indicado, continuacion de las primeras, son dignas de mencion las que se refieren al origen de Rómulo y Remo, á los detalles sobre la fundacion de la ciudad y otras no ménos originales.

Ampliacion.—Aunque las supongo conocidas del lector, diré no obstante algunas palabras sobre estas célebres leyendas.

En los remotos tiempos en que comenzaban muchos de los pueblos italianos á entrar en el camino de la civilizacion, como unos diez siglos ántes de nuestra era, los Troyanos fugitivos que al mando de Eneas habían podido escapar del incendio y la matanza de que su ciudad fué presa despues de tomada por los Griegos, buscaban al Occidente una

especie de tierra de promision, trayendo su jefe consigo, entre otros, á su hijo Ascanio, llamado tambien Julio.

Protegido por los dioses, y especialmente por su madre Vénus, pudo arribar Eneas, despues de muchos peligros y fatigas, á las costas del Lacio, cerca de la desembocadura del Tíber, y habiendo comprendido por ciertos presagios favorables que había llegado á la tierra prometida y que el Lacio sería la cuna de un grandioso imperio futuro, so decidió á establecerse en este punto, como lo verificó en efecto.

Establecidos ya los Troyanos en la costa, era necesario que procurasen ante todo la paz y la amistad con los *Aborígenes* ó naturales (1) del país, de los cuales fueron muy bien acogidos, sobre todo de los Laurentinos, cuyo rey, llamado *Latino*, ofreció á Eneas por esposa á su hija Lavinia, fundando éste en honor de su mujer la ciudad de *Lavinium* en el mismo punto en que habían desembarcado y había tenido las visiones y los presagios favorables. Empero no se verificó todo esto sin derramamiento de sangre, pues como Lavinia estaba prometida al jóven *Turno*, jefe de los Rútulos, cuya capital era Ardea, irritado por la mala pasada que jugarle querían, declaró la guerra á los extranjeros. Auxiliados éstos por los Arcadios, que habian fundado una ciudad en el monte Palatino, y aun por los Etruscos, vencieron al fin á los Rútulos, muriendo Turno en el encuentro. A los tres años se suscitó una nueva guerra, desapareciendo Eneas en una batalla dada cerca del arroyo Numiso. Sucedióle su hijo Ascanio, el cual, comprendiendo por ciertos signos celestes que no debía ser Lavinium la residencia del nuevo pueblo, salió de allí á los 30 años y se trasladó á un monte distante unas 15 millas al Sur de Roma, y fundó en él una nueva ciudad que se llamó *Alba-Longa*, que llegó

(1) Otros leen *Aberrígenes*, de *aberro*, andar errante.

á ser con el tiempo la capital del Lacio, donde estaba el santuario comun de todas las tribus latinas (de Júpiter-Latialis), situado en la cima del monte Albano. Sus jefes se reunían para discutir sobre los asuntos de general interés en un bosque cerca de la fuente *Farentina*, que se hallaba tambien en dicho monte:

Muerto Ascanio, le sucedió Silvio, hijo de Eneas y de Lavinia, y á Silvio once reyes que llevaron el mismo *cognomen*. El último de éstos, cuyo nombre era *Proca*, dejó dos hijos, Numitor y Amulio. Este se apoderó de la dignidad que de derecho correspondía al primero, que no ambicionaba por cierto; pero tenía un hijo y una hija que en el porvenir hubieran podido molestar al usarpador, el cual mató á su sobrino y consagró al culto de Vesta á su sobrina Rea-Silvia, cuya profesion la obligaba á vivir y morir virgen. Mas como el destino es superior á la voluntad del hombre, hallóse á lo mejor con que Rea-Silvia estaba en cinta y dió á luz dos hijos en un mismo parto. Como las vírgenes vestales que incurrian en el delito de incontinencia sufrían el castigo de ser enterradas vivas, no había Amulio de hacer una excepcion en favor de su sobrina. En cuanto á los gemelos, mandó que fuesen arrojados al Tíber. Cumpliéronse escrupulosamente sus órdenes, pero aconteció que, habiendo salido de madre el rio é inundado y formado pequeños estanques en el lugar donde estuvo despues el Forum romano, quedaron los gemelos detenidos en uno de éstos al pié de una higuera silvestre, donde los alimentó una loba hasta que los halló *Faustulo*, pastor de Amulio, que los llevó á su cabaña, situada en el Palatino, y con ayuda de su mujer *Acca-Laurentia* los crió como hijos suyos, designándolos con los nombres de Rómulo y Remo. Llegados ámbos hermanos á mayor edad y siguiendo el oficio de su padre putativo, tuvieron, en union de otros pastores de Amulio, cierta contienda con los pastores de Numitor, y cayó Remo en poder de éstos, que lo llevaron á presencia de su señor, el cual re-

conoció en aquella cara las facciones de su desgraciada hija, y habiéndose presentado despues Rómulo á rescatar á su hermano, se acabó Numitor de convencer de la realidad de su sospecha, y habiendo sabido los jóvenes la verdad acerca de su origen, atacaron y dieron muerte á Amulio, colocando en seguida en el trono de Alba á su abuelo Numitor.

Habiendo comprendido por ciertos augurios que no debían continuar en aquel lugar, determinaron ir á fundar una ciudad en el lugar donde habían sido depositados por las aguas. Pusieronlo por obra, pero no sabiendo cuál de los dos era el mayor para designar el punto fijo donde debía fundarse y el nombre que habían de darle, y habiendo disidencias, apelaron á consultar ámbos los augurios; pero surgiendo una disputa sobre cuál era el favorecido por los Dioses, si Remo que había visto ántes las aves ó Rómulo que había visto más, vinieron á las manos ambos hermanos, muriendo Remo en la contienda.

Segun otra leyenda la cuestion sobrevino por haber saltado Remo el surco que Rómulo había trazado al comenzar á fundar la ciudad sobre el monte Palatino.

Tal es, con pocas variantes, la série de leyendas que se referían respecto á Roma y al origen de sus fundadores.

RESÚMEN.

1. La region conocida bajo el nombre de Italia, y á la que los Griegos denominaron Oinotria, Gran Grecia, etc., se halla en la parte meridional de Europa, y forma una extensa península limitada al N., por los Alpes; al Sur, por el Estrecho de Regium (hoy de Mesina); al E., por el Mar Adriático ó Superior, y al O., por el Mar de Toscana y Tirreno, siendo sus rios más notables el Pó (Padus) y el Tíber, y sus montañas la extensa cordillera de los Apeninos, que la atraviesa de N—O. á S—E., y que toma diversos nombres particulares segun la comarca que atraviesa, y los Alpes que la separan del resto del continente.

2. Segun las últimas investigaciones de los más eminentes etnólogos, epigrafistas, etc., parece que los primeros habitantes que poblaron esta region, ó por lo ménos aquéllos de que puede hacer mencion la Historia, fueron los Yápigas, que debieron penetrar por la parte oriental de los Alpes, y recorrer la península hasta llegar á la parte más meridional, donde algunos siglos despues se confundieron con los colonos griegos. No se sabe con certeza la raza á que pertenecían. Debieron seguir á éstos los Etruscos, pueblo quizá de raza celta, que penetraron tambien por el Norte, estableciéndose en el valle del Pó, de donde fueron expulsados por los invasores posteriores.

Quizá simultáneamente ó muy poco despues, llegaron á la Península los Italiotas, pueblos de raza indo-germánica, que vinieron á establecerse en el centro de Italia, dividiéndose en infinitad de tribus que dieron origen á diferentes pueblos, como los Latinos, Sabinos, Samnitas, etc.

Ultimamente penetraron en Italia los Galos, que ocu-

paron todo el Norte de la Península, arrojando á los Etruscos al otro lado de los Apeninos.

3. Al llegar todos estos pueblos á Italia, debían hallarse en un estado de cultura casi rudimentario. Algunos de ellos como los Etruscos, hicieron grandes progresos, pero quedaron muy pronto oscurecidos éstos por los de la civilizacion greco-italica, que se sobrepuso en pocos siglos á la de los otros pueblos sus coinmigrantes.

Teniendo un mismo origen los Griegos y los Italianos, partía su civilizacion de los mismos principios, recorriendo todos los grados de la vida de pueblos pastores, agricultores, comerciantes y artistas. No hay duda que la primera etapa debieron recorrerla juntos; y despues de vivir muchos siglos aislados, en parte, uno de otro, volvieron á encontrarse en las costas de Italia, influyendo la civilizacion de los Griegos en el progreso de la de sus antiguos hermanos que habían quedado bastante rezagados en este camino, y que reconocieron y admiraron al fin ciertos elementos de la cultura griega, identificándose con ella ó imitándola, en su parte artistica sobre todo, pero sin perder su carácter individual y propio.

4. Además de estos pueblos, afirman algunos historiadores—aunque otros lo niegan ó pasan por alto el hecho—que habitó en Italia en tan remotos tiempos, otro más civilizado, marítimo y agricultor á la vez, pero sobre cuya existencia y origen no están de acuerdo los escritores antiguos ni los modernos; me refiero al pueblo de los *Pelasgos*.

Lo único que de él podría decirse con más probabilidades de certeza, es que, en la emigracion de los pueblos de la raza arya hácia Occidente, debieron separarse algunas tribus que, dirigiéndose al S—O. se pondrían en contacto con otros más civilizados, quizá de la raza chusita, establecidos en las costas de Asia Menor, desde donde comenzarían sus escursiones marítimas y la fundacion de colonias en todas las costas meridionales de Europa. Es el único modo, en mi sentir, de explicar las muchas dificultades y aparentes contradicciones que se notan en los historiadores.

5. Despues de estas generalísimas indicaciones sobre los diversos pueblos que primitivamente ocuparon la pe-

ínsula italiana, voy á decir algunas palabras sobre el que de ellos tiene más importancia histórica por haber contribuido en primer término á la formacion de la ciudad y pueblo de Roma; me refiero á los *Latinos*. Era éste un pueblo italiota de los más civilizados y poderosos de esta familia, establecido en la llanura situada entre el Tíber, la Campania y el Mar Tirreno, y que debió, en un principio, extenderse por casi toda la Italia Central, ó colonizar muchos puntos de ésta, si bien al comenzar los tiempos históricos lo vemos limitado á un muy reducido espacio en la orilla izquierda del Tíber. En cuanto á su cultura primitiva, era, sin duda, de los más adelantados entre los Italiotas, pero todavía en estado rudimentario, dedicándose al pastoreo y quizá tambien á algunas faenas agrícolas.

6. Pero ¿cuál era, en aquellos remotos tiempos, la organizacion de estos pueblos semi-nómadas, y cómo llegaron á formar estados poderosos? Por más que sólo pueda hablarse de esto por conjeturas, tienen tantas probabilidades de certeza que pueden considerarse casi como hechos históricos. Cualquiera que fuese el grado de cultura que alcanzasen los Italiotas cuando llegaron á la península, es lo natural que sus pueblos respectivos entrasen en completa confusion y desórden, fijándose cada familia con sus pocos ó muchos ganados en un punto determinado; que anmentando éstas, y subdividiéndose como es natural, ó asociándose unas á otras para atender á su defensa, etc., formasen *tribus*, que unidas á su vez formarían *aldeas* ó *pagos*, y por último, que las necesidades de la vida social y la defensa contra el enemigo exterior hicieran que varias aldeas fundaran un centro de contratacion, de refugio, etc., en lugar seguro, y que lo amurallasen, y estableciendo poco á poco en derredor sus moradas muchos de los confederados dieran origen á las primeras ciudades. Así se explica la fundacion de *Alba*, quizá la más antigua de todas las de Italia, y á la que sucedió Roma en la capitalidad del Lácio.

7. Tal parece fué tambien la manera como se fundó Roma. Entre algunas de las colinas que se encuentran en el ángulo que forma el Tíber y el Anio, existían dos tribus poderosas, ámbas de origen latino, segun parece; la de

los Ramnes y la de los Lúceres, que formarían el núcleo primitivo de Roma y á las que debieron unirse á poco la tribu de los *Ticios*, de origen sabino, y tal vez alguna colonia de procedencia oriental ó heleno-pelásgico, lo cual daría origen á la leyenda de la fundacion de la ciudad por los Troyanos, (que al mando de Eneas habían llegado á Italia) en union con los Aborígenes y ayudados por una colonia de Pelasgos y Helenos.

8. Para facilitar la inteligencia de los hechos relativos á la historia de Roma, es muy conveniente dar una idea de los principales pueblos que habitaban en Italia á principios del siglo VIII ántes de nuestra era. La parte septentrional estaba ocupada principalmente por las tribus galas que habían pasado los Alpes y se habían establecido en el valle del Pó, y por los Etruscos y Umbríos; la parte central, por los Latinos, Sabinos, Samnitas, etc., y la meridional, por los Lucanios, Brucios, los colonos griegos, etc.

9. Para terminar este resúmen, resta decir sólo dos palabras sobre las fábulas ó leyendas de los Romanos acerca de la fundacion de su ciudad, y que se refieren á la llegada de Eneas á las costas de Italia, á su buena acogida por parte de los Laurentinos, á sus combates contra los Rútulos y su jefe Turno, á la fundacion de Lavinium, por él y de Alba por su hijo Julio Ascanio, al reinado de los sucesores de Eneas en esta ciudad, hasta que Amulio usurpó el trono á Numitor, su hermano mayor, asesinó á un sobrino, y encerró á su sobrina Rea-Silvia en un colegio de Vestales; cómo ésta faltó al voto de castidad, dando á luz dos gemelos, Rómulo y Remo, que por una série de sucesos raros, llegaron hasta destronar á su tío, retirándose de Alba y fundando la ciudad de Roma, no sin que ántes se suscitase entre ellos una contienda, en que Rómulo dió muerte á su hermano, reinando él solo sobre las bandas de criminales y ladrones que de todas partes acudían á Roma como lugar de refugio.

LECCION II.

MONARQUÍA.—Constitucion primitiva de Roma y principales acontecimientos hasta la caída de la Monarquía.

1. *Constitucion social, civil y política de Roma durante esta época.*—Por las indicaciones hechas en la leccion anterior y por otras que en gracia de la brevedad omito, puede venirse, en parte, en conocimiento de la manera cómo debió estar constituida la ciudad romana en sus primeros tiempos, en la esfera social, civil y política.

a) Formada la *tribu* por una porcion de *familias* iguales, y la ciudad por *tribus* iguales tambien, es evidente que en sus primeros tiempos, habría una completa igualdad social entre todos los miembros del nuevo cuerpo, sin que se conociera quizá la clase de los *esclavos*, y sin que existieran seguramente la de los *clientes* ni la que despues se llamó *plebe*, los cuales, ó no tenían derechos ó eran estos muy limitados en todas las esferas y relaciones de la vida.

Pero segun la ciudad se extendía y consolidaba, fué desapareciendo esta igualdad á consecuencia de la conquista y de otras relaciones con los pueblos inmediatos, reduciendo á unos á la esclavitud, admitiendo á otros en calidad de *clientes* ó protegidos, ya de un particular (*patrono*), ya del jefe del Estado. De estos últimos por un lado, de los que, por causas que despues diremos (p. 52.) se hacían independientes de sus patronos, se formó otra clase, que se llamó *plebe* (*plebs*, de *pleo*, llenar);

y cuando ya los Romanos adquirieron cierto renombre y poderío apareció la clase de los *huéspedes*, ciudadano de otras ciudades, los cuales se establecían en Roma, protegidos por un ciudadano romano, y podían hasta adquirir propiedades al amparo de ciertas leyes civiles. Al aparecer, pues, la gran ciudad en el sólio de la historia, se conocían ya en ella estas cinco clases de habitantes: los *patricios*, los *clientes*, los *plebeyos*, los *esclavos* y los *huéspedes*, que pueden reducirse á tres clases—*libres*, *semi libres* y *esclavos*. Tal era la constitucion social de Roma.

b) Con estos antecedentes resta poco que decir respecto á su *constitucion* ó *instituciones civiles*. En la clase de los patricios (1), todos los ciudadanos tenían iguales derechos. La familia se hallaba constituida de una manera autocrática, no teniendo más representacion que la de su jefe, el *paterfamilias* (2), que gozaba de un poder absoluto y casi discrecional sobre las personas y las cosas. Lo mismo la mujer que los hijos estaban sometidos á la *patria potestas*. La condicion de la mujer era la de sujecion perpétua; cuando salía de la patria potestad era para caer *in manum mariti*, y si acaso enviudaba, quedaba sujeta al hijo que hubiese ad-

(1) Patricios, de *patres*, los únicos que podían ser verdaderamente *padres*. Mommsen, *Hist. de Roma*, t. I, Cap. VI.

(2) En los primeros tiempos de la sociedad latina no debió ser tan autocrática la autoridad del padre de familia, y se cree con fundamento, que la madre gozaba tambien de cierta autoridad en los asuntos interiores del hogar doméstico y más influencia en la conducta del marido en lo relativo á los negocios públicos; pero desde el momento en que Roma aparece en la historia, se hecha ya de ver ese poder autocrático á que nos referimos en el texto y que es uno de los caracteres distintivos que separan la sociedad romana de la griega.

quirido ya la representación de la familia (1). En suma, puede decirse que en ésta no había más que una persona, el padre, los demás, para las relaciones de derecho, eran consideradas como cosas. En cuanto á los clientes y aún á los plebeyos, la familia venía á ser dentro del hogar una imitación, un remedo, de la familia patricia.

c) Vengamos ahora á la *constitucion política*. Esta era, como dice muy oportunamente Mommsen (2), una especie de Monarquía constitucional en sentido inverso, es decir que la mayor parte de las atribuciones que esta forma de gobierno concede ahora al pueblo, las tenía allí el rey y viceversa. Era, pues, un gobierno mixto, compuesto de dos poderes, el rey y la asamblea del pueblo, es decir, de los ciudadanos. El rey era vitalicio, pero elegido aunque indirectamente entre los ciudadanos más dignos, no hereditario. La representación política que en las modernas monarquías la tienen las Asambleas ó los ministros responsables ante éstas, en Roma la tenía el Rey; en cambio el pueblo ejercía las prerogativas del poder supremo, como por ejemplo, la gracia de indulto y la suprema sancion de las leyes ó decretos que el Rey proponía. Tenía el supremo mando (*imperium*) del ejército, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra: él era quien administraba justicia, si bien el condenado á pena capital podía apelar ante el pueblo

(1) Esta condicion de la mujer parece que no se remonta á los tiempos primitivos de la invasion y establecimiento de los Italicos en la Península en cuya época se cree que gozaba de mucha más consideracion civil y social, lo cual se explica atendiendo á los vínculos que unian á estos pueblos con los Griegos y Germanos, entre los que la mujer tenía ciertos derechos.

(2) *Obra citada*, t. I, p. 134.

(*provocatio*), y éste indultarle; tambien era el encargado de consultar á los dioses por medio de los *auspicia publica*, auxiliado por los sacerdotes, que tambien nombraba él mismo. Para mejor acierto en sus resoluciones tenía una especie de consejo de ancianos, *Senado*, nombrado por él entre sus amigos y *personas de su confianza*, el cual no tuvo, en un principio, otras atribuciones que las de aconsejar al Rey en aquello que éste le consultase, si bien hubiera sido un abuso escandaloso no consultarle en los asuntos graves. Con el tiempo, se convirtió en el poder más fuerte del Estado. Para que le sustituyese en el mando de la ciudad, caso de salir á campaña, nombraba un *præfectus urbis* que hacía sus veces. Cuando moría un rey sin designar sucesor (1), se reunían los ciudadanos sin previa convocatoria y nombraban un *inter-rex*, cuyas funciones sólo duraban cinco dias, y nombraba otro que era á su vez el que designaba el Rey, pudiendo recaer este nombramiento en cualquier ciudadano *sano de cuerpo y espíritu*.

Veamos ahora qué era el otro poder del Estado, el *pueblo*. Teniendo en cuenta lo que ya hemos dicho anteriormente sobre la manera como debieron formarse las primeras ciudades del Lácio, podemos explicarnos la composicion de lo que en un princi-

(1) No hay datos exactos en que apoyarse para determinar con seguridad cual fuese la forma constitucional ó legal de la eleccion de sucesor para el trono. Parece lo más probable que el rey tenía el derecho de designar el sucesor y que la Asamblea de las Curias aprobaba esta designacion ó la rechazaba. En este último caso ó en el de no haber el rey difunto designado sucesor era cuando las Curias nombraban el inter-rey que hiciese las veces de aquél. De otro modo no tiene fácil explicacion el hecho de que á veces se prolongase el interregno años enteros.

pio formaría en Roma el *populus* ó el conjunto de los ciudadanos. El elemento más simple era la *casa*; diez casas formaban una *gens* ó familia, en el ámplio sentido de esta palabra; diez *gentes*, una *curia*; diez curias, la *tribu* ó una de las tres ciudades ó agrupaciones primitivas que vinieron á formar la ciudad completa. Cada curia ó ciudad primitiva debió tener un Senado, compuesto de *cien* miembros, y poner en campaña en tiempo de guerra mil soldados de infantería, *miles* (uno por cada casa) y cien ginetes, *equites* (uno por cada *gens*). Unidas las tres ciudades primitivas, su Senado se compuso ya de 300 miembros, y se triplicó casi todo el personal que desempeñaba las diversas funciones militares, civiles y religiosas, excepto la de Jefe del Estado.

En cuanto al poder del pueblo, era verdaderamente soberano, llegando hasta sobreponerse á las leyes y aún á la naturaleza de las cosas, es decir, que si la ley disponía que el que hubiese cometido tal ó cual delito perdiera la vida (civil ó natural), allí estaba el pueblo soberano que podía perdonarlo, apelando de la sentencia (*provocatio*) (1); si un ciudadano quería que otro que era libre (*sui juris*) viniera á ser hijo suyo (se entiende con el correspondiente consentimiento), allí estaba el pueblo que autorizaba este cambio ó enagenación de libertad (*arrogacion*); si las leyes disponían que sólo el nacimiento es el que confiere la ciudadanía, allí estaba el pueblo que también podía conferirla á quien tuviese por conveniente, ó autorizaba su

(1) Para obtener esta especie de indulto era necesario; 1.º Que el condenado confesase, arrepentido, su delito; 2.º que hubiese circunstancias atenuantes. Tit. Liv., I, 20.

abandono; por último, no podía emprenderse ninguna guerra ofensiva sin consultar al pueblo, ni romperse sin autorizacion de éste, y por causa de injuria, los tratados perpétuos concluidos con otros Estados. Tales eran las principales atribuciones del pueblo, como poder soberano, y tal, con poca diferencia, la constitucion de Roma durante los dos primeros siglos de su existencia.

2. *Reforma de la Constitucion por Servio Tulio, —Censo; organizacion militar.*—Aunque no se sabe con certeza la fecha precisa de la gran reforma de que en este párrafo vamos á ocuparnos, es lo más probable que fuese en la última mitad del siglo VI, ántes de nuestra era (540 á 510). Tampoco es posible afirmar quién fuese el verdadero promovedor de la reforma. Lo más probables que esta fuese exigida por la necesidad y por la opinion pública, y llevada á cabo por un Rey previsor é ilustrado.

En efecto, proponiéndose Roma, desde el primer momento de su existencia histórica, por norma de su conducta, ir formando una gran unidad, dominando, según lo exigían las circunstancias y los tiempos, á todos los pueblos que la rodeaban, y tratándolos según la resistencia que le oponían ó el mérito de los mismos por su civilizacion y cultura, aumentó tanto en poco tiempo la clase de los simples habitantes, y eran ya tantas y se hacían tan pesadas para los ciudadanos las cargas que sus mismos privilegios les imponían, que se hizo indispensable y urgente una reforma de la constitucion. Sentida, pues, la necesidad, sólo faltaba un hombre capaz de llenarla, cuya honra cupo, según la tradicion, al sexto de sus reyes, á Sérvio Tulio. Veámos en qué consistieron estas reformas

que tanto contribuyeron á la grandeza de Roma y á la inmediata revolucion, que se llevó á cabo, si es que no pueden considerarse ellas mismas como una revolucion verdadera.

Por mas que las reformas servianas parezcan diferentes por su índole, todas tenían un fin político-social bien definido, como veremos más adelante. Comenzaron, ó mejor dicho, fueron precedidas por la formacion del *censo* (census) especie de estadística de los habitantes de la ciudad y su territorio, y de la riqueza inmueble que cada cual poseía. Este censo tenía dos fines, militar el uno y político el otro, tendiendo á introducir grandes reformas bajo ambos conceptos.

Conocido el número de habitantes y la riqueza inmueble de cada uno, procedió Servio Tulio á dividirlos en seis clases, con arreglo á su fortuna, cada una de las cuales había de suministrar un número determinado de centurias para formar un ejército respetable á fin de que Roma pudiese realizar su mision de conquistadora. Pero ántes de entrar á ocuparnos de dichas clases, debemos decir que el ejército se componía de dos clases de tropas, las de los *juniores*, formadas por los hombres de 15 á 45 años y destinadas á la guerra exterior, y las de los *seniores*, de los 45 á 60 años, cuya mision era proveer á la defensa de la ciudad.

En la primera clase entraban todos aquellos *habitantes*, sin distincion de patricios ni plebeyos, que poseían una fortuna de 100,000 ó más ases, y debía contribuir con 18 *centurias* de *équites* ó soldados de caballería, 80 centurias de infantería (40 de seniores y 40 de juniores), y 2 de *Fabri*, especie de cuerpo de ingenieros, ó sea un total de 100 centu-

rias. Sus armas defensivas eran el escudo, esquinieras (1) y coraza; las ofensivas la espada y la lanza.

La segunda clase comprendía á todos aquéllos que poseían 75,000 ases y debían contribuir con 20 centurias, 10 de seniores y 10 de juniore. Sus armas defensivas eran el escudo y las esquinieras, y las ofensivas la espada y la lanza.

La tercera la componían todos los que poseían 50,000 ases, y debían suministrar las mismas centurias que la anterior, pero sin otra arma defensiva que el escudo, siendo las ofensivas la espada y la lanza,

Formaban la cuarta clase todos los que poseían 15.000 ases; suministraban el mismo contingente que la anterior, quizá sin armas defensivas y usando como ofensivas la lanza y el dardo.

La quinta la componían los que poseían 11,000 ases, había de contribuir con 30 centurias, 15 de juniore y 15 de seniores, sin armas defensivas, y con la honda por arma ofensiva.

La que podemos llamar sexta clase era la de los *proletarii* ó *capite censi*, que poseían ménos de dicha suma ó no poseían nada, y sólo suministraban 1 centuria. Había también 3 centurias de *trompeteros* ó músicos, arrojando un contingente de 194 centurias, de las que sólo las 18 de *equites* ó caballería eran consideradas casi como ejército permanente.

Aglomerada de este modo toda la poblacion de Roma y de su territorio, sin distincion de clases,

(1) Arma defensiva que usaban los Romanos para las piernas.

procuró Servio Tulio formar con ella una nueva asamblea, llamada *Comitia centuriata* (1) que, si bien no tuvo en un principio tantas atribuciones como la primitiva de los *Cumitia curiata*, en la que sólo entraban los patricios, formó con el tiempo una especie de Cámara popular enfrente de ésta última que podía considerarse como la Alta Cámara ó Senado de las modernas constituciones; pero siempre había de predominar también en ella el elemento patricio que era todavía el que poseía más riqueza. La primera de estas asambleas desapareció al poco tiempo, lo mismo que la segunda, legando sus atribuciones al Senado que adquirió la supremacía política del Estado.

Pero aún fué Servio mas adelante en sus reformas. Temiendo que el elemento plebeyo, que era, cuando ménos, tan poderoso como el patricio, se cansase de verse postergado y sin esperanza de que mejorase su suerte, ó tal vez á fin de oponerlo á la desmedida ambicion de los patricios, es el hecho que dividió á los plebeyos en 20 tribus (cuatro urbanas y 16 rurales), las cuales pudieron celebrar sus asambleas y deliberar sobre sus asuntos propios. Este fué el principio de los célebres comicios que fueron extendiendo poco á poco sus atribuciones hasta conseguir que sus decisiones obligasen también á los patricios.

3. *Preponderancia de Roma sobre los demás pueblos de Italia.*—Tal fué la célebre reforma constitucional de Servio Tulio, que dió á Roma mucha ma-

(1) Esta celebraba sus reuniones en el campo de Marte, y á ella asistían armados todos los individuos, pero votaban por centurias.

yor consistencia y unidad de la que hasta entónces había tenido y una organizacion militar que la puso en estado de luchar con ventaja con los pueblos circunvecinos hasta conseguir dominarlos á todos realizando con el tiempo la unidad de Italia y despuesla de todo el mundo civilizado. ¿Pero cómo fué Roma adquiriendo la preponderancia y ejerciendo su supremacía y luego su autoridad sobre todos los pueblos de la Península? Este es precisamente el objeto de toda la historia pragmática de la segunda época ó sea de Roma bajo la República, aún que algo corresponde tambien al siguiente párrafo de la leccion presente.

4. *Cronología y tradiciones de los reyes romanos.*—Segun la tradicion conservada por los escritores latinos, tuvo lugar la fundacion de Roma en el año 753 ántes de nuestra era, siendo Rómulo su fundador y primer rey. No podemos consignar aquí ni hacernos eco de las diversas tradiciones relativas á su reinado sino muy superficialmente, y en cuanto sean indispensables á nuestro objeto.

a) Dícese, en primer lugar, que, para poblar su ciudad, fundó un templo ó lugar de refugio á donde acudieron todos los condenados á penas severas en los pueblos vecinos y los esclavos fugitivos. Que no teniendo mujeres, robaron á los Sabinos, durante una fiesta á que los habían invitado, sus hijas con las que se casaron. Que esto produjo una guerra en la que vencieron en un principio los Romanos; pero que despues, presentándose Tito Tá-cio al frente de los Sabinos de Cures, logró vencerlos, si bien ántes de terminarse la batalla intervinieron las mujeres sabinas, consiguiendo con su mediacion una paz y hasta una especie de fusion

de ámbos pueblos, compartiendo amigablemente el trono Rómulo y Tito Tacio, hasta que, asesinado éste por los Latinos, volvió á reinar solo Rómulo, el cual se dice que gobernó durante 37 años, siendo al parecer asesinado por la nobleza sabina, durante la confusion que produjo una espantosa tormenta, haciéndose correr despues la voz de que había sido arrebatado por los dioses, y que era su voluntad que en adelante le adorasen bajo el nombre de *Quirinus*. A este rey se atribuyen, además de la ciudad primitiva, las primeras instituciones sociales, políticas y civiles á que ántes me he referido.

b) Muerto Rómulo, y despues de un interregno de un año en el que alternaron como *inter-reges* muchos senadores, fué al fin designado como su sucesor el sabino Numa Pompilio, el ciudadano más sábio, más honrado y más virtuoso que existía en Roma, siendo una de sus más sobresalientes virtudes, la religiosidad. Hombre de carácter dulce y pacífico, repulsivo al derramamiento de sangre, y faltando en la naciente ciudad instituciones que moderasen y dulcificasen un tanto los rudos y belicosos instintos de los Romanos, procuró dotarlos al efecto de instituciones religiosas, y á este fin encaminó principalmente su actividad como jefe supremo del Estado.

Cuéntase como una de sus primeras instituciones religiosas la de los sacerdotes *Salios* ó danzantes (*Salii*), cuyo principal objeto era custodiar el escudo de Marte que había caído del cielo. Instituyó además una especie de consejo religioso compuesto de tres *Pontífices* y uno *supremo*, cuyo cargo debían desempeñar los ciudadanos más ilustres. Otros sacerdotes llamados *Flamines* cuidaban del

culto de Marte, de Quirino y de Jove (1). Creó así mismo un colegio de cuatro *Augures* para consultar la voluntad de los Dioses, y otro de cuatro vírgenes *vestales* para que cuidasen de mantener siempre vivo el fuego sagrado de la diosa Vesta en un templo que construyó al efecto. Ultimamente, para distinguir el tiempo de paz del tiempo de guerra, se dice que construyó el templo de Jano, el Dios de las dos caras. Durante su reinado estuvo cerrado dicho templo, que se abrió al principiar el reinado siguiente para no volverse á cerrar sino algún corto intervalo hasta el imperio de Augusto (2).

Para asegurar á cada cual su propiedad territorial, introdujo la costumbre de poner mojones ó linderos, persuadiendo al pueblo que éstos se hallaban custodiados por el dios *Término* que castigaría severamente al que los derribase. Todo el territorio romano fué en su tiempo dividido en *pagos* (*pagi*) ó distritos, y hasta se dice que dividió á los habitantes en *gremios* segun sus respectivas profesiones; que erigió un templo á la *Buena Fé*; que perfeccionó el Calendario, elevando el año de Rómulo á doce meses lunares en vez de los diez que ántes contaba, y dividió los días en *fastos* y *nefastos*.

¿Qué hay de verdad en estas tradiciones? Esto es lo que no es fácil determinar ni entra en las condiciones de un libro de esta índole, por lo cual debo limitarme á decir en resúmen: que lo más probable en estas instituciones, como en las atribuidas á

(1) Estos sacerdotes se llamaban respectivamente *Flamines Gradivo* y de *Quirino*, y *Flamen Diale* al último.

(2) Este templo estaba cerrado en tiempo de paz, y abierto en tiempo de guerra.

Rómulo, es que fuesen obra de algunas generaciones, y que la tradicion popular las atribuyera al personaje que más se hubiese distinguido ó fuese más de su devocion. Esto es lo que ha sucedido por regla general en todos los tiempos, y esto es lo que debió suceder tambien en Roma,

c) A la muerte de Numa siguió un breve interregno, siendo elegido al fin rey el Romano Tulo Hostilio, cuyo reinado, que duró 32 años, lo pasaron los Romanos en continuas guerras con los pueblos colindantes, distinguiendose entre éstas la lucha contra los Albanos, originada por las constantes y mútuas incursiones que unos y otros hacían en el territorio de su vecino, y que terminó con la destruccion de Alba, la traslacion á Roma de todos sus habitantes, y la incorporacion de su territorio, concediendo á los jefes de las principales familias el derecho de ciudadanía, y hasta admitiendo á muchos como miembros del Senado. Los Albanos se establecieron en el monte Celio.

En esta guerra es donde la tradicion coloca el tan célebre combate de los Horacios y Curia-cios (1).

(1) Los historiadores latinos que se hacen eco de esta tradicion, refieren el hecho de la manera siguiente: estando para darse una batalla decisiva entre el ejército de los Albanos y el de los Romanos, el jefe del primero, el Dictador Cluilio, envió un mensaje á Tulo Hostilio diciendo que, si accedía, para evitar el derramamiento de tanta sangre, nombrarían cada uno tres combatientes que se disputasen la victoria, á cuyo éxito se someterían ambos pueblos contendientes. Aceptada la proposicion por el Romano, procedió cada cual á nombrar sus tres campeones, recayendo la eleccion por parte de Cluilio en tres hermanos llamados los Curiacios, y por parte de Tulo, en otros tres llamados los Horacios.

Vinieron, pues, á las manos los contendientes quedando gravemente heridos los tres Curiacios y muertos dos de los Hora-

A este rey se atribuyen la institucion de los *quætores parricidii*, y la edificacion del palacio del Senado, que por esto conservó el nombre de *Curia Hostilia*. Tulo Hostilio parece que murió víctima de la venganza de los dioses por su irreligiosidad, que disgustaba mucho al pueblo.

d) Despues de algunos dias de interregno, fué elegido rey el Sabino Anco Marcio, nieto de Numa. Una de sus primeras disposiciones fué la de mandar que se grabasen en una tabla las leyes de su abuelo y se la colocase en el Forum para que todo el mundo pudiese conocerlas. Tan amante de la paz como del honor de su pueblo, y de que por todos se respetase el derecho, creó la célebre institucion de los *Feciales*, especie de heraldos encargados de exigir de parte del ofensor las satisfacciones correspondientes á la ofensa hecha, á fin de evitar la declaracion de guerra, declaracion que ellos mismos hacían, en caso de negativa, arrojando una lanza al territorio enemigo. Para castigar á los delincuentes mandó abrir una cárcel en la roca, debajo del Forum, cárcel que fué ensanchada despues por Servio Tulio y se llamó el *Tulianum*.

cios, pero ileso el tercero. No siéndole á éste facil resistir el ataque de los tres hermanos, evitólo huyendo á fin de separarlos y batirlos, uno por uno, cuando se separasen para perseguirle. Así sucedió en efecto, volviéndose contra ellos cuando estuvieron separados, y dando muerte á los tres sucesivamente.

Vencedores los Romanos, quedaron los Albanos casi como súbditos de Roma, obligados á auxiliarla en todas sus guerras contra sus enemigos; pero habiendo faltado á este deber en una muy empeñada que mantuvo contra los Etruscos, fué descuartizado Cluilio, destruida Alba y agregados á Roma sus habitantes y su territorio.

Hacemos aquí caso omiso de otras muchas tradiciones relativas á este memorable suceso, por que esto nos conduciría muy lejos de nuestro propósito.

En su tiempo dirigieron los Romanos sus armas principalmente contra las ciudades latinas del S-E. apoderándose de todas hasta las costas del mar Tirreno. Tomó y destruyó primero á *Politorium*, incorporando su poblacion y territorio al de Roma y concediendo á los jefes de las principales familias el derecho de ciudad, como había hecho con los de Alba Tulo Histilio, situándose—los que quisieron establecerse en Roma—en el monte Aventino, aumentando así extraordinariamente el poder de la ciudad, al paso que disminuía el de sus rivales. Pero el derecho de ciudadanía concedido ahora á los Latinos no fué igual al que ántes se había otorgado á los Albanos, pues aquéllos continuaron, en su mayoría, en sus ciudades y aldeas, no siendo patronos ni clientes, y vinieron á constituir un nuevo elemento, una clase média entre ámbas, que formó lo que despues se llamó la *plebe*.

Entre las obras más notables de Anco Marcio se citan la construccion del primer puente que echaron los Romanos sobre el Tiber, el *Pons Subli-cius* (1), y la edificacion de la ciudad de Ostia en la desembocadura del Tiber. Murió este rey en paz, despues de un reinado de 24 años.

En el reinado de Anco Marcio, ora fuese porque sus buenas prendas diesen cierto prestigio á una familia que daba reyes como él y su abuelo, ora por otras causas, es el hecho que parece surgió entre los Romanos la idea de que la corona fuese hereditaria. Mas siendo muy niños aún los dos hijos de Anco Marcio, fué elegido un tal *Tarquino*

(1) De *sublicia*, «tronco ó madero» de lo que parece estaba formado dicho puente.

tutor de los hijos de su predecesor, un griego que se había establecido y adquirido inmensas riquezas en una ciudad etrusca, y que despues vino á fijar su residencia en Roma, donde se captó las simpatías del rey y el favor del pueblo.

Tal es el extracto de los relatos tradicionales; pero lo que hay quizá aquí de verdad histórica es que la tribu de los Lúceres, que, como ya hemos dicho, era de origen etrusco, debió haber adquirido ya suficiente influencia para obligar á las otras dos (Ramnes y Ticios) á que la atendiesen y le dieran en el poder su participacion respectiva, lo cual se deduce del hecho de atribuirse á este rey el aumento de muchos cargos públicos en una tercera parte, elevando á 300 el número de los senadores que hasta entónces había sido el de 200, á seis el de las Vestales, si bien no pudo hacer lo mismo con los Flámines, los Pontífices ni los Augures, ni otras reformas políticas y sociales que había proyectado, como la de elevar al patriciado cierto número de tribus plebeyas.

Sostuvo con los Latinos algunas guerras afortunadas, sometiendo varias ciudades que no había podido conquistar su predecesor, siendo su autoridad reconocida y respetada por la nacion etrusca.

Pero lo que más célebre hizo á Tarquino fueron las grandes construcciones que se llevaron á cabo durante su reinado. Terminóse el Forum romano, se construyó el Circo Máximo, comenzó el famoso templo de Júpiter, y por último la *Cloaca Maxima*, obra que por sí sola bastaría para inmortalizar cualquier reinado.

Respecto de su muerte, se dice que fué asesinado—por instigacion de los hijos de Anco Marcio—

por dos malvados que se presentaron á él fingiendo una reyerta entre ámbos y pidiendo justicia; pero detenidos por los lictores, se corrió la voz de que el rey sólo estaba herido y que delegaba provisionalmente sus atribuciones en Sérvio Tulio, que vistió las insignias reales y se presentó en público usurpando la dignidad ó quedando rey de hecho sin que le eligiese la Asamblea del pueblo.

Así terminó el monarca Tarquino Prisco después de un reinado de 38 años, y se inauguró el de su protegido y sucesor Servio Tulio.

f) Servio fué sin duda el monarca más notable de los siete que gobernaron en Roma durante el primer período de su historia. Ya hemos hablado de las grandes reformas por él introducidas en la constitucion primitiva de Roma (véase pág. 43). Ensanchó además el *Pomærium* de Rómulo, encerrando el nuevo muro cinco de las siete colinas principales que después comprendió la ciudad, quedando fuera sólo el Capitolio y el Aventino. Para estrechar más los lazos entre Latinos y Romanos, erigió un templo á Diana, la diosa principal de los primeros.

Resta sólo hablar de la muerte de Servio. No teniendo hijos varones que pudiesen sucederle, casó á sus dos hijas con los dos hijos de Tarquino Prisco, á fin de que reuniesen los derechos de ambos soberanos. Una de las hijas, que era de condicion buena, la casó con Lucio Tarquino, que era duro y violento; la otra, que tenía un carácter enteramente opuesto al de su hermana, la casó con Arunte Tarquino, que era de carácter suave y apacible, esperando Servio que el bien prevalecería; pero Lucio asesinó á su mujer, y Tulia á su marido,

uniéndose despues los dos malvados. Mas no paró aquí la série de sus crímenes, sino que conspiraron contra su padre, arrojándolo Tarquino del trono, y cuando el anciano vió que todo estaba perdido y quiso refugiarse en su casa, fué asesinado por algunos emisarios del usurpador, haciendo su hija que pasasen las ruedas de su carro sobre el cadáver de su padre, salpicando con su sangre la calle donde se hallaba, y que desde entónces se la conoce con el nombre de *Via Scellerata*. Tal fué el fin de Servio Tulio despues de un reinado de 44 años.

g) Sucedióle en efecto el usurpador, su yerno Tarquino el Soberbio, que fué el sétimo y último rey de Roma. Aunque se había apoyado principalmente en la tribu de los Lúceres, tambien le habían ayudado los demás patricios en la seguridad de que aboliría la odiada Asamblea de las Centurias y otras instituciones de su predecesor. No defraudó ciertamente sus esperanzas en este punto, pero fué mucho más allá de lo que ellos querian, aboliendo tambien de hecho la antigua Asamblea patricia de los Curias, gobernando de un modo tan despótico que se atrajo el ódio de todos los ciudadanos; pero protegió á los Latinos y Etruscos, estrechó su alianza con ellos, y con su ayuda se mantuvo en el trono é hizo la guerra á los Volscos, tomando á Suessa, donde recogió un rico botin, con el que llevó á cabo algunos trabajos, como la terminacion del templo de Júpiter que Tarquino Prisco había comenzado. Ayudado por la traicion de su hijo Sexto, sometió la ciudad latina de Gabies, y se hallaba ocupado en el sitio de Ardea, ciudad de los Rútulos, cuando el atentado de su mencionado hijo Sexto contra el honor de Lucrecia, mujer de un pa-

tricio llamado Colatino, suministró el pretesto para que estallase el furor del pueblo contra el tirano.

No es fácil determinar con exactitud lo que hay de histórico. ó de fabuloso en estas tradiciones, si bien á través del velo de tantos hechos inverosímiles se deja entrever la realidad de los acontecimientos, pudiendo resumirse la historia de la ciudad durante el periodo de la monarquía en estos hechos capitales: 1.º Roma fué fundada como las demás ciudades del Lacio (v. pág. 26); 2.º se extendió absorbiendo y asimilándose, ora por la fuerza, ora de buen grado, los diversos pueblos de que se hallaba rodeada, tomando de éstos los elementos que creyó utilizables, y transijiendo en todo con tal de sacar á salvo la idea predominante, la idea de la unidad y del *sinecismo* racional; y 3.º, que esta conducta y la forma de un gobierno fuerte y unitario asentaron sobre sólidos fundamentos el edificio de su futura dominacion universal.

5. *Politica de los reyes. Es, en general, favorable á la plebe.*—Expuesto ya lo que se sabe acerca de las vicisitudes por que atravesó Roma durante la monarquía ó la época de su constitucion en una nacionalidad relativamente poderosa, veamos cuál fué la política—consciente ó inconsciente—seguida por los reyes para obtener tan excelentes resultados.

Mientras en el Estado, á consecuencia de su primitiva constitucion social, no hubo más que dos poderes, el rey y el pueblo representado en la Asamblea de las Curias, como éste era en realidad el soberano, debieron estar los reyes sometidos á él y obrar con mucha prudencia y cautela; mas cuando la dominacion de Roma fué extendiéndose

á los pueblos circunvecinos y se formó la nueva clase llamada plebe (v. las páginas 38 y 52), surgió, si no un nuevo poder, sí una fuerza nueva que podía utilizarse para oponerla—juntamente con la division que, con la amalgama de razas distintas, había de reinar naturalmente en la ciudad—á la soberbia preponderancia de los patricios. Por esto se observa que la tendencia de los reyes fué siempre la de proteger á la formacion de esta nueva clase, fomentando por todos los medios que estaban á su alcance, su aumento y sus intereses políticos y áun materiales, con el fin de apoyarse despues en ella para realizar sus miras de que preponderase su autoridad, ora porque lo creyesen favorable para el más fácil engrandecimiento del Estado, como Servio Tulio, ora para poder asegurar mejor su tiranía, como Tarquino el Soberbio; pues si bien éste se apoyó para su elevacion al trono en la clase patricia, la subyugó despues hasta el punto de considerarlos á todos como meros súbditos. Se me dirá que en nada se nota su predileccion por la plebe, sino que por el contrario, tal vez la odiaba más que á los patricios; pero debe notarse que, en el mero hecho de someterlos á todos al mismo yugo, los hacía iguales, en lo cual ya se hallaba la plebe favorecida, y que cuanto más oprime la tiranía á un pueblo digno y enérgico, más lo aproxima á la conquista de sus libertades.

6. *Caida de Tarquino el Soberbio y proclamacion de la República.*—Esto sucedió en efecto en Roma. La natural aversion que debía de inspirar á todos los buenos un rey que tenía sobre sí el peso de tan repugnantes crímenes, su tiránico modo de gobernar, y su traicion para con aquéllos que habían

favorecido sus proyectos, engendraron tal y tan general descontento que sólo se esperaba una ocasión y un pretexto para que aquél estallase, y, volviendo el pueblo por su honra y sus prerogativas, destruyese la tiranía. La ocasión, la proporcionó la ausencia del rey y de sus principales adictos, que sin duda se hallaban en el sitio de Ardea; el pretexto, el hecho criminal de su hijo Sexto, á que ántes nos hemos referido. No podía ya esperarse nada bueno de la monarquía, pues la desordenada conducta y el carácter violento del hijo que se había de imponer de seguro á la muerte de Tarquino el Soberbio, no eran ciertamente síntomas muy tranquilizadores para el pueblo.

Al presentarse, pues, en público el esposo y parientes de la virtuosa Lucrecia llevando en la mano todavía ensangrentado el puñal con que la víctima se había quitado la vida por no sobrevivir á la deshonra, estalló una formidable insurrección general, y el pueblo declaró destronado á Tarquino y abolida la forma de gobierno monárquica, estableciéndose el gobierno de los Cónsules, una especie de diarquía, pero con poderes restringidos y limitados por otras instituciones públicas, que no hicieran temer que en adelante pudieran repetirse los ensayos de tiranía, esto es, se estableció un gobierno republicano, cuyo carácter procuraremos determinar en la lección siguiente.

Este acontecimiento sobrevino en el año 510 ántes de nuestra era, cuando ya llevaba, por tanto, de vida Roma y la Monarquía, unos dos siglos y medio.

16. *La religion, el culto y los sacerdotes durante esta época.*—Antes de terminar esta lección haré al-

gunas indicaciones sobre los importantes epígrafes que encabezan este párrafo.

Poco es posible decir aquí acerca de la primitiva religion de los Romanos. Aunque pertenecientes, al ménos en su mayoría, á la raza indo-germánica, y habiendo habitado por mucho tiempo con los pueblos helénicos, habían perdido sin embargo sus concepciones religiosas aquel gérmen de grandeza que sirvió de base á los sistemas de la Ario-indos y Ario-iranios y que se conservaba en parte en el complicado politeismo de los Griegos; pero, ora fuese por su contacto con pueblos de otra raza, ora por el género de vida que despues de su separacion hicieran, el hecho es que los Italiotas eran completamente positivistas; su religion carece de ideal, es puramente práctica, por decirlo así, reflejándose en ella—como se refleja en la de todo pueblo—la vida de su sociedad con sus vicios y virtudes, con sus perfecciones y defectos.

La religion romana refleja fielmente la historia de sus conquistas, y el progreso de todas sus instituciones. Su dios más antiguo es el dios Marte (1); pero cuando se celebró la paz con los Sabinos y ámbos pueblos se unieron, entró en el panteon romano un nuevo dios de origen sabino, el dios Quirino, que ocupó su puesto al lado del antiguo. Entran los Latinos en la ciudad, y con ellos se da carta de naturaleza y se erige un templo á la diosa Vesta. Progresan ciertas instituciones, comienza á reconocerse y quiere hacerse respetar el derecho de propiedad territorial, y aparece el dios

(1) Debemos advertir que Marte era el dios principal adorado por todos los Italiotas, por mas que le diesen nombres diferentes.

Término defendiendo los linderos colocados en los campos. La ciudad, la familia, el individuo, la casa, los ríos, las montañas, las nubes... todo cuanto existe tiene su géneo, pero géneos prosáicos y positivistas. El politeísmo romano, considerado exclusivamente bajo el punto de vista religioso, tenía todas las deformidades del politeísmo griego, sin ninguna de las bellezas de éste. Así se explica la ineptitud de los antiguos Romanos para las bellas artes y para todo lo que trascienda de la vida terrena ó necesite ideales en donde inspirarse, porque el ideal religioso es el gérmen fecundo, la fuente inagotable de donde todos emanan. Así se explica que, en cambio, fuesen tan aptos para el cultivo de las relaciones puramente humanas ó sociales, y que sobresaliesen tanto en la esfera del derecho.

En cuanto al culto, ofrece la religion romana caracteres verdaderamente notables. En realidad, á pesar del inmenso número de sacerdotes que tenía, no había verdaderos intermediarios entre Dios y el individuo, no eran los representantes de los dioses ante los hombres, sino una especie de funcionarios del Estado, de la ciudad, de la curia, de la gens, etc., encargados de los requisitos materiales del culto ó de interpretar la voluntad soberana. Cuando el hombre quería hacer una peticion á los dioses ó implorar su auxilio en cualquier trance apurado de la vida, hacía lo personal y directamente sin necesidad de intermediarios.

En la Roma primitiva, cuyas instituciones religiosas son las mismas que las de las otras ciudades latinas, hubo dos clases de funcionarios de carácter religioso, los *sacerdotes* propiamente dichos

y los que podemos llamar *peritos sagrados*. La de los primeros puede dividirse en tres cofradías ó colegios: la de los *Flámines*, encargados de conservar constantemente vivo el fuego sagrado y de encender el que había de servir para los sacrificios; la de los *Arvales*, encargados de pedir en el mes de Mayo, en representacion de la ciudad, los favores de la *Dea Dia* ó diosa fecunda, sobre las sementeras, lo cual verificaban mediante procesiones enteramente analogas á las que los sacerdotes católicos hacen en los primeros días de dicho mes, cuando salen á bendecir los campos; la de los *Salios* ó saltadores, que formaban una especie de coros de jóvenes que cantaban y danzaban en honor de Marte, en el mes dedicado á esta divinidad. Había también una cofradía de vírgenes (especie de monjas) llamadas *Vestales*, que hacían voto perpétuo de castidad y de entregarse para siempre al culto de Vesta, á cuidar de que se mantuviese perennemente encendido el fuego sagrado de estadiosa (1).

En cuanto á la clase de los segundos ó sea la de los peritos sagrados, existían en un principio, dos colegios: el de los *Augures* y el de los *Pontífices*. Ya hemos dicho que los Romanos prescindían de los intermediarios para dirigir sus oraciones á los dioses; pero como no era fácil que todos los mortales entendieran el lenguaje de la divinidad, existía una corporacion encargada de traducírselo,

(1) No podemos entrar aquí en más detalles, ni hablar del culto particular de algunas tribus de las treinta curias, de el de la gens y la familia, como tampoco de las diversas festividades públicas y privadas. Los que deseen ampliar sus conocimientos sobre este punto pueden consultar el t. IX de la obra de Mommsen ya citada (índice alfa.) palabras *Religion, Culto, Sacerdotes*, etc. etc. donde hallarán las referencias necesarias.

la de los *Augures*. Además, como había ciertos actos religiosos, ciertas tradiciones, y ciertos conocimientos cuya conservacion interesaba al Estado, de aquí que hubiese una corporacion encargada de conservarlos, aplicarlos y trasmitirlos á la posteridad; tal era la mision de los *Pontífices* (1), la más elevada que socialmente podía concebirse en la Roma antigua. Eran los verdaderos sabios del Estado, los depositarios de las artes y de las ciencias. Tal vez fueran en un principio los encargados de dirigir las obras públicas, eran los que poseían la ciencia de los números y de las medidas, los que formaban el calendario, designando cuales eran los dias propicios para las festividades, (dias *fastos* y *nefastos*), lo cual explica que, con el tiempo, viniesen á intervenir más ó ménos directamente en todos los actos importantes de la vida, sobre todo en los de carácter religioso-jurídico, como en el matrimonio, adopcion, testamento, etc. etc.

Pero á medida que Roma se iba extendiendo, aumentaban tambien sus relaciones y necesidades, y tuvo que procurarse los medios de satisfacerlas. A esto respondió la creacion de los *Feciales* ó *mensajeros del Estado*, que desempeñaban á la vez el cargo de enviados extraordinarios cerca de los jefes de las tribus ó pueblos extranjeros, y de archiveros de los tratados que la ciudad hacia con otros Estados. Esta fué quizá la primera piedra que se puso

(1) La etimologia de esta palabra es clara (*pontem-facio*) y la atribuyen algunos á que se fundó esta corporacion en Roma para montar y desmontar el primer puente que echaron los Romanos sobre el Tiber; pero otros dicen que *pons* no significaba, en un principio, sólo puente, sino todo medio de comunicacion, camino, y que tomaron esta institucion de los otros pueblos italianos más antiguos.

en el grandioso edificio del derecho internacional ó de gentes.

17. *Lengua y literatura latina. Otras artes.*—No hay duda que la lengua de los Romanos, que después se llamó *latina*, procede del mismo tronco que todas las indo-germánicas; sus radicales, sus formas gramaticales, todo confirma claramente su afinidad con las mencionadas lenguas, especialmente con la griega, y por consiguiente, su origen. Lo que no es tan fácil determinar, es la época ni el lugar en que comenzaron las modificaciones de la lengua común á los pueblos italo-helénicos hasta darles el carácter propio ó que constituye la individualidad de la de cada uno, ni las lenguas extrañas que pudieran influir más ó menos en este cambio. Lo primero pudo suceder quizá en el centro mismo de donde partieron las emigraciones de los pueblos arios, ó quizá fué ya en las regiones occidentales de Asia; lo último, en el curso de su emigración.

Pero dejando á un lado estas generalidades filológicas, lo que si puede afirmarse es que la lengua que llamamos latina difiere bastante de la que hablaron los primitivos Latinos, es decir, que los Romanos tomaron gran parte de los elementos que contribuyeron á formar su lengua, mas bien de los pueblos umbrio-sabélicos que de los que habitaban el Lacio propiamente dicho y se llamaron latinos, por más que debió ser poca la diferencia que hubiera, en los tiempos primitivos, entre las lenguas de todas las ramas de la raza italiota. Hasta hay quien cree que la lengua latina es una mezcla y una corrupción de las que hablaron los pueblos oscos y los pelasgos; pero no es esta oca-

sion de discutir ni entrar en detalles sobre estas cuestiones.

En cuanto á la literatura latina de los primeros siglos de Roma sólo nos quedan algunos restos de cantos religiosos y satíricos conservados por Varron, Caton el Mayor, y otros, cantos que, si bien son insuficientes para que podamos formar cabal idea del estado de cultura literaria de los italiotas primitivos, confirman sin embargo, lo que la razon natural dicta, es decir, que si su civilizacion en general era rudimentaria, con mayor motivo debía serlo su literatura que es siempre una de las últimas manifestaciones de aquella.

El canto más antiguo que ha llegado hasta nosotros es el llamado de los Arvales, que era una especie de *Letanía* que se cantaba por esta cofradía, y tal vez tambien por alguna otra, al dirigir sus votos á Marte, el Dios principal de la Roma primitiva, en las funciones que en honor de aquél se celebraban (1). De los primitivos cantos de la corporacion de los Salios,—si el que en la nota reproducimos no pertenecía á ambas corporaciones ó no era un canto especial de la festividad del Dios—no ha quedado monumento alguno que nos los dé á conocer.

(1) Para mostrar la antigüedad de este canto, basta fijarse en la forma del lenguaje que en él se emplea y compararlo, no ya con el latin del siglo de oro de las letras romanas, sino con el latin semi-bárbaro de las Doce Tablas, y se notará cuán inmensa diferencia hay de uno á otro. Véase lo que de él nos resta y qué tomamos de los trabajos que sobre las inscripciones latinas ha hecho Mommsen y reproduce en su *Hist. de Roma*, t. I, p. 325 (de la vers. cast):

«Enos, Lasses, iuvate!
Neve lue rue, Marmar, sins incurrere in pleores!
Satur fu, fere Mars! limen sali! sta! berber!

Tampoco faltó este pueblo á la ley general del nacimiento y desarrollo de las literaturas nacionales en lo que se refiere al elemento literario popular que aparece siempre simultáneamente con los cantos religiosos. Las antiquísimas danzas y cantos de los *Satura*, especie de enmascarados, que, en forma de comparsas ó coros, divertían al público, y cuyas estrofas recitadas en forma de diálogo dieron origen con el tiempo á lo que se llamaron poesías *fescenninas*, y luego á la comedia popular pues se llamó *Atelana* (*atellana fabula*) porque, no permitiéndose tomar como argumento nada que á Roma ni á los pueblos amigos hiciese referencia (personajes, costumbres, etc.) comenzaron á tomarse, en un principio, de *Atella*, ciudad odiada por los Romanos lo mismo que Capua, sin duda por haber prestado á los Cartagineses auxilio en las famosas guerras púnicas, como en otro lugar veremos.

En cuanto á las demás artes, sólo haremos aquí mencion de la arquitectura que desde sus primeros tiempos aparece como hermana del primitivo arte griego, si bien algo influido por el etrusco. Así lo demuestran las principales construcciones de la

Semunis alternis advocapit conctos!
Enos, Marmar, iuvato!
Triumpe!»

A los Dioses.....	Lares, venid en nuestra ayuda! Marte, Marte! no siembres la muerte y la ruina entre la multitud! Date por satisfecho, feroz Marte?
A uno de los hermanos.	Salta del asiento! de pié! azota!
A todos.....	Invocad vosotros alternativamente á todos los Semones! (Dioses lares.)
Al Dios.....	Tú Marte! ayúdanos!
A los hermanos.....	Bailad! bailad!

antigua Roma, el muro de Servio, la Cloaca Máxima, el Tulianum y tantos otros monumentos, que, si bien revelan el estado algo rudimentario de este arte, muestran á la vez la aptitud de que tan relevantes pruebas dió despues el pueblo romano.

RESÚMEN.

1. El primer paso que debe darse para estudiar bien la historia de un pueblo, es conocer el carácter general de sus principales instituciones *sociales, civiles y políticas*, que son como las piedras angulares del edificio, ó como los ejes sobre que giran todos sus hechos.

En cuanto á la constitucion social de Roma, debió ser, en un principio, la más completa igualdad en todos los individuos, sin conocerse las clases de los patricios y plebeyos, patronos y clientes, señores y esclavos, etc., pero, al comenzar los tiempos históricos, ya existían todas estas clases, procedentes, en primer término, de la guerra y de la conquista.

Respecto de su constitucion civil, en la clase de los patricios, única que tenía derechos civiles reconocidos por las leyes, todos los ciudadanos eran iguales, pero la familia no tenía más representante que el padre ó el que, á falta de éste, la ley reconocía como el cabeza de familia.

Por último, el Estado se hallaba constituido políticamente de un modo análogo, pero con suficientes restricciones para que el poder no dejérase en tiránico, ó para que, si alguna vez sucedía esto, fuese pasajera la tiranía. Había en efecto un *Rey* que hacía las veces de padre de la ciudad, con poderes limitados por las *Asambleas del pueblo*, que era en realidad el soberano, y con un Consejo de ancianos ó Senado, que era como su asesor en todos los asuntos graves, pero que despues fué la rueda política más importante de la ciudad. Era pues un gobierno compuesto de dos poderes, que se contrabalanceaban:

el pueblo y el rey, y una especie de poder moderador entre ámbos, el Senado.

2. Tal fué la constitucion primitiva de Roma; pero segun se extendía la ciudad, aumentaba tambien ó se dejaba sentir más la exigencia de reformas que respondiesen á las nuevas necesidades del tiempo y de las circunstancias. Esta fué, entre otras, la causa principal de la reforma atribuida á Servio Tulio.

Esta reforma puede considerarse bajo dos puntos de vista: 1.º bajo el de las relaciones exteriores de la ciudad ó sea bajo el punto de vista de la conquista; y 2.º bajo el de las relaciones interiores ó de los habitantes entre sí y con el Estado.

Como punto de partida para sus reformas, ordenó Servio Tulio formar un censo de todos los habitantes de Roma, expresando la clase á que pertenecían y las riquezas que poseía cada uno. Hecho esto, los dividió en seis clases sin tener en cuenta nada más que sus riquezas, incluyendo en la 1.ª á los que poseían más de 100,000 ases de capital; en la 2.ª, á los que poseían más de 75,000; en la 3.ª, más de 50,000; en la 4.ª, más de 25,000; en la 5.ª, más de 11,000; y en la 6.ª, á los que poseían ménos de este capital ó no poseían nada. Cada clase suministraba cierto contingente de soldados y votaban por centurias ó compañías. Mas como este orden de votacion daba á los ricos toda la influencia en la Asamblea, introdujo Servio otra reforma de la mayor trascendencia: dividió á los *proletarios* en 20 tribus, que celebraban sus asambleas particulares y tomaban sus acuerdos, pero eran obligatorios sólo para los de su clase.

3. Esta nueva organizacion militar y política dió á Roma tal importancia que, en adelante, salvo algunas crisis pasajeras, ejerció una decisiva preponderancia sobre todos los demás pueblos que la rodeaban, y tomando diversas formas ó modificándose con arreglo á las circunstancias, fué sin duda la base de su futura grandeza (1).

(1) Aunque lo parezca, se verá que no es exagerada la importancia que aquí se da á la reforma serviana, si se atiende á

4. Veamos ahora, siquiera sea muy suscintamente, la historia pragmática de Roma durante la Monarquía, tal como la refieren los escritores latinos.

En el período de unos dos siglos y medio que duró la monarquía, dícese que gobernaron en Roma siete reyes, á saber: Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, Tarquino Prisco ó el Mayor, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio.

Atribúyese á Rómulo la fundacion de Roma, el establecimiento de su constitucion ó instituciones primitivas, y una guerra con los Sabinos que concluyó por la union de ambos pueblos, reinando á la vez Rómulo y Tito Tacio, hasta que, asesinado, éste quedó el primero como único jefe de ambos pueblos.

Al sabino Numa Pompilio, que le sucedió, se le atribuye el establecimiento de todas las instituciones religiosas, para templar en cierto modo el ardor belicoso de los Romanos; así como tambien algunas leyes relativas á la propiedad.

Después de Numa, fué elegido Tulo Hostilio, cuyo reinado lo pasaron los Romanos en continuas guerras con los pueblos vecinos, sobre todo con los Albanos, cuya guerra concluyó con la sumision de Albalonga y la incorporacion de su territorio al de Roma.

Después de un corto interregno fué elegido rey el sabino Anco Marcio, el cual dirigió sus armas contra los Latinos, extendiendo sus dominios hasta las costas del mar Tirreno. Atribúyese á este rey la institucion de los Feciales, la construccion de una cárcel para castigar á los delincuentes, y la del *Pons Sublicius*, la edificacion de la ciudad de Ostia, el primer puerto de los Romanos, etc. etc.

El reinado de Tarquino Prisco, aunque no dejaron de llevarse á cabo durante él algunas empresas militares, fué sobre todo notable por las grandes construcciones. Se terminó el *Forum*, el Circo Máximo, la *Cloaca Maxima*, y se comenzó el famoso templo de Júpiter, que acabó después Tarquino el Soberbio.

que dió á la plebe cierta autonomia y cierta dignidad, que ésta cuidó siempre de conservar y aumentar hasta conseguir la completa igualdad con el orden patricio.

El reinado de Servio Tulio fué célebre por las famosas reformas de que ya nos hemos ocupado; y el de Tarquino el Soberbio, por sus crímenes, sus guerras y su destronamiento.

5. Por lo dicho acerca de los reyes, sobre todo de Servio Tulio, se deduce que, en general, su política fué favorable á la clase baja, á la plebe; lo cual se comprende fácilmente con sólo tener en cuenta el carácter absorbente de la institucion monárquica, y la gran preponderancia que la Asamblea de las curias daba á la clase noble, que podía imponer, en ciertos asuntos, su voluntad á la del monarca; y si puede citarse como una excepcion á Tarquino el Soberbio, que se apoyó en la clase patricia para hacerse dueño del poder, y abolió además las leyes de Servio Tulio, tiranizó luego lo mismo á unos que á otros, haciéndolos á todos iguales en este sentido.

6. Empero ni los nobles ni el pueblo podían soportar su tiranía, y acechaban una ocasion para libertarse de ella, ocasion que se presentó cuando, ausente el rey con su ejército, que tenía sitiada á Ardea, el hecho criminal que su hijo Sexto (de carácter aún más avieso que su padre) cometió deshonorando á Lucrecia, esposa del patricio Colatino, dió pretexto para que estallase una formidable insurreccion popular, que declaró depuesto á Tarquino, sustituyendo la institucion monárquica vitalicia con una especie de diarquía, formada por dos Cónsules cuyo poder era algo más limitado que el de los reyes, y sólo duraba un año.

7. No es fácil resumir en pocas líneas lo que, para terminar esta leccion, se dice en el texto acerca de la religion, del culto y de los sacerdotes de la Roma primitiva; porque, relativamente á la importancia del asunto, ya es aquél un resumen muy suscinto; no obstante diré aquí sobre ello algunas palabras.

Por más que el germen de la religion romana fuese el mismo que el de las religiones orientales, no había adquirido aquélla ese carácter de grandeza que dió á estas la exuberante fantasía del pueblo indo por ejemplo, ántes al contrario, tenía un carácter y fin más positivo, más práctico, más racional en principio. En cuanto al culto, era entre los Romanos directo del hombre á la divinidad,

y los sacerdotes sólo eran una especie de encargados de la parte material de ciertas ceremonias, ó de la interpretación de la voluntad de los dioses, no entrando aquí á hablar de sus clases y colegios, porque se hace en el texto lo más sucintamente que es posible.

8. Lo mismo que acabo de manifestar respecto de la religion, puede repetirse de la lengua, literatura, y demás artés. En cuanto á su lengua, todos sabemos que pertenece á la familia de las indo-germánicas, teniendo por tanto, el mismo origen que el griego, el sanscrit, etcetera. La lengua romana, que dió origen á la latina de los buenos tiempos de esta literatura, debió formarse en Italia, y sería probable mente un dialecto sabino, con muchas palabras de los Latinos, Oscos, etc., etc.; pero que, así como Roma llegó á universalizarse un dia, dominando á todos los pueblos que la rodearou, así tambien se universalizó su lengua; y su literatura, reducida en un principio á letanías y cantos religiosos, llegó á ser una de las más ricas del mundo.

En las demás artes, sobresalieron poco los Romanos, siendo por punto general meros y aún malos imitadores, de algunos pueblos indígenas primero, y de los Griegos despues, si se exceptúa en la arquitectura, de la que nos han dejado verdaderas obras maestras.

LIBRO SEGUNDO.

REPÚBLICA ARISTOCRÁTICA.

LECCION III.

Principales acontecimientos desde la expulsion de los reyes hasta la caida del decemvirato.

1. *Causas que determinaron la caida de la monarquía, y carácter del gobierno que la sustituye.*—Ya se han hecho en la leccion anterior algunas indicaciones acerca de las causas inmediatas, por decirlo así, de la caida de la institucion monárquica en Roma, señalando como tales los crímenes y la tiranía de Tarquino el Soberbio, y los vicios y el carácter violento de su hijo Sexto que aspiraba á sucederle, sirviendo de pretexto para la revolucion el atentado de éste contra la honra de la virtuosa Lucrecia; pero las causas fundamentales é históricas que produjeron esta revolucion, si tal puede llamarse, están en la naturaleza y modo de ser y de desarrollarse los pueblos y las nacionalidades greco-italicas, de lo cual me ocuparé más adelante, dedicando aquí algunas líneas á reseñar la situacion política de las dos clases de ciudadanos que formaban la sociedad romana, y las modificaciones introducidas por el nuevo orden de cosas, con lo cual quedará tambien determinado en parte el ca-

rácter del gobierno que substituyó á la antigua forma monárquica.

Tres son los principales puntos que en mi sentir deben examinarse: *a)* situacion del patriciado en los últimos tiempos de la monarquía; *b)* situacion de la plebe; *c)* modificaciones que la revolucion introdujo.

a) Servio Tulio había dado un rudo golpe á las prerogativas de los patricios, estableciendo la Asamblea de las Centurias y los comicios plebeyos por tribus; su sucesor anuló estas reformas, pero suprimió tambien de hecho (como en otro lugar hemos visto) la Asamblea patricia de los Curias, imponiendo su autoridad absoluta é igualando en esta relacion á todos los Romanos. Tenemos, pues, que los patricios se hallaban reducidos á la nulidad política, siquiera esto no fuese más que una crisis pasajera.

b) En cuanto á los plebeyos poco habían perdido, porque poco tenían que perder, pues si bien es cierto que algunos de sus miembros habían sido admitidos en la Asamblea patricia, además de que en ella no tenían voto y era escasa la participacion que se les daba en sus deliberaciones, ya cuidarían los patricios que fuesen elegidos con preferencia aquellos individuos que fueran más afectos á su clase y tuviesen tendencias más conservadoras y ciertas aspiraciones por sus riquezas. Sin embargo, no podían tampoco los plebeyos resignarse á sufrir el yugo de la tiranía, y estaban dispuestos á aprovechar la primera ocasion que se les presentase para recobrar su antigua libertad y aumentar, hasta donde fuese posible, sus derechos.

Tal debió ser la situacion de ambas clases cuan-

do sobrevinieron los acontecimientos á que ántes nos hemos referido.

c) Es indudable que, para que les ayudasen eficazmente en su empresa revolucionaria, debieron los patricios prometer á los plebeyos alguna participacion en el gobierno, y en general más intervencion en la gestion de los negocios públicos, promesa que despues no cumplieron sino á medias, y esto cuando se vieron obligados por una necesidad imperiosa.

En efecto, al establecerse el nuevo órden de cosas, apenas si se tuvo en cuenta más que el interés de la clase noble. El gobierno de los cónsules puede decirse que era una especie de doble monarquía electiva y anual, cuyos jefes habían de salir del seno de las familias patricias, y cuyas atribuciones apenas se diferenciaban de las de los reyes. El poder se hallaba proindiviso, por más que se dividiesen amigablemente ó por suerte las funciones civiles y militares que debía desempeñar cada cual, pero esto no era obligatorio, sino que gozaban ámbos de la plena soberanía. Esta no tenía, en un principio, límites marcados por la ley, ni siquiera en lo relativo al tiempo de su duracion, pues si el cónsul no abdicaba voluntariamente su cargo al terminar el año, no dejaban de ser valederos todos sus actos, si bien apenas hay dos ejemplos de que se diera este caso. En resúmen, si se exceptúa la consagracion sacerdotal y ciertas insignias exteriores, como la de no vestir toga de púrpura como los monarcas, no llevar hachas sus lictores (1), andar por la

(1) En un principio parece que los lictores del cónsul llevaban también hacha como los de los reyes en señal de que tenían

ciudad á pié como los demás ciudadanos, y la esencialísima de durar su inviolabilidad sólo el año de su cargo, en lo demás eran iguales á los reyes. Es verdad que se restableció en parte la constitucion serviana y comenzó á funcionar nuevamente la Asamblea de las Centurias; pero esto no fué tan beneficioso á los plebeyos como á primera vista parece, porque habiendo adquirido el derecho de ciudadanía, si dicha Asamblea de las Curias hubiese continuado siendo la rueda principal de la máquina del Estado, habría podido darse al gobierno cierta tendencia democrática, puesto que la gran masa de los ciudadanos pertenecían al orden plebeyo. Por eso restablecieron los patricios la votacion por centurias, dando tal vez con ello preponderancia al elemento patricio, que era ahora el que poseía más riquezas por las razones que despues veremos.

El Senado continuó siendo, en los primeros tiempos de la República, lo que había sido durante la monarquía, una especie de cuerpo consultivo, si bien despues fué adquiriendo mayor preponderancia, segun la iba perdiendo la primitiva asamblea del pueblo. Al verificarse la expulsion de los reyes parece que entraron en el Senado gran número de ciudadanos plebeyos, que se llamaron *conscriptos*; pero éstos asistían mudos á las deliberaciones, de suerte que no intervenían directamente en las resoluciones ni en la marcha de los negocios públicos; no hacían más que presenciar las deliberacio-

el pleno *imperium* hasta sobre la vida de los ciudadanos; pero se dice que, al dar Valerio Poplicola al pueblo el derecho de la *provocatio* sin la intervencion del magistrado supremo, suprimió esta insignia dentro de la ciudad, mas no en el ejército, donde el cónsul gozaba un poder sin límites.

nes y manifestar su opinion trasladándose de un punto á otro (1).

En suma, no pudiendo los plebeyos aspirar al consulado ni á ningun otro de los cargos públicos, siendo casi impotentes en la asamblea de las centurias, y no teniendo facultades para tomar parte activa en las deliberaciones del Senado, claro es que era poco ménos que nula su influencia política, y que, en sus primeros tiempos, la República romana fué puramente aristocrática; y como la gran masa de la poblacion la formaba la clase plebeya, explícanse fácilmente las grandes luchas entre ámbos órdenes, el uno por conseguir los derechos á que se juzgaba acreedor, el otro por conservar la inmunidad de sus privilegios.

AMPLIACION. Aunque es muy difícil concretar las causas fundamentales de la abolicion de la monarquía en Roma, expondré aquí sobre este punto algunas generalidades, que es á lo que se limitan la mayor parte de los historiadores que de ella se ocupan.

En primer lugar, es un hecho constante en todos los pueblos greco-italianos de los primeros tiempos el de comenzar su constitucion política por una especie de monarquía semipatriarcal, que les daba cierta unidad, indispensable de todo punto para poner á salvo la propiedad, la libertad y hasta la vida individual en aquel período de barbarie en que sólo se respetaba la superioridad de la fuerza bruta; pero en cuanto el pueblo adquiría cierto grado de poder y consideraba asegurada su independencia, tendía á emanciparse de aquella especie de tutela, que se le hacía tanto más insoportable,

(1) Esto hizo que los patricios los llamasen, por desprecio, *senatores peditii*.

cuanto el tutor mostraba más interés en conservar-la ó cuanto más abusaba de los poderes que las circunstancias históricas le habían conferido en una época determinada, resultando de aquí la consiguiente lucha moral y á veces material, que terminó en todas partes, cumpliéndose la ley histórica del progreso humano, con la caída de los monarcas despóticos y el establecimiento de otra forma de gobierno más conforme con las necesidades del tiempo. No había de dejar de cumplirse en Roma la marcha general de la historia. En un principio, necesitó unir todas sus fuerzas en la única forma entonces posible, y fundó la monarquía; pero consolidado su poder y asegurada su independencia, notó que había terminado aquélla su misión y que no respondía á las necesidades del tiempo y de las circunstancias, y quiso modificarla para satisfacerlas de este modo. Ensoberbecidos algunos monarcas, pretenden imponer su voluntad ó su capricho, luchando contra el curso natural de los acontecimientos, é indignado el pueblo, se levanta como un sólo hombre y derriba un trono. Es la contestación más sencilla, si es que no la única, á la cuestión al principio formulada.

Ahora bien, ¿cuál debía ser, y cuál fué de hecho, el carácter del gobierno que sustituyó á la forma monárquica? Si la causa esencial de la caída de los reyes había sido la de que la constitución antigua no respondía á las nuevas necesidades de una sociedad que se había modificado por completo, entrando en ella elementos nuevos y distintos de los primitivos, es evidente que las instituciones republicanas debían procurar satisfacerlas, no aspirando á conservar de lo antiguo sino lo que fuese indispensable para que la nacionalidad no perdiera su vigor, reparando por otra parte y en la medida posible todas las injusticias, y abriendo ancho campo á las legítimas aspiraciones de los nuevos individuos que habían entrado á formar parte del Estado. Todos se habían unido para abrirse camino, todos debían gozar de las ventajas que el nuevo

orden de cosas trajera consigo. Pero, en un principio, quiso aprovecharse de la revolucion realizada la clase patricia, la de las antiguas familias, excluyendo casi por completo al valioso elemento plebeyo, lo cual puso á Roma, en diversas ocasiones, al borde del abismo, decayendo su antiguo poder, hasta el punto de ser avasallada por el rey etrusco Porsena, de cuya postracion no se repuso hasta que cedió en sus intransigentes pretensiones la clase noble. Indispensable de todo punto es para la vida la oposicion que enjendra el movimiento en los seres orgánicos, estimula á obrar á los seres inteligentes, é impulsa á los partidos políticos á buscar soluciones y reformas salvadoras, pero cuando esta oposicion tiene un objeto egoista, y no repara en los medios que debe emplear para conseguirlo, en vez de contribuir á la salud y al desarrollo del organismo, produce la corrupcion que trae consigo la descomposicion y la muerte.

Para convencerse de que este exclusivismo egoista fué, la norma de los patricios en los primeros tiempos de la República, basta fijarse en lo que se ha dicho ya acerca de lo que era en realidad, el gobierno que vino á sustituir al de los Reyes, y en la conducta que siguió la clase noble.

Aunque ámbos órdenes habían contribuido igualmente á la revolucion, no por esto mejoró la condicion de los plebeyos. Ciertó que, en el mero hecho de apelar á ellos los patricios para derribar al tirano, habían reconocido la fuerza de esta clase y la necesidad que tenían de acudir á ella para llevar á cabo cualquier empresa importante, pero no lo es menos que se resistieron tenazmente á acceder á las legítimas aspiraciones de la plebe y se reservaron, no sólo la supremacía, que en cierto modo les correspondía de derecho, sino el exclusivo ejercicio de todas las funciones del Estado, luchando con una tenacidad sin ejemplo por impedir á la otra clase el acceso á los cargos públicos y defendiendo palmo á palmo el terreno cuando la fuerza de los acontecimientos les obligó á retirarse y á ce-

der al enemigo una parte del campo tan valerosamente disputado.

2. *Consecuencias inmediatas que trajo consigo la expulsion de los reyes respecto de la historia externa de Roma: guerras reales; guerras con los Volscos, Ecuos, Veyenses, etc.*—Habiendo conseguido Roma dominar durante el reinado de sus últimos reyes la mayor parte de los pueblos vecinos, y habiéndose apoyado aquéllos (sobre todo Tarquino el Soberbio) en éstos para imponer su autoridad absoluta en la ciudad, era natural que, al sacudir los Romanos el yugo de la tiranía á que habían tratado de sujetarlos sus últimos monarcas, hicieran lo mismo los pueblos sometidos, y hasta que trataran de vengarse auxiliando a Tarquino el Soberbio en sus pretensiones de restauracion, con objeto de debilitar el poder de su temible enemigo. Tal fué, sin duda, el motivo de las guerras llamadas *reales* y de las que sostuvo Roma con los referidos pueblos.

a) Cuande Tarquino tuvo noticia de la sublevacion de la ciudad, abandonó el sitio de Ardea y acudió al lugar del peligro á fin de sofocar la insurreccion; pero ya era tarde. El ejército hizo causa comun con los sublevados, y el rey se vió obligado á refugiarse en Cerea, ciudad de Etruria, con sus hijos Tito y Arunte. El malvado Sexto huyó á Gabies, donde fué asesinado por el pueblo, que vengó de este modo la traicion de que había sido víctima anteriormente. Era lo más natural que Tarquino protestase contra este acto que le privaba de lo que él creía sus derechos.

Habiendo fracasado la conspiracion que fraguaron en Roma los embajadores que el rey había

enviado á reclamar la devolucion de sus bienes, en cuya conspiracion entraban muchos jóvenes patri-cios y entre ellos los dos hijos del cónsul Junio Bruto, que fueron condenados á muerte por su mismo padre, apeló Tarquino á las armas, poniéndose al frente de los ejércitos de Tarquinia y de Veyes para hacer la guerra á Roma. La campaña se redujo á una sola batalla, en la que murieron Bruto y Arunte, y si bien quedó indecisa la victoria, abandonaron aquella noche los Etruscos el campo, y los Romanos se volvieron al dia siguiente á su ciudad é hicieron solemnes funerales á Bruto, por cuya muerte vistieron luto un año entero las matronas romanas (1).

Al año siguiente, no pudiendo Tarquino conseguir que le auxiliasen los Veyenses ni los de Tarquinia, recurrió á Porsena, jefe de la Confederacion de las doce ciudades etruscas, el cual se puso en marcha, sorprendió á Roma, que no logró tomar, segun los analistas romanos, merced á la heroica resistencia que Horacio Cocles hizo en la cabeza del puente Sublicio, deteniendo él sólo todas las huestes etruscas. Empero Porsena acampó en el Janículo y sitió la ciudad que estaba á punto de rendirse por hambre cuando la salvó, segun los historiadores latinos, un tal Mucio, apellidado despues

(1) Este era uno de los dos primeros cónsules elegidos por el pueblo al derribar la monarquía. El otro, Tarquino Colatino, esposo de Lucrecia, había hecho dimision y salido de Roma para no contravenir al decreto de expulsion lanzado contra la familia de los Tarquinos, á la cual pertenecía, siendo elegido para sucederle Publio Valerio, apellidado despues *Poplicola* (el amigo del pueblo), por haber dado la famosa ley *Valeria*, en virtud de la cual todo ciudadano condenado por un magistrado podía apelar al pueblo.

Scévola que asesinó al secretario del rey confundiendo con éste, metiendo despues su mano en el fuego y diciendo impasible, mientras aquella se asaba, que había 200 jóvenes como él juramentados para matar á Porsena, el cual, admirado y temeroso hizo la paz con Roma. Prescindiendo de la parte heroica ó legendaria de estos relatos, lo que hay de cierto es que, si el Etrusco no llegó á penetrar en Roma, lo cual es muy discutible, obligó á los Romanos á aceptar condiciones de paz poco honrosas, renunciando éstos á todas sus conquistas al otro lado del Tiber, y entregándole en rehenes 20 jóvenes de ámbos sexos.

Deshauciado tambien ahora por los Etruscos, dirigió Tarquino sus miradas á la Confederacion de las treinta ciudades latinas, que se declararon en su favor, y se dispusieron á marchar contra los Romanos. Estos, ora fuese por el convencimiento de que, en circunstancias excepcionales, deben los pueblos obedecer á un poder lo más concentrado posible, ora, como sostienen algunos, porque los plebeyos se negasen á tomar las armas si no se arreglaba ántes la cuestion de las deudas, es lo cierto que convinieron en nombrar un jefe con poderes absolutos y discrecionales, al que llamaron *Dictador*, recayendo el nombramiento á Tito Largio. Los Latinos parece que no se atrevieron entónces á romper las hostilidades; pero, á los dos años, vinieron á las manos los ejércitos de ambos pueblos en las orillas del lago Régilo, donde los Romanos, mandados por el dictador Postumio, consiguieron una brillante aunque sangrienta victoria sobre sus enemigos, muriendo en la batalla Tito, el único hijo que quedaba al poco afortunado Tarquino. Esta fué

la última tentativa de restauracion de este monarca, que murió al poco tiempo en Cumas, ciudad situada en la playa del golfo de Nápoles.

b). Mucho más peligrosas fueron las guerras sostenidas contra los pueblos vecinos, los Volscos, los Ecuos y los Etruscos, cada una de las cuales va acompañada de su respectiva leyenda.

Ya hemos visto que durante la monarquía había conquistado Roma una porcion de territorio y de ciudades pertenecientes á estos pueblos, que, al verla ahora dividida y debilitada por las facciones y luchas intestinas, se propusieron recobrar sus antiguos dominios.

Los primeros que salieron á campaña, fueron los Volscos, que no solamente lograron reconquistar todas sus posesiones, sino que se apoderaron de muchas ciudades latinas, y de algunas casi á la vista de Roma, como Labinium, Corioles, Labicum, etcétera, poniendo en grande aprieto á los Romanos. Con estas guerras se relaciona la célebre leyenda del patricio Cayo Marcio, apellidado Coriolano, por haber contribuido en primer término á la toma de Corioles, que á la sazón se hallaba ya en poder de los Volscos. Hé aquí la leyenda á que nos referimos: Como las incesantes guerras no habian dejado libres sino muy pocos brazos para dedicarse al cultivo de los campos, sobrevino la consiguiente escasez y carestía, y habiendo llegado de Sicilia algunos buques cargados de trigo, parece que Coriolano se opuso á que se distribuyeran á bajo precio al pueblo, si ántes no renunciaban los plebeyos al tribunado. Acusado por este atentado contra una institucion tan sagrada para los plebeyos, no quiso comparecer en juicio, porque sabía que

era segura su condenacion, y salió de Roma jurando vengarse de la ingratitud de sus compatriotas. Volviendo al poco tiempo á la cabeza de un poderoso ejército volsco, se apoderó de todas las ciudades latinas, y vino á acampar en la *Fossa Cluilia*, á cinco millas de Roma. No contando la ciudad con medios para resistir, por la confusion y el desorden que dentro reinaba, envió el Senado una comision de cinco patricios, para que procurasen aplacar al terrible Coriolano y hacer una paz decorosa; pero éste los recibió con gran dureza, imponiendo para la paz condiciones inadmisibles. Presentóse despues otra embajada más solemne, formada por los Pontífices, los Flámines y los Augures, todos vestidos con los hábitos sacerdotales, rogando á Coriolano, por todo lo más sagrado que para él hubiera, que accediese á hacer una paz honrosa para todos. El patricio los recibió con mucho respeto y consideracion, pero se mantuvo inflexible en cuanto á las condiciones impuestas. Parecía, pues, que la gloria de Roma estaba próxima á desaparecer ó pasar á las ciudades volscas; pero de otro modo lo tenía dispuesto el hado. La madre y la esposa de Coriolano, con sus hijos de corta edad, se pusieron al frente de una comitiva que se trasladó al campamento enemigo, asediando á su hijo con tales argumentos y tan tiernas súplicas, que éste se vió obligado á exclamar: «¡Oh madre mía, has salvado á Roma, pero has perdido á tu hijo!» En efecto, mandó levantar el campo y se volvió con su ejército al país de los Volscos, donde murió de allí á poco víctima de un tumulto popular.

Casi al mismo tiempo sostenía uno de los cón-

sules la guerra contra los Ecuos, cuyo ejército logró cortar la retirada y asediar al romano de tal modo que estaba ya á punto de rendirse cuando lo salvó Lucio Quincio Cincinato, que había sido nombrado dictador con este objeto, derrotando completamente á los Ecuos, que perdieron todas las ventajas anteriormente adquiridas.

Tambien esta guerra y este héroe tienen su leyenda. Segun ella, era Cincinato un labrador de modestísima fortuna aunque de origen patricio, el cual residía en el campo que él mismo cultivaba. Ya dos años ántes había sido cónsul, y ahora fué nombrado dictador por el Senado, como el único capaz de salvar al ejército y á Roma. Cuando los enviados por aquel alto cuerpo llegaron á su heredad, halláronle labrando, y en cuanto le comunicaron las órdenes de que eran portadores, se dispuso á marchar con ellos con la misma túnica que tenía puesta; pero le obligaron con sus instancias á que vistiese la toga, pues le esperaba el Senado en corporacion fuera de la ciudad, y no era decoroso que se presentase de aquel modo. Luego que llegó á Roma, y despues de las ceremonias correspondientes, eligió su jefe de la caballería, convocó al pueblo en el Forum, y ordenó que aquella misma tarde acudiesen al campo de Marte todos los hombres capaces de tomar las armas, y que llevasen víveres para cinco dias. Verificáronlo así, y el dictador dió en seguida la orden de marcha con tal rapidez, que llegó ántes de media noche al Monte Algido, donde los Ecuos tenían sitiado al ejército del cónsul. Despues de cerciorarse bien de las posiciones que ocupaba el enemigo, rodeó su campamento y lo atacó tan denodadamente, auxi-

liado por el ejército consular que acudió al oír y reconocer las voces de sus hermanos, que á la mañana siguiente se vieron los Ecuos obligados á rendirse, pasando todo su ejército bajo el yugo. De este modo salvó Cineinato á Roma y redujo á la impotencia á su más temible enemigo en ménos de veinticuatro horas, siendo recibido en la ciudad con grandes aclamaciones, volviendo al poco tiempo á su campo á continuar, como ántes, cultivando sus tierras.

En cuanto á las guerras con los Sabinos fueron ménos importantes, porque apenas si opusieron resistencia á la dominacion romana, ora porque fueran extendiéndose h́cia la parte meridional, cuyo país era más fertil, y más sano y benigno el clima. El único incidente notable que ofrecen estas luchas, fué el hecho de apoderarse el sabino Apio Erdonio una noche del Capitolio, con una banda de desterrados y fugitivos, llamando á los esclavos á la libertad y poniendo á Roma en grave apuro; mas no pudo resistirse por mucho tiempo contra el valor de los Romanos, que lograron tomar por asalto la fortaleza, no sin costar la vida á muchos de los sitiadores, entre ellos al cónsul Publio Valerio.

3. HISTORIA INTERNA DURANTE ESTE PERIODO.—*Necesidad de la lucha entre patricios y plebeyos.*—Las guerras á que nos hemos referido en el párrafo anterior, y la especial constitucion de la sociedad romana, habían de traer consigo necesariamente luchas y rivalidades intestinas. Una sociedad compuesta de dos clases, y en la que la más numerosa y la que contribuye con todos los recursos que se le exigen, apenas si disfruta derechos ni consideracion social en comparacion de la otra clase, que

la desprecia hasta el punto de prohibir *absolutamente* las uniones matrimoniales, y todo lo que en la vida civil tiende á estrechar los lazos union entre ámbos órdenes; en la que la clase privilegiada acosa y persigue á la otra de lá manera que en Roma perseguían los patricios al infeliz plebeyo que se veía precisado á contraer con ellos deudas para atender á las necesidades de la vida, es la lucha una consecuencia lógica y necesaria, como es tambien una ley histórica la decadencia, si es que no la desaparicion de la primera y el predominio de la segunda; y esto es lo que sucedió en Róma, en donde los plebeyos fueron conquistando palmo á palmo el campo del poder político y de la igualdad civil de que ántes se hallaban privados.

4. *Creacion de la Dictadura é institucion del Tribunalado.*—Veamos, ante todo, cuál era en esta epoca la situacion de ámbos órdenes, y las causas inmediatas de las primeras reformas. En primer lugar, los plebeyos poseían, por punto general, escasa fortuna, y cultivaban por sí mismos su hacienda. Lo contrario sucedía á los patricios, que, además de las propias, cultivaban por medio de sus clientes y algunos esclavos las tierras del Estado, pagando algunas veces un tributo insignificante. Por otra parte, los plebeyos tenían generalmente sus pequeñas posesiones léjos de Roma. El resultado natural de esto fué que, en las primeras guerras que los Romanos tuvieron que mantener despues de la expulsion de los reyes, además de que los plebeyos no podían cultivar sus tierras y veían con frecuencia taladas sus posesiones por el enemigo, tenían que atender á los gastos de armamento, etc., viéndose por tanto, obligados á con-

traer muchas deudas con un interés bastante subido. Mientras los patricios temieron que los Tarquinos pudieran derribar su naciente república y restablecer la monarquía, guardaron muchas deferencias al orden plebeyo, pero cuando, perdida la causa del tirano, ya no tuvieron que temer nada por este lado, comenzaron á asumir todas las atribuciones del poder y á perseguir á los plebeyos por causa de las deudas, llegando al extremo de encarcelar y mortificar cruelmente aun á los más honrados y valientes soldados. Estalló, pues, el descontento popular, precisamente cuando los Volscos habían verificado una incursión en el territorio romano; y negándose los plebeyos á tomar las armas, tuvo el cónsul Servilio que dar un edicto, ordenando que ningun ciudadano pudiera ser encarcelado ni perseguido por las deudas durante la guerra, y prometiendo al mismo tiempo que se arreglaría todo al terminar la campaña; pero al volver triunfante, y pedir el cumplimiento de la promesa, se negó el Senado á hacer concesion alguna. Aumentó con esto la cólera de los plebeyos, y cuando al poco tiempo volvió el enemigo á devastar la campiña de Roma, se negaron en absoluto á alistarse para el ejército. Entónces se vió obligado el Senado á recurrir á esa magistratura extraordinaria, que asumía todos los poderes del Estado, cesando en el acto los demás funcionarios incluso los cónsules, á fin de dar mayor unidad á todos los elementos utilizables encircunstancias excepcionales. El magistrado elegido para este cargo se llamaba Dictador (V. pág. 80) y su poder no debía durar legalmente más de seis meses, tiempo que se consideraba suficiente para zanjar las dificultades que se opu-

sieran á la marcha regular de los negocios (1).

Para dar á la plebe garantías de que ahora se arreglaría con seguridad la cuestion de las deudas, designaron como dictador á Marco Valerio, descendiente del gran Poplicola; mas sucedió exactamente lo mismo que ántes: los plebeyos se alistaron, y fueron vencidos los enemigos; pero al pedir el dictador que se arreglase lo de las deudas, el Senado se opuso abiertamente, y aquél dimitió su cargo, protestando ante los dioses y ante los hombres que no era suya la culpa si faltaba á la palabra empeñada. Entónces fué cuando tuvo lugar la famosa *secesion* del pueblo romano, retirándose el ejército y casi toda la plebe á una colina al N-E de Roma, y á una legua de distancia próximamente,

(1) No hay que confundir la causa ocasional, por decirlo así, de la creacion de la dictadura, con la causa real é histórica. La primera es siempre un hecho concreto y determinado en el tiempo; la segunda es una necesidad general, sentida quizá por todos, pero no comprendida probablemente por ninguno en aquel momento histórico, necesitando por esto un acontecimiento extraordinario, una causa ocasional que provoque la realizacion de una reforma exigida por las necesidades de un pueblo ó de una época. En el origen de los pueblos, al formarse las nacionalidades, es indispensable de todo punto la unidad de pensamiento y de accion. Por esto tendió en Roma la monarquía á sobreponerse al dualismo de las clases estableciendo una especie de absolutismo; por esto la República, proclamada sin duda prematuramente á consecuencia del despotismo de un rey tirano, apeló á la creacion de un dictador, que se sobrepusiera, cuando lo exigieran las circunstancias, al dualismo social de las clases, y destruyera el dualismo político del consulado. Por lo demás, no hay que decir que esta magistratura era esencialmente militar. Creábase, por punto general, en tiempo y con motivo de la guerra, su duracion era de seis meses, es decir, el tiempo ordinario de una campaña, cesaba el derecho de apelacion al pueblo sin el consentimiento del magistrado supremo, etc., etc. Empero dicha magistratura no fué inventada en Roma, sino que la tomaron probablemente los Romanos de ciudades latinas y principalmente de Alba.

que fué despues el Monte Sagrado de los plebeyos, en donde se propusieron fundar una nueva ciudad y dejar solos en Roma á los patricios. Comprendiendo éstos el gran riesgo que corrían sino lograban que aquellos desistiesen de su propósito, les enviaron muchos emisarios para disuadirlos, lo cual no pudieron conseguir, hasta que fueron Tito Largio, Marco Valerio y Menenio Agripa. Este les refirió la famosa fábula del Estómago y de los Miembros (1), con lo cual consiguió que entrasen en negociaciones. Las peticiones formuladas por los plebeyos para transigir se reducían á las siguientes: 1.^a que se perdonasen las deudas á los que no tuviesen medios de pagarlas; 2.^a que se pusiesen en libertad á los que por esta causa se hubiese reducido á prision ó á la esclavitud; 3.^a como garantía para el porvenir, se habían de nombrar, entre los de su orden, dos magistrados (2) cuyo objeto principal fuera defender los intereses de sus representados, y cuyas personas fuesen sagradas é inviolables.

(1) Véase el contenido de la fábula á que se alude en el texto: «En los antiguos tiempos, les dijo, cuando todos los miembros del cuerpo pensaban por sí mismos, y cada cual tenía una voluntad propia, resolvieron, por unanimidad, revelarse contra el estómago. Decían los miembros que no veían la razón por qué ellos debían trabajar desde por la mañana hasta la noche, mientras el estómago permanecía muy tranquilo en la indolencia y engordando á costa de sus fatigas, y convinieron en no alimentarlo por más tiempo. Juraron los pies que no lo transportarían más á ninguna parte; las manos que no trabajarían; los dientes que no masticarían más manjares, aunque los colocasen entre ellos. Durante algun tiempo mantuvieron los miembros su firme resolución; pero no tardaron en comprender que, al mortificar al estómago, se mortificaban á sí mismos; comenzaron á languidecer y conocieron demasiado tarde que debían al estómago su fuerza para trabajar y hasta su energía para rebelarse.»

(2) Estos magistrados se llamaron Tribunos, porque los primeros nombrados fueron los *tribuni militum*.

A todo accedieron los patricios, con el secreto pensamiento de esterilizar estas reformas, como sucedió en un principio, mientras los Tribunos fueron elegidos en la Asamblea de las Centurias; pero cuando en vez de dos fueron cinco, y nombrados en los comicios de la plebe (por tribus), como veremos en breve, y adquirieron la terrible arma del *veto*, llamado derecho de *intercesion*, mediante el que cualquiera de ellos podía suspender toda ley, sentencia, decreto del Senado, etc., con sólo pronunciar esta palabra: *veto*, su influencia fué real y su poder extraordinario. Desde este momento, marcha la plebe á pasos de gigante á la igualdad civil y política con los patricios.

5. *Ley agraria de Espurio Casio. Ley Publilia.*— Empero el hecho de más trascendencia, el que sintetiza, por decirlo así, y es el gérmen de todas las grandes reformas que despues se intentaron y que fueron causa de tantas revoluciones y guerras civiles como gastaron las fuerzas y la energía de la poderosa República, fué la famosa *Ley agraria* de Espurio Casio.

A pesar de cuanto en contrario se ha dicho, la verdad es que las leyes agrarias eran justas y reclamadas por la naturaleza misma de la sociedad para la cual se proponían. No eran, como se ha supuesto, una especie de jubileo judío, que limitase el derecho de propiedad á un determinado tiempo, volviendo luego las tierras á ser patrimonio del Estado que las distribuiría de nuevo entre todos los ciudadanos, no; lo que las leyes agrarias proponían era, no sólo justo, sino también conveniente y útil para los mismos que con tanta tenacidad y obstinacion las combatieron. Veamos si nó los hechos.

Era costumbre general de los pueblos de la antigüedad, y sobre todo de los pueblos italianos, confiscar el todo ó parte de las propiedades de los pueblos ó ciudades que conquistaban, viniendo á aumentar el patrimonio comun del Estado conquistador. En Roma, unidos estos terrenos á las propiedades confiscadas á los reyes despues de su expulsion, formaban extensos prados ó dehesas, cuya mayor parte se distribuyeron los patricios, destinándolos en un principio á pastos para sus ganados, y pagando algunas veces, como en otro lugar indicamos, un pequeño censo ó cánon al Estado; cánon que, como los patricios monopolizaron por mucho tiempo el gobierno de la República, fué cayendo en desuso, hasta que llegaron á considerar como una propiedad legítima lo que en realidad era usurpado. Ahora bien; como las familias patricias eran pocas relativamente á las plebeyas, y como las conquistas iban aumentando extraordinariamente, resultó que aquellas enormes masas de la plebe, no pudiendo aumentar su patrimonio bajo ningun concepto y creciendo de dia en dia su número, se entregaban á la holganza y á todos los excesos que ésta trae consigo, y más cuando va unida á la miseria. Por otra parte, aumentando extraordinariamente los patricios su patrimonio á espensas del Estado, y sirviéndose del trabajo de sus clientes primero, y del de sus esclavos después, cuando no había guerras, se consumían en la inacción y se enervaban entregándose los más á la crápula y al vicio. Tal fué, sin duda, la causa principal de tantas rivalidades, desórdenes, revoluciones y guerras civiles como trabajaron á Roma desde mediados del siglo III hasta principios del siglo VIII

de su era; tal la razon porque muchos patriotas ilustres, comprendiendo el origen y la trascendencia del mal, se propusieron cortarlo de raíz proponiendo medidas salvadoras; pero el intransigente exclusivismo de los patricios respecto de los plebeyos primero, y el de los Romanos (lo mismo patricios que plebeyos) respecto de los italianos y provinciales despues, fueron minando lentamente los cimientos de aquella sociedad hasta dar en tierra con las instituciones republicanas, sobre cuyas ruinas se levantó el degradante Cesarismo, en cuyas manos pereció la gran civilizacion de la Edad Antigua (1).

Hechas estas brevísimas indicaciones y con los antecedentes expuestos, pasemos á ocuparnos de la primera reforma propuesta en este sentido, de la Ley agraria de Espurio Casio. Era éste un ciudadano patricio, quizá el más ilustrado de su tiempo, que había ya sido elegido tres veces cónsul y era decidido partidario de la plebe. Propuso en la asamblea del pueblo que se midiesen los terrenos del Estado, y que, dejando una parte de ellos á censo á los ricos, se diesen lotes á los ciudadanos pobres, que carecían de ocupacion, para que se dedicasen á la agricultura, fomentando de este modo la riqueza general y la fortuna privada. Esperaba que la justicia de su peticion se sobrepondría á las pasiones de los partidos y sería apoyada por la gran mayoría del pueblo; pero se engañó por completo, porque

(1) Me ha parecido oportuno hacer aquí esta digresion, para demostrar la grande importancia de las leyes agrarias, que constituyeron casi siempre el fondo de las principales reformas propuestas por los jefes del pueblo, y que dieron margen á frecuentes revoluciones.

la nobleza se levantó como un solo hombre, y uniéndosele los plebeyos ricos, promovió una terrible cruzada contra el cónsul, haciendo correr la voz de que aspiraba á ganarse el afecto de las masas ignorantes para restablecer el poder monárquico. Acusósele, pues, de traicion, y abandonado por el pueblo, fué condenado á la pena capital, muriendo sin duda víctima de la malicia y del ódio de los nobles y de la imbécil credulidad del populacho. ¡Tal ha sido y será, por regla reneral, el destino de todos los hombres generosos que sacrifican su tranquilidad y bienestar por aliviar la suerte de la muchedumbre! «Con este hombre, dice un ilustre historiador, se enterró la ley agraria; pero de su tumba salió un espectro, que los ricos veían levantarse á cada paso delante de ellos, hasta que por último dió en tierra con la República á consecuencia de las luchas intestinas, cuya era comenzó desde entónces» (1).

No obstante ésto, los plebeyos continuaron sus progresos en la cuestion política, á pesar de la terrible oposicion que les hacían los patricios. Es verdad que el tribuno Gneo Genucio, que osó pedir cuenta á los consulares, amaneció asesinado en su propio lecho el dia que había de verificarse la acusacion; pero este hecho contribuyó á que se encenasen más los ódios, á hacer más profunda la division de las dos clases, á que los plebeyos se impusieran á los patricios en la votacion de la *Ley Publilia* (2), que disponía entre otras co-

(1) Mommsen, *Historia de Roma*, tomo II, páginas 56-57 (de la version castellana).

(2) Mommsen, *l. c.*, asegura que fué un simple plebiscito.

sas que los tribunos fuesen elegidos por la asamblea plebeya de las tribus (*comitia tributa*), en vez de serlo, como ántes, por la de las *curias*. No se sabe si fué entónces tambien ó había sido ántes, cuando se elevó á cinco el número de los tribunos; lo cierto es que ya en este tiempo habían adquirido los plebeyos una importancia política considerable.

6). *Ley Terentila; el Decemvirato*.—Había, pues, variado mucho la situacion legal de ambos órdenes; pero mientras no se fijase ésto á fin de que todos se atuviesen á lo que las leyes determinasen, no era fácil restablecer la tranquilidad pública. Era, por tanto, indispensable formar un código que fijara las relaciones civiles y políticas entre los ciudadanos, y sobre todo entre los patricios y los plebeyos. Tal fué el objeto de la proposicion del tribuno C. Terentilo Arsa para que se nombrasen comisionados que estudiasen bien la situacion, las leyes y las costumbres, y redactasen un código. El proyecto del tribuno encontró en los patricios una ruda oposicion por espacio de ocho años, obstinándose el pueblo en nombrar siempre los mismos representantes, y éstos en reproducir y sostener el proyecto de Terentilo, hasta que al fin tuvieron que ceder los patricios, y, de comun acuerdo, nombraron una comision de tres individuos (*triumviri*) que fuesen á Grecia á estudiar las principales instituciones debidas á Licurgo, Solon y demás legisladores célebres con objeto de que sirviesen de base para la obra que se proponían llevar á cabo (1).

(1) Algunos autores niegan el hecho de que tal comision fuese á Grecia con el objeto indicado; otros dicen que hay da-

Los enviados volvieron á los tres años, habiendo cumplido fielmente su cometido, y dando tregua á las discordias intestinas, se convino en que cesasen todas las magistraturas ordinarias, y se nombrasen diez comisionados (*decemviri*) que se encargasen del gobierno y de la administracion del Estado, casi con poderes discrecionales, y redactasen un código de leyes. Aunque todos eran patricios, uno de los principales. Apio Claudio, era de carácter enteramente opuesto al de su padre y abuelo, mostrándose patrono y defensor de la plebe. Los decemviro cumplieron escrupulosa y justamente con los deberes de su cargo, redactando además el código cuyas prescripciones se mandaron grabar en diez tablas y fijarlas en el Forum donde pudiesen leerlas todos los ciudadanos, procediéndose despues á ratificarlas y á convertirlas en leyes. La tendencia general de las disposiciones del código, era la de hacer igualas ante la ley á todos los ciudadanos sin distincion de clases. Al espirar el año, hicieron los decemviro dimision de sus cargos, pero faltando aun por terminar algunas leyes complementarias se procedió al nombramiento de los que habían de sustituirlos y acabar la obra comenzada, como sucedió en efecto redactando otra porcion de disposiciones que se fijaron en otras dos tablas y formaron todas el célebre código de las Doce Tablas, que fué sin duda la base de la legis-

tos suficientes para afirmar la realidad de esta expedicion; pero que no fué más que un pretesto ó un expediente inventado por los patricios para diferir el cumplimiento de los deseos de la plebe. Creo que estos últimos son los que están en lo cierto. (V. más adelante pág. 103)

lacion romana. Empero los nuevos magistrados no cumplieron tan bien como los primeros, pues el único hombre de verdadero mérito que entre ellos había era Apio Claudio, que había sido reelegido, el cual ejerció una especie de soberanía, y creyéndose ya omnipotente dió rienda suelta á sus pasiones, manifestando el mismo carácter que sus ascendientes, y se propuso perpetuar aquella forma de gobierno, y perpetuarse él mismo en el mando.

7). *Caida del Decemvirato.*—Al proceder los decemviros de este modo, procurando prorogar por sí mismos el tiempo de su cargo bajo diversos pretextos, es probable que no obedecieran sólo á móviles personales, y fueran más bien un instrumento de los patricios, que temerían sin duda que, al restablecerse el gobierno consular, quisiera el pueblo que se restableciese tambien el tribunado. El hecho es que los decemviros continuaron despues de terminado el año de su cargo, y que el pueblo se sometió sin gran resistencia. Levantóse una leva, y formáronse dos ejércitos que fueron enviados contra los Sabinos y las Volscos que habían roto las hostilidades contra Roma. Estando en esta guerra, fué asesinado en el campamento, por instigacion de los decemviros, el antiguo tribuno *Lucio Siccio Dentato*, el soldado más valiente del ejército que había peleado en 120 batallas, mostraba en su cuerpo 45 cicatrices de otras tantas heridas recibidas todas de frente, había dado muerte en combate singular á 8 enemigos y salvado la vida á 14 ciudadanos. Este asesinato indignó mucho al ejército y á la plebe, aumentando el encono que ya inspiraba la tiranía de Apio Claudio y sus colegas. Coincidió con esto el hecho escandaloso que Apio quiso

cometer con Virginia (1). La medida estaba colmada y estalló una de las revoluciones más violentas que presencié Roma. Unidos el ejército y la plebe, se impusieron por completo á los decemvros y á los patricios, dando por resultado la caída de los primeros, siendo acusados y condenados los dos más culpables, Apio Claudio y Espurio Oppio, que se suicilaron en la prision; los otros ocho fueron desterrados.

(1) Hé aquí el hecho tal como la leyenda lo refiere. En el ejército enviado contra los Volscos, había un centurion llamado Virgilio, el cual tenía una hija que apenas contaba 12 años, «hermosa como el sol,» y que estaba prometida al popular tribuno Icilio. Vióla Apio Claudio y concibió por ella una pasión tan violenta que se decidió á poseerla á toda costa. No pudiendo ser por medio del matrimonio (entre otras cosas porque las leyes de los Doce Tablas lo prohibían terminantemente entre individuos de familias plebeyas y patricias) se decidió á hacerla su esclava, teniendo como tenía el señor sobre el esclavo derecho de vida y honra, y siendo él el juez único que debía fallar el litigio, que, para llevar á cabo su plan, hizo que promoviese Marco Claudio, que era uno de sus clientes, con objeto de vindicarla como esclava suya y entregarla después á su patrono. Cumpliendo, pues, Marco las órdenes de éste, se apoderó de la joven al llegar ésta al forum con su nodriza. A los gritos y el natural escándalo promovido, acudieron algunos amigos de Virgilio, y no sospechando la trama, consintieron en que fuese llevada Virginia ante el tribunal del Decemviro, no abrigando duda alguna de que éste declararía que su cliente estaba equivocado; pero apenas Apio Claudio oyó al reclamante, decretó que se le *adjudicase la cosa* objeto del litigio, pero con la obligación de devolverla tan luego como la otra parte compareciese y probase que era libre, cuya sentencia era abiertamente opuesta á las leyes que el mismo Apio había compilado, y en las que se disponía que todo el que se hallase en posesión de la libertad, continuase libre mientras no se probase que era esclavo. Al oír la sentencia del Decemviro protestaron calurosamente contra su ejecucion Icilio y Numitor, tío, este último, de Virginia; y temiendo Apio Claudio un motin, consintió en dejarla en su poder con tal que le respondieran que á la mañana siguiente la presentarían ante su tribunal, donde sería fallado el proceso sin apelacion, y manifestando, que si no comparecía Virgilio, sentenciaría el asunto segun derecho, declarando en rebeldía á una de las partes. Era su propósito, como

La caída del decemvirato fué el último golpe asestado á la preponderancia del patriciado en Roma. En adelante, lucha casi de igual á igual con el orden plebeyo, por más que siempre conservase cierta ventaja que le daba naturalmente la posición social de sus individuos, su ilustración superior y la fuerza de la tradición que tanto puede en los pueblos de raza latina.

RESÚMEN.

—

Siendo la constitución social y política de Roma, en la época de los primeros reyes, esencialmente aristocrática, ó mejor dicho, patriarcal, tuvo que modificarse necesariamente según variaban las circunstancias, terminando por venir á convertirse con el tiempo, y por la fuerza misma de los acontecimientos, en una monarquía absoluta y hereditaria. La aristocracia había perdido su

lo verificó, ordenar al decemviro jefe del ejército donde se hallaba Virginio, que le impidiese á toda costa que saliese del campamento; pero los enviados de Icilio y Numitor llegaron mucho antes que las órdenes de Apio Claudio, y el padre se presentó ante el tribunal á la hora convenida. Como la cuestión había llegado ya á conocimiento de las masas de la plebe, habían éstas ocupado desde muy temprano el Forum. Pero el decemviro no retrocedió en su empresa, y al ver allí á Virginio que tenía á su hija cogida de la mano, dispuso que pasara la hija á poder del reclamante mientras se fallaba el proceso de si era ó no libre. Viendo el centurion que no había medios licitos para salvar la honra de su hija de la tiranía de Apio Claudio, cojió un cuchillo y atrevesó de una puñalada el corazón de la jóven. El pueblo se quedó estupefacto ante aquella inesperada catástrofe; pero bien pronto aquel asombro se convirtió en ira, y comenzó á oirse ese sordo rumor que precede á las tempestades; y cuando el Decemviro mandó prender al padre para juzgarlo, protegió el pueblo su fuga hacia el campamento, y estalló el furor de las masas populares, terminando con la revolución á que en el texto se alude.

influencia, sin que las clases inferiores hubiesen ganado en el cambio de régimen; Roma se había constituido ya y tenía asegurada su nacionalidad; no había duda que, so pena de venir con la excesiva concentracion de la vida política á la atonía y languidez de los órganos del cuerpo social, y por consiguiente á la decadencia y á la muerte, se hacía indispensable un cambio ó una modificacion en el gobierno del Estado. Esto es lo racional y lógico, esto lo que hicieron todos los pueblos itálico-helénicos al hallarse en análogas circunstancias, y esto lo que sucedió en Roma y la causa esencial de la caída de la monarquía, prescindiendo de las causas de momento ó de los hechos que suministraron la ocasion y el motivo para la revolucion, y á los que ántes hemos aludido.

Respecto al carácter del gobierno que substituyó al monárquico, fué una especie de diarquía ó doble monarquía, si vale la expresion; pero algo restringida en poder y en atribuciones, y limitada su duracion al tiempo de un año. Los plebeyos ganaron, en un principio, en consideracion al ménos; pero pronto vino á degenerar el gobierno en una república puramente aristocrática, en una oligarquía, que los vejó y oprimió mucho más que los reyes; mas como la plebe formaba la gran masa de la poblacion y era indispensable su concurso para el fomento de la riqueza agrícola y para tener á raya á la infinidad de enemigos que al derribar la monarquía se atrajo Roma, se vieron los patricios obligados á ir concediendo derechos á los plebeyos, hasta el punto de llegar un día ambos órdenes á la más completa igualdad ante la ley.

2. Derribada violentamente la monarquía, es natural que sus partidarios, y sobre todo el rey destronado, apelasen á todos los medios para restablecer su autoridad, ocasionando esto disturbios y sangrientas guerras, que pusieron á prueba el valor y la fé, quizá instintiva, del pueblo romano en los grandes destinos que le estaban reservados.

En efecto, habiendo fracasado una conspiracion tramada por sus enviados á reclamar sus bienes—y en la que entraba lo más florido de la juventud patricia, sin duda por afecto personal á los hijos de Tarquino,—peló éste á las armas, y, auxiliado por los ejércitos de las ciudades de

Tarquinia y de Veyes primero, por Porsena despues, y por último por las ciudades latinas, hizo cruda guerra á los Romanos, aunque con escasa fortuna y sin provecho para su causa. En estas guerras murieron sus dos hijos Arunte y Tito, el primero en un combate singular contra Bruto, y el segundo en la batalla del Lago Regilo, y habiendo muerto tambien el infame Sexto en una insurreccion en Gabies, no tenía ya Tarquino interés ni medios de continuar la guerra, y se retiró á Cumas, ciudad situada en el golfo de Nápoles, donde murió al poco tiempo.

Empero durante estas guerras había perdido Roma la especie de supremacía que ejerciera sobre los pueblos vecinos, que viéndola debilitada á consecuencia de ellas y de las discordias intestinas que á la vez surgieron, sacudieron unos el yugo, y otros, que eran independientes, levantaron poderosos ejércitos con los que amenazaron seriamente la autonomía y aún la existencia de la futura metrópoli del mundo civilizado. Tales fueron las guerras de los Volscos, las de los Ecuos, Etruscos, etc., algunos de cuyos pueblos conquistaron casi todas las ciudades latinas sujetas á Roma, y redujeron á ésta al recinto de sus murallas, ó cuando más, al de algunas millas del territorio situado al Sudéste y Sudoeste.

3 y 4. Las continuas guerras que Roma venía sosteniendo, la manera de ser de aquella sociedad, la falta de las cosechas por no haber podido sembrar, ó por haber talado los campos el enemigo; hicieron que se dejaran sentir cada vez con más violencia la necesidad de reformas radicales en las instituciones. Habiéndose visto obligados los plebeyos á contraer deudas considerables para atender á su manutencion y armamento durante las guerras á que ántes me he referido, y siendo muy duras en Roma las leyes contra los deudores insolventes, cuando los patricios vieron asegurada la existencia de la república, comenzaron á molestar y vejar á los plebeyos, hasta el punto de dar lugar á que estos se negasen á tomar las armas cuando apareció el enemigo en territorio romano, si no se les perdonaba una parte de las deudas y se les daban garantías de que no serían nuevamente maltratados. Esto dió origen á que se crease una magistratura extraordinaria que, en tiempos anormales, asumiese todos los

poderes de la República y ejerciera sobre todas las clases una autoridad absoluta. El magistrado (que era nombrado por uno de los cónsules) se llamaba *Dictador*. Su poder sólo duraba seis meses. Empero si esta reforma llenó las necesidades del momento, no satisfizo las aspiraciones de la plebe, que continuó en un estado deplorable, hasta que, convencidos de la absoluta intransigencia de los patricios, que sólo cedían aparentemente en los momentos de peligro, volviendo de nuevo á su obstinada resistencia tan luego como aquel pasaba, se verificó la famosa *secesion* del Monte Sagrado, retirándose la plebe y el ejército de Roma, y empeñándose en fundar una nueva ciudad, y sólo cedieron de su propósito cuando se les perdonaron las deudas y se les dieron sólidas garantías para el porvenir, con la institucion de los *Tribunos*, funcionarios de su orden, cuya mision principal era oponerse á todas las disposiciones que creyesen perjudiciales á los intereses de los plebeyos.

5. Otro de los grandes acontecimientos de aquel tiempo, fué la famosa *Ley agraria* de Espurio Casio. Viendo éste que existían en Roma muchos pobres cuyos brazos podían utilizarse en el fomento y desarrollo de la agricultura, y habiendo muchos terrenos públicos incultos en su mayor parte y que los patricios aprovechaban para pastos de sus ganados, propuso Espurio que se determinasen ó deslindasen los terrenos que eran del Estado, se distribuyese una parte de ellos en pequeños lotes á los ciudadanos pobres y se diese la otra á censo á los patricios ricos. Por conveniente y trascendental que fuese esta reforma, por buenos y loables que fueran los propósitos de Espurio Casio, se le hizo una guerra encarnizada por los nobles que llegaron hasta acusarle de aspirar con sus reformas á embaucar á las masas para proclamarse rey, y fué condenado á muerte, sin que los plebeyos hicieran esfuerzo alguno por salvarle. Tambien se aprobó al poco tiempo la *Ley Publilia*; que disponía que los tribunos fuesen elegidos en los comicios plebeyos por tribus.

6. Aunque había variado mucho la situacion de la plebe con las grandes reformas que habían coneguido introducir en la Constitucion; aunque se habían dado ya algunos pasos hácia la igualdad civil, sin embargo, como los

patricios eran, sino los únicos que conocían la ley, si los únicos encargados de interpretarla y aplicarla, reinaba una gran perturbacion en todo. Comprendiendo el tribuno Terentilo Arsa que todo esto procedía principalmente de la falta de un código de leyes escritas, que deslindasen claramente las atribuciones de los magistrados y los derechos de los ciudadanos, propuso que se nombrase una comision encargada de llevar á cabo esta notable reforma. Como puede suponerse, los patricios se opusieron tenazmente á que se aprobara dicho proyecto; pero al cabo de muchos años de lucha, fué aprobada la Ley Terentila, y se dice (aunque no faltan autores que combaten esta afirmacion) que se nombraron tres ciudadanos para que fuesen á Grecia á estudiar las mejores instituciones de aquel pueblo y las leyes de Licurgo, Solon, etc. A su vuelta se eligieron para la reaccion del Código diez magistrados llamados *Decemviro*s, que se encargaron además de la administracion y gobernacion del Estado con un poder absoluto. No habiendo terminado sus tareas en el primer año, se eligieron nuevos decemviros, entre los cuales los había que pertenecían al órden plebeyo, pero siendo el jefe, y el único de gran capacidad entre ellos, el patricio Apio Claudio, que había sido reelegido. Al espirar el año de su cargo, aunque ya habían dado las Doce Tablas,—que son como la base de la legislacion romana,—quisieron continuar en el poder con diversos pretextos, y tal vez el pueblo los hubiera tolerado; pero el infame proceder de Apio Claudio que se empeñó en deshorrar a Virginia hija de un centurion plebeyo, hizo que el pueblo se sublevase y los arrojase del poder, acusándolos y condenando á muerte á los dos jefes, Apio Claudio y Espurio Oppio, siendo desterrados los ocho restantes. Aunque no es fácil aducir pruebas evidentes del hecho, creen muchos que los patricios auxiliaban á los Decemviros en su empresa, temiendo que á su salida quisieran los plebeyos restablecer la institucion del tribunado, que aquéllos tanto odiaban y temian.

LECCION IV.

Luchas entre patricios y plebeyos hasta conseguir la igualdad de derechos.—Guerras con diferentes pueblos hasta la completa sumision de toda la Peninsula.

4. *Nueva situacion formada á la caida del Decemvirato. Exámen de las Doce Tablas.*—Así como la expulsion de los monarcas redundó, en un principio, casi exclusivamente en favor de la clase patricia, así tambien la caida del Decemvirato fué especialmente favorable á los plebeyos, que llegaron en pocos años á obtener la tan codiciada igualdad ante la ley con sus rivales los patricios. No vaya sin embargo á creerse que esta igualdad era real y práctica; en Roma sucedió lo mismo que sucede en los pueblos modernos, si bien es natural que hoy ocurra con ménos frecuencia: existe la igualdad en la letra de los códigos, pero esta suele ser muy á menudo letra muerta cuando el que delinque, defiende ó demanda una cosa es un hombre poderoso, el cual halla casi siempre medios para evadir, cuando así le conviene, si es que no puede hollar lo preceptuado por las leyes. Sin embargo, consignándose en el código de las XII Tablas las conquistas hechas por la plebe en el terreno de los derechos civiles y políticos, y determinando con alguna claridad lo que en cada caso debe hacer ó de lo que debe abstenerse el ciudadano y el magistrado, es evidente la ventajosa situacion actual de los plebeyos con relacion á la anterior incertidumbre é indecision en que se hallaba cuando todo de-

pendía de la voluntad del magistrado patricio que era el único á quien competía el conocimiento del proceso y la interpretacion y aplicacion de las leyes, si tal pueden llamarse á las instituciones, por punto general consuetudinarias, por las que se regía la sociedad romana ántes de la compilacion de las XII Tablas, de las que voy á hacer, hasta donde esto es posible, un brevísimo exámen crítico.

Hay que confesar, en primer lugar, que son bastante incompletos los fragmentos que de aquel código nos restan, sacados, en su mayor parte, de las compilaciones de Justiniano, por jurisconsultos tan notables como Jacobo Godofredo (1), Vico, Bouchaud (2), Cristian Haubold (3), Dirksen, etc. etc., que han hecho notabilísimos trabajos críticos en los que combaten unos la especie de la comision enviada á Atenas para estudiar las instituciones de aquel pueblo, y por tanto la influencia del derecho griego en la compilacion de las XII Tablas, y otros le dan ménos importancia de la que los antiguos le concedían.

(1) Jacques Godefroy, jurisconsulto genovés que floreció en la primera mitad del siglo XVII (de 1587 á 1162), desempeñó en su país cargos importantísimos en la enseñanza y en la política. Sus obras más notables son: *Quator fontes juris civilis, sive leges XII Tabularum, cum earumdem historia, etc.*, *Codex Teodosianus, cum amplissimo commentario, etc.* etc.

(2) Bouchaud, jurisconsulto francés que floreció en el siglo pasado (de 1719 á 1804). Entre sus obras merecen especial mencion su *Comentario sobre la ley de las XII Tablas; sus Investigaciones sobre la policia de los Romanos en materia de caminos, calles y mercados; etc.*

(3) Cristian Teofilo Haubold, jurisconsulto aleman. Nació en Dresde en 1766 y murió en 1324. Ha contribuido con Hugo y Savigny á la fundacion de la escuela histórica en derecho. Fué profesor de la universidad de Leipzig, y escribió varias obras de derecho Romano, entre otras su *Historia juris romani*, y otras no ménos notables.

Por lo que por dichos fragmentos puede colegirse, los autores de las XII Tablas se limitaron á recopilar y dar cierto orden á las costumbres, leyes, etc., por donde se regían los Romanos, conservando en parte su dureza primitiva, y modificando algunas de ellas con arreglo á las nuevas exigencias de la época. En cuanto á la influencia de las instituciones griegas en las disposiciones de las XII Tablas, tal vez no tienen razon Vico y los que con él la niegan en absoluto; pero tampoco se nota en ellas la excesiva importancia que le han dado otros jurisconsultos, fundándose en que el aislamiento que entre patricios y plebeyos consagra este código, era el fiel trasunto del que reinaba en Grecia entre los Espartanos y los Ilotas, por ejemplo, como si no bastase el carácter exclusivista que desde los primeros tiempos mostraron dichas clases en Roma. Prescindiendo, pues, de la pequeña parte en que entrase en su formacion el elemento griego, pueden reducirse á tres los que contenían dichas leyes: 1.º El de las antiguas costumbres itálicas, en general rudas y feroces; 2.º las costumbres tiránicas de la aristocracia patricia; 3.º las sucesivas conquistas realizadas por los plebeyos.

2. *Continúan las guerras. Sitio de Veyes.*—Con las guerras contra los Volscos, Sabinos, etc. de que ya ántes se ha hecho mencion, conquistaron de nuevo los Romanos su perdida supremacía sobre estos pueblos. Solamente había uno, el de los Etruscos, que se mantenía pujante frente á la poderosa República. Veyes, que era quizá su ciudad más importante, podía considerarse como la rival de Roma. Era pues necesario de todo punto que una ú otra sucumbiera. Con motivo de una rebelion de Fide-

nes, ciudad sabina colonizada por los Romanos, la cual pidió y obtuvo auxilio de los Veyenses, comenzó la guerra decisiva entre dichos dos pueblos. Derrotados los Fidenates y los Etruscos, se sometieron los primeros, y los segundos pidieron una tregua que les fué concedida. Al espirar ésta, los Etruscos de Veyés pidieron auxilio á sus hermanos del Norte; pero temiendo éstos una invasion por parte de los Galos, no pudieron prestárselo. Roma hizo grandes aprestos militares, como quien se dispone á una lucha decisiva. Estalló al fin la guerra, que,—no atreviéndose los Veyenses á esperar á los Romanos á campo raso—se redujo á un prolongado asedio de diez años, en el que las milicias romanas, que ántes sólo permanecían sobre las armas durante la campaña de verano, tomaron ya el carácter de un ejército permanente, terminando tan obstinado sitio con la rendicion dela célebre ciudad etrusca á las legiones romanas mandadas por el dictador M. Furio Camilo, que hizo abrir una mina por la cual penetraron en la fortaleza. Después de la toma de Veyes, cayeron en poder de los Romanos otra porcion de ciudades, como Capena, Faleries, etc., con lo cual no tuvo Roma que temer que en la península pudiera disputarle ninguna otra ciudad la supremacía; pero un terrible é inesperado accidente colocó al Estado romano en la situacion más crítica de cuantas hasta entónces se había encontrado, y de la cual voy á ocuparme en el párrafo siguiente.

3. *Invasion de los Galos; batalla del Alia; toma y saqueo de Roma.*—Entre los pueblos de la raza celta,—que habitaba la parte occidental de Europa desde el Rhin hasta el Atlántico,—era el más podero-

so el de los Galos, que se extendía por casi toda la actual Francia, Bélgica y Norte de Italia. Diferenciábanse bastante de los pueblos de raza indo germánica, principalmente de los greco-italicos, tanto por sus caracteres físicos como por sus cualidades morales. Por su elevada y esbelta estatura, su rubia cabellera y sus ojos azules, contrastaban notablemente con los italiotas, que eran bajos, fornidos y morenos, así como el génio vivo y alegre de los primeros, su entusiasmo é impetuosidad en el ataque, su veleidad é inconstancia en todo, y su cobardía y su pánico cuando eran atacados, eran opuestos al carácter grave y sério de los segundos, á la firmeza y valor con que resistían los ataques del enemigo y las privaciones de todo género.

La clasificacion vulgar que los Romanos hicieron de los Galos, fué dividirlos en *Transalpinos* y *Cisalpinos*, segun que se hallaban á uno ú otro lado de los Alpes. Sucedió que, como pueblo inclinado por naturaleza á las aventuras y al bullicio, hacían los primeros frecuentes excursiones ó emigraciones al país de los segundos, lo mismo que hacía otros puntos diversos. Pues bien, en la época de que ahora me voy ocupando, parece que se habia verificado una de esas emigraciones, dirigiéndose una horda hácia Oriente, atravesando el Danubio, llegando hasta Grecia y yendo los restos á fundar un pequeño Estado (Galacia) en Asia Menor (1), y

(1) Algunos autores sostienen que esta horda se estableció á orillas del Danubio, y que las que llegaron á Grecia y al Asia Menor, procedían de dos emigraciones posteriores. Es probable que esta sea la version más exacta, aunque la del texto sea la más generalizada.

otra hácia el Sur, ó sea hácia la Galia Cisalpina, y que es la de que aquí voy á ocuparme.

No se sabe si fueron llamados por alguna ciudad contra otra rival, ó fué que al llegar los Transalpinos y tener noticias más exactas de la fertilidad del país y de la benignidad del clima del centro y Sur de Italia, decidieron á los Cisalpinos á que les acompañasen á una excursion, es el hecho que atravesando los Apeninos, llegaron á Etruria, y después de haberse apoderado de varias ciudades y de haberse extendido por todo el país, sitiaron á Clusium (Chiusi), y los Etruscos pidieron auxilio á los Romanos, sus antiguos enemigos. Negóseles el auxilio material, pero se mandó una embajada á los Galos, manifestándoles con palabras jactanciosas y tono altanero que se abstuviesen de atacar á aquella ciudad, porque era aliada de los Romanos. Los sitiadores hicieron poco caso de aquella pueril arrogancia, y continuaron sus ataques. Entónces los embajadores, faltando al derecho de gentes que tan falsamente ellos habían invocado, se pusieron á pelear en las filas de los defensores, y hasta se dice que uno de ellos mató á un jefe de los Galos. Irritados éstos, abandonaron el sitio y se dirigieron precipitadamente sobre Roma, que apenas tuvo tiempo de reunir un ejército para oponerse á los invasores, los cuales atravesaron el Tíber antes de su confluencia con el Anio. El ejército Romano que marchaba á su encuentro, iba sin ningún género de precauciones, esperando una fácil victoria sobre las indisciplinadas bandas de los Galos; mas no tardaron en comprender su error. Al llegar cerca del Alia, arroyo que corre entre el Tíber y el Anio, se encontraron frente á frente ambos

ejércitos. Los Galos atacaron con tal ímpetu que rompieron al primer choque las filas de las legiones, salvándose solamente algunos Romanos que lograron vadear el Tíber y refugiarse en Veyes. Cuando algunos fugitivos llegaron á Roma con la noticia de aquella catástrofe, no teniendo la ciudad medios para la defensa, se encerraron los patricios con sus riquezas en el Capitolio, y la muchedumbre buscó un refugio en las ciudades vecinas; así es que, al llegar los Galos, se apoderaron de la ciudad sin hallar resistencia, degollando á los que habían permanecido en sus casas, saqueándola y prendiéndole fuego. No sucedió esto con la fortaleza, cuyo sitio tuvieron que abandonar despues de un bloque de ocho meses, retirándose, ora porque les fastidiase aquella vida de inaccion, ora, como dicen algunos historiadores, porque llegó la noticia de que los Venetos habían invadido su territorio. La vanidad de los Romanos inventó luego la fábula de que fueron derrotados por el Dictador Camilo, cuando estaban pesando el oro que aquellos les entregaron porque se retirasen, sin que se salvase uno para llevar á su país la nueva de la derrota. Es de notar que luego vienen otros historiadores romanos que aseguran que, en tiempo Tiberio, rescató Druso las alhajas robadas en Roma por los Galos en la época á que nos referimos.

4. *Guerra con los Ecuos, Volscos, Etruscos, Hérnicos, etc. Son rechazadas las nuevas invasiones de los Galos en el territorio romano (de 389 á 344 a. de J. C.).* —El rudo golpe asestado por los Galos al poderío romano, debió animar á todos los pueblos vecinos á recobrar, unos su independendencia, y otros su antigua supremacía. En efecto, cuando Roma se ocupaba

de su reedificacion y eran grandes las dificultades á consecuencia de las cuestiones interiores de que despues he de ocuparme, se sublevaron los Ecuos, Sabinos y Volscos; más, con dos victorias consecutivas, logró el Dictador Camilo dominarlos y someterlos por completo. Subleváronse entónces los Etruscos, y los Romanos enviaron á su encuentro un ejército que fué enteramente aniquilado; pero dirigiéndose el Dictador contra ellos los derrotó completamente, sometiéndose casi todo el país poco despues, y organizándose en él cuatro nuevas tribus. Hubo algunos años de paz exterior, mientras que en el interior se agitaba la cuestion de las famosas *Leyes Licinias*, más no tardó en amenazar una nueva y más terrible guerra con los Latinos, siendo al fin subyugados por el Dictador Tito Quincio, verificándose la union casi definitiva, y construyendo, en conmemoracion del suceso, el templo de la Concordia. Amenazaba una nueva insurreccion de los Hérmicos, cuando ocurrió la segunda invasion de los Galos; pero uniéndose ahora con Roma las ciudades latinas, sometiéronse los primeros y fueron fácilmente rechazados los segundos. Tocó ahora su vez á la lejana ciudad etrusca de Tarquinia, auxiliada por los Faliscos. En un principio, fueron derrotados los Romanos, más, repuestos de la sorpresa que les causó el aspecto raro y salvaje de los auxiliares de Tarquinia, y nombrado Dictador el plebeyo Cayo Marcio Rutilio, derrotó al ejército enemigo. Sin embargo, la guerra continuó durante ocho años, terminando con la sumision de los enemigos de Roma. Dos años despues ocurrió la tercera invasion de los Galos; mas fueron derrotados tambien por Marco Valerio Corvo. Así, pues, aún no

había trascurrido medio siglo desde que Roma fué arruinada por los Galos, y ya había dominado á todos los pueblos vecinos, y se disponia á llevar más léjos sus conquistas.

5. *Guerras con los Samnitas* — Al S-E. del Lacio y N-E. de la Campania, se halla situado un país montuoso formado por los Apeninos y sus estribaciones, al que los antiguos dieron el nombre de Samnium. Sus pobladores, los Samnitas, era una tribu sabélica que emigró hácia el Sur en los primeros tiempos de la invasion, dedicándose al pastoreo en los valles de sus altas montañas, descendiendo hasta el pié ó ascendiendo hasta la cima segun la estacion porque atravesaban. Desde los primeros tiempos fueron extendiéndose, mediante emigraciones y colonias, tanto por la parte del Este hácia el mar Superior, como por la del Sur y el Oeste, llegando hasta hacerse dueños de casi toda la Campania y á apoderarse de Cápua; pero estas colonias formaban con el tiempo nuevos pueblos, independientes de los de las montañas. En la época á que ahora nos referimos, parece que se propusieron los montañeses apoderarse de algunas ciudades de los Siicinos, los cuales pidieron auxilio á los Campanios, y habiendo decidido éstos apoyarlos atrajeron sobre sí las iras de los Samnitas que se dirigieron enseguida contra ellos, llegando hasta las mismas puertas de Cápua. Los Campanios pidieron entónces auxilio á Roma y á las ciudades latinas. Aunque los Romacos no tenían pretesto alguno para declararse enemigos de los Samnitas, la verdad es que debían estar bastante preocupados á consecuencia del gran poder y ascendiente que este pueblo belicoso iba adquiriendo; y

tal fué, en realidad, la causa de las terribles guerras samnitas que abrieron á Roma las puertas de la Italia meridional. Prometiéndolo los Campanios reconocer la soberanía de los Romanos, no tuvieron estos escrúpulo alguno en prestarles auxilio y declarar la guerra á los Samnitas. La primera guerra (de 343 á 341 a. de J. C.) se limitó á una sola campaña. Cada cónsul se puso al frente de un ejército consiguiendo ámbos importantes victorias, y si bien los Samnitas tuvieron cercado y á punto de sucumbir uno de los ejércitos consulares, se salvó al cabo, y combinados ámbos, consiguieron al fin de la campaña una brillante victoria. Mas en la primavera siguiente, en vez de renovar la lucha, hicieron los Romanos la paz con los Samnitas, dejando á merced de éstos á los Sidicinos y á los Campanios. La razón de este cambio de política fué debida al mal aspecto que en Roma habían tomado las cuestiones interiores, y á los odios que comenzaron á despertarse de nuevo entre los Romanos y los Latinos, que vinieron al fin á las manos sosteniendo, por espacio de dos años (de 340 á 338 a. de J. C.), una lucha sangrienta.

Después de esta guerra hubo doce años de paz, que fué en realidad un respiro para emprender con más brío las operaciones. En efecto, en el año 326 (a. de J. C.), rompiéronse de nuevo las hostilidades contra los Samnitas, continuando la lucha con más ó ménos vigor hasta el año 304. Esta segunda guerra puede dividirse en tres períodos: 1.º Desde el año 326 al 322, en que los Samnitas se vieron obligados á pedir la paz; 2.º desde el 321, en que los Romanos fueron derrotados en las Horcas Caudinas, hasta el 315, en que los Samnitas consiguieron otra victoria

importante en Lautula, y Cápuá amenazaba sublevarse; y el 3.º, desde el 314, en qué la suerte de las armas comenzó á ser favorable á los Romanos, hasta la conclusion de la guerra.

La causa de que se renovase ésta despues de la paz anterior, ó mejor dicho. el pretexto de la nueva ruptura, fué el auxilio prestado por los Samnitas á la ciudad griega de Paleópolis, sitiada por los Romanos, á consecuencia de haberse negado á dar á éstos una satisfaccion por ciertas ofensas.

Ninguna utilidad reportaría el lector de seguir aquí paso á paso los acontecimientos de ésta o de las anteriores guerras, sino la de admirar el heróico valor y la nobleza de aquellos montañeses que se batían á la desesperada, la constancia y tenacidad de los Romanos, y la doblez y mala fe de aquel Senado que todo lo sacrificaba, y no reparaba en ningun obstáculo, cuando se trataba del engrandecimiento de la República. La guerra terminó con la toma de Bobianun, capital de los Pentros, renunciando los Samnitas á todas las conquistas realizadas desde hacía mucho tiempo, y reconociendo la supremacía de Roma,

Pero esta paz no había sido en realidad más que un armisticio, pues á los seis años, aprovechando los Samnitas la ocasion de hallarse Roma empeñada en una lucha definitiva con algunas ciudades etruscas, que aún conservaban su independecia, y con los Galos, le declararon de nuevo la guerra, uniendo sus fuerzas á las de los otros enemigos de la República. Despues de varias alternativas, encontráronse cerca de Sentinum los dos ejércitos quizá más poderosos que hasta entonces se habían reunido en el suelo de Italia. El de los Romanos pasaba de

60.000 hombres, y era muy superior el de los aliados. No obstante, los primeros consiguieron una brillante victoria, que decidió de la suerte del Samnium y de la de toda Italia. Todavía continuó la lucha en aquel país, hasta que, después de algunas batallas casi todas favorables á los Romanos, se vieron obligados los Samnitas á someterse por completo (año 290, a. de J. C.). La lucha que empeñaron diez años después—poco tiempo ántes de las guerras de Pirro, — más bien que una cuarta guerra samnita, puede considerarse, para su narración, como un antecedente ó episodio que preparó la gigantesca lucha que sostuvo Roma con el célebre epirota.

6, *Acontecimientos en el Mediodía de Italia. Guerra de Pirro.*—Durante el largo período de las guerras samnitas, habían tenido los Romanos ocasión de ponerse en más inmediato contacto con los pueblos del extremo S-E. de Italia, los cuales habían intervenido más ó ménos directamente en la lucha, unos en pró y otros en contra de Roma. Entre los primeros figuraban los Lucanios, que habían prestado á los Romanos importantes servicios en distintas ocasiones; entre los segundos, los Tarentinos que habrían podido hacerles mucho daño si hubieran tenido un gobierno previsor y fuerte. Mas, prescindiendo de estas aisladas muestras de simpatía ó antipatía, el hecho es que los pueblos del Mediodía de Italia no previeron la gran importancia que tenía para su independencia la probable derrota definitiva de los Samnitas. y no les prestaron un eficaz concurso. Cuando subyugados aquellos valientes montañeses, quisieron las colonias griegas conjurar el peligro que les

amenazaba, era ya demasiado tarde y tenían que optar por uno de estos extremos: ó renunciar á su existencia individual, fundiéndose todas para formar un Estado poderoso bajo el dominio de un solo jefe, siquiera se disfrazase esta fusion con el nombre de *Confederacion*, ó entregarse á los Romanos con las mejores condiciones que obtener pudieran. No siguieron uno ni otro camino y su perdicion fué ya inevitable. Veamos los sucesos que prepararon la sumision definitiva de toda la parte meridional de Italia.

En cambio de los importantes servicios prestados por los Lucanios á la causa de Roma, habíales dado ésta, por decirlo así, carta blanca para arreglar por sí mismos sus cuestiones con las ciudades griegas. Uniéndose entónces Brucios y Lucanios, comenzaron á apoderarse, unas en pos de otras, de las referidas ciudades. Al llegar á Thurium, hallaron una enérgica resistencia; pero la gran superioridad de sus fuerzas y el aislamiento de las colonias griegas, hubieran conducido á la toma de la ciudad, sin la inesperada intervencion de los Romanos, que, habiéndoles prometido los sitiados renunciar en su favor hasta la libertad si Roma los auxiliaba, el Senado romano, con la buena fé que le distinguió siempre, ordenó á los aliados que cesasen en sus ataques. Disgustados éstos, como era natural, por tan extraña conducta, comenzaron á buscar alianzas contra Roma, consiguiendo formar una poderosa coalicion con parte de los Tarentinos, los Samnitas, los Etruscos y los Galos; pero la falta de unidad en el plan, hizo que fracasase esta última tentativa de los Italianos para sacudir el yugo que Roma había ya impuesto á

muchos y amenazaba imponer á los restantes. Todos fueron derrotados unos en pos de otros, y cuando ya no podía quedar esperanza alguna, acordaron los Tarentinos declarar la guerra á la República, atacando el populacho la escuadra romana, que, fundándose en el derecho que antiguos tratados le daban, intentó penetrar en su puerto. Dirigiéndose despues sus fuerzas sobre Thurium si bien obligaron á la guarnicion romana á que capitulase.

Esta conducta hizo que Roma enviase embajadores con proposiciones moderadas, y un cónsul con un ejército poderoso para que las apoyase. Siendo imposible todo acomodamiento, dada la tenaz negativade los Tarentinos á las conciliadoras proposiciones de Roma, penetró el ejército en el territorio de Tarento, y se dispuso á sitiaria ciudad, la cual, comprendiendo la inutilidad de sus exfuerzos para defenderse contra el poder de su rival, se hechó en brazos del aventurero rey Pirro.

Aún no hacía medio siglo que el gran conquistador macedónico, despues de haber dominado el Oriente y extendido por todo él la cultura helénica, se disponía quizá á marchar con el mismo pensamiento sobre el Occidente para realizar de este modo la conquista y unificacion del mundo, cuando desembarcó en las costas de Italia su pariente el rey de Epiro, con la idea de intentar en Occidente lo que Alejandro había llevado á cabo en Oriente: la fusion de todos los pueblos de origen helénico primero, y despues la conquista de los de origen bárbaro. ¿Eran las mismas las circunstancias, la capacidad de ambos héroes, y los me-

dios con que contaban? Indudablemente que no (1).

Si Pirro hubiese contado con los medios de que dispuso Alejandro, á pesar de haberselas con pueblos más belicosos y con ejércitos más disciplinados, hubiera sin duda vencido todos los obstáculos que se oponían á la realizacion de su pensamiento; pero su expedicion no hubiera tenido nunca las consecuencias civilizadoras que distinguieron la del conquistador del Oriente.

(1) Creo que el lector lo verá con gusto, y me permito transcribir aquí el magnífico paralelo que de estos dos personajes hace Mommsen en su tan célebre obra de *Historia de Roma*:

«Hásele comparado (á Pirro) por algunos con Alejandro, y hubiera sido en realidad una obra grandiosa la fundacion de un Imperio griego occidental, que hubiese tenido por núcleo á Epiro, la Gran Grecia y Sicilia, dominando sobre ambos mares italianos, y rechazando á Roma y á Cartago entre la muchedumbre de naciones bárbaras, establecidas en las fronteras de los Estados griegos, como lo eran, por ejemplo, los Galos y los Indios. Sólo el pensamiento de construir un tan vasto edificio, era tan grande y atrevido como el que indujo á Alejandro á pasar el Helesponto. No es, empero, solamente por el éxito diferente de las tentativas por lo que se distingue la expedicion del Macedonio á Oriente de la empresa del rey epirota en Occidente. Las falanges macedónicas, provistas de un estado mayor excelente, formaban un poderoso ejército de ataque contra las aglomeradas bandas del rey de los Persas. El de Epiro, por el contrario, que era á Macedonia lo que el ducado de Hesse es á Prusia, no podía formar un ejército que mereciese este nombre sino reclutando mercenarios, y contratando alianzas subordinadas á los azares y á las vicisitudes de las relaciones políticas. Alejandro entró en Persia como conquistador: Pirro no es en Italia más que el general de una coalicion de Estados secundarios. Alejandro, al dejar su reino hereditario, tiene sus espaldas guardadas por la completa sumision de Grecia, y por una numerosa reserva que habia confiado á Antipater; nada garantiza á Pirro la posesion tranquila de su reino, sino es la dudosa palabra de un vecino ambicioso. Coronan lo el éxito sus empresas, no tenía en su patria el núcleo ni el centro de su nuevo imperio: ¡pero cuanto más fácil era trasladar á Babilonia el trono de la monarquía militar macedonia, que ir á fundar en Tarento ó en Siracusa la dinastía de un soldado afortunado! Por agonizante que estuviese, no se dejaba la democracia de las Repúblicas griegas en-

Expuestas estas ligeras consideraciones generales, voy á decir algunas palabras sobre la ultima lucha importante que Roma necesitó sostener para dominar toda la península italiana, sobre las guerras de Pirro.

Era éste hijo de un príncipe de los Molosos, vasallo y pariente de Alejandro el Grande. Asesinado su padre en las revueltas que á la muerte del gran

cerrar en el cuadro estrecho de un Estado militar; bien las conoció Filipo, cuando se abstuvo de incorporarlas á su reino! En Oriente, por el contrario, no había que temer ninguna resistencia nacional: las razas soberanas y las esclavizadas vivían completamente confundidas hacía ya algunos siglos. Cambiar de señor era cosa indiferente á aquellas masas, si es que no deseaban este cambio. En Occidente, si bien no eran invencibles los Samnitas, los Cartagineses y hasta los Romanos, nunca conquistador alguno hubiera podido transformar á los Italianos en *fellahs* de Egipto, ó mandar al campesino romano que pagase un *censo* en provecho de cualquier *baron* griego. Por doquiera que se mire, ya se tenga en cuenta el poder y los aliados del agresor, ó las fuerzas defensivas del Imperio invadido, todo hace considerar como ejecutable el plan concebido por el rey macedonio; todo hace ver en la expedición del Epírota una empresa imposible: allí, el cumplimiento de una gran vocación política; aquí, una empresa sin éxito, pero memorable: allí los fundamentos de un nuevo sistema de imperios y de una civilización nueva; aquí un simple episodio en el gran drama de la historia. Así, pues, el gran edificio construido por Alejandro sobrevivió á su muerte prematura. Pirro, antes de morir, debía ver por sus propios ojos desechos todos sus planes. Ambas naturalezas eran grandes y fuertes, pero el uno fué solo el primer general de su tiempo, el otro un grande hombre de Estado: y si es permitido, en fin, para juzgar, colocarse mentalmente en la línea entre lo posible y lo imposible, que es también la que separa al héroe del simple aventurero, había que dar este último nombre á Pirro, y no colocarle al lado de su ilustre pariente, como no se puede poner, por ejemplo, un Condestable de Borbon al lado de un Luis XI. Sin embargo, el nombre del Epírota ha conservado un maravilloso prestigio, y la posteridad tiene por él grandes simpatías, y sea á causa de su carácter amable y caballeresco, ya, y esto será lo más cierto, por haber sido el primero entre los Griegos que dirigió sus armas contra Roma.» Momm-
sen, *ob. cit.*, t. II, pags. 215 á 218 (de la vers. cast.).

conquistador agitaron su imperio, quedó Pirro huérfano á la edad de seis años. Siendo aún muy jóven, y despojado de su pequeño Estado, llevó por mucho tiempo una vida de aventuras, sirviendo á las órdenes de Antígono y de otros generales, dando ya pruebas de aquel valor y talentos militares que le dieron despues el puesto y la consideracion del primer general de su siglo y de uno de los mejores de la edad antigua. Casando despues con Antígona, hija de Tolomeo Lago, rey de Egipto, favoreció éste su causa y volvió á recobrar Pirro su pequeño Estado, acogién-dole los Epirotas con entusiasmo. Apoderóse luego de Macedonia; pero las luchas intestinas y la imposibilidad de poner en órden los asuntos de este país, le hicieron volverse á su reino de Epiro, donde comenzó á formar sus proyectos de construir un gran imperio de Occidente, reuniendo los desmembrados restos del poderío griego en la baja Italia y en Sicilia. La guerra de Roma con Tarento le ofrecía la ocasion más propicia que pudiera desearse.

Viendo, pues, los Terentinos que sus milicias no hacían más que huir delante de las legiones romanas, y no quedándoles otro recurso que reconocer y aceptar la supremacía de Roma ó la soberanía del gran capitan griego, optaron por esto último, y entraron en tratos con Pirro. Despues de celebrado un convenio que el rey no tenía seguramente intencion de cumplir, envió éste á su general Milon con 3000 hombres, que ocuparon la ciudadela de Tarento, en cuya ciudad desembarcó Pirro al poco tiempo (año 281 a. de J. C.) con algunos mercenarios de distintos pueblos y países, reuniendo un ejército de unos 25.000 hombres. Los Tarentinos y

sus aliados le habían prometido poner á sus órdenes un ejército de 350.000 infantes y 20.000 caballos; pero este ejército sólo existía en la imaginación de los Griegos, y el Epirota tuvo que comenzar por reclutar tropas de todas partes para su futura campaña, pero todo á expensas de la Ciudad. Los Tarentinos quisieron resistirse, y Pirro los trató como á país conquistado, siendo trasladados á Epiro los amotinados.

Roma hizo tambien un supremo exfuerzo, sabiendo, ó presintiendo, la clase de enemigo con quien tenía que habérselas. El primer ejército Romano que marchó contra Pirro, se componía de más de 50.000 hombres entre legionarios y auxiliares, y fué á acampar en las orillas del Siris, cerca de Héraclea, donde encontraron y midieron por primera vez sus armas con los Epirotas. 15.000 Romanos que quedaron tendidos en el campo de batalla ó prisioneros, y una desbandada general para ver de salvarse algunos restos, dieron á conocer al mundo al célebre general y táctico griego; pero le costó demasiado cara la victoria, pues perdió tambien 4.000 soldados, entre ellos la flor de sus veteranos.

No hay para qué seguir paso á paso los acontecimientos y vicisitudes de esta lucha que procuraré resumir en el menor espacio que me sea posible, dada su importancia.

Después de la batalla de Heraclea, quiso Pirro entablar negociaciones de paz, comprendiendo las ventajas que para esta le había dado la victoria; pero era demasiado el orgullo de Roma para entrar en tratos con el vencedor, y se vió éste obligado á proseguir la guerra. Proponiéndose entonces Pirro

un plan atrevido, marchó sobre Roma y llegó hasta muy cerca de la ciudad. No tenía, sin embargo, fuerzas suficientes para intentar nada serio contra ésta, ni sus aliados le apoyaban ni servían con la diligencia necesaria, y se vió obligado á batirse en retirada. Así las cosas, los Romanos se propusieron darle una batalla decisiva, y haciéndoles frente cerca de Ausculum las tropas del rey, vinieron á las manos ambos ejércitos que tenían fuerzas iguales (unos 80.000 hombres cada uno), pues si bien los legionarios romanos eran muy superiores á los mercenarios griegos, en cambio tenían éstos más confianza en su general, y contaban con los elefantes para oponerlos á la caballería romana. La batalla, que duró dos días, fué bastante empeñada, pero al fin fueron los Romanos derrotados y puestos en desordenada fuga, debiendo su salvación á la proximidad de su campamento atrinchera-do. Las cosas siguieron, sin embargo, en el mismo estado: los aliados de Roma, fieles á ésta, y los de Pirro sin prestarle el apoyo que éste necesitaba. En la última batalla había salido el Griego herido en un brazo, y su ejército se vió obligado á mantenerse en la inacción, perdiéndose de este modo toda la Campaña, y retirándose Pirro á Tarento á la entrada del invierno, realizándose la doble paradoja histórica, por decirlo así, de ir aumentando con las derrotas la fuerza y poderío de los Romanos, mientras disminuía el de los Griegos, segun aumentaba el número de sus victorias.

Disgustado Pirro por la conducta de sus aliados, sólo esperaba una ocasión favorable que le suministrase un pretexto honroso para abandonar, sino su empresa, por lo ménos su plan primitivo, y

cuyo pretexto se lo dieron los asuntos de Sicilia. Sitiada Siracusa por los Cartagineses, pidió auxilio al Epirota, que, no sólo por razon de comunidad de origen, sino hasta por su parentesco con el tirano Agatocles (pues estaba casado en segundas nupcias con una hija de éste), tenía el deber de acudir en su socorro, como lo verificó sin abandonar á Tarento, dirigiéndose á Siracusa bajo las mismas condiciones con que ántes había entrado en aquella, y creyéndose ahora más poderoso que nunca, en lo que hubiera tenido razon á no contar con la corrupcion y falta de sentido político de las colonias griegas. Partió, pues, para Sicilia, y, en cuanto llegó á la Isla, se vieron los Cartagineses obligados á levantar el sitio de Siracusa y á colocarse á la defensiva. Reanimados los Griegos y Siciliotas con la presencia del ilustre guerrero, no tardaron en obligar á los Fenicios á encerrarse en la ciudad de Lilibea, única posicion que conservaban ya de toda la Isla. No obstante la alianza y la promesa de auxiliarse recíprocamente Roma y Cartago contra el comun enemigo, como ambas conocían perfectamente la degeneracion de los Griegos, sabían que no eran de temer los progresos y las conquistas de Pirro, que no conseguiria, en todo caso, más que fundar un imperio personal que desaparecería con él, mientras que los progresos que hiciera Roma en el Sur de Italia y Cartago en Sicilia, eran permanentes y habían de servir de base á futuras operaciones militares de una república contra la otra. Por esto se abstuvo Roma de enviar sus legiones á Sicilia en auxilio de Cartago, y ésta de mandar sus naves para favorecer las empresas de Roma contra Tarento, á pesar de haberlo así estipulado, y cada

cual se alegraba interiormente de las victorias que sobre su futura rival obtenía Pirro. Dos años se mantuvo éste en Sicilia, en cuyo tiempo consiguieron los Romanos apoderarse de todo el Mediodía de Italia, excepto de Tarento; pero llamado el Rey por los Samnitas, Lucanios, etc., y creyendo tal vez asegurada ya su dominacion en Sicilia, partió para el continente con un pequeño ejército, y en cuanto puso el pié en la península, á la vez que ganaba, con brillantes hechos de armas, parte del terreno en ella perdido, perdía á Sicilia, cuyas ciudades volvieron á declararse independientes, y los Cartagineses á recabar en breve tiempo su perdida supremacia. Pirro marchó en seguida en auxilio de los Samnitas que se veían cada vez más acosados por los Romanos. Avistáronse ambos ejércitos en Benevento, y el rey dispuso en seguida el plan de la batalla; pero el haberse extraviado durante la noche la division que había destinado á atacar por el flanco al enemigo, no pudiendo llegar al campo á tiempo de tomar parte en el combate, y el haberse vuelto los elefantes contra su ejército, rompiendo sus líneas é introduciendo el desórden, cambió la suerte de las armas, quedando la victoria por los Romanos. Desesperado de verse vencido y sin recursos, dejó una pequeña guarnicion en Tarento y marchó á Grecia en busca de otro campo para sus aventuras; pero fuéle tambien aquí la suerte contraria, y despues de varios episodios sin interés histórico, murió á los tres años en medio de un motin en las calles de Argos (año 271, a. de J. C.).

La victoria de Benevento volvió á hacer á los Romanos dueños de toda la Italia Meridional; pero Tarento permaneció todavía durante tres años en

poder de los Epirotas. Mas cuando, muerto ya Pirro, vió Milon que penetraba en el puerto la escuadra cartaginesa, prefirió entregar la fortaleza á los Romanos, como lo verificó entrando en negociaciones con el cónsul Papirio, que permitió salir libremente á toda la guarnicion con sus armas y bagages, librando así á Roma de que su futura rival hubiese adquirido en el continente una tan temible base para sus operaciones.

Tenemos, pues, ya una frente á otra las dos famosas Repúblicas que por espacio de medio siglo han de disputarse bajo uno ú otro pretexto, el imperio del mundo, y cuya narracion ha de ser objeto de las lecciones siguientes.

7. HISTORIA INTERNA.—*Igualdad de derechos entre patricios y plebeyos. Ley Canuleya. Leyes Licinias; la Concordia.*—El período de cerca de dos siglos que media entre la caida del Decemvirato y las guerras púnicas, y cuyos hechos más culminantes, en lo tocante á la historia externa, acabo de relatar, es sin duda el más importante de la historia de Roma, en lo que se refiere á la parte interna de la misma, pues en ella desaparecieron cuantas barreras legales se oponían todavía á la más íntima union del pueblo, á la absoluta igualdad civil y política de los órdenes patricio y plebeyo.

Así como la revolucion que arrojó de Roma á los Tarquinos y derribó la institucion monárquica había sido esencialmente patricia y esta clase fué la que obtuvo la mayor parte de las ventajas que aquella trajo consigo, así tambien la revolucion que arrojó del poder á los Decemvros fué toda ella obra de los plebeyos, y en éstos recayeron tambien todos los beneficios.

Dejando á un lado las adquisiciones de carácter civil de importancia secundaria, y muchas políticas de que despues he de ocuparme, sólo mencionaré la famosa *ley Canuleya*, votada á los cuatro años de la caída del Decemvirato, ó sea en 444 (a. de J. C.), y cuyas disposiciones principales eran: 1.^a Que las uniones matrimoniales entre patricios y plebeyos fuesen consideradas como *justas nupcias*, y que los hijos que de ellas naciesen siguieran la condicion del padre; 2.^a Que se creasen seis *Tribunos con potestad consular*, en sustitucion de las antiguas magistraturas, cuyos cargos fuesen accesibles lo mismo á los patricios que á los plebeyos. Parece que *todos sin distincion*, tenían las mismas atribuciones que los cónsules, si bien hay autores que aseguran que solamente los de procedencia patricia gozaban el *plenum imperium*, mientras que los de origen plebeyo sólo tenían el *imperium militare* (1). La cuestion es muy difícil de resolver con

(1) Mommsen (*ob. cit.*, t. II, p. 68 y sig., n.) combate la opinion de que hubiese diferencia entre unos y otros *Tribunos Consulares*. La fuerza de los argumentos que en defensa de su opinion emplea el ilustre romanista alemán, y los hechos posteriores que parece demuestran tan á las claras la contraria, me hacen vacilar ántes de aceptar una ú otra como cierta. Es verdad, como dice Mommsen, que esto se halla en contradiccion con uno de los principios fundamentales del derecho público de Roma, segun el cual el *imperium* ó sea el derecho de mandar á los ciudadanos, era indivisible; pero no lo es ménos que, cuando efecto de las *leyes Licinias* se restableció el poder consular, debiendo ser plebeyo uno de los cónsules, los patricios procuraron desmembrar las atribuciones anejas á estos cargos, creando, como se verá despues, otras magistraturas que asumiesen ciertas funciones del *plenum imperium*; lo cual no hubiera ocurrido si durante los años que duró la institucion de los Tribunos consulares hubieran estado ya habituados á que ejerciesen sin distincion el pleno poder. Puede adoptarse un término medio, suponiendo que, aún cuando de derecho les correspondiese el *plenum imperium*, de hecho no

entera certeza. Sea como quiera, el hecho es que la ley Canuleva, no dió grandes resultados en la cuestion política, pues como los patricios estaban en posesion exclusiva de los altos cargos sacerdotales, etc., y disponían todavía de la asamblea de las centurias en donde se elegían los Tribunos Consulares, sólo recaería la eleccion en ciudadanos de su orden, quedándoles como de reserva la facultad que por esta ley se daba al Senado de sustituir estos funcionarios con los cónsules cuando lo juzgase conveniente para el bien de la República.

Por más que tal estado de cosas fuese transitorio, se prolongó por espacio de más de medio siglo (desde el 444 al 376 a. de J. C), hasta que, conociendo perfectamente los plebeyos su fuerza real y la debilidad de sus rivales, les dieron una segunda y decisiva batalla con las leyes que se conocen bajo el nombre de *Rogationes Liciniæ*.

Haciendo caso omiso de la absurda fábula que se dice dió origen á la presentacion de estas *rogaciones* (1), es el hecho que dos tribunos militares,

llegaron á ejercerlo, manteniéndose ajenos á las funciones judiciales, y preparando así la division de atribuciones que ulteriormente se verificó entre los pretores y los cónsules. De esta opinion es Becker, y el mismo T. Mommsen se inclina á adoptarla.

(1) Hé aquí el hecho segun lo refiere la tradicion. M. Fabio Ambusto, patricio, tenía dos hijas, la mayor de las cuales estaba casada con el patricio Servio Sulpicio, y la menor, con el plebeyo Cayo Licinio. Siendo ambos tribunos, parece que cierto dia estaba la mujer del segundo en casa de la del primero, cuando llegó éste que venía del Forum con sus lictores, y se asustó aquella al estrépito que éstos produjeron al entrar con las *haces*; y habiéndose reido la hermana al comprender la causa del susto, corrida la mujer de Licinio, obligó á su marido á que propusiese reformas para que en adelante fuesen iguales en Roma los patricios y los plebeyos.—He calificado de absurda en el texto esta tradicion, entre otras razones porque, siendo

Licinio y Sestio, prosiguiendo la marcha de Espurio Casio, de Canuleyo y de otros predecesores, propusieron á la aprobacion de la Asamblea del pueblo las tres leyes que pueden reducirse á los términos siguientes:

1.^a Que respecto de la sempiterna cuestion de las deudas contraidas por los pobres, se delujese del capital la suma que por intereses hubiesen pagado ya, y el resto lo abonasen en tres plazos iguales, y en el término de tres años;

2.^a Que ningun ciudadano pudiese poseer más de 500 yugadas de terrenos públicos, ni enviar á pastar en los montes y prados del Estado más de 500 cabezas de ganado menor y 100 de ganado vacuno, caballar, etc., so pena de una gruesa multa;

3.^a Que, en adelante, cesasen los tribunos consulares y se eligiesen dos cónsules, uno de cada orden.

Siendo Licinio hombre de elevada posicion por su talento y por su riqueza, es indudable que sólo le induciría á presentar sus leyes la conviccion de la urgente necesidad que de estas había para salvar la sociedad romana; pero el hecho es que con ellas se asentó un funesto precedente, pues en adelante, los plebeyos primero y luego toda la gente perdida, no cesaron de pedir *nuevas tablas*, es decir, la abolicion de las deudas.

La segunda era una ley agraria más perfecta que las anteriores, las cuales se habían limitado á dar á los necesitados algunas parcelas de

âmbas mujeres hijas de un patricio que, como M. Fabio, había sido tribuno consular, no podía ignorar ninguna de ellas la pompa de que los magistrados supremos iban rodeados cuando se presentaban en cualquier acto público.

los terrenos públicos; pero sin determinar ni concretar cosa alguna. Esta ley era indisputablemente justa. Todos los ciudadanos de Roma tenían un mismo origen; todos compartían las cargas y los peligros para mantener y fomentar los intereses del Estado; todos debían poder disfrutar de los mismos beneficios; mas la inejecucion de dicha ley debía producir constantes disturbios.

Como era natural, los patricios se opusieron tenazmente á la aprobacion de estas leyes; pero los dos tribunos autores de las mismas, Licinio y Sestio, esgrimieron á su vez la terrible arma de la intercesion tribunicia é interpusieron su *veto* á toda eleccion de cónsules ó tribunos consulares en las centurias, durando este estado de cosas cinco años, sin que hubiese otros magistrados que los ediles y los tribunos elegidos en las tribus. Una guerra que amenazaba hizo que cesaran por algun tiempo las discordias, y se nombrasen tribunos consulares; pero Licinio, no sólo insistió en sus antiguas rogaciones, sino que presentó una nueva con objeto de que los encargados de la custodia é interpretacion de los *libros sibilinos*, en vez de ser dos patricios (*Duumviri*), fueran diez (*Decemviri*), cinco plebeyos y cinco patricios. Comprendiendo los de este último orden que iban perdiendo terreno, apelaron al recurso de nombrar un dictador; pero tampoco éste consiguió arreglar el negocio. Por último, despues de diez años de lucha, triunfaron por completo los tribunos y fueron aprobadas las cuatro *rogaciones licinias*, siendo elegido para el año siguiente cónsul plebeyo el principal autor de las reformas. Surgiendo nuevas dificultades, fué nombrado Camilo dictador por quinta vez, el cual logró

que llegasen á una avenencia, accediendo los patricios á dar á los cónsules plebeyos el *plenum imperium*, y los plebeyos á que se crease un nuevo magistrado, supremo en el orden judicial, llamado Pretor urbano (*p^rætor urbanus*), cuyo cargo fuera sólo accesible á los patricios. El pretor tenía á sus órdenes cien personas (*centumviri*) en las que podía delegar los asuntos de índole criminal. Entónces fué cuando, arregladas ya todas las discordias interiores, erigió el octogenario Camilo, un templo á la *Concordia*.

Empero los patricios hicieron despues esfuerzos sobrehumanos para que fuesen estériles las leyes licinias, apelando á la infinidad de recursos de que la mala fé dispone siempre. De este modo lograron hacer inútiles las dos primeras de las leyes referidas; pero no consiguieron menoscabar la transcendencia de la tercera, pues si bien durante algunos años la violaron, eligiendo los dos cónsules entre los ciudadanos de su orden, tomaron luego la revancha los plebeyos en este mismo sentido, es decir, eligiendo tambien á su vez los dos cónsules entre los individuos del orden plebeyo, y no se atrevieron á abusar de nuevo los patricios. Aun obtuvieron algunas otras ventajas políticas, como la de nombrar un dictador plebeyo, etc. El grave riesgo que corrió la República durante la guerra de Pirro y las guerras púnicas, contribuyó á que no volvieran á agitarse despues con mucha violencia estas querellas y luchas intestinas hasta el tiempo de los Gracos.

8. *Modificaciones introducidas en la antigua Constitucion de Roma.— Virtudes públicas y privadas durante esta época.*—Con lo dicho en el párrafo ante-

rior basta para formar una cabal idéa de la Constitución de Roma durante la época azarosa de la conquista de Italia, es decir, de la formación de la nacionalidad poderosa que había de servir de base para la conquista del mundo, como durante el período de la Monarquía, se había constituido y fortificado la ciudad de Roma, que sirvió de base á la conquista de Italia.

Poco resta que decir, despues de lo ya expuesto, respecto de la Constitución social y civil. En cuanto á la primera, dicho se está que los plebeyos ganaron en dignidad, pero en cambio aumentó extraordinariamente el número de los esclavos, con los cuales comenzaron á sustituir los patricios á los antiguos clientes para los trabajos de los campos y el cuidado de sus ganados. En cuanto á la segunda, hemos visto que las dos clases principales del Estado tuvieron ya casi iguales derechos y deberes, determinados por las leyes de las XII Tablas, la ley Canuleya, etc., etc..

Por lo que hace á la constitucion política, bastará con hacer un brevísimo resumen. Arrojos los Decemvros, se restableció en los primeros momentos la potestad consular, prometiendo que las cosas se harían en adelante en justicia; pero no habiendo cumplido su palabra, creáronse, como hemos visto, los Tribunos Consulares, que fueron los magistrados supremos durante mucho tiempo, salvo los casos en que las circunstancias hicieron necesario el nombramiento de un Dictador, hasta el restablecimiento de la dignidad consular en la forma que hemos referido. Además de éstos, ora como funcionarios de órden inferior, ora propuestos por los patricios para conservar un resto

de su antigua omnipotencia política, existían ó fueron creados otros muchos, tales como: 1.º Los *Ediles* plebeyos; especie de funcionarios encargados de vigilar por la policía de las calles, plazas y mercados, de denunciar los edificios ruinosos, etc., y cuyos cargos fueron desempeñados también por los patricios tan luego como se agregó á sus antiguas atribuciones la de disponer las fiestas y los juegos públicos y tuvieron señalada para estos gastos una partida en el presupuesto. 2.º Los *Quæstores classici*, creados, se dice, por Servio Tulio (1). En un principio fueron *dos*, y de origen patricio; pero, en la época de que se trata, se elevó su número á *cuatro*, dos de cada orden, y en tiempos posteriores fueron en número indefinido, pues cada general llevaba consigo un cuestor á la provincia que iba destinado, y se dividieron en *urbanos* y *provinciales*. Tenían el triple carácter de recaudadores, tesoreros y habilitados, de donde se deduce la importancia de su cargo. No deben confundirse estos con los *Quæstores parricidii* ú *homicidii*, que eran una especie de magistrados instructores, con amplias facultades en lo que á la policía judicial se refiere; pero desaparecieron muy pronto ó se refundió su cargo en el de los *Tresviri capitales*. 3.º El *Pretor*, magistratura exclusivamente patrica, encargado de la administracion de justicia en la forma dicha anteriormente. Los plebeyos se habían ya impuesto á los patricios, y éstos formaban una especie de oposicion dentro del poder.

(1) Segun Tácito, eligió el pueblo los primeros cuestores 64 años despues de la fundacion de la República, pero cree que ya los tenían los primeros cónsules y aún los reyes. Segun Plutarco, los cuestores fueron creados por las leyes *Valerias*, por el año 245 de la fundacion de Roma (509 ántes de J. C.).

En cuanto á las costumbres, todavía se conservaron puras durante este período, lo mismo consideradas bajo su aspecto público, que bajo su aspecto privado. El valor y el honor eran los móviles principales de aquellos austeros ciudadanos patricios y plebeyos, y si bien la pasión política y los prejuicios de clase dieron lugar á escenas tumultuosas y á violar á veces la ley, hay que confesar que estas fueron excepciones de la regla, y que todas las disensiones cesaban generalmente cuando se veía amenazada la salud de la patria.

RESÚMEN.

1. La caída de los decenviros fué el punto de partida para una nueva era de luchas interiores y exteriores en que los plebeyos consiguieron la completa igualdad civil y política con los patricios, y Roma la supremacía, ó mejor dicho, el dominio de toda Italia.

En cuanto á lo primero, habíase dado ya el primer paso con la formación y aprobación del Código de las XII Tablas, monumento notable, base de la legislación romana, en el que se distinguen desde luego tres elementos, á saber: el de las antiguas costumbres itálicas, en general rudas y salvajes; las costumbres tiránicas de la aristocracia patricia; y, por último, las diversas conquistas realizadas sucesivamente por los plebeyos. Fácil es comprender las grandes ventajas reportadas por éstos, que tuvieron ya una fuente permanente á donde acudir para conocer sus derechos, y no estar por completo á merced de los magistrados del orden patricio.

2. Ya en las últimas guerras, de que se ha hecho mención anteriormente, habían adquirido otra vez los Romanos su antigua supremacía; pero aún existía una ciudad poderosa que conservaba su independencia y podía consi-

derarse como la rival de Roma. Dado el fin que ésta se había propuesto, era natural que aprovechase la primera ocasion para dominar y destruir á Veyes, que es la ciudad á que me refiero. Habiéndose sublevado los habitantes de Fidenes contra Roma, y siendo auxiliados por los Etruscos, se rompieron las hostilidades, que terminaron, despues de varios trances, con la toma de Veyes por los Romanos, despues de un cerco de diez años, durante el cual las milicias romanas se convirtieron en una especie de ejército permanente (año 397 a. de J. C.).

3. Pocos años habían trascurrido desde la caída de la célebre ciudad etrusca, cuando la invasion de un pueblo extraño puso en gran peligro la existencia de Roma: me refiero á la irrupcion de los Galos.

Era este un pueblo celta, que habitaba á la sazón casi todo el territorio que hoy se llama Francia, Bélgica y Lombardía, y que estaba haciendo constantes excursiones y correrías por las regiones vecinas, y por otras más remotas. En una de estas emigraciones, se dirigió una de sus bandas hácia el Sur, y atravesando los Apeninos se extendió por toda la Etruria, llegando á poner sitio á Clusium, que pidió auxilio á los Romanos. Estos mandaron á los Galos una embajada para que levantasen el sitio; pero habiendo faltado los individuos que la componían al derecho de gentes, peleando contra los invasores, se dirijieron éstos precipitadamente contra Roma, que destacó un ejército para detener su marcha. Empero encontráronse con los bárbaros junto al riachuelo Alia, fué tan completamente derrotado por éstos, que se salvaron muy pocos Romanos, y los Galos llegaron á las puertas de Roma y se apoderaron de la ciudad, sin encontrar la más leve resistencia. No así del Capitolio donde se habían refugiado la mayor parte de los patricios y se mantuvieron por espacio de muchos meses contra los reiterados ataques del enemigo, hasta que, cansado éste de un sitio tan infructuoso, ó porque le llamase á su país la necesidad de defenderlo contra los Venetos, que parece lo habían invadido, se retiraron de Roma con un inmenso botín y dejándola casi destruida (año 389 a. de J. C.).

4. Al ver lo débil que había quedado Roma á consecuencia de esta invasion, se sublevaron sucesivamente

todos los pueblos aliados ó sujetos, sobre los que aquella ejercía una verdadera hegemonía, viéndose obligada á sostener sangrientas guerras con los Ecuos, Volscos, Sabinos, Etruscos, Hérnicos, etc.; pero saliendo en todas ellas victoriosa, impuso definitivamente su dominacion sobre todos los países inmediatos al Lacio, desde las faldas occidentales del Apenino hasta el Mediterráneo, dilatando sus fronteras hasta cerca de las del Samnium, cuyo pueblo había extendido considerablemente sus dominios, y era á la sazón de los más poderosos de Italia.

5. Al encontrar Roma en su camino á los Samnitas, era lo natural que tuviese celos de su poder y no tardase en buscar un pretexto para declararles la guerra y debilitarlos. Así sucedió con efecto, siendo las guerras samnitas la lucha de más importancia que hasta entonces había sostenido la República, pues duraron, con muy cortos intervalos, desde el año 342 hasta el 292 a. de J. C., es decir, justamente medio siglo, terminando después de la batalla de Sentinum con la sumisión de casi todo el Samnium, ó por el reconocimiento de la supremacía de los Romanos, que fundaron colonias y fortalezas en varios puntos de Italia, hasta en la parte meridional, lo cual hizo que las colonias griegas comenzasen á sospechar de las intenciones de la República y preparó las guerras de Pirro.

6. Durante las sostenidas en el Samnium se habían dividido los pueblos del Sur de Italia en dos partidos: unos, como los Lucanios, en favor de Roma; otros, como los Tarentinos, en favor de los Samnitas. Pero así como los primeros hicieron cuanto les fué posible en pró de la causa de su poderosa aliada, los segundos no prestaron sino un auxilio indirecto y poco eficaz á los bravos montañeses del Samnium. Al terminar la tercera y última guerra Samnita, los Romanos premiaron los servicios de los Lucanios, dejándoles en libertad de acción contra las colonias griegas. Unidos entonces con los Brucios comenzaron á apoderarse del territorio de éstas, y por último llegaron á sitiar á Thurium, que, viéndose comprometida, renunció su libertad en favor de Roma si esta la auxiliaba, lo cual no tardó en verificar, enviando una guarni-

cion y orden de que cesasen los ataques de los aliados. Burladas así las esperanzas de éstos, levantaron contra Roma una poderosa coalicion con los Samnitas, Galos, Etruscos, etc., etc.; mas la falta de unidad de miras y de plan hizo qué fracasase, siendo derrotados unos en pos de otros, y cuando ya no podían abrigar esperanza alguna de triunfo, acordaron los Tarentinos declarar abiertamente la guerra á la República. No hay que decir que el resultado fué el bloqueo de su ciudad, despues de haber hecho huir y encerrado á las milicias que intentaron detener al enemigo en campo raso. Viéndose, pues, Tarento en tan grave apuro pidió auxilio y se entregó al aventurero rey de Epiro, al célebre Pirro, comenzando con este motivo una de las luchas más empeñadas que sostuvo Roma en el curso de su historia.

Era Pirro uno de esos hombres á quienes no se sabe si calificar de héroes ó de aventureros. Como rey de un tan pequeño Estado, había en su enemistad poco peligro, pero ofrecíanlo, y muy grave, su ambicion y sus talentos militares. Ocupó, pues, la ciudadela de Tarento y se puso á organizar un ejército, sirviéndole de núcleo unos 10,000 veteranos y otros tantos mercenarios que había reclutado en su país; y una vez formado dicho ejército, salió al encuentro de los Romanos. La sangrienta batalla de Heraclea, en la que con fuerzas iguales fueron completamente derrotados los Romanos, y una segunda victoria conseguida en Aúsculum, dieron á conocer á Pirro como el primer general de su tiempo. Mas, esterilizadas estas victorias por la inaccion de los aliados que ahora comenzaban á temer que el Epirota les impusiera su dominacion, pasó éste á Sicilia donde reclamaba su auxilio la ciudad de Siracusa sitiada por los Cartagineses que ya se habían apoderado de casi toda la isla. La presencia de Pirro bastó para que levantasen el sitio, quedando reducidos en poco tiempo sus dominios al puerto y fortaleza de Lilibeá. Pero los Griegos eran ya un pueblo en completa decadencia y no había medio de evitar su ruina. Cuando el rey pasó de nuevo á Italia para reorganizar sus recursos en la Gran Grecia, se sublevaron los Siciliotas, y la pérdida casual de una batalla en Benevento fué bastante para que todos lo abandonasen, y tuviera que volver á su país, muriendo

á los tres años en un motin en las calles de Argos, quedando ya los Romanos sin tener quien les disputase la posesion de Italia, y comenzando á prepararse para disputar ellos á Cartago el imperio de los mares.

7 y 8. Echemos ahora una ojeada retrospectiva sobre la historia interna de Roma. El período que media desde la caida del Decemvirato hasta las guerras púnicas, es tambien uno de los más importantes bajo este concepto. Además de las favorables consecuencias que trajo para los plebeyos el tener compiladas en el código de las XII Tablas las principales leyes por donde habían de regirse, se propusieron y votaron al poco tiempo, entre otras, la famosa ley *Canuleya*, que creó los *Tribunos Consulares*, en sustitucion de los cónsules, y cuyas magistraturas eran accesibles á los plebeyos, y estableció además la validez y legitimidad de los matrimonios entre individuos de la plebe y del patriciado; las leyes *Liciniae Sestiae*, que perfeccionaron la *ley agraria* de Espurio Casio, mejoraron la situacion de los pobres, á quienes se perdonó una parte de sus deudas, y restablecieron el Consulado pero dando uno de los dos puestos á los plebeyos, es decir, que establecieron una igualdad legal casi absoluta entre ambos órdenes.

Agregando estas modificaciones á las hechas anteriormente, teniendo en cuenta las nuevas magistraturas de carácter subordinado ó de orden secundario, como la de los *Cuestores* de la ciudad, especie de recaudadores y tesoreros, la de los *Ediles* encargados de la policía en general; la de los *Pretores* (el *urbanus* primero y el *peregrinus* despues) encargados de la administracion de justicia, etc. etc., magistraturas que la marcha de los acontecimientos y el progreso del Estado traía naturalmente consigo, puede formarse una idea aproximada de lo que, al terminar este período, era la constitucion social, civil y política de Roma, la que puede afirmarse que sólo se había salvado de los grandes peligros que había atravesado, gracias á la heroica abnegacion y á la pureza de las costumbres públicas y privadas, que aún no habían comenzado á corromperse con el lujo, la vagancia y el afeinado refinamiento que trajeron consigo las grandes riquezas acumuladas por las posteriores conquistas.

LIBRO TERCERO.

PREDOMINIO DE LA DEMOCRACIA.
CONQUISTAS EN EL EXTERIOR Y REVOLUCIONES
EN EL INTERIOR.

LECCION V.

ORÍGEN DE CARTAGO.—Su historia, su gobierno y demás instituciones públicas (1).

1. *Fundacion de Cartago.*—*Estado de los pueblos que la rodeaban.*—En la costa septentrional del continente de Africa, frente al extremo meridional de Italia, que parece enlazada en cierto modo con aquél por las islas de Sicilia, Egates, etc., á orillas del extenso golfo formado por los promontorios Hermeo (hoy Bon) y de Apolo—golfo de Túnez—se hallaba situada una colonia fenicia que, para distinguirla de otras mucho más antiguas, la llamaron *Carthada* ó *Cartago* (ciudad nueva). Según la tradicion, fué fundada esta ciudad por Dido, hermana de Pigmalion, rey de Tiro, la cual se había

(1) Como la parte verdaderamente importante de la historia de este pueblo, es la que se refiere á sus relaciones, rivalidades y guerras con Roma, de aquí que, en vez de colocar esta leccion en la Historia de Oriente, haya parecido más oportuno traerla á la de Roma, por la íntima conexión que hay entre la de ámbos pueblos.

visto obligada á emigrar con la mayor parte de la nobleza tiria para evitar las persecuciones del tirano, cuyo hecho debió tener lugar unos nueve siglos antes de nuestra era y más de cien años ántes de la fundacion de Roma.

Asentada la ciudad en una especie de pequeña meseta que avanzaba en el golfo, en el que formaba un excelente puerto natural, rodeada por la parte del S-O. por regiones fértiles regadas por el Bagradas, en las que cultivaban, entre otros árboles, el olivo y el naranjo, siendo tambien abundantísimas sus cosechas de cereales, colocada además en una situacion que parecía designada por la misma naturaleza como punto de escala para el comercio entre los pueblos orientales y los occidentales del Mediterráneo, y debiendo su origen á un pueblo eminentemente comercial, como el fenicio, estaba llamada la naciente colonia á heredar la heguemonía de la madre patria, que ya había comenzado á recorrer el período de decadencia. Parecía que, viendo Fenicia, por esa especie de instinto histórico de los grandes pueblos, escaparse hácia occidente la animacion y la vida hasta entonces vinculada en Oriente, y que se trasladaba á otro lugar el teatro de los grandes acontecimientos, destacaba una parte de sus fuerzas y las llevaba á ese punto para que sus hijos pudieran continuar desempeñando un papel importante en el drama de la vida y de la historia humana.

Aunque había en las costas de Africa, y no léjos de Cartago, otras colonias fenicias, fueron al fin dominadas todas, excepto Utica, quizá su antigua protectora, por la célebre colonia tiria, que extendió además su poder ó su decisiva influencia á las ve-

cinas comarcas africanas. Los pueblos *libios* que rodeaban á Cártago, procedían sin duda de antiguas colonias egipcias, como lo demostraban, entre otras cosas, sus prácticas agrícolas, á cuya industria se dedicaban principalmente. La nueva colonia se entregó, en un principio, casi exclusivamente al comercio, viviendo en paz con los Africanos, y pagando á los *Maxitanos* una renta por las tierras de que se habían apoderado los Fenicios que se dedicaban á la agricultura, y hasta por el territorio que su ciudad ocupaba. Tal fué la conducta observada por Cartago en el Continente, mientras heredaba de Tiro la hegemonía comercial, no sólo sobre las colonias fenicias de Occidente, sino también sobre las griegas y sobre los pueblos italiotas, reuniendo, como veremos, poco á poco en sus manos el dominio de todo el Mediterráneo.

2. *Sucesivo engrandecimiento de Cartago y sus luchas con los Griegos hasta dominar por completo el Mediterráneo.*—*Antiguo tratado de comercio con Roma.*—Las miras pacíficas y especuladoras de Cartago durante los primeros tiempos de su existencia llegaron hasta el extremo de reconocer la soberanía nominal de las monarquías orientales y pagarles un tributo, con tal que no la molestasen en sus especulaciones mercantiles. Sucedió, empero, que por esta misma época iban también los Estados griegos extendiendo por Occidente su influencia y sus relaciones comerciales, mediante la infinidad de colonias que habían fundado en todas las costas del Mediterráneo. Cuando los fenicios comprendieron la gran competencia que éstos podrían hacerles, y que si no ponían un dique á sus progresos se verían pronto expulsados de las cos-

tas de Sicilia, Africa y España, como lo habían sido de las del continente helénico, les declararon una guerra abierta, que duró más de un siglo, desde mediados del VII hasta mediados del VI, ántes de J. C., ó sea todo el siglo II de Roma. Durante estas guerras, en las que los Griegos llevaron por punto general la peor parte, fué cuando, tomada y destruida Tiro por Nabucodonosor (año 574 a. de J. C.), no existiendo en Fenicia ciudad alguna que pudiera heredar la hegemonía que aquella dejaba vacante, y habiéndose elevado Cartago á un alto grado de poder y de prosperidad, recogió la herencia de su metrópoli, y se puso á la cabeza de los Fenicios de Occidente, sobre todo de los Libio-fenicios (Fenicios establecidos en Libia), cuyas ciudades se sometieron, no se sabe si de grado ó por fuerza, á la dominacion de la colonia tiria, que había sido la que más poderosamente contribuyera al triunfo sobre los Griegos. Sólo Útica conservó su independendencia dentro de sus murallas, tal vez por el respeto que inspiraba á Cartago ó por gratitud á los servicios que en un principio le había prestado.

Cuando ya estuvieron seguros del dominio de los mares, comprendieron los Cartagineses la necesidad que tenían de establecer en Africa un imperio poderoso que pudiera servirles como base para futuras y mas grandes empresas. Ya á principios del siglo IV de Roma, se emanciparon sus habitantes de la renta que venían pagando á las tribus indígenas, y se dedicaron con más asiduidad á la agricultura, si bien la ejercían principalmente por medio de esclavos; despues se apoderó Cartago de las principales ciudades de las tribus vecinas, recha-

zando al desierto ó á la montaña á las que no quisieron someterse, viviendo aquí dedicados al pastoréo, llevando una vida nómada, y en guerra constante con los puestos avanzados de los Cartagineses; pero la mayor parte reconocieron la supremacía de estos y les pagaron un tributo en hombres, ganados, frutos ó dinero. Cuando ya todo lo tuvo arreglado y organizado un imperio poderoso tanto por mar como por tierra, dirigió sus miras sobre Sicilia, quizá para que le sirviera como puente para arrojarse desde allí sobre la Gran Grecia ó las colonias griegas de la Italia meridional, á fin de ir así lentamente realizando la unidad de todos los países, ese sueño constante de los Estados poderosos de la edad antigua; pero estaba reservada esta gloria para un pueblo de otra raza más enérgica, más virtuosa, de miras más trascendentales que las de dominación para la explotación y el lucro que eran las que principalmente animaban á aquel pueblo de mercaderes (por más que no fuesen enteramente ajenos al fin providencial de todos los Estados conquistadores ó comerciantes, al fin de ir civilizando á las tribus incultas con quienes se ponían en contacto) al pueblo romano, con el que ya hemos visto se puso, en tiempo de las guerras de Pirro, en más íntimo contacto que el que entre ellos había mediado hasta entónces, no obstante ser sus relaciones mas antiguas como lo prueba el célebre tratado de comercio celebrado por los años 406 de Roma (348 a de J. C.) (1), lo cual muestra que todavía no se sentían los

(1) El texto de este tratado, conservado por Polibio (3,22), quizá con algunas alteraciones, no pertenece, como suponen muchos historiadores, al año 245, sino al 406 (V. Mommsen,

Cartagineses bastante fuertes para dominar en absoluto las coaliciones que contra ellos pudieran formar las colonias griegas, y procuraban captarse algunas simpatías y extender sus relaciones comerciales entre los pueblos más poderosos de Italia; y como ántes se habían unido con los Etruscos que era la nación de más recursos marítimos, en el siglo II de Roma, lo verificaron ahora con ésta y con las ciudades latinas, cuya influencia comenzó á ser preponderante en el centro de Italia.

3. HISTORIA INTERNA.—*Gobierno de Cartago*.— Terminada la ligera reseña de la historia externa ó internacional de Cartago hasta las guerras púnicas, veamos ahora los puntos más culminantes de su historia interna, es decir, de la forma y progresos de su Constitucion en general.

Bajo el aspecto social y civil, se diferenciaban muy poco las instituciones de Cartago de las de

Rœm. Chronol., p. 320). ¿Ha existido algun otro tratado ántes que éste? No hay datos suficientes para afirmarlo, ni puede negarse en absoluto. De cualquier modo, el de verdadera importancia es el celebrado á principios del siglo V, y cuyos principales extremos eran los siguientes: 1.º Los Romanos no debían navegar, salvo el caso de fuerza mayor, en todas las aguas que dominaba el *Pulchrum promontorium* ó promontorio de Apolo (hoy Cabo Bon), es decir, en los mejores puntos comerciales de la costa de Africa; 2.º Podrían en cambio comerciar con los habitantes de toda la Sicilia Cartagineses; 3.º Podían descargar sus mercancías en Cerdeña y en algunos puertos de Africa, pero vendiéndolas al precio que fijasen ciertos empleados u oficiales cartagineses, y bajo la garantía de éstos; 4.º Cartago podría comerciar libremente con Roma y el Lacio, prometiendo no cometer ningun exceso con las ciudades de la Liga; pero si alguna se separaba, podían tomarla y saquearla, entregándola despues á los Romanos; 5.º Los Cartagineses no podían pernotar en territorio de la Liga, sopena de ser considerados como enemigos. Fácil es comprender el ánimo de ámbos pueblos en éste tratado; los Romanos sólo atendían á asegurar su hegemonía sobre las ciudades del Lacio, los Cartagineses á monopolizar el comercio entre ámbos pueblos.

Roma, sobre todo, si se atiende á la Constitucion de Servio Tulio. Los Cartagineses, más bien que en nobleza y plebe, se dividían en ricos y pobres, pero era demasiado numerosa la clase de los esclavos. La aristocracia ó la alta banca, como hoy se diría, lo era todo; el pueblo no era más que un instrumento dócil en manos de aquella, que lo dirigía á su antojo, procurando que no le faltase pan en cambio de sus servicios y de su obediencia; mas cuando sobresalía por sus talentos algun individuo de esta clase, sabían los aristócratas recompensarlo, halagarlo y atraérselo. Considerada la vida sólo bajo el aspecto material, era una sociedad completamente feliz; pero la corrupcion de las clases elevadas y el embrutecimiento en que habían tenido á las clases bajas dieron al fin los tristes frutos que tarde ó temprano deben esperarse; las discordias y las luchas intestinas entre la faccion de los Barcas que acaudillaban á la democracia cuando ésta se impuso en Cartago, y la de los Hanones que acaudillaban á los oligarcas, fueron la causa principal de la ruina del pueblo cartaginés en sus últimas luchas con Roma.

En cuanto á la constitucion política, era en extremo sencilla como la de todos los pueblos en su origen. Su gobierno primitivo se reducía á dos magistrados llamados *suffetas*, elegidos anualmente por el pueblo, institucion muy análoga á la de los reyes de Esparta ó á la de los Cónsules romanos, pero aun con ménos atribuciones que éstos. También tuvo Cartago, desde los primeros tiempos, una especie de Senado ó consejo de ancianos (la *gerusia* de los Griegos), elegido así mismo por el pueblo. Esto en lo que respeta al interior de la

ciudad ó á la parte civil. En cuanto al ejército, el general tenía facultades discrecionales, y concentraba en sus manos el poder supremo. Para estos cargos sólo eran elegibles un corto número de ciudadanos de las familias más nobles, y vino á ser este número tan reducido y á ponerse tan en boga la corrupcion en las elecciones, que se vincularon en muy pocas familias las magistraturas supremas, y llegó á temerse con razon que alguna de aquellas, más poderosa, popular ó afortunada que las demás, consiguiera monopolizar el poder y establecer una verdadera monarquía. Para prevenir todo evento y asegurar el predominio de la oligarquía, se procedió entónces á la creacion del célebre Consejo de los *ciento cuatro*, el cual podía citar, juzgar y hasta condenar á muerte, lo mismo á los gerusiastas, que á los suffetas y aun á los generales, á su salida del cargo, obligándoles á dar cuenta de su conducta durante el año de su mando. En los primeros tiempos de su institucion (que coincidió con la de los Decemvros en Roma), fueron elegidos anualmente; pero no tardaron en hacer que les prorogasen sus poderes, hasta que llegaron á ser verdaderamente vitalicios.

Hay quien supone que, además de estos consejos y funcionarios, hubo otro mucho más numeroso; pero sobre ser cosa muy dudosa, si existió realmente, tendría atribuciones muy limitadas ó muy indeterminadas. Tambien eran de poca importancia las de los suffetas, siendo los 24 gerusiastas primero, y éstos con el Consejo de los *ciento cuatro* despues, la rueda más importante de la administracion y de la política en la república de Cartago. Cuando este último Consejo se constituyó en una

especie de tribunal permanente, y todos, lo mismo los gerusiastas en la ciudad que los generales en el campo de batalla, temieron adoptar resoluciones que pudieran disgustar á los oligarcas que formaban aquel terrible jurado, desapareció para siempre el esplendor y poderío de la famosa colonia tiria que se precipitó en el abismo de las discordias civiles, que traen consigo las más veces la ruina de los pueblos.

4. *Los partidos cartagineses: demócratas y aristócratas, ó Barcas y Hannones. Sus luchas.*—Durante los primeros siglos de su existencia, no sólo fué omnipotente, sino tambien quizá el único en Cartago el partido aristocrático, pues la faccion popular no levantó su bandera hasta tiempos muy posteriores. No hubo por consiguiente, en un principio, revoluciones ni grandes trastornos; pero la creciente corrupcion de los oligarcas y la grande opresion en que el Consejo de los *ciento cuatro* tenía al pueblo, hizo que se despertase en éste la fuerza latente de su gran poder, y colocándose á su cabeza ciertas familias de la misma nobleza perseguidas ó descontentas del proceder de los individuos de su clase, comenzó á formarse, frente al antiguo, el partido democrático; y cuando el exclusivismo y estrechez de miras de la aristocracia comenzaron á producir, como despues veremos, los grandes desastres que experimentó la República, se levantó pujante el partido popular dirigido por la poderosa familia de los Barcas, enemiga irreconciliable de la de los Hannones, que acaudillaban el partido aristocrático; y entónces, pasando la política al polo contrario, quiso el pueblo resolverlo todo en sus asambleas, declarándose entre ámbos

partidos ó facciones una guerra tan encarnizada, que fué, sin duda ninguna, la causa de la ruina de Cartago. Si el ódio del Consejo ó senado cartaginés no hubiera llegado hasta el punto de negar á Annibal los pocos recursos que necesitaba para subyugar á Italia, de seguro que habría sido otra la suerte de la gran República fenicia, y tal vez hubiesen variado los destinos del mundo; pero la Providencia que dirige en último término los hechos humanos, utilizando para sus miras supremas hasta las pasiones y extravíos de los hombres y de los pueblos, no permitió que la comercial raza semita impusiera su refinada y sensual civilizacion á la raza aria, más varonil, más reflexiva y más virtuosa.

No es posible entrar aquí en detalles acerca de las luchas sostenidas entre las referidas facciones, bastando á mi propósito hacer algunas indicaciones que procuraré aclarar y ampliar más adelante. Al quedar Roma, por razones que despues veremos, vencedora en la primera guerra púnica á pesar de la indisputable supremacía marítima de Cartago, amenazando á cada paso á ésta con una guerra decisiva, tomaron ya más cuerpo los dos partidos enteramente opuestos en ideas y procedimientos: el partido de la paz y el de la guerra; el conservador y el reformista; el que deseaba mantener el antiguo estado de cosas, aún á costa de la honra y de la independendencia de la pátria, para gozar de sus riquezas y privilegios, y el que pedia saludables reformas en el gobierno y en la administracion del Estado; el que todo lo postergaba á sus goces sensuales y egoistas, y el que prefería la muerte á la esclavitud y á la deshonra; en una palabra, el par-

tido aristocrático y el democrático, á que ántes me he referido. Apoyábase el primero en el Consejo de los ancianos (*gerusia*) y en el llamado de los *ciento*, y tenía á su cabeza á *Hannon el Grande*; el segundo reconocía por jefe *civil* á Asdrubal, y se apoyaba en las masas populares. Cuando las torpezas y las iniquidades del partido gubernamental provocaron la terrible insurreccion líbica (véase la página 168 se vió obligado el primero á llamar en su auxilio al jefe *militar* del segundo, á quien confió el mando del ejército, si bien asociado de Hannon, que era en este caso una fuerza negativa; pero, á pesar de los grandes obstáculos que á ello se oponían, consiguió Amilcar que triunfase la causa del orden. Siendo imposible, no obstante, traer á buen camino al gobierno oligárquico, que hasta intentó procesar al general del pueblo despues que había salvado la patria, se hizo necesaria una revolucion; pero no podía ésta verificarse sin despertar, en tan críticos momentos, los celos de los Romanos, que habrían aprovechado la ocasion para atacar y destruir á su rival, auxiliados quizá por el partido de los Hannones, que indudablemente estaba ó se hubiera puesto de acuerdo con los enemigos de la pátria con tal de vengarse de sus contrarios y que le dejasen gozar en paz de sus riquezas. Los jefes del pueblo tuvieron, pues, suficiente prudencia para contemporizar y amoldarse á las circunstancias, y éste no pidió grandes reformas políticas, contentándose con destituir del mando del ejército al jefe aristócrata, y dar á Amilcar el generalato exclusivo, independiente del gobierno, y creando de este modo una especie de dictadura militar, á la que sólo el pueblo podía pe-

dir cuentas de su conducta. Al jefe del ejército con sus oficiales competía el nombramiento de su sucesor—que el pueblo había de confirmar—, y el arreglar y firmar los tratados hechos con otros Estados. En tiempo de paz, como el que entonces corría, no pudo apreciarse en Cartago la trascendencia de esta reforma, como tampoco supieron apreciarla los Romanos. Amilcar desplegó y reveló su gran talento haciendo los preparativos necesarios para las grandes empresas que proyectaba, y esto con tal habilidad que no infundió la menor sospecha en los enemigos interiores ni exteriores. Cuando ya todo lo tuvo preparado y pacificadas las fronteras de los Númidas, partió con un poderoso ejército hacia las regiones occidentales de Africa; pero al llegar al estrecho de Hércules ó de Gades, se embarcó para la península ibérica en una escuadra cartaginesa que iba navegando á su vista, al mando de su amigo y decidido partidario Asdrubal; y aunque el Senado se quejó de esta trasgresion de sus atribuciones, no por eso dejó aquél delinear adelante su empresa, consiguiendo en poco tiempo él y sus sucesores dominar en casi toda España, resarciendo así á su patria de las grandes pérdidas que había experimentado con la de Sicilia y demás islas inmediatas en la primera guerra púnica, y fué el pretexto para que estallase la segunda, de lo cual he de ocuparme en la leccion siguiente.

En resumen, el resultado de la lucha, en esta primera época, entre ambos partidos fué que las cosas casi quedasen *in statu quo* en el interior de la ciudad y adquiriesen los demócratas la supremacía en el ejército y en los asuntos exteriores.

5. *Poderio y cultura de Cartago. Su situacion durante las Guerras Púnicas. Su caída.*—Basta considerar la inmensa extension del comercio de Cartago, para formarse una idea de su gran poderio. Despues de la caída de Tiro, su metrópoli, y de haber vencido á los Griegos en los mares de Occidente, se hizo la dueña del comercio del mundo entónces conocido, desde la India hasta las costas del Atlántico, y desde las regiones inexploradas del centro y Sur de Africa, hasta las islas del Mar Germánico. Cartago que debía ser naturalmente el foco de este comercio, era «la ciudad más opulenta del universo» segun la expresion de los escritores griegos. No hay más que fijarse en lo que sería Inglaterra, si la industria y el comercio de otros países no le hiciesen cierta competencia, ni se opusieran á su ambicion el derecho internacional ó los tratados, y se tendrá el exacto modelo de la antigua República africana.

Su cultura era tambien muy general, pero tenía un carácter eminentemente práctico, sobresaliendo en todos los ramos de la industria antigua, y principalmente en la agricultura, de la que escribieron el mejor tratado que se conoció en la antigüedad, y que fué traducido al latin y recomendado oficialmente por el senado romano. Eran partidarios del *cultivo intensivo*; ningun labrador cultivaba más terreno que aquel que sus medios le permitian hacer que rindiese el mayor producto posible.

Entre las ciencias que allí estuvieron más en boga, figura la Geografia, como lo demuestra el célebre *Periplo de Hannon*, que, traducido al griego, se ha conservado hasta nuestros días. Eran tam-

bien muy amantes de las bellas artes; pero sólo como coleccionadores de los objetos debidos á los artistas griegos ó de otros pueblos; las ciencias especulativas ó filosóficas obtuvieron poco favor entre los Cartagineses, por más que su literatura fuese bastante rica, segun lo acreditan las referencias que hacen los Romanos á las grandes bibliotecas allí encontradas cuando tomaron la ciudad al fin de la tercera guerra púnica.

Sin embargo, la primera guerra púnica la hizo perder mucho de su poderío, quitándole parte de su influencia en el Mediterráneo; la segunda la redujo ya á un Estado de segundo orden, y casi dependiente, privándolo Roma de las fuerzas marítimas que eran el escudo de su vasto comercio; y pereció en la tercera, cuando apenas hacía un siglo que era en cierto modo la señora del mundo.

RESÚMEN.

1 Carthada (la *Karjedon* de los Griegos ó la *Cartago* de los Latinos) se hallaba situada en la costa septentrional de Africa, en la parte que hoy llamamos Golfo de Túnez, que viene á estar frente á las costas meridionales de Italia y de Sicilia. Dícese que fué fundada por Dido, hermana de Pigmalion, rey de Tiro, á mediados del siglo IX a. de J. C. Los países que rodeaban la ciudad, eran fértiles en extremo, y la posición de ésta una de las mejores que podían elegirse para monopolizar el comercio del mundo antiguo; así es que, cuando comenzó la decadencia de la metrópoli, á pesar de que había otras colonias fenicias mucho más antiguas que Cartago, heredó ésta la hegemonía comercial de la opulenta Tiro, y la ejerció en todas las costas y sobre todos los pueblos de la cuenca del Medi-

terráneo. Los principales pueblos indígenas que la rodeaban en el continente, y que se los conocía bajo la denominacion general de Libios, eran los Maxitanos, Zeugitanos, Númidas, Mauritanos, etc. Estaban dedicados al pastoreo y á la agricultura, cuyas prácticas eran análogas á las de los Egipcios, por lo que muchos les atribuyen este origen.

2. En un principio no fué Cartago más que una colonia como tantas otras, y hasta dependiente ó protegida de Útica, que era tambien de procedencia fenicia. La principal ocupacion de los Cartagineses era el comercio, pues el terreno pertenecía á los indígenas, y si alguno quería cultivar las tierras, tenía que pagar una crecida renta; pero segun iba decayendo la madre patria y fomentándose el comercio de los Griegos por medio de sus colonias, se vieron obligadas las de Fenicia á formar una poderosa coalicion contra sus rivales, y como Cartago era ya la más floreciente, se puso naturalmente á la cabeza de aquella, formando alianza con los Etruscos y otros pueblos italianos, y terminando, despues de cerca de dos siglos de lucha, con la indisputable supremacía de los Fenicios en todos los mares. Siendo Cartago el alma de aquella especie de confederacion, había adquirido un colossal poderío, sin que pudiese nadie disputarle la hegemonía. Una vez adquirido el imperio del Mediterráneo, quiso poseer tambien un imperio continental, y al efecto, dejó de satisfacer los tributos que pagaba por cultivar las tierras de las inmediaciones, y una vez rotas las hostilidades, se apoderó, una en pos de otra, de todas las ciudades importantes de los indígenas, y despues, no se sabe si de grado ó por fuerza, de todas las colonias fenicias excepto de Útica. Sus atrevidos navegantes surcaban con sus naves todos los mares y arribaban á todos los puertos del mundo conocido. Como sus principales miras eran el comercio y el lucro más bien que la ambicion de dominar, procuraban mantener una paz inalterable con todos aquellos pueblos que no podían llegar á ser sus rivales ni les estorbaban para sus empresas; así es que, desde tiempos muy remotos, se los ve celebrando tratados de alianza y de comercio con los Romanos, siendo el único que conocemos el conservado por Polibio, y en el cual Roma da á

Cartago todas las ventajas comerciales con tal que ésta le permita servirse de su nombre y de su poderío para asegurar aquella su supremacía y su dominio sobre todas las ciudades de la confederación latina.

3. Después de estas breves indicaciones sobre la historia externa ó internacional de Cartago, diré algunas palabras acerca de su historia interna ó civil. Comenzando por su forma de gobierno, todos los historiadores convienen en que fué desde su fundación una república aristocrática, muy análoga á la de Roma, y que siguió en su desenvolvimiento político los mismos trámites que la célebre ciudad tiberina. En efecto, en un principio, constituían su gobierno dos magistrados llamados *suffetas*, un Senado ó Consejo compuesto de 24 miembros, y quizá una Asamblea popular, pero con muy pocas atribuciones. Cuando las necesidades así lo exigieron, se creó ó se dió gran importancia al cargo de general del ejército, que tenía sobre éste poderes casi absolutos; era una especie de *dictador* militar análogo al de los primeros tiempos de la República romana, y que, como éste en tiempos de Mario, Sila, etc., llegó el cartaginés, en tiempo de los Hannones y Barcas, á ser una dictadura casi general y permanente.

Por último, cuando se creó el Consejo de los *ciento cuatro*, y adquirieron un gran ascendiente el partido y las asambleas populares, estalló una guerra á muerte entre la facción aristocrática y democrática, cuya discordia y luchas violentas fueron causa de la ruina de la comercial Cartago.

4. De lo dicho se infiere que el partido aristocrático dominó sin oposición en esta ciudad durante los primeros siglos de su existencia; pero al extender sus dominios comenzó á notarse que era demasiado estrecho el molde de aquel gobierno, muy mezquinas sus miras y muy corrompidos los hombres que le formaban para continuar rigiendo los destinos de tan gran nación, y surgió poco á poco un partido democrático vigoroso que tenía á su cabeza la célebre familia de los *Barcas*, que tantos días de esplendor y gloria dieron después á la patria, mientras que la de los *Hannones*, que acaudillaba el partido contrario, sólo le causó, por regla general, los mayores desastres.

Los primeros lograron imponer su autoridad en el ejército, y en general, fuera de la ciudad; la influencia de los segundos predominaba por completo en el gobierno del Estado, y los excesos que siempre traen consigo esta especie de luchas, unidos á la cobardía y mala fé del partido aristocrático y á la fuerza y desmedida ambicion de Roma produjeron el desastroso fin de la opulenta República fenicia.

5. El estado de la cultura general de este pueblo correspondía, por lo ménos, en lo que se refiere á los progresos realizados en la industria y en todas las artes útiles, á su gran poderío. Sus libros de agricultura, de geografía, etc., eran buscados leídos, y recomendados por los gobiernos más ilustrados de la antigüedad; sus viajes y descubrimientos abrieron extensos horizontes y dieron á la ciencia más de un conocimiento útil, borrando añejas preocupaciones sobre la forma de la tierra, la extension de los mares y de los continentes, etc.; pero en todo, hasta en su ciencia, se observa su marcada tendencia práctica, siendo por lo comun poco aficionados á las especulaciones y teorías que no tenían una aplicacion inmediata. Tal fué la razon de que se cultivara entre ellos, como ya hemos dicho, con predileccion el estudio de la agricultura, de la geografía y de las lenguas, y no entrasen en el dominio de la filosofía.

LECCION V

Luchas entre Cartago y Roma ó Guerras Púnicas.

1. *Cuestion que se debatía en las Guerras Púnicas, ó causas esenciales y accidentales de la lucha entre Cartago y Roma.*—Pasando por alto las supremas miras providenciales relativas al destino y último fin de los pueblos, y limitándome aquí á las causas puramente históricas de los hechos humanos, entiendo que en todos los de alguna importancia pueden descubrirse y señalarse dos órdenes ó especies de causas: unas fundamentales y otras accidentales, mejor dicho, causas reales y permanentes que determinan los hechos, y accidentes que suministran el pretexto para llevar á cabo un propósito ó realizar un plan preconcebido. Esto mismo se observa en las luchas entre las dos Repúblicas de Cartago y Roma.

Ya hemos visto en las lecciones anteriores cómo la ciudad del Tíber fué extendiendo y consolidando su dominacion sobre los pueblos vecinos, hasta que, despues de las guerras samnitas y las sostenidas contra Pirro, llevó sus conquistas al extremo meridional de la Península, donde se encontraron frente á frente los intereses de las citadas Repúblicas. Poseyendo á Sicilia, las Egates, Córcega, Cerdeña y demás islas inmediatas, tenían seguro los Cartagineses el imperio del Mediterráneo y el comercio con todos los pueblos de sus costas, teniendo, en cierto modo, sujeta á Roma, que consi-

deraba á Sicilia como su granero. Además, si los Romanos aspiraban, como ya podía notarse, á unificar el mundo antiguo, á fundar ese imperio universal con que soñaron tantos hombres y pueblos en aquella edad, necesitaban añadir á sus dominios continentales el predominio marítimo, y bajo este aspecto, podía servirles la posesion de Sicilia como una excelente base de operaciones para futuras empresas. Ya comprendía la situacion de las cosas el ilustre general epirota cuando exclamó al abandonar á Sicilia y conocer lo efímera que era en ella la dominacion griega sin su presencia: «¡qué buen campo de batalla dejó á los Romanos y á los Cartagineses!» En efecto, tarde ó temprano, la prediccion no podía dejar de cumplirse. Dadas la manera de ser y las aspiraciones de la sociedad antigua, Roma y Cartago no podían coexistir con el grado de poder á que habían llegado, y tenían que sucumbir una ú otra irremisiblemente. Estas y no otras fueron las causas verdaderas y fundamentales de las guerras púnicas. Veámos ahora cual fué el pretexto con que comenzaron.

En sus luchas contra los Cartagineses, se había servido Agatocles, rey ó tirano de Siracusa, de soldados mercenarios de la Galia, de España y de Italia. Estos últimos eran Campanios en su mayor parte, y se apellidaban *Mamertinos*, esto es, *servidores ó hijos de Marte ó Mamerte* (1). A la muerte de Agatocles, no los tenían al corriente en sus pagas, y se sublevaron é hicieron dueños de Siracusa, hasta que, al darles la licencia, les abonaron sus

(1) No porque fuesen naturales de Mamerto, como dice un historiador contemporáneo.

atrasos. Dirigiéndose entónces á su país, llegaron á Mesina, y codiciosos de hacer botin, atacaron y se apoderaron de esta importante ciudad, degollando ó expulsando á todos sus habitantes en estado de tomar las armas. Desde esta fortaleza hacían sus excursiones y dominaban toda la parte septentrional de Sicilia, al mismo tiempo que los Cartagineses se apoderaban de la occidental. En esta situacion se hallaba la isla cuando acaecieron las guerras de Pirro, en las cuales se aliaron, al parecer tan íntimamente, Cartago y Roma, pero que, en realidad, no hacían más que celarse una á otra, enfriándose más y más su fingida amistad, cuando la escuadra cartaginesa quedó burlada en las aguas de Tarento, cuya ciudad, como ya hemos visto, entregó á los Romanos el general de los Epirotas. Sólo se esperaba ya un pretexto para romper las hostilidades, y éste no tardó mucho en presentarse.

Cuando el aventurero Hieron se hizo rey de Siracusa, no pudiendo sufrir las molestias que causaban á los Sicilianos las correrías que desde su fortificada guarida hacían los Mamertinos, les declaró la guerra y fué estrechamente bloqueada Mesina por el ejército Siracusano. En tal situacion, decidieron pedir auxilio á Roma, ofreciendo que la ciudad entraría en la Confederacion romano-italica. El Senado vaciló en prestar su apoyo á estos bandidos, y más contra un tan fiel aliado como Hieron; pero llevada la cuestion á la asamblea de las curias, ésta decidió que se interviniese en favor de los aventureros, y se envió un ejército al mando de uno de los cónsules; mas cuando llegó éste á la costa de Italia, se habia impuesto en Mesina una faccion favorable á Cartago, y entregado

el puerto al almirante Hannon, que lo ocupó con una numerosa escuadra. Despues de un primer fracaso, logró el general romano desembarcar su ejército en la isla, derrotó á Hieron, y llamó á Hannon á una conferencia para evitar un rompimiento. El almirante no vaciló en asistir á la cita; pero los Romanos, faltando á los más sagrados principios del derecho de gentes, se apoderaron de su persona, y fué el cartaginés tan cobarde que mandó á sus soldades desalojar la ciudad y á sus naves abandonar el puerto, ocupando los Romanos tan importante plaza. Indignados los Cartagineses contra su torpe y cobarde almirante, lo condenaron á muerte y declararon inmediatamente la guerra á los Romanos. Tales son los antecedentes y sucesos que prepararon y motivaron el rompimiento de las hostilidades. ¿Tenían ambos pueblos conciencia de lo que este rompimiento significaba, dados la situacion y el estado de las cosas? ¿Tenían ya los Romanos formados sus proyectos de conquista universal, ó entendían que esta guerra se limitaba á un par de campañas en Sicilia para impedir que los Cartagineses se apoderasen por completo de la isla? Hay muchas y poderosas razones para creer esto último, aunque tambien las hay que dan á entender lo primero. Sea como quiera, el hecho es que *ya está echada la suerte*, que ha de decidir de los futuros destinos del mundo.

2. *Primera guerra púnica* (de 264 á 241 de J. C.) —*Sus consecuencias.*— Si ha de procederse con claridad en la concisa exposicion que exige la índole de este *compendio* respecto de hechos que necesitarían volúmenes enteros para su completo desarrollo, hay que dividir los sucesos de esta

primera guerra, en tres períodos: 1.º Desde la ruptura de las hostilidades hasta la batalla naval de Tindaris (año 257): 2.º Desde esta fecha hasta la embajada y muerte de Régulo (año 250): 3.º Desde la muerte de Régulo hasta la conclusion de la paz (año 241).

PRIMER PERÍODO.—La primera campaña de los Romanos en Sicilia fué poco afortunada; pues si bien, en un principio, derrotaron á Hieron y á los Cartagineses cerca de Mesina, y llegaron hasta penetrar en territorio de los aliados, el fracaso que sufrieron delante de *Echetla*, les obligó á retirarse, y, dejando una fuerte guarnicion en Mesina, pasó el resto del ejército á Italia. La campaña siguiente (la del año 263 a. de J. C.), fué más fecunda en resultados. Desembarcaron los dos cónsules romanos á la cabeza de un ejército respetable, y encontrándose con el de los Siracusanos y Cartagineses, cerca de *Alesa*, se dió una gran batalla, en la que fueron éstos completamente derrotados por el cónsul M. Valerio, apellidado despues *Mesiniano* ó *Mesala*, y cuyas consecuencias fueron la toma de algunas ciudades, y que Hieron celebrase la paz é hiciese una estrecha alianza con Roma, no necesitándose en la campaña siguiente nada más que dos legiones, auxiliadas por las milicias de la isla, para encerrar á los Cartagineses en sus plazas fuertes marítimas, sobre todo, despues de la batalla delante de Agrigento y de la toma de esta ciudad por los Romanos.

Empero si en la lucha por tierra obtenían los Romanos grandes ventajas y perdían los Cartagineses las rentas que ántes sacaban de Sicilia, en cambio, la ruina del naciente comercio de aqué-

llos, la constante alarma en que las escuadras de éstos tenían á los aliados y áun á la misma Roma, temiendo un desembarco sério, y las ricas presas y el saqueo de algunas localidades de la costa equilibraban, por decirlo así, las ventajas y los perjuicios entre ámbos beligerantes. Roma comprendió entónces que necesitaba una escuadra para luchar con éxito contra su enemigo y se propuso crearla inmediatamente. «En sus pueriles declamaciones,» dice el ilustre historiador Mommsen (1) «han dicho despues los retóricos que era la primera vez que los Romanos empuñaban un remo. Este es un error crasísimo (2); la marina mercante italiana era ya bastante considerable y no carecía de naves de guerra, si bien éstas eran *triremes*, y no habían visto aún buques de cinco puentes como los que recientemente había adoptado Cartago.» Procedióse, pues, á la construccion de 20 galeras *triremes* y 100 *quinqueremes*, y no aceptaron en esto los servicios de las escuadras de Siracusa, Marsella y demás *socii navales*. Sea como quiera, al comenzar la campaña del año 260 (a. d. J. C.), votaron al mar una armada de 120 buques, los cuales, si bien eran de tosca construccion y muy pesados, iban provistos de una especie de puentes con garfios para arrojarlos sobre el buque enemigo, sujetarlo, y pelear como en tierra firme (3).

(1) *Hist. de Roma*, t. III, pág. 59 y 60 (de la version castellana).

(2) Del cual se hace eco, en parte, uno de nuestros mejores historiadores contemporáneos, cuyas obras andan en manos de todos.

(3) La especie de máquinas á que se alude en el texto, las denominaban *Corvi* los Romanos. Véase la descripcion que puede hacerse de ellas, por los datos que los autores clásicos

Cuando ya la escuadra estuvo terminada y comenzaba á equiparse, se hizo á la mar con 17 galeras uno de los cónsules, y encontrándolas en el puerto de *Lipara* una division de la escuadra cartaginesa, las hizo todas prisioneras, sin que pudieran hacer resistencia alguna; pero una vez equipado el resto de la armada, salió para Mesina, y encontrando una escuadrilla cartaginesa, la atacó y le causó pérdidas que compensaron las que ántes habían experimentado los Romanos. Empero el combate formal en que se probó el valor de los legionarios, en cualquier elemento que peleasen, fué la tan célebre batalla naval dada cerca del Promontorio de *Mila* (con cuyo nombre se la designa), en la que la escuadra romana obtuvo un triunfo completo sobre la de sus enemigos, quizá superior en número. Los historiadores consideran generalmente esta victoria como una especie de acontecimiento extraordinario y aún milagroso, cuando la cosa es lo más natural que darse puede. Confiados los Cartagineses en la gran superioridad que les daba la habilidad de sus marinos, la rapi-

nos suministran. Cerca de la proa del buque había fijo un palo fuerte, de unos 10 metros de elevacion. Cerca del pié ó base se practicaba una hendidura, casi semicircular, en la que se introducía uno de los extremos de una especie de puente, de unos 14 metros de longitud por más de uno de anchura. En el otro extremo tenía un enorme clavo ó arpon de la forma del pico de un *cuervo* (de donde procede sin duda el nombre de la máquina). Este puente estaba sujeto por medio de una cuerda al palo ántes mencionado, y podía girar á uno ú otro lado, segun el punto hácia donde conviniera arrojarlo. Cuando el buque enemigo se aproximaba, se arrojaba el puente sobre él, y al caer con todo su peso el extremo superior sobre la cubierta de la nave contraria, se clavaba fuertemente el arpon en ella, y podía empeñarse un combate cuerpo á cuerpo, en el que obtendrían la ventaja los que con más valor se batieran y con más destreza manejasen las armas.

dez en los movimientos de sus buques, el número de éstos, etc., etc., y burlándose del aspecto que presentaba la escuadra romana con sus toscas, antiguas y pesadas galeras, se precipitaron sobre ella, si no en completo desórden, como afirman algunos historiadores, sí, seguramente, sin atenerse á un plan de batalla regular y meditado, procurando cada division y cada nave ser la primera en atacar y en recoger los laureles de un triunfo que consideraban fácil y seguro. Cuando las que primeramente llegaron á la línea se vieron apresadas y tomadas inmediatamente al abordaje, trocóse la confianza en pánico, entró el desórden y huyeron despues de haber perdido casi la mitad de la escuadra (año 260 a. de J. C).

Las ilusiones que esta victoria despertó en la imaginacion de los Romanos fueron extraordinarias. Considerábanse ya como una potencia marítima invencible, y que no tenía que hacer, para concluir la guerra, otra cosa que elegir uno de estos dos medios: ó dirigir sus ataques combinados por mar y tierra, contra las posesiones de los Cartagineses en las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña y rechazarlos á las costas de Africa, ó invadir éstas con un poderoso ejército y obligar á Cartago á pedir la paz y admitir las condiciones que al vencedor pluguiese imponerle. Pero andaban grandemente errados en sus cálculos. La República africana había puesto al frente de los asuntos de la guerra un político más astuto y hábil general, llamado Amilcar que desbarató el primer plan,—que fué el que se pusieron seguir los Romanos,—rechazando todos sus ataques contra las ciudades marítimas de Sicilia, y creándoles en el interior de la isla muchas

dificultades. No obstante, en el año siguiente (259 a. de J. C.), se apoderó el cónsul L. Escipion del puerto de *Aleria*, en Córcega, pero se estrellaron sus armas contra *Olbia* y otras ciudades de Cerdeña. En la campaña del año 258, saquearon muchas aldeas y ciudades abiertas de esta isla, aunque sin conseguir fiar en ella su dominacion. Propusiéronse al fin dar una gran batalla naval, y encontrándose ambas escuadras cerca de *Tindaris*, al O. de Mila, quedó indecisa la victoria. Iban ya siete años de lucha sin resultados decisivos; era, pues, necesario, hacer un supremo exfuerzo para poner término á esta guerra desoladora.

SEGUNDO PERÍODO.—No habiendo obtenido el primer plan el éxito que se esperaba, dispusiéronse los Romanos á dirigir un ataque contra Africa, para cuyo objeto reunieron una escuadra de 330 buques, la cual se hizo á la vela para las costas líbicas, embarcando á bordo hasta 150,000 combatientes, y mandada por los cónsules M. Atilio Régulo y Lucio Manlio, ambos buenos capitanes. Los Cartagineses por su parte no descuidaron los preparativos y habían apostado otra escuadra, quizá más numerosa que la romana y con igual contingente de soldados, en el puerto de Lilibea á fin de impedir el paso á los Romanos, ya fueran por la parte Sur ya por la parte Norte de Sicilia. Al tener noticias exactas del rumbo de la armada romana, salió el almirante cartaginés á su encuentro; pero la dejó que embarcase, en la desembarcadura del Himera, el resto de las tropas que necesitaba, y la esperó disponiendo sus naves en orden de batalla cerca de *Ecnomo*. Los Romanos se precipitaron contra la escuadra enemiga y se trabó uno de los más terribles com-

bates navales que se han visto. Más de 300,000 hombres luchaban con el ardor y hasta con el entusiasmo que inspiran la seguridad de que va á decidirse la futura suerte de un pueblo, y la esperanza de la victoria. Esta quedó por los Romanos, que capturaron 64 galeras enemigas despues de haber echado á fondo 30; habiendo perdido ellos 24 (año 256 a. de J. C.).

Los Cartagineses se retiraron, aunque muy debilitados, con el fin de poner su capital á cubierto contra un ataque del enemigo; pero la escuadra romana se dirigió más al Este del promontorio *Hermeo* (de Mercurio) desembarcando en Clypea las tropas que llevaba con este objeto. Allí, en la orilla del mar, construyeron un campamento fortificado (*castra navalia*), desde el cual comenzaron á talar el país vecino, derrotando luego en un desfiladero al ejército cartaginés. Entónces se sublevaron muchas ciudades y casi todo el país númida, llegando los Romanos á establecer sus cuarteles de invierno en *Tunis*, casi al pié de los muros de Cartago. No temiendo ya ninguna resistencia seria por parte de los Cartagineses, cometieron los Romanos la imprudencia de dividir sus fuerzas, quedando allí Régulo solamente con 15.000 hombres y 40 naves en Clypea, y volviendo el resto á Italia por orden del Senado.

En vano pidió la paz Cartago; Roma imponía para ella, entre otras condiciones, la de que había de entregarle hasta la última nave de guerra. Era pues preferible la lucha á todo trance. Los Cartagineses sacaron fuerzas de su propia desesperacion, y llamaron á Amilcar con los pocos pero aguerridos soldados que tenía aún á sus órdenes, para que

sirviesen de núcleo para un nuevo ejército, que el oro derramado á manos llenas entre los Numidas, y la fama del espartano Xantipo, encargado de su organizacion, no tardaron en reunir; y al terminar el invierno,—que los Romanos habían dejado pasar inactivos con la presuncion de poder atacar y tomar en la primavera siguiente con tan pocas fuerzas una ciudad que tenía defensas formidables,—ya estaba aquel completamente organizado, y cuando llegó el buen tiempo para comenzar la nueva campaña la del año 255 (a. de J. C.) había cambiado la situacion de los beligerantes. Régulo no había recibido refuerzos y Cartago disponía de un respetable ejército. Este fué el primero en salir á campaña y en presentar la batalla á los Romanos, que la aceptaron á pesar de su inferioridad numérica, sobre todo en caballería. Sólo á primera hora tuvo aquello aspecto de batalla, despues no fué más que una inmensa carniceria hecha principalmente por la caballeria numida en las ya desordenadas filas de los Romanos, que dejaron en el campo cerca de 12,000 soldados muertos y muchos prisioneros, entre ellos á Régulo, que murió algunos años despues en la prision. Los restos de la infantería ligera que huyeron en los primeros momentos y se refugiaron en el campamento fortificado de Clypea, fueron recogidos por una escuadra de 350 buques que acudió ya tarde en auxilio de sus compatriotas, la cual encontró y derrotó en su camino á la escuadra cartaginesa, causándole inmensas pérdidas. Pero la fortuna parecía haberse declarado contraria á los Romanos; esta escuadra se perdió casi por completo á su regreso, á consecuencia de una gran borrasca. No por esto retro-

cedieron en su empresa, y en la primavera siguiente (254 a. de J. C.), votaron al mar otras 220 galeras nuevas, que, en union del ejército de tierra, se apoderaron de Panormo (Palermo), á pesar de los refuerzos que los Cartagineses habían enviado á Sicilia. La Campaña del año 253, fué poco fecunda en resultados, y no lo fueron más las de los dos años siguientes; pero en la del año 250, la gran batalla ganada cerca de Panormo por el consul Metelo dió un golpe mortal á la dominacion de los Cartagineses en Sicilia. Estos pidieron nuevamente la paz; más en el Senado preponderó el partido de la guerra, y se hicieron nuevos aprestos.

TERCER PERÍODO (249 á 241 a. de J. C.).—Aumentaron, pues, los Romanos su escuadra y se propusieron apoderarse de las ciudades marítimas que aún quedaban en la isla á los Cartagineses. Todo iba bien en un principio; pero una imprudencia del almirante romano, que quiso sorprender en el puerto de Lilibeá la escuadra cartaginesa, costó á la República cerca de 100 naves y la flor de sus legionarios (1). Al poco tiempo se perdió otra gran escuadra con todos los buques de transporte que iba escoltando, y que conducían víveres al ejército sitiador de Lilibeá.

Los Cartagineses quedaron nuevamente dueños del mar, y eligiendo como general al despues tan célebre Amilcar Barca, sostuvieron la guerra con

(1) En esta empresa, no en la batalla de Mila, como indican algunos historiadores, fué cuando los *pullarii* se dice que advirtieron al cónsul que los *pollos sagrados* no querían comer, lo cual era de mal agüero: «que beban pues,» contestó el cónsul, y los arrojó al mar, cuya irreverencia causó gran descontento en los soldados, atemorizados ya por el augurio.

habilidad, á pesar de los insignificantes recursos que el gobierno aristocrático de la metrópoli suministraba al ilustre jefe de los demócratas de Cartago, (véase pág. 147), pues aquellos ricos y afeminados comerciantes, al verse libres de la amenaza inmediata de los Romanos, sólo pensaron ya en aglomerar tesoros y gozar de sus riquezas. Así trascurrieron muchos años sin que los Romanos pudiesen llevar á cabo nada por mar, hasta que se convenció el Senado de que, sino triunfaba definitivamente en este elemento, serían casi estériles cuantas victorias y ventajas obtuviese por tierra; y, con el auxilio de algunos aliados, consiguió reunir, á principios del año 241, una gran escuadra de 250 velas, poniéndola á las órdenes de los cónsules C. Lutacio Catulo y P. Valerio, quienes se dirigieron inmediatamente al centro constante de las operaciones, á los mares de Sicilia. Durante tantos años de paz por mar, y creyendo que la marina romana había caído para no levantarse jamás, descuidaron de tal modo la suya de guerra los Cartagineses que, cuando llegó á ellos la noticia de que Roma había levantado nuevos armamentos y que en la inmediata primavera se renovaría la guerra marítima, apenas pudieron reunir buques útiles para formar una escuadra que oponer á la del enemigo. En efecto, cuando la armada romana llegó á Lilibea y comenzó el sitio de esta ciudad, se presentó una escuadra cartaginesa, numerosa sí, pero que carecía de la solidez y la buena organización de la de sus contrarios. Además, para colmo de imprevisión y de incuria, los buques cartagineses iban la mayor parte cargados de víveres y municiones, pero sin soldados ni los tripulantes nece-

sarios, pues debía tomarlos en las costas de Sicilia, luego que desembarcase su cargamento. Dicho se está que, en cuanto llegase al almirante romano la noticia de la proximidad del enemigo, le había de salir al encuentro, como lo verificó, apoderándose, casi sin pelear, de toda la escuadra cartaginesa, excepto de los buques que en el primer choque se fueron á pique. Este combate tuvo lugar cerca de las islas *Egates*, en la primavera del año 241, y fué el último de la primera guerra púnica.

Los exfuerzos de Roma, las virtudes públicas de aquel gran pueblo, triunfaron al fin, no obstante la impericia y las torpezas de sus generales; los viciosos y afeminados Cartagineses fueron vencidos á pesar del valor y del genio de su gran capitán Amilcar Barca. Justo castigo de los pueblos, cuyo fin capital es el lucro para acumular riquezas conque satisfacer sus caprichos y sus placeres.

Nada podía ya esperar Cartago, y Roma temió quizá que pudiese sobrevenir un nuevo cambio de fortuna. La ocasion era propicia para celebrar la paz, como se verificó entre Amilcar y los dos cónsules romanos, en condiciones relativamente equitativas. Los Cartagineses renunciarían á sus posesiones de Córcega, Sicilia y otras islas, y pagarían una no muy crecida suma por gastos de guerra; los Romanos permitirían la libre salida de Sicilia con sus armas y bagajes á Amilcar y á sus soldados, incluso los desertores del enemigo; y ámbos pueblos se comprometían á no proteger la insurrección de los súbditos de la otra parte contratante, y á no hostilizar á los que fuesen sus fieles aliados. El pueblo y el senado romano se resistieron en un principio

á ratificar el convenio, pero al fin cedieron, elevando algo la suma que debía pagar Cartago (3.500 talentos, ménos de 20 millones de pesetas).

Tal fué el resultado de la primera guerra púnica. Los Cartagineses perdieron por completo el exclusivo imperio de los mares, y las mejores islas del Mediterráneo; los Romanos extendieron su dominacion á un nuevo elemento que ántes casi desconocían, y aseguraron con la posesion de Sicilia y Córcega y al poco tiempo la de Cerdeña, una doble base de futuras operaciones sobre Oriente y Occidente á fin de fundar y dar unidad al más grande imperio de la tierra.

3. *Insurreccion de los Libios. Expedicion de Amilcar Barca y conquista de España por los Cartagineses.*—Mientras Amilcar pudo pagar en Sicilia sus mercenarios con sus propios recursos, todo marchó bien en sus relaciones con el Gobierno de Cartago; pero cuando aquellos se agotaron y el general pidió que se le enviase dinero, respondiéronle que licenciara sus veteranos y que en la ciudad se les pagaría. Inútil fué cuanto hizo Amilcar por evitar la catástrofe que sin duda preveía. Los oligarcas esperaron á que se reuniese todo el ejército para rebajar ó escatimar la paga á los soldados, los cuales se amotinaron en un principio y se declararon despues en rebelion abierta, asesinando á infinidad de ciudadanos y hasta á muchos oficiales, siendo derrotado el ejército que salió contra ellos y sitiada Cartago por dos puntos á la vez. Entónces fué cuando el Gobierno se vió obligado á llamar á Amilcar para que se pusiese al frente del ejército, el cual logró reducir á los rebeldes á la obediencia, parte por los alhagos y por el prestigio de su nom-

bre, y á los demás por la fuerza. No obstante, esta lucha había durado cinco años, Cartago estaba sin fuerzas y los Romanos, aprovechándose villanamente de su situación, le habían arrebatado á Cerdeña, su última perla del Mediterráneo.

Terminada la guerra civil, poseyendo Amilcar bastante poder é influencia (véase pág. 167), y habrigando un ódio inextinguible contra los Romanos, se propuso llevar á cabo una empresa que resarciese á su patria de las grandes pérdidas que acababa de experimentar y la pusiera en estado de poder luchar contra Roma; esta empresa fué la de su célebre expedición hácia Occidente, á que ántes nos hemos referido, con objeto de apoderarse de España. En ménos de ocho años consiguió convertir en provincias Cartaginesas las más bellas y fértiles comarcas de nuestra Península, muriendo en lo mejor de su edad y cuando ya sus grandes hechos estaban á punto de dar los más ópimos frutos. Afortunadamente tuvo un sucesor digno en su yerno Asdrubal, que, parte por la habilidad, parte por la fuerza, consiguió dominar casi toda la Península hasta el Ebro, y organizar en el país sometido una buena administración, dándose á conocer como uno de los hombres de Estado más hábiles de la antigüedad. Estas nuevas conquistas, la fundación de nuevas ciudades en puertos tan excelentes como los de Barcelona y Cartagena, el descubrimiento de riquísimas minas de plata, etc., abrieron al comercio cartaginés un mercado inmenso y una gran fuente de riqueza, que lo recompensó con creces de las pérdidas ántes sufridas. Esto hizo que el Gobierno aristocrático de Cartago *dejase obrar* á los Barcas sin mezclarse él apenas

en los asuntos exteriores; pero esto precipitó también el nuevo rompimiento entre ambas Repúblicas. Cuando Asdrubal murió asesinado y le sucedió su joven cuñado Annibal, ya no quedaba á éste en que ejercitar su gran actividad y su vasto génio, al ménos contra los naturales de la Península española, y buscó nuevo campo para sus empresas.

También Roma extendió sus dominios y aumentó bastante su poder despues de terminada la primera guerra púnica.

Durante esta gigantesca lucha, no pudiendo los Romanos atender á sus intereses comerciales en las costas del Adriático, había progresado extraordinariamente la piratería en aquella parte, llegando á su más alto grado cuando Teuta, reina de Iliria, auxiliada por Demetrio de Paros, se apoderó de casi todas las islas de dicho mar, sobre todo de las próximas á la costa oriental. Coincidían estos hechos con la terminacion de la primera guerra contra Cartago, y los Romanos se propusieron asegurar el comercio en el Adriático y ponerlo perfectamente á cubierto de los ataques de los piratas. Con este motivo enviaron dos delegados á la reina Teuta, rogándola que pusiese freno á los desmanes de sus súbditos. Esta no sólo contestó que la piratería era en su reino un ejercicio legítimo como otro cualquiera, sino que mandó dar muerte á uno de los delegados que la disgustó con una expresion irónica. Los Romanos le declararon inmediatamente la guerra, en la que, como es natural, fué derrotada, perdió la mayor parte de sus Estados, y quedó destruida la piratería en el Adriático, colocándose casi toda la Iliria bajo la proteccion de Roma.

Terminada esta guerra se empeñó Roma en otra

contra los Galos, que amenazaban con una nueva invasion.

En la primera campaña no fueron muy afortunados los ejércitos de la República, los cuales sufrieron algunos descalabros aunque de poca importancia, si bien todos quedaron recompensados con la célebre victoria conseguida en Telamon, en la costa de Etruria, en donde fué exterminado el ejército galo, cogido en medio por los dos ejércitos consulares. Los Romanos se dirigieron entónces al centro de la Galia Cispadana, sometiendo la mayor parte y llevando los confines de Roma casi hasta las fronteras naturales de Italia. Tal era la situacion de las dos Repúblicas rivales en el año 220 ántes de J. C., cuando comenzaron á preparar los acontecimientos una nueva ruptura de hostilidades.

4. *Sagunto. Segunda guerra púnica.*—Repuesta Cartago de las pérdidas que había experimentado en la primera guerra púnica, contando además con ejércitos aguerridos y grandes generales, despertóse nuevamente la antigua rivalidad, y la faccion democrática ó el partido de la guerra se propuso tomar la revancha contra Roma, que, como acabamos de ver, tambien había aumentado su poder considerablemente. Continuaban, pues, en pié las causas esenciales de la guerra, y sólo faltaba un pretexto para romper de nuevo las hostilidades. Este pretexto no tardó en presentarse; pero ahora no fueron los Romanos, sino los Cartagineses, quienes lo buscaron. Había en las costas orientales de la península española algunas ciudades (antiguas colonias griegas, por punto general), que, temiendo ser subyugadas por los Cartagine-

ses, habían pedido y obtenido la alianza y la protección de Roma, entre las cuales se hallaba la poderosa ciudad de Sagunto. Los pueblos indígenas, por el contrario, eran aliados ó súbditos de Cartago. Entre estos se contaban los Turboletas, vecinos de los Saguntinos. Una de las frecuentes querellas que surgían entre ámbos pueblos suministró el primer pretexto para que estallase la guerra.

El jóven Annibal, que, como ya hemos visto, había sido elegido general á la muerte de su cuñado Asdrubal, emplazó á los de Sagunto para que respondiesen á las quejas de sus aliados, y les dieran la satisfaccion conveniente, á lo que aquellos se negaron en absoluto. El Cartaginés cayó inmediatamente sobre la colonia griega y sitió la ciudad con un ejército poderoso. Sagunto se defendió durante ocho meses *de la manera que sólo saben hacerlo las ciudades españolas* (1); pero abandonada pérfidamente por Roma, que se contentó con enviar embajadores para que interviniesen y arreglasen el asunto, —perdiendo así el tiempo lastimosamente,—fué tomada, saqueada y destruida por Annibal, que envió á Cartago el inmenso botín allí recogido, con objeto de atraerse las simpatías del pueblo.

Los Romanos se decidieron al fin á obrar, y comenzaron á hacer preparativos; pero ántes de venir á un formal rompimiento, enviaron al senado cartaginés una embajada, pidiendo que entregasen al general y demás oficiales gerusiastas que habían violado los tratados. La mayor parte de la nobleza

(1) Mommsen, *Historia de Roma*, t. III, p. 143.

cartaginesa quería que así se hiciese, pero el Senado se negó á ello, y el embajador romano, Quinto Fabio Buteon, les declaró allí mismo la guerra.

Para mayor claridad y buen orden en la exposicion, dividiremos los grandes sucesos de la segunda guerra púnica, como los de la primera, en tres periodos. El primero comprende la marcha y grandes victorias de los Cartagineses en Italia durante las tres campañas del año 218 al 215 (a. de J. C.); el segundo, comprende nueve campañas, desde la del 215 hasta la batalla del Metauro, en 207, y en las cuales, privado Anibal de todo refuerzo y auxilio por parte de su patria, se mantiene la guerra como estacionada; el tercero, hasta la conclusion de la misma, despues de la batalla de Zama (año 202).

5. PRIMER PERÍODO.—*Marcha de Annibal. Jornadas del Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas.*—Despues de haber hecho Annibal sus preparativos durante el invierno del año 219, y de haber obtenido sus enviados seguridades de que seria bien recibido por los Galos de ambos lados de los Alpes, prometiéndolo á los unos el saqueo de Italia y á los otros libertarlos del yugo romano, reuniendo en la primavera del año siguiente un ejército de 90.000 infantes, unos 12,000 caballos, y 50 elefantes, salió de Cartago Nova (Cartagena) á primeros de Mayo, dejando encargado el gobierno de los paises sujetos en España, á su hermano Asdrubal, y llevándose consigo á Magon. Dirigióse hácia el Ebro, lo atravesó, subyugó despues de una corta pero sangrienta lucha algunas tribus hasta los Pirineos, y se dispuso á pasar estos montes. Comprendiendo entónces los soldados españoles que se les conducía á paises extranjeros, comenzaron á desertar, y

Annibal les dió licencia para que se volviesen aquellos que no quisieran seguirle, verificándolo más de 11,000 entre todos, pero soldados bisoños en su mayor parte, y dejando otros 11,000 como de guarnicion entre las tribus conquistadas, para tener aseguradas la retirada y las comunicaciones. Despues de haber atravesado los Pirineos por la parte oriental, pasó revista á su ejército y halló que le quedaban sólo 50,000 infantes, y 9,000 caballos, con cuya fuerza emprendió su marcha sin hallar apenas obstáculos hasta llegar al Ródano.

¿Y qué hacían en tanto los Romanos para conjurar este gran peligro? Aunque, en realidad, no habían permanecido ociosos, todas sus medidas eran desacertadas, porque partian del supuesto falso de que la guerra iba á ser en suelo extranjero. Al efecto, enviaron al cónsul plebeyo, Tiberio Sempronio, con una poderosa escuadra, á Lili-bea, con encargo de invadir el Africa, y el otro cónsul, Cornelio Escipion, debía desembarcar en España. Pero ya fuera porque una sublevacion en la Galia retrasase su partida, ya por la indolencia ó falta de actividad del patricio, ya, en fin por indecision y falta de unidad en el plan, el hecho es que, cuando partió para su destino, llegó á su noticia que Annibal había pasado ya los Pirineos, y entonces se dirigió á Marsella, á fin de impedir que el ejército cartaginés pasase el Ródano. Pero era ya tarde, pues, á pesar de la oposicion de las tribus de la orilla izquierda, había logrado Annibal cruzar el rio con todos sus soldados, y escarmentar á los Galos revoltosos. Cuando Escipion, que había dado á sus legionarios algunos dias de descanso en Marsella, llegó á marchas forzadas al lugar por

donde Annibal había pasado el río, ya hacía tres días que el general cartaginés se había marchado. Siendo imposible al cónsul seguirlo con su fatigado ejército, se volvió á la costa, y enviando á su hermano Gneo á España con parte de la escuadra y el ejército, él se volvió á Italia para oponerse á los progresos del enemigo.

Pasemos por alto las inmensas dificultades, las fatigas y las grandes pérdidas que experimentó el ejército cartaginés en la travesía de los Alpes; baste decir que, cuando llegó á las fértiles campiñas, que se extienden al pié de las faldas meridionales de estas montañas, no quedaban á Annibal más que 20.000 soldados de infantería y 6.000 caballos. Sólo contaba con esto y con el apoyo de los veleidados Galos para penetrar en son de guerra en el seno de una nación que podía poner en campaña quizá hasta 800.000 soldados. Después de haber dado algunos días de descanso á sus veteranos, y de haber castigado á los galos Taurinenses, enemigos de los Insubrios, sus aliados, se dirigió Annibal hácia el Pó; pero encontróse repentinamente su caballería con la de Escipion, mandadas ambas por los dos generales, y allí, en las crillas del *Tesino*, tuvo lugar el primer combate formal entre Romanos y Cartagineses, en esta segunda guerra, y en el cual fueron completamente derrotados los primeros, salvándose á duras penas el ejército y el cónsul, que salió gravemente herido, y haciendo Annibal unos 700 prisioneros.

Esta victoria valió á Annibal las simpatías y el auxilio de los galos transpadanos. El ejército romano verificó una precipitada y hábil retirada, repasando el Pó, y yendo á acampar en la orilla

del Trebia, cerca de Placencia, para reunirse allí con su colega Sempronio, á quien el Senado había mandado volver desde Sicilia al Norte de Italia, á fin de que auxiliase al otro cónsul. Annibal subió un poco por la orilla izquierda del Pó, y pasó el rio sin dificultad alguna, dirigiéndose acto continuo contra los Romanos que, no creyéndose bastante seguros en las posiciones que ocupaban, fueron á situarse en un lugar más fuerte, en las colinas que hay á orillas del *Trebia*. Empero de poco sirvieron todas estas precauciones contra un enemigo tan astuto como buen táctico.

La posicion de Annibal era crítica en extremo. No podía permanecer inactivo sopena de que le faltasen los inconstantes Galos, ni era prudente atacar á los Romanos en sus fortísimas posiciones, y apeló á la astucia para salir de situacion tan embarazosa. Conociendo el carácter vanidoso de Sempronio,—que mandaba el ejército, mientras Flaminio se curaba de sus heridas—procuró sobrescitarlo y halagarlo á la vez con frecuentes escaramuzas, en las que huían casi siempre los Cartagineses, hasta que por último le hizo salir, por medio de una extratagema, á campo raso, y lo atrajo al lugar á donde á él le convenía, trabándose en las márgenes del citado rio una sangrienta batalla, en la que los Romanos sufrieron una gran derrota, que les costó más de 30.000 hombres. Roma perdió todas sus conquistas al otro lado de los Apeninos, en el valle del Pó, quedando Annibal dueño de casi toda la Italia del Norte. El Senado mandó á los cónsules elegidos, el mismo Flaminio y Gneo Servilio, que cubriesen los pasos del Apenino, que conducen á la Italia cen-

tral; pero todo fué en vano. Annibal, una vez pasado el invierno, se dirigió á la parte más occidental de estos montes, y los pasó sin ser molestado por los Romanos. Despues se encaminó hácia el S. E., sufriendo grandes pérdidas en las marismas pantanosas del Arno, sobre todo en las inmediaciones de *Fésula*, donde las enfermedades diezmaron su ejército y el mismo general perdió un ojo, todo á consecuencia de las grandes humedades y miasmas que producían los charcos formados por las aguas procedentes del derretimiento de las nieves de las inmediatas montañas.

No habiendo acudido á tiempo para estorbar al Cartaginés el paso de los Apeninos, debió Flaminio continuar á la defensiva manteniéndose en su campamento fortificado de Arretium hasta la llegada de su compañero; pero era demasiada su presuncion para obrar de este modo tan prudente. Á su actual vanidad, se unían las excitaciones de la inmensa muchedumbre inerme que había acudido á su campamento ávida de botin y de pillaje, y creyendo que bastaba la presencia del vencedor de los Insubrios al frente de las legiones para exterminar á los Cartagineses. Así, pues, en cuanto Flaminio vió desfilar por delante de Arretium el ejército de Annibal, se lanzó en su persecucion. El general cartaginés eligió, pues, el lugar que más le convenía para dar la batalla, encerrando al ejército romano en un estrecho desfiladero, cerca del lago *Trasimeno*, donde casi sin pelear, rodeado aquél por los Cartagineses que, como por encanto, aparecieron cubriendo las alturas inmediatas y fortificados en la colina que había á la salida del desfiladero, fueron exterminadas las legiones.

A espaldas de los Romanos se extendía el lago antes mencionado. Cuanto dice Tito Livio acerca de lo reñido de esta batalla, de las grandes pérdidas del ejército enemigo, del terremoto no oído durante el fragor de la pelea, de lo cual se han hecho eco algunos historiadores modernos, es todo un puro cuento inventado por la vanidad nacional. Aquello no fué, en realidad, lucha, sino una horrible carnicería hecha en el ejército del cónsul por el de Annibal, cuyos arqueros y honderos atacaban desde las alturas de los flancos; cuya infantería les cerraba el paso atrincherada en la colina de enfrente, y cuya caballería se colocó y atacó muy luego por retaguardia. Allí pereció la flor del ejército incluso el cónsul Flaminio que lo mandaba; y 6.000 hombres de la vanguardia que pudieron romper el frente de las líneas cartaginesas, fueron á refugiarse en una colina, donde, rodeados al día siguiente por la caballería numida, tuvieron que entregarse. Mas no sólo quedó por completo aniquilado este ejército, sino que la caballería del de Ariminum, que se había adelantado al grueso de las fuerzas de Servilio para auxiliar á los de Arretium, se encontró de repente con el ejército enemigo, siendo rodeada y acuchillada, salvándose muy pocos de los cuatro mil soldados que la componían. Contra lo que todos esperaban, Annibal no se dirigió sobre Roma ni contra Servilio. Conocía muy bien su situación y la de sus enemigos. Marchó, pues, hácia el Este, arrasando cuanto á su paso encontraba, llegó cerca de la costa del Adriático, donde dejó descansar á sus soldados, y se puso muy tranquilo á cambiar la organización de su ejército, hallándose en el corazón de un país

enemigo. Así terminó la primera y doble campaña de Annibal en Italia.

Empero, escarmentados los Romanos, y conociendo la insuficiencia de sus generales, para luchar en campal batalla contra el eminente táctico cartaginés, nombraron dictador á Quinto Fabio, á quien la impaciente demagogia apellidó *Cunctator* (el Pesado, el Tardo). Fabio se propuso por norma de su conducta no presentar jamás batalla á los Cartagineses, sinó hostilizarlos sin cesar, sin dejarlos descansar ni aprovisionarse tranquilamente. Pero cansado el pueblo de la lentitud de sus operaciones, y los soldados de ver que un enemigo inferior en número era dueño del país y talaba la region más fértil de Italia, dieron al dictador por adjunto á *C. Minucio*, que compartió con aquellas atribuciones, y se dividió el ejército. El resultado inmediato fué la derrota de Minucio que no degeneró en catástrofe gracias al pronto y eficaz auxilio de su colega.

Cansados todos en Roma, se propusieron obrar con energía, y agotar todos los recursos del Estado para reunir un ejército tan poderoso, que su misma fuerza lo pusiese á cubierto de todo temor de derrota. Pero este ejército necesitaba un buen jefe; no contando con él, siempre iba muy expuesto. De los dos cónsules que lo dirigían, el uno, *L. Emilio Paulo*, era prudente, aunque no un distinguido general; el otro, *M. Terencio Varro*, era más osado, fanfarron y violento, sin ser más capaz que su colega. El ejército romano se elevaba á 90.000 hombres, de los que cerca de 40.000 eran ciudadanos romanos; el cartaginés contaba la mitad de este efectivo, pero su caballe-

ría era superior á la romana. Los cónsules llevaban órden expresa de atacar; tambien Annibal deseaba dar la batalla, así es que ésta no se hizo esperar. En vano Emilio Paulo, quiso aprovecharse de las ventajas que le daba el mantenerse algun tiempo en expectativa frente al enemigo, hasta aprovechar una ocasion oportuna; el cónsul Varron dijo que no habían ido allí á «hacer la guardia al enemigo.» La batalla se empeñó en las orillas del Aufido, cerca de un lugar llamado *Canas*, siendo no ya derrotado, sino destruido el ejército romano, quedando en el campo 70,000 mil hombres, entre ellos la flor de los ciudadanos, y prisioneros más de 10.000. Se ha querido atenuar la torpeza de los generales romanos y la habilidad de Annibal diciendo que favoreció sus planes y contribuyó mucho al triunfo el viento que se levantó de repente y cegaba á los legionarios con el polvo que levantaban las huestes de los enemigos. Lo que decidió esta sorprendente victoria por parte de los unos y este vergonzoso desastre por parte de los otros, no fué más que la inexplicable imprevision de los jefes romanos, que apiñaron los legionarios, de suerte que no podian desarrollarse para pelear, y las hábiles marchas de flanco ejecutadas por los Cartagineses, así como las brillantes cargas de su caballería al mando del valiente Asdrubal.

Con esta batalla puede decirse que termina la victoriosa carrera del ilustre general cartaginés, cuyos triunfos fueron infructuosos, gracias á las divisiones que reinaban en Cartago y á la obstinacion de su gobierno en no enviarle los recursos necesarios para su grande empresa.

6. SEGUNDO PERÍODO.—*Guerras y conquistas fuera*

de la Península. Guerra en Italia hasta la batalla del Metauro.—Después de la memorable batalla de Canas, debía cambiar necesariamente el aspecto de la guerra. Annibal había ya conseguido su primer propósito, que era quebrantar profundamente el poder militar de Roma, y hacer que ésta y sus aliados perdiesen por completo la fé en la fuerza invencible de las legiones. Las victorias del Tesino y del Trebia le valieron las simpatías y muchos recursos de parte de los galos Cisalpinos; en la del lago Trasimeno logró sembrar cierto pánico entre los Romanos, y cuando ya iban reponiéndose los ánimos, vino la gran catástrofe de Canas que redujo á la poderosa República á ponerse á la defensiva en toda la península. Debía, pues, renunciarse por ambas partes á las operaciones militares en grande escala, y desarrollar Annibal un vasto plan de alianzas, empleando al efecto cuantos medios están al alcance de un hábil político. Pero los lazos de la *sinmaquia* romana eran demasiado poderosos, y no logró destruirlos toda la habilidad del astuto Cartaginés. No quiere esto decir que no tuviese para Roma, en el exterior, fatales consecuencias la derrota de Canas, pero quedaron compensadas por los saludables efectos que en el interior produjo. Por iniciativa del Senado, cesaron por completo las discordias y rivalidades que hasta entonces habían dividido á los órdenes patricio y plebeyo, y la ciudad se dispuso á sacrificarlo todo antes que ceder en lo más mínimo, y convenció á todos sus súbditos y aliados fieles de que, para hacer la paz, no había más camino que la victoria, y que lucharía mientras viviese uno de sus hijos.

Por otra parte, aunque Annibal logró decidir,

despues de la batalla de Canas, á Filipo de Macedonia á que formase alianza con Cartago; aunque Jerónimo de Siracusa contrajo tambien el compromiso de auxiliar, como lo hizo, á los Cartagineses en Sicilia, y aunque se pasaron al vencedor la mayor parte de las ciudades de la Italia meridional, incluso la opulenta y populosa Capua; sin embargo, la derrota de su hermano en España en la batalla del Ebro, y el ascendiente que las armas romanas habían adquirido en dicha península, obligaron á Cartago á enviar allí los pocos recursos que tenían dispuestos para mandarlos á Italia, y la indecision y tardanza de Filipo contribuyeron tambien al fracaso de los grandes planes del general Cartaginés, y destruyeron sus lisongeras y legítimas esperanzas.

No es posible seguir aquí paso á paso los múltiples y variados incidentes de este período de la guerra, del que sólo haremos un breve resumen. Lo que aun quedaba de la campaña lo empleó en tomar algunas ciudades y formar la línea militar que debía separar la Italia del Sur del resto de la península. Los Romanos aprovecharon el invierno para reponerse, en parte, de aquella gran derrota. En la siguiente campaña (año 215 a. de J. C.), pusieron los Romanos en pié de guerra cuatro ejércitos, procurando rodear á Annibal, que había fijado su residencia en Capua con objeto de apoderarse de alguna ciudad importante de la costa por donde pudiera Cartago enviarle refuerzos. En vano éste presentó la batalla al enemigo, los cónsules la rehusaron constantemente, pero no dejaban de molestarle con combates parciales, consumiendo así las fuerzas del Cartaginés y enervándose éstas

con el delicioso clima y los placeres de Capua. Por otra parte, el estado del Samnium y de la Apulia reclamaban su presencia, y corrió á salvarlos; pero seguido y vigilado de cerca por un ejército Romano, que debía auxiliar al que operaba en este último país, concentrándose además otros dos para atacar á Capua. Viendo Annibal que era en vano pedir refuerzos á Cartago, todo lo esperaba de España, Sicilia ó Macedonia, pero la habilidad del Senado había sido bastante para impedir que estos llegasen. El ilustre general tuvo que ponerse casi á la defensiva, y la guerra de Italia decayó notablemente y ocupó ya un segundo término.

Reducido Annibal á la impotencia, toda vez que los generales de la República no le presentasen ni aceptasen batallas decisivas, puso el Senado toda su atencion en evitar que del exterior le llegasen refuerzos, comenzando un período en que las guerras sostenidas fuera de la Península eran las que tenían mayor importancia.

Para conseguir Roma dicho objeto, envió un cuerpo de ejército contra Filipo de Macedonia, que, no habiéndose atrevido á pasar con sus huestes á Italia, se había dirigido contra las posesiones romanas en Iliria. Despues de derrotado en este punto, se retiró á su país, donde el gobierno romano le suscitó tantos enemigos entre sus vecinos, que no pudo pensar más que en defenderse de éstos, sobre todo de los Etolios, aliados fieles de Roma durante toda la guerra.

Tambien mandó bastantes fuerzas á España, en cuyo país, despues de la derrota y muerte de los dos hermanos Escipiones, que tanta habilidad política habían demostrado para atraer á los natura-

les á la causa de Roma, se estaban haciendo muchos preparativos para enviar á Annibal grandes refuerzos, lo cual debían los Romanos evitar á toda costa. Cayo Marcio, primero, y luego Cláudio Neron, consiguieron cumplir fielmente su difícil mision. No así Escipion, llamado despues el Africano, que, á pesar de sus brillantes victorias y de haber sorprendido y tomado á Cartagena, la capital de los Cartagineses en España, no pudo evitar que Asdrubal Barca salvase los Pirineos con un ejército poderoso y llegase á Italia en auxilio de su hermano, por más que se malograra su expedicion, como despues veremos. No fueron más felices los Cartagineses en Sicilia, donde quedaron derrotados en union de las tropas de sus aliados los Siracusanos, y en donde el procónsul Marcelo hizo brillantes campañas, sitiando y tomando por último á Siracusa, que, despues de un asedio de tres años, se rindió á las armas romanas, siendo entregada al saqueo y al pillaje, y pereciendo muchos ciudadanos ilustres, entre otros Arquímedes, bárbaramente asesinado por la desenfrenada soldadesca. Es más, hasta en el continente africano había suscitado el Senado dificultades á sus enemigos, haciendo que les declarase la guerra Sifas, rey de Numidia. Pero vencido éste por Asdrubal y por el valiente Masinisa, sólo sirvió esto para que los Cartagineses enviasen nuevos refuerzos á España los cuales dieron por resultado la derrota y muerte de los dos hermanos Escipiones, á que ántes nos hemos referido. Roma se había convertido en una vasta circunscripcion de reclutamiento. Casi todos sus hijos, desde 17 á 46 años, eran soldados, y los campos eran cultivados por niños, ancianos, mujeres y es-

clavos; pero consiguió un éxito brillante. En todas partes había triunfado por completo, en todas partes, ménos en su propio país, donde Annibal sólo cedía el terreno palmo á palmo.

Reanudando ahora la narracion de los acontecimientos mis notables en la península italiana, resumiremos los hechos en pocas palabras. Cuando Annibal salió de Capua para proteger el Samnium y la Apulia, sabía sobradamente que no podía llevar á cabo nada si no le llegaban los refuerzos esperados. En tal situacion, hizo cuanto puede inventar y llevar á cabo un génio en el arte de la guerra; pero sus huestes mermaban de dia en dia, mientras las de los Romanos iban siempre en aumento. El éxito no era, pues, dudoso para él, que veía con claridad su posicion. Tenía muy pocas fuerzas para atender á la defensa de la extensa linea militar que había establecido para defender sus conquistas en la Italia meridional. Los Romanos se apoderaron, pues, de algunas plazas, pero Annibal logró sorprender y tomar á Tarento, mientras los ejércitos consulares penetraban en Campania y sitiaban á Capua; más acudiendo el Cartaginés en su socorro, tuvieron que levantar el sitio, volviendo Annibal á la Apulia á sitiar la Ciudadela de Tarento que aún estaba en poder de los Romanos. En estas dos marchas había encontrado y destruido tres cuerpos de ejército romano; pero esto no servía gran cosa para su empresa, puesto que no tenía medios de sustituir sus veteranos que lentamente iban desapareciendo. En cuanto volvió la espalda, sitiaron otra vez los cónsules á Cápuá; pero, fortificándose en sólidos campamentos atrincherados, fueron inútiles cuantos

esfuerzos hizo el enemigo para obligarlos á que lo levantasen. Entónces apeló Annibal al último recurso. Partió para el Norte, y amagó un ataque contra Roma. Mas no obstante el terror que su solo nombre infundiera, no consiguió sus designios, pues sólo se destacó una parte del ejército para ayudar á la defensa, y la otra continuó el asedio de la capital de Campania. Convencido Annibal de la imposibilidad de tomar por asalto la ciudad con el pequeño ejército de que disponía, se volvió hácia el Sur. Todo era inútil, y tuvo que resignarse á tomar la defensiva, esperando refuerzos. Cápua fué tomada, pero al poco tiempo una pequeña imprudencia de los cónsules les costó un descalabro, quedando en el campo uno de ellos, M. Marcelo, y escapando el otro, aunque mortalmente herido. Esto puso á Roma en grave apuro, por mas que mejoró poco, en realidad, la situacion del cartagines, que esperaba á su hermano Asdrubal, ya en camino, con un poderoso ejército reunido en España, á fin de dar un gran impulso á las operaciones de la guerra.

Después de haber invernado éste en la Galia, siguió casi el mismo camino que Annibal, atravesó los Alpes, bajó al valle del Ródano, y se dirigió hácia el Sur de Italia á reunirse con su hermano; pero tuvo la mala suerte de que cayeran en poder de los Romanos las comunicaciones que á aquél dirigía, y en las que le indicaba el camino que pensaba seguir y otros detalles, y mientras Annibal esperaba impaciente estas noticias, era cercado Asdrubal por las huestes de los cónsules Cláudio Nerón y Livio Salinator, destruido completamente todo su ejército, y muerto él mismo en la batalla

dada junto á *Sena*, en las orillas del *Metauro*. La noticia de este fracaso la participaron los Romanos á Annibal de un modo bárbaro, arrojando á su campamento la cabeza de su hermano. Este acontecimiento concluyó con las esperanzas del ilustre general, y con él puede decirse también que comienza el tercero y último período de esta guerra, el período de rápida decadencia de la fortuna de Cartago.

7. TERCER PERÍODO.—*Batalla de Zama y fin de la guerra*.—A pesar de sus escasos recursos, se encastilló Annibal en el extremo meridional de la península, en el *Brutium* (Calabria), donde se mantuvo cuatro años contra numerosos ejércitos romanos, sin que en todo este tiempo se acercase uno al furioso león de Africa que no saliese maltratado de entre sus terribles garras. No habiendo medio de vencerlo se apeló al recurso de proporcionarle una ocasión honrosa para que saliese de Italia, y al efecto, el jóven Escipion que había conseguido vengar en España á su padre y á su tío, y arrojar de toda la península á los Cartagineses, reunió, con permiso del Senado, un ejército expedicionario para llevar la guerra á Africa, y poner en grande apuro á Cartago, á fin de que llamase á su general en su defensa. Así sucedió, en efecto, viéndose Annibal obligado á salir de Italia, aquel teatro de sus gloriosas hazañas durante más de 16 años, embarcándose para Africa con algunos de sus veteranos, pues la mayor parte se negaron á seguirle á otro continente.

Durante este tiempo, y no obstante algunos reveses prontamente reparados con nuevos triunfos sobre el enemigo, ya se había hecho Escipion

dueño de la mayor parte de los países pertenecientes á Cartago, habiéndose puesto á sus órdenes el jóven Masinisa con una aguerrida y numerosa division de caballería numida. En cuanto supo la llegada de Annibal, marchó á su encuentro, y al saber que éste había enviado algunos exploradores para que le enterasen de las fuerzas del enemigo, los mandó penetrar en el campamento á fin de que pudieran enterarse y cumplir mejor su cometido. Cuando el Cartaginés conoció la gran superioridad del ejército de su contrario sobre el suyo, y que iba mandado por un general previsor y experimentado, pidió una conferencia con Escipion; pero no pudiendo ponerse de acuerdo en las condiciones para la paz, se dispusieron ambos á fiarlo todo á la suerte de las armas. Entónces fué cuando se dió la célebre batalla de *Zama*, en la que la gran superioridad de la caballería de Masinisa y la solidez de la infantería legionaria, triunfaron de la habilidad del gran general Cartaginés, no sin quedar en el campo de batalla los cadáveres de 5.000 Romanos y Númidas; pero el ejército Cartaginés fué destruido.

No obstante, como hubiera podido todavía cambiar la suerte de las armas, prefirieron los Romanos hacer la paz, sin meterse en nuevas aventuras, como en otro tiempo Régulo, ajustándose aquella bajo las siguientes condiciones: 1.^a Los Cartagineses conservarán su independencia y su territorio de Africa. 2.^a Entregarán á los Romanos todos los prisioneros y desertores. 3.^a Entregarán asimismo todas sus naves de guerra (excepto diez) y todos sus elefantes 4.^a Se obligan á no hacer la guerra dentro ni fuera de Africa sin permiso de Roma. 5.^a Re-

conocerán á Masinisa como rey de Numidia. y 6.^a Pagarán 10.000 talentos, (unos 50.000.000 de pesetas) por indemnizacion de guerra.

Tal fué el resultado de esta larga y sangrienta guerra, en la que la fortuna puso el triunfo en manos de una de las partes beligerantes, que no quiso ó no supo aprovecharse de él por apatía y estrechez de miras, mientras la otra lo obtuvo al fin, gracias á su heróico valor y á su perseverancia.

8. *Fin y juicio de Annibal.*— Despues de hecha la paz con Roma, continuó dominando en Cartago el corrompido gobierno oligárquico, pero una acusacion dirigida contra Annibal «por no haber tomado por asalto á Roma y haber dispuesto, para sus necesidades, del botin hecho en Italia durante la guerra,» colmó la medida, é indignado el pueblo, votó la destitucion de la oligarquía y el establecimiento de un gobierno democrático, dirigido por Annibal, que no tardó en elevar la ciudad fenicia á un alto grado de poder y de prosperidad, por lo cual se hicieron cada vez más sospechosas para Roma la conducta y las miras del temido general. Comprendía que éste podía crearle bastantes dificultades, aliándose con el gran rey, entónces que los Romanos se disponían á emprender la conquista de Oriente. No eran estos vanos temores: la faccion aristocrática de Cartago denunció al Senado de Roma ciertos planes é inteligencias secretas, y «la señora de medio mundo tembló ante un simple *Suffeta* cartaginés,» y pidió que le entregasen al general. La huida de éste libró á sus conciudadanos de cometer la última indignidad, pero arrasaron su casa y confiscaron sus bienes. Refu-

giado en la corte de Antioco, comenzó á preparar en Oriente una coalicion aun más poderosa que la que ya habia fracasado en Occidente por las torpes y mezquinas miras del gobierno de Cartago. Pero si en la ciudad fenicia existia una aristocracia que impidió ántes el buen éxito de los planes del ilustre general, en Oriente encontró las camarillas de los reyes, esa especie de polilla de la institucion monárquica, compuesta, por punto general, de lo más inepto, de lo más adulator y de lo más corrompido de las cortes. La grandeza de Annibal, demostrada en cuanto hacia y pensaba, incomodaba á los corrompidos é ineptos cortesanos de Antioco, que llegaron hasta acusarle de conspirar en secreto con los enviados de la República, á él, «cuyo nombre servia en Roma á las madres para asustar y acallar los niños.» Antioco no siguió ya sus consejos ni le confió ninguna empresa de importancia; y cuando derrotado el rey en los campos de Magnesia, hizo la paz y prometió entregar á los Romanos al temido Cartaginés, huyó éste á Creta y luego á la corte de Bitinia. A todas partes le siguió el odio de Roma, hasta el punto de que, no encontrando excusa ni medios hábiles para que Prusias les entregase á su huésped, pagó el enviado de Roma una banda de asesinos para que librasen á su patria de aquella eterna pesadilla; y cuando los malvados, asaltando su casa, quisieron cumplir su encargo, librólos Annibal de este trabajo, tomando un veneno activo, que hacia tiempo llevaba siempre consigo, «porque conocia á Roma y la lealtad de los reyes.» Así acabó este génio de la guerra, en el año 183 (a dé J. C.) y á los 70 de edad.

Poco resta que añadir á lo anteriormente ex-

puesto para que se pueda fôrmar un juicio bastante exacto acerca de este ilustre personaje, y general eminente.

Annibal es, sin duda, una de las primeras figuras de la historia, y puede ponérsele con justicia al lado de Alejandro y de César, formando el gran triumvirato de la Edad antigua. Si no llegó á plantear, como el primero, el vasto problema de la unificación material y moral del mundo antiguo, ni dió pruebas de ser tan hábil político como el segundo, hay que convenir en que eran muy distintas las circunstancias, y en que, si estas no le proporcionaron ocasion de revelar, sino en pequeña escala, sus dotes como hombre de Estado, ni lo que se proponia con sus conquistas, se la dieron, en cambio, para mostrar más talentos militares que ámbos. Bajo este concepto sólo hay un hombre que pueda comparársele, Napoleon. No creemos que era inmodesto (si es que esto no es una anécdota), cuando preguntándole Escipion en la córte de Prusias: «Annibal, ¿quién ha sido el primer general del mundo?» le contestó: «Alejandro.—¿Y el segundo?—Yo,»—respondió sencillamente el Cartaginés.—«¡Cómo! ¿pues no te he vencido yo en Zama?—Es que sin ese fracaso hubiera sido el primero.» Y aún con fracaso, y todo, creo yo que ha sido el génio más grande de la guerra; pues si tiene su Zama como Napoleon su Waterlóo, tuvo en cambio más prevision para que aquel campo no fuese el sepúlcro de la independendia de su patria y de su gloriosa carrera, como lo fué este último para las esperanzas del gran capitan de nuestro siglo. Grandes batallas ganó Alejandro; pero contra ejércitos abigarrados, formados por la aglomeracion de las

levas que suministraban pueblos esclavizados y que veían con gusto su propia derrota; contra enormes masas de soldados sin entusiasmo ni disciplina, que sólo esperaban que comenzase la lucha para tener ocasion de huir á la desbandada. No es que yo niegue las grandes dotes militares del conquistador de Tiro y vencedor de Poro en el Hidaspes; pero sí sostengo que nunca podrán colocarse las victorias del Gránico, de Isso y de Arbelas, al lado de las del Trebia, de Trasimeno y de Canas. Alejandro arrollaba y dispersaba rebaños de esclavos, Annibal vencía y exterminaba ejércitos aguerridos, formados por ciudadanos libres y que peleaban por la independendia y la honra de la patria que era la suya propia.

En cuanto á los planes políticos de Annibal, no tenemos datos ni antecedentes para poder formar una idea exacta de los mismos; pero á juzgar por lo que los historiadores antiguos dicen de su tratado de alianza con Filipo de Macedonia, compartiendo el mundo conocido, tomando éste el Oriente y dejando á Annibal el Occidente, parece debían ser los de formar un vasto imperio que tuviese por centro á Italia, desde donde pudiera extender luego su dominacion y el comercio de su pueblo á las más ignotas y apartadas regiones, lo cual hubiera traído, entre otras ventajas, la de que, dada la aptitud de los Cartagineses para la navegacion y el comercio, tal vez se hubiese adelantado muchos siglos el descubrimiento del continente americano y la civilizacion de aquellos pueblos, sin desconocer por esto lo perjudicial que hubiera sido para el verdadero progreso, el predominio de la gastada raza y refinada civilizacion de los Semitas.

RESÚMEN.

—

1. No obstante ser muy complejas y de diversa índole las causas que produjeron el gran conflicto entre los Cartagineses y los Romanos, ó sea las guerras púnicas, pueden reducirse á dos órdenes principales: causas fundamentales ó esenciales, y causas accidentales, motivos ó pretextos para romper las hostilidades.

Cuando despues de las guerras de Pirro extendió Roma sus fronteras meridionales hasta el estrecho de Reghium, ya se habían apoderado los Cartagineses de una buena parte de Sicilia, cuya isla era considerada por los Romanos como una especie de granero de Italia, y por todos los pueblos como la llave del comercio del Mediterráneo. Cartago había empuñado ya entónces el cetro de los mares y fundado un imperio poderoso en las costas septentrionales de Africa, y procuraba ir extendiendo lentamente su dominacion á todas las costas del Mar Interior, para explotar, por medio del comercio y de la industria, todo el mundo á la sazón conocido; Roma, aunque tal vez no tenía aun plena conciencia de su misión y sus aspiraciones eran casi instintivas, había fundado un imperio continental, si no tan rico, más sólidamente establecido que el de Cartago, y tenía una especie de presentimiento de sus futuros destinos. Así, aunque por distintos caminos, las dos se dirigían al mismo punto, á la realización de esa especie de sueño dorado de todos los pueblos y hombres grandes de la antigüedad, á la unificación de todos los países bajo un mismo cetro ó bajo una misma civilización. *Esta aspiración y la consiguiente oposición de intereses y de carácter entre dos pueblos pertenecientes á distinta raza*, fueron, entre otras, las causas fundamentales de las guerras púnicas. Necesitábase, sin embargo, un motivo ó un pretexto para la ruptura, pero no tardó en presentarse.

Habiéndose sublevado los voluntarios llamados *Mamertinos* (servidores del Dios Marte), que Agatocles de

Siracusa había empleado en sus guerras contra los Cartagineses, se apoderaron de Mesina, desde donde asolaban parte de la isla. Los Siracusanos quisieron poner coto á estas correrías y llegaron á sitiar formalmente su fortaleza. Estos bandidos pidieron auxilio al Senado romano á condicion ó con la promesa de poner la ciudad bajo la proteccion de Roma, que accedió á la demanda; pero cuando llegaron los auxiliares romanos, los Cartagineses, á quienes se había hecho la misma demanda por el partido contrario, se habían adelantado y estaban en posesion de la ciudad que perdieron por una traicion y mala fé del cónsul romano, á la que se siguió inmediatamente la declaracion de guerra.

2. La primera guerra púnica, que duró 24 años (de 264 á 241), tuvo por principal objeto la posesion de las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña, por uno ú otro de los beligerantes. En las primeras campañas llevaron los Romanos la mejor parte en la guerra continental, llegando á encerrar á los Cartagineses en sus plazas fuertes marítimas; pero estos se desquitaban de esas pérdidas con las ricas presas de buques enemigos y talando las costas de Italia. Roma comprendió entónces la necesidad de crear una marina de guerra, y lo puso por obra, con tan buen éxito, que en pocos meses botó cien galeras al mar y marchando contra la escuadra enemiga y encontrándola cerca del promontorio de *Mila*, se dió la célebre batalla de este nombre, en la que fué medio destruida una escuadra cartaginesa. Este triunfo fué debido principalmente á la facilidad con que las galeras romanas apresaban y tomaban al abordaje las de sus enemigos, valiéndose de unas máquinas llamadas *Corvi*, especie de puentes colgantes con grandes arpones que arrojaban sobre las ligeras y bien dirigidas galeras de Cartago.

Despues de esta batalla aumentaron los Romanos considerablemente su escuadra creyendo concluir así pronto aquella guerra; pero se equivocaron por completo, pues en las cuatro campañas siguientes sólo consiguieron algunas ventajas insignificantes.

Haciéndose intolerable para los dos pueblos aquella situacion, se propusieron dar una batalla decisiva é hicieronse por ambas partes considerables aprestos. Los

Romanos reunieron una formidable escuadra de 330 buques, á bordo de los cuales iba un ejército de desembarco, y dirigió su rumbo á las costas africanas. Salióle al encuentro la armada cartaginesa, y cerca de *Ecnomo*, se dió la gran batalla de este nombre, que perdieron los Cartagineses, y que permitió á los Romanos desembarcar su ejército en las costas africanas; pero la demasiada confianza del Senado y del cónsul Atilio Régulo, que lo mandaba, condujeron á una terrible derrota de la que se salvaron muy pocos soldados. No fueron más afortunados por mar en las campañas siguientes, en las que quedaron destruidas por las tempestades y por el enemigo tres escuadras consecutivas; y aunque la derrota que infirió Metelo al ejército cartaginés cerca de Palermo, había quebrantado profundamente la dominacion de Cartago en la isla, como los Cartagineses eran otra vez dueños de los mares, habían vuelto las cosas casi al estado en que se hallaban al principio. Haciendo, pues, el Senado un supremo exfuerzo, reunió una escuadra de 240 velas, la cual, encontrándose cerca de las *islas Egates*, con la escuadra cartaginesa, que venía á tomar soldados y tripulantes en las costas de Sicilia, se apoderó, sin pelear, de casi toda ella, viéndose obligada Cartago á pedir la paz, en la que perdió sus posesiones en Sicilia y las islas inmediatas, y tuvo que pagar una crecida suma por gastos de guerra.

El resultado de la primera guerra púnica fué, que los Cartagineses perdieran, en cierto modo, la supremacía marítima que habían venido ejerciendo durante muchos siglos en el Mediterráneo, y dar á Roma la base de su futura grandeza.

3. Entre los hechos de más importancia realizados en el período que medió entre la primera y segunda guerra púnica, merece especial mencion la conquista de España por los Barcas, que recompensó á Cartago de las pérdidas que había experimentado en su primera lucha con Roma, y preparó el nuevo rompimiento.

Encargado Amilcar del mando del ejército para dominar la insurreccion de los voluntarios que había estallado al terminar la guerra, y una vez reducidos los rebeldes, puso sus miras en Occidente, á donde se dirigió,

pasando luego á España cuya conquista emprendió, y la llevaba ya bastante adelantada cuando fué derrotado parte de su ejército y él muerto en la refriega; pero su yerno Asdrúbal que le sucedió, consiguió dominar en breve todo el país hasta el Ebro, y fundó á Cartagena haciéndola capital de la España Cartaginesa. Muerto al poco tiempo á manos de un asesino, fué proclamado jefe del ejército su cuñado Annibal, hijo mayor de Amilcar, joven de 20 años, pero dotado de grandes talentos militares y de excelentes dotes para el mando. Este general, á quien su padre se dice que había hecho jurar odio eterno á los Romanos, fué el que preparó la nueva ruptura entre las dos Repúblicas rivales.

El motivo ó pretexto de la segunda guerra púnica fué el siguiente. Habiendo ciertas disidencias y cuestiones entre los Saguntinos, aliados de Roma, y los Turboletas sus vecinos, aliados de Cartago, emplazó Annibal á los primeros para que respondiesen y dieran una satisfacción á las quejas de los segundos; y negándose á ello, puso el Cartaginés cerco á la ciudad con un numeroso ejército. Cuantas embajadas mandaron á Roma en demanda de auxilio fueron inútiles, como tambien lo fueron las heroicas pruebas de constancia y valor que durante siete meses dieron los sitiados; la ciudad fué tomada por asalto aunque ya estaba reducida á un monton de escombros y de ruinas.

Roma pidió entonces á Cartago que le entregase al general y á los principales jefes del ejército que habían violado el tratado de paz haciendo la guerra á una ciudad amiga de los Romanos, y negándose á ello los Cartagineses, hicieron aquellos la formal declaracion de guerra.

5. Creyendo los Romanos que la guerra sería en España, comenzaron lentamente los preparativos para la misma; pero Annibal, que pensaba de otro modo, hizo con rapidez grandes aprestos militares, y en la primavera siguiente (año 218 a de J. C.), ya tenía reunido y equipado un ejército de más de 100.000 hombres, y 50 elefantes, con el cual se puso en marcha para Italia, y venciendo primero la resistencia que le opusieron algunas poblaciones del Norte de España, la de algunas tribus de Galos y las grandes dificultades de las montañas de

los Alpes despues, llegó por fin á las llanuras que riega el Pó, y sus afluentes; pero habia quedado reducido su ejército á una cuarta parte del contingente primitivo. No obstante, despues de algunos dias de descanso, marchó contra los Romanos, y encontrándose ámbos ejércitos en las orillas del Tesino primeramente y despues en las del Trebia, les infirió dos sangrientas derrotas que le valieron la ilimitada confianza y el auxilio de los Galos Transalpinos y aumentar considerablemente su ejército.

En la campaña siguiente pasó los Apeninos, y dirigiéndose al centro de Italia, al llegar á las orillas del lago Trasimeno atrajo al ejército romano al lugar donde le convenia, dando allí la tercera gran batalla en la que murió el cónsul Flaminio y escaparon pocos romanos de la matanza.

Roma tuvo entónces que mantenerse en una rigurosa defensiva, y cuando al poco tiempo quiso salir de ella mandando contra los Cartagineses un formidable ejército, doble que el de éstos, y en el que iba la flor de la nobleza, se dió la cuarta gran batalla, la de Canas, en la que murieron más de 70.000 romanos y aliados, y quedaron más de 10.000 prisioneros, salvándose sólo algunos destacamentos aislados.

6. A pesar de tan brillantes victorias, no podía Anibal emprender operaciones decisivas hasta que recibiese los refuerzos que esperaba, ora de España, ora de Macedonia, con cuyo rey, Filipo, habia hecho alianza últimamente, ora, en fin, de Cartago; pero de ninguna parte llegaron. En España fué derrotado su hermano en la batalla del Ebro, y en vez de enviar de aquí recursos, tuvo Cartago que mandar á este país los refuerzos que tenia destinados al ejército de Italia. Tampoco Filipo se atrevió á pasar á esta península con su ejército, despues de tener preparada la escuadra de transporte, y se dirigió contra las posesiones romanas en Iliria, donde fué derrotado por un cuerpo de legionarios. Retirándose despues á su patria, el Senado les suscitó en Grecia tantos enemigos que no pudo pensar ya más que en su defensa. Tambien fueron vencidos los Siracusanos en union del ejército cartaginés que operaba en Sicilia, y tomada su capital despues de un sitio de tres años.

En todo este tiempo había hecho Annibal cuanto puede hacer un génio; pero no podía cubrir las bajas que necesariamente habían de tener sus huestes en medio de un país enemigo, y siendo hostilizadas sin cesar por los ejércitos consulares. Trascurridos algunos años, volvieron á renacer sus esperanzas. Las cosas habían cambiado en España, donde los dos hermanos Escipiones habían sido derrotados y muertos. En efecto, su hermano Asdrubal reunió un ejército poderoso y se dirigió con él á Italia, siguiendo casi el mismo camino que Annibal; pero si bien pudo burlar en España la vigilancia de los Romanos, después de cruzar la cordillera de los Alpes y al dirigirse hácia el Mediodía, le interceptaron el paso los ejércitos consulares cerca de Sena, en las orillas del *Metauro*, donde se dió una batalla, en la que fueron completamente derrotados los Cartagineses, de los que apenas se salvó uno para dar cuenta de la catástrofe.

7. Todo estaba perdido para Annibal. Entonces se encastilló en las montañas del Brutium, donde se sostuvo todavía cuatro años sin que ningun ejército osase desafiar al *leon africano*. Entonces fué cuando se presentó el jóven Escipion hijo de uno de los hermanos muertos en España, solicitando permiso para conducir un ejército á las costas de Africa, á fin de dar al Cartaginés un pretexto honroso para abandonar la Península por acudir en auxilio de su patria amenazada. Así sucedió en efecto; pero le siguieron pocos de sus veteranos, poniéndose al frente de un ejército, no sólo reducido sino tambien bisono. No es, pues, extraño que propusiese la paz á Escipion ni que, al fracasar las negociaciones y apelar á las armas, fuese vencido en la batalla de *Zama*, última de la segunda guerra púnica.

Cansados ambos beligerantes, no teniendo los vencidos fuerzas para continuar la lucha con probabilidades de buen éxito, y temiendo los vencedores un cambio de fortuna, estipulóse una paz honrosa para los Romanos, en la que los Cartagineses se comprometieron á entregar toda su marina de guerra, á pagar una fuerte indemnización, y á no emprender en lo sucesivo guerra alguna sin permiso de los Romanos.

8. Veamos ahora el trágico fin que la suerte guarda-

ba al más ilustre general de aquellos tiempos, y que juicio ha merecido á los historiadores este grande hombre.

Arrojado del gobierno á poco de hecha la paz el partido aristocrático, y subiendo al poder la democracia bajo las inspiraciones de Annibal, se elevó en poco tiempo Cartago á un alto grado de poder; y celosa Roma pidió, bajo pretexto de que conspiraba en secreto, que le entregasen al temido *Suffeta*. Este huyó de Cartago, y se refugió en la corte de Antioco el Grande, que utilizó en un principio sus consejos; pero desatendiéndolos despues, sufrió las grandes derrotas de que en otro lugar hablaremos; y al hacer la paz con los Romanos, exijiéronle éstos que les entregase su huésped. Entonces huyó Annibal, yendo á refugiarse por último á la corte de Bitinia á donde le siguió el odio implacable de sus enemigos, que pagaron asesinos para que le dieran muerte; pero al ir á verificarlo, tomó Annibal un veneno activo que les evitó este trabajo. Tenía á la sazón 70 años de edad y hacía 50 que había comenzado sus luchas contra Roma.

El juicio que ha merecido á la Historia es el de uno de los generales más hábiles de todos los tiempos. Como tal sólo es comparable á Napoleon. Como político, no es posible juzgarle, pues apenas tuvo ocasion de revelar grandes dotes.

LECCION VII.

Principales guerras y conquistas de Roma durante el siglo II ántes de nuestra era. Estado de la sociedad romana á fines del mismo.

1. *Ojeada retrospectiva. Guerras y conquista definitiva de la Cisalpina* (201-196 a. de J. C.), *y de Istria* (año 183).—Dueña Roma de toda la Italia central y meridional despues de terminadas las guerras de Pirro, y habiendo comenzado á fundar en la del Norte ciudades-colonias, especie de avanzadas, ó mejor dicho, de plazas de armas que aseguraban sus recientes conquistas; dueña así mismo de casi toda Sicilia, Córcega y Cerdeña, adquiridas á consecuencia de la primera guerra púnica, habiéndose apoderado además, durante la segunda lucha con Cartago, de España, de parte de Iliria y de muchas islas del Adriático; y colocados bajo su proteccion la mayor parte de los paises y ciudades de todas las costas del Mediterráneo que aún conservaban su independendencia, era natural que, concluida la última de las mencionadas guerras, y ántes de emprender la sumision de las regiones de Oriente, volviese los ojos hácia el Norte á fin de asegurar sus fronteras por este lado, llevándolas hasta los límites naturales de la Península, lo cual consiguieron con la definitiva sumision de la Galia Cisalpina primero, y luego con la de Istria.

Aunque despues de la batalla de Telamon (entre la primera y segunda guerra púnica), penetraron los Romanos en la Cisalpina, y sometieron casi

toda la parte cispadana (véase pág. 171), ya hemos dicho que la llegada de Annibal y sus primeras victorias sobre el ejército de Flaminio, en el Tesino y en el Trebia, hicieron que volviesen á perder los Romanos casi todas estas conquistas. Pero, en el momento que la paz hecha con Cartago despues de la batalla de Zama les permitió disponer de algunas fuerzas, las dirigieron hácia dicho punto para reconquistar su perdida preponderancia, y añadir á las pocas colonias que allí tenían, otras que pusiesen á Italia á cubierto de las invasiones de los Galos Transalpinos ó de otros pueblos de la Europa central. En el año 201 (a. de J. C.) comenzó, pues, de nuevo la lucha en el territorio de los Boios, que derrotaron las milicias romanas; y en el año siguiente, se sublevaron todos los Galos (Insubrios, Cenomanos, Ligurios, etc.), tomando la colonia de Plasencia, y poniendo en grande apuro la de Cremona; pero, acudiendo en su auxilio las legiones, fueron derrotados los Galos á pesar de la habilidad de Amilcar, un oficial cartaginés que los mandaba, y que se encontró entre los muertos en el campo de batalla. No obstante esta victoria, la guerra continuó vigorosamente durante tres años, sufriendo los Romanos algunas serias derrotas, hasta que la division de los coligados y la traicion de los Cenomanos, —que estando frente al enemigo atacaron á sus compatriotas por la espalda—debilitó mucho la resistencia, haciéndose por último la paz, sometándose casi incondicionalmente los Cispadanos, y dejando cierta apariencia de libertad á los del otro lado del Pó, pero con la condicion de que habían de defender vigorosamente el país contra los ataques de los montañeses alpestres. Los Venetos co-

tinuaron todavía defendiendo su nacionalidad por algun tiempo. Las puertas de los Alpes quedaron cerradas á las incursiones y emigraciones de los Celtas transalpinos. Unas cuantas tribus que se habían atrevido á pasar la montaña, como emigrantes pacíficos, y á fundar una ciudad cerca de *Aquileia*, obedecieron humildemente la orden del Senado que les mandaba salir de la Península y repasar los Alpes. Con las fortalezas de *Placencia*, *Cremona*, *Potentia*, *Pisaurum*, *Bononia*, *Mutina*, etc., unidas casi todas al resto de Italia por grandes vías militares, tuvieron ya los Romanos asegurado su predominio en toda la Cisalpina.

Algun tiempo despues, y para redondear Roma sus fronteras por este lado, envió á un descendiente del gran Marcelo á la Venetia, con pretexto de que amenazaba una invasion de algunas tribus célticas por el N-E. Como esta invasion no fué una cosa formal, acabó pronto el cónsul su cometido; pero en vez de volverse. penetró en el territorio de los Istrios, en la península de este nombre, los subyugó, y la colonia latina de *Aquileia* aseguró aquella conquista y tambien las fronteras por este lado, dándose, por decirlo así, la mano con las anteriores conquistas en Iliria.

2. *Segunda guerra con Filipo (1) de Macedonia:*

(1) Acerca del número ordinal que debe llevar este rey, existe gran divergencia entre los historiadores, llamándole unos Filipo III, otros IV, y otros V. Explicaremos en pocas palabras las razones en que todos pueden fundarse.

Dícese que, allá por el siglo IX a. de J. C., reinó en Macedonia Filipo I, que fué el que verdaderamente fundó la monarquía macedónica, segun Herodoto; pero este rey pertenece á los tiempos ante-históricos, y hay quien pone en duda su existencia, por lo cual muchos historiadores hacen de él caso omiso.

Batalla de Cinocéfalas.—Después que, en parte por la cobardía ó la indolencia de Filipo, fracasaron todos los planes de Annibal, suscitó Roma á Macedonia, cuantos enemigos le fué posible, para ocupar sus ejércitos mientras las legiones romanas ponían fin al sangriento drama que venía representándose hacía tantos años entre las dos más poderosas Repúblicas de los tiempos antiguos. Empero una vez hecha la paz con Cartago, era necesario humillar y castigar aquel enemigo que podía cerrar á Roma el paso, si trataba de subyugar el Oriente. Comenzó, pues, el Senado á buscar un pretexto para la guerra, y no tardó en hallarlo en la desatentada conducta seguida por Filipo en Oriente y en Grecia contra los aliados de la República. Después de las embajadas de ordenanza, rompiéronse de nuevo las hostilidades, penetrando Filócles, general macedonio, en el Atica, y sitiando de cerca á Atenas (año 200 a. de J. C.), aliada de Roma. Esta envió enseguida al cónsul P. Sulpicio Galba con un ejército considerable y una escuadra de 180 buques para que apoyase sus operaciones, siendo secundados además los exfuerzos de los Romanos por los de una infinidad de aliados griegos, asiáticos y hasta

En el siglo IV, reinó el gran Filipo (I para unos y II para otros), padre de Alejandro.

El llamado Filipo III fué hijo natural del anterior, y reinó algun tiempo á la muerte de Alejandro, pero completamente dominado por Pérdicas, y fué luego asesinado: su verdadero nombre era *Arrideo*.

Filipo IV, hermano de Casandro, sólo reinó algunos meses.

Filipo V es el penúltimo rey macedónico, y del que ahora me venía ocupando en el texto.

Se ve, pues, que puede descartarse del número de los Filipos, ora al primero, ora á Arrideo, ora á ambos, explicándose de este modo la divergencia á que ántes nos hemos referido.

bárbaros situados al Norte de Macedonia (1). Estando ya demasiado avanzada la estación, no se llevaron á cabo en esta primera campaña operaciones de importancia. En la siguiente fué atacada Macedonia por todos lados é invadida por el ejército romano al mando del mismo Galba en calidad de procónsul, el cual, después de algunas marchas y contramarchas, siguiendo al ejército de Filipo, consiguió al fin derrotarlo, sin otro resultado que el de talar los legionarios una parte del país. En cambio el rey y sus generales derrotaron por completo á los aliados en todas partes, y los Romanos, al encontrarse casi solos, se retiraron á su punto de partida, no quedando un solo enemigo en el territorio macedónico. Esto envaneció á Filipo de tal modo, que en la primavera siguiente tomó la ofensiva; pero nombrado general de los Romanos el joven T. Q. Flaminio, lo derrotó en los desfiladeros del Aous, perdiendo el rey todas sus conquistas en Tesalia y huyendo hasta los desfiladeros de Tempe. Solicitando en vano la paz, que sólo se le concedía si abandonaba todas las conquistas hechas anteriormente fuera de Macedonia, hizo un supremo esfuerzo, y en la campaña del año 197 (a. de J. C.), reunió un ejército de más de 26.000 hombres, y se dirigió en seguida á Tesalia, y encontrándose cerca de *Cinocéfalas* con el de Flaminio y los aliados, casi igual en fuerzas, se dió la gran batalla que se conoce con aquel nombre, quedando 13.000 falanjas tendidos en el campo, y consiguiendo los

(1) No está probado, á lo ménos que yo sepa, que hiciese alianza con éstos; pero sí que los indujo á que aprovecharan la ocasión para tomar parte en la lucha contra este odiado vecino.

confederados en union con los Romanos una completa aunque costosa victoria, debida principalmente á la caballería tesaliana.

Derrotados además en todas partes los generales de Filipo, no quedó á éste más remedio que pedir la paz, si quería siquiera conservar la corona. Así lo hizo, en efecto, comisionando el Senado diez delegados bajo la presidencia de Flaminio, para que arreglasen las condiciones. Estas fueron análogas en un todo á las impuestas á Cartago. Los dominios de Filipo sólo se extenderían á los límites de la Macedonia propiamente dicha, entregaría casi todas sus naves de guerra, no podría hacer la guerra, sobre todo á los aliados de Roma, sin el permiso de ésta, y por último, pagaría una suma por indemnizacion de guerra (1.000 talentos). Los Estados griegos volvieron á ser dueños de sus destinos despues de haber seguido, durante más de siglo y medio, el carro triunfal de Macedonia. Ya se verá si Grecia era digna de esta libertad y el uso que de ella hizo.

3 *Insurrecciones de España.*—Despues de expulsados los Cartagineses de la Península española y de haber tomado posesion de ella los Romanos, aún quedaban por subyugar algunas tribus del centro (las actuales Castillas) que los Romanos llaman Celtíberos; las de los Lusitanos, (Portugal y Estremadura), y las del Norte, (Galicia, Astúrias y Cantábria). Ocupaban estas regiones pueblos belicosos, cuyo celo por su independendia y por su libertad individual era tan exagerado que ni aún las tribus que tenían un mismo origen y unos mismos intereses pudieron unirse, durablemente al ménos, para luchar contra los extranjeros, que unas ve-

ces por la astucia y otras por la violencia, se iban enseñoreando del suelo de la pátria y subyugando á los indígenas. Sin embargo, llegó un tiempo en que el comun peligro les hizo ver algo más claramente la gravedad de la situacion y trataron de poner remedio; y cuando Roma intentó someter la Celtiberia, comenzó á comprender cuán caro cuesta á un pueblo subyugar á otro que ama su independencia.

A poco de terminada la segunda guerra púnica comenzó en España otra no ménos peligrosa para Roma. Esta había dividido el país sometido en dos provincias, la Citerior y la Ulterior. En el año 197 (ántes de J. C.), se sublevaron todas las tribus, derrotando y dando muerte á uno de los dos pretores provinciales, al de la España Ulterior, y poniendo en grave apuro al de la Citerior. El Senado juzgó necesaria aquí la presencia de un cónsul con un ejército, y envió al severo M. Caton, que despues de una reñida y sangrienta batalla en que la disciplina y la táctica de las legiones triunfaron del valor de los indígenas, sometió de nuevo toda la parte oriental, exterminando á los sublevados y vendiendo como esclavos á todos los prisioneros. Sometida tambien la España Ulterior, mandó deruir las murallas de todas las ciudades y recojer las armas á todos los habitantes; pero las continuas incursiones de los Lusitanos obligaron á los Romanos á tener constantemente sobre las armas un ejército regular, pudiendo considerarse las relaciones de aquellos con los indígenas, como un estado de guerra permanente, durante cerca de 20 años, hasta que T. Sempronio Graco logró dominar realmente la Celtiberia, más bien con la

dulzura que empleando la fuerza, y ajustar tratados equitativos con las tribus independientes más respetables. Desde esta fecha hubo en España paz por espacio de 25 años,—desde 179 á 154. En este último año parece que comenzaron las célebres incursiones de los Lusitanos en las provincias romanas. Además, cansados los Españoles de la tiranía de los pretores y de las injustas exacciones de los publicanos, aprovecharon la ocasion de las derrotas inferidas á los Romanos por los Lusitanos, para sublevarse á pretexto de que se les exigían nuevas prestaciones en hombres y dinero. El cónsul Q. Fulvio Nobilior, con un poderoso ejército, se dirigió á apaciguar la insurreccion de los Arévacos y algunos Segedanos, y fué completamente derrotado. Siguieron á este otros descalabros, hasta que el Cónsul M. Cláudio Marcelo, con su habilidad y con sus triunfos, consiguió dominar la insurreccion y restablecer la calma en toda la parte Norte, mientras que M. Atilio habia sometido parte de Lusitania.

Pero, á pesar del formal tratado de paz hecho por Marcelo con los Arévacos, en el que éstos se sometían por completo á los Romanos, al llegar su sucesor, el cónsul L. Lúculo, hombre avaro y ambicioso, atacó sin pretexto ninguno, y por el solo deseo de distinguirse y hacer botin, á los Vaceos, pueblo celtíbero independiente, pero amigo de los Romanos, degollando bárbaramente á los habitantes de *Cauca*, que se habían sometido mediante capitulacion, y siguió talando el país y saqueando y quemando las aldeas, dejándolo todo desierto, si bien luego tuvo que emprender una desastrosa retirada. Las atrocidades de este género, cometi-

das por Lúculo y Galba, fueron numerosas. Esto trajo como consecuencia la resistencia formidable de los Lusitanos y la aparición del célebre Viriato, hombre rudo, pero inteligente y enérgico, que consiguió durante bastantes años muchas y muy señaladas victorias, y no teniendo los Romanos medio de destruirle por la fuerza, apelaron á sus habituales medios, y sobornaron á varios de sus confidentes, los cuales le asesinaron.

Terminada la guerra contra Viriato, comenzó la no ménos célebre contra Numancia. Miétras los ejércitos romanos peleaban en Lusitania contra el *pastor-rey*, se sublevaron de nuevo los Arévacos; pero fueron muy luego sometidos por el cónsul Q. Cecilio Metelo, excepto las plazas de *Numancia* y *Termancia*, que tambien capitularon; pero, al exigir que entregasen las armas, se negaron á ello los Numantinos y se dispusieron á emprender una lucha desesperada contra un ejército que contaba casi tantos soldados como habitantes Numancia; pero éstos hicieron tales exfuerzos y dieron tantas pruebas de heroismo que fueron verdaderamente el terror de Roma por espacio de siete años, llegando á tal punto el pavor que infundían, que hubo que sortear las legiones que habían de venir al sitio de la ciudad española, y siendo tal el miedo y la desmoralización del ejército romano, que bastaba á veces la salida de algunos centenares de Numantinos para que las legiones huyeran á la desbandada; y cuando el célebre Escipion Emiliano vino á ponerse al frente de aquéllas, tuvo que comenzar por reorganizarlas y restablecer la confianza del soldado; pero á pesar de todo, necesitó defender sus líneas con un doble muro, lo-

grando que se entregase la ciudad por hambre, pero no por la fuerza, pues comprendía que era imposible llevar las legiones á que diesen el asalto á la invencible Numancia. Con la rendicion de esta plaza, concluyó en España la época de las insurrecciones.

4. *Guerras con Antíoco el Grande, rey de Siria.*
—Siendo el plan invariable y el firme propósito de los Romanos no avanzar un paso en sus conquistas dejando á sus espaldas pueblos independientes que pudieran luego convertirse en enemigos y cortarles, por decirlo así, la retirada, queda explicada su prudente conducta en Oriente, siendo así que sabían las inteligencias y secretos manejos de Antíoco con Filipo de Macedonia. El rey de Siria habia propuesto en efecto al Macedonio la reparticion de Egipto y dejar á Filipo libre campo en Europa con tal que éste se lo dejase á él en Asia Menor. Aprovechándose luego de la angustiosa situacion de Filipo cuando se hallaba en lucha con los insurrectos griegos, ilirios, etc., y con los Romanos, ocupó Antíoco casi toda el Asia Menor, incluso las colonias griegas, y se dispuso á pasar el Helesponto. Terminada la guerra con Macedonia, y asegurada la sumision ó al ménos la impotencia de ésta y de Grecia, ya no tuvieron los Romanos inconveniente en afrontar un nuevo enemigo, y Flaminio advirtió á Antíoco que se abstuviese de pasar á Europa, y que dejase además en libertad á las colonias griegas que había sometido en las costas de Asia. Todo fué en vano. El Sirio pasó el Helesponto con su ejército y se apoderó de Ábidos, donde le hallaron los legados romanos y le intimaron las órdenes del Senado (año 196 a. de J. C.). La falsa especie

de que había muerto el jóven Tolomeo rey de Egipto, no las amenazas de aquellos, fué lo que indujo al rey á volverse á Asia, donde permaneció durante cuatro años, hasta que, en 192, llegaron emisarios etolios manifestando que toda Grecia deseaba la presencia del Gran rey para levantarse y proclamarlo su salvador. En vano Annibal, que ya estaba en la corte de Siria, opuso razones poderosas á los descabellados consejos de las camarillas, y un plan prudente, grandioso y seguro de humillar á Roma en Oriente y quebrantar su gran poderío hasta en Italia, á las ilusas presunciones de los cortesanos; prevaleció el dictámen de estos y el rey partió para Occidente, declarando así de hecho la guerra á los Romanos. En un principio todo fué bien para el Sirio. En todas partes lo aclamaban, y todos los Griegos, excepto los Aqueos, y hasta los Epirotas, se mostraban dispuestos á seguirle. Pero cuando llegaron á las vías de hecho se encontró con que sólo podía contar con cuatro mil Etolios auxiliares; así es que, en el primer encuentro con los Romanos en el famoso desfiladero de las Termópilas, fué completamente derrotado, salvándose á duras penas el rey con 400 soldados que fueron á refugiarse en Calcis, desde donde partió luego para Asia. Al saber Annibal lo ocurrido y preguntado por Antíoco que pensaba dijo: «qué pronto tendreis aquí á los Romanos, y me extraña como no han llegado ántes que vosotros.» Los movimientos que en seguida verificó el ejército romano, hicieron comprender al rey que Annibal era buen profeta, y comenzó á hacer grandes preparativos para recibir á los invasores, los cuales no se hicieron esperar mucho tiempo. El

ejército de éstos apenas contaba la cuarta parte de las fuerzas que el asiático, y no obstante, al encontrarse ambos cerca de Magnesia, fué completamente derrotado éste por las tropas ligeras y la caballería de los Romanos, (sin que tomaran siquiera parte en el combate las legiones) dejando Antíoco en el campo 53.000 hombres, cuando el cónsul apenas había perdido 400.

Esta sola batalla bastó para que el Asirio perdiese todas sus conquistas en Asia Menor, y pidiera la paz, que le fué otorgada con las siguientes condiciones: 1.^a Debía renunciar á todas sus posesiones al Norte del Tauro; 2.^a pagar 3.000 talentos por gastos de guerra y un tributo de 1.000 talentos por espacio de doce años consecutivos; 3.^a debía entregar además todas sus naves de guerra y sus elefantes, y abstenerse de mezclarse en los asuntos de Europa; por último, se cree que estipuló la entrega del cartaginés Annibal y la del etolio Toante. La derrota del Gran Rey libró á los Romanos del enemigo más temible que podía oponerse á sus miras y planes sobre Grecia y Oriente.

5. *Tercera guerra y sumision de Macedonia* (de 172 á 168 a. de J. C.). *Reduccion de Grecia á provincia romana* (146 a. de J. C.). Vencido Filipo en la batalla de Cinocéfalas, obligado á cumplir las condiciones que se fijaron en el tratado de paz correspondiente, y declaradas libres las ciudades y Estados griegos, no podía resignarse, sin embargo, á tolerar los insultos que diariamente le inferían las ciudades y pueblos que siempre habían temblado al oír el nombre de Macedonia. Acostumbrado ántes á obrar segun su capricho, sin que nadie pudiera apelar de los fallos de su voluntad soberana, se

veía ahora á cada paso citado ante el tribunal del senado romano, y condenado y humillado casi siempre. Disgustado además por el comportamiento que había tenido con él Roma despues de la victoria contra Antioco el Grande, comenzó á hacer preparativos en secreto para procurar un dia sacudir aquel yugo intolerable, y en esta tarea le sorprendió la muerte. Más de 20 años de paz y los cuidados de Filipo por engrandecer su pueblo, restañando las heridas que las guerras habían causado, y procurando fomentar los intereses materiales y morales, habían levantado á Macedonia de su prostracion y abatimiento, en cuanto es esto posible en un pueblo en decadencia. Sucedióle su hijo Perseo. Hombre de gran valor personal, educado en los campamentos y en las fatigas de la guerra, era quizá el mejor soldado de su ejército, pero un mediano general y hombre de Estado. Este continuó la política y los preparativos de su padre, si bien se dedicó principalmente á acumular grandes tesoros, creyendo que sólo en esto consistía el poder de las Naciones; así es que, cuando llegó el caso de romper las hostilidades, se encontró con sus arcas muy repletas, pero no con los soldados necesarios para la gigantesca empresa que pensaba acometer, ni con un pueblo dispuesto á soportar con decisión y constancia las calamidades y miserias que siempre traen consigo esta clase de luchas decisivas por la independendencia de la patria contra un enemigo muy superior en fuerzas. Comenzó, pues, á soñar con grandes proyectos, á buscar alianzas y concitar enemistades contra Roma, pero todos fracasaron ante la prevision de los Romanos ó el temor que estos inspiraban. Sin embargo, compren-

diendo los Griegos, aunque tarde, que la protección que el Senado les dispensaba, no era, ni con mucho, desinteresada, comenzó á formarse el partido nacional afecto á Macedonia con preferencia á Roma. También ésta comenzó á ver claramente la reacción que se experimentaba en Grecia, y dispuso aprovechar la primera ocasión para declarar la guerra á Perseo, ántes que el mal tomase proporciones alarmantes. No había, sin embargo, nada sério que temer de aquella Grecia degenerada. El partido nacional afecto á Macedonia, se componía principalmente de ineptos demagogos, mientras que en el partido filo-romano militaban la mayor parte de las familias que en otro tiempo habían formado la aristocracia de los diversos Estados, ó sea casi todos los que se hallaban en una posición desahogada y disfrutaban de comodidades.

Dispuesto también Perseo á romper con Roma, comenzó á despreciar las reclamaciones de los aliados y clientes de ésta y á no hacer caso de las advertencias del Senado. Este decidió, pues, declararle la guerra, y le envió al efecto una embajada que empleó un lenguaje tan provocativo, que el Macedonio contestó secamente: «Estoy dispuesto á celebrar de igual á igual un nuevo tratado con Roma, pero considero como no hecho el del año 557» (197 a. de J. C.). Sucedió esto en el año 582 (172 a. de J. C.). Si Perseo hubiera comenzado inmediatamente las operaciones, cuando los Romanos hubieran puesto al otro lado del Adriático un ejército capaz de contrarrestar al macedónico, no les habrían quedado en Grecia sino muy escasos elementos; pero con sus vacilaciones y temores á última hora, empeoró su causa y mejoró notablemente la de

Roma, que se aseguró en este tiempo el concurso de la poderosa Liga Aquea, y sembró la division entre las ciudades beocias. Al fin en la primavera siguiente se rompieron las hostilidades, trascurriendo las dos primeras campañas sin ningun hecho de armas importante, pues si torpe é indeciso se anduvo en ellas Perseo, no lo estuvieron ménos los Romanos. Entónces envió el Senado á Q. Marcio Filippo, conocedor del país y amigo personal del Rey; pero no hizo más que emprender una expedicion arriesgada, y en la que debió perecer todo el ejército á no contar con la imprevision y la torpeza de Perseo. Trascurrida tambien esta campaña sin resultados decisivos, acertó al fin Roma á mandar á Grecia al hombre que necesitaba en aquellas circunstancias, á L. Paulo Emilio, el cual, á los once dias de encargarse del mando, ya había terminado la guerra con la sangrienta batalla de *Pidna*, en la que quedaron en el campo 20.000 Macedonios, y prisioneros 11.000. Perseo, que huyó en los primeros momentos á poner á salvo sus tesoros, abandonado muy pronto por los pocos servidores que le habían permanecido fieles, tuvo qué entregarse al cónsul como prisionero de guerra, y fué trasladado á Italia con la mayor parte de su familia, donde murió al poco tiempo. Los Romanos se apoderaron del país, arrasaron sus principales fortalezas excepto las de la frontera del Norte, y se obligó á los habitantes á entregar todas las armas y pertrechos de guerra. Por lo demás, se permitió á todas las ciudades y á las ligas regirse por sus leyes é instituciones, elegir sus magistrados, etc., etc., aunque procurando que en todas predominase el elemento aristocrático. Suprimiósé además la crecida contri-

bucion que pagaban al rey, y fué sustituida por un tributo anual de cien talentos. Esta misma suerte sufrió la Iliria y todos los países inmediatos que habían auxiliado á Perseo ó secundado sus planes.

Así continuó Macedonia cerca de un cuarto de siglo hasta la aparicion del llamado *Filipo Andriscos*, que pretendía ser hijo de Perseo, y que, despues de varias aventuras, logró reunir un ejército regular, obtuvo con él algunas victorias sobre las milicias del país, y casi toda la nacion se declaró en su favor; pero derrotado luego por Metelo y entregado por último al cónsul, se sometió toda Macedonia, que fué declarada provincia romana (año 148). Una tentativa hecha poco despues de la de Andriscos, por otro supuesto hijo de Perseo, no hizo más que aumentar la opresion de los desdichados Macedonios.

Una vez cambiada la situacion de clientela por la de verdadera sujecion en un Estado de Oriente, cambió por completo la política romana en todas las regiones desde el mar Jónico hasta el Eúfrates. Casi la misma suerte que á Macedonia cupo en seguida á Grecia, en donde las discordias y guerras de las ciudades y de las ligas entre sí, hacían constantemente necesaria la intervencion de la República, agotando sus fuerzas y su vitalidad en esas luchas insensatas. Cansada Roma, y habiendo variado, al parecer, de designios, aprovechó la primera ocasion para intervenir militarmente en Grecia, declarar disueltas las ligas, y despues de derrotar las milicias de los Beocios, Etolios, etcétera, tomó á Corinto el cónsul Mumio y declaró de hecho este país provincia romana con el nombre de *Acaya*. Este mismo procedimiento siguió con los

demás pueblos é islas entre Grecia y Asia Menor, hasta cuyas costas extendió su dominacion en poco tiempo; llegando su egoismo y su maldad hasta el extremo de pagar con incalificables ingratitudes á los Atalidas, esos reyes de Pérgamo, que tan fieles le habían sido en todas las luchas que tuvo que sostener contra sus numerosos enemigos.

6. *Cartago y Roma: Tercera guerra púnica.*—*Destruccion de Cartago.*—Que el tratado de paz de la segunda guerra púnica, llevaba en sí el gérmen de una futura guerra, estaba lo mismo en la conciencia de los hombres de Estado de Roma que en la de Annibal, que procuró el engrandecimiento de su pátria á fin de aprovechar la primera ocasion que se le presentase para llevar á cabo sus planes: pero era el Senado harto previsor para que se escapasen á su sagacidad estas miras, y ya hemos visto que procuró cortar de raíz el mal, exterminando á su temible enemigo.

En efecto, la cláusula del tratado en que se estipulaba que *Cartago reconocería al reino de Numidia todos sus territorios*, sin distinguir si los actuales ó los que ántes había poseído, y la de *quedicha ciudad no podría emprender guerra alguna sin el permiso de Roma*, trajeron consigo las usurpaciones de provincias enteras por parte de Masinisa, y las constantes é inútiles querellas de Cartago al Senado romano, que se contentaba con enviar comisiones que zanjasen aquellas diferencias; pero con secreto encargo de no resolver nada en definitiva. Exasperados los Cartagineses, y no pudiendo resistir por más tiempo, se propusieron defender sus territorios; mas despues de vencidos por el Numi-

da, pidióles Roma cuentas por haber violado el tratado de paz y les declaró la guerra; pero se sometieron á las condiciones que á esta plugo imponerles. Exigióles primeramente el Senado 300 rehenes de las principales familias de la ciudad, que le garantizasen que en adelante vivirían en paz con todos. Una vez entregados estos rehenes, exigió por medio de los cónsules la entrega de las armas y máquinas de guerra que ya no necesitaban, puesto que habian de estar siempre en paz, prometiéndoles en cambio garantizar la existencia y la independencia de su ciudad (*civitas*), así como sus personas y bienes, contra todo ataque de cualquier enemigo. Tambien accedieron á esto los débiles Cartagineses, y cuando ya estuvieron ligados de piés y manos, les intimó Roma la orden de abandonar su ciudad, é ir á fundar otra por lo ménos á tres leguas de la costa, respondiendo á sus quejas que el Senado era fiel á su palabra, puesto que él habia prometido respetar la *civitas*, no la *urbs*.

Desesperados los Cartagineses, prefirieron la muerte á tanta ignomia, y se propusieron hacer una resistencia á todo trance. Los cónsules que habían llegado á las costas de Africa con una escuadra y un ejército de desembarco, se dirigieron á la ciudad, creyendo tomarla sin romper una lanza, pero hallaron una resistencia que no esperaban. Trabajando dia y noche, se habían provisto en breve tiempo los Cartagineses de toda clase de armas y de máquinas de guerra, y se aprestaban á una lucha formidable, lucha que duró tres años, desde el 149 al 146 (a. de J. C.); que puso en grave apuro á Roma, que vió derrotadas sus legiones en diversos combates, y en la que no hubiera

vencido, si la suerte no le hubiera deparado un general tan hábil, previsor y valiente como Escipion Emiliano, que consiguió, no sin grandes esfuerzos y peligros, tomar por asalto, las murallas, y apoderarse de la ciudad defendida palmo á palmo por sus habitantes, siendo saqueada y completamente destruida despues por órden del Senado, que prohibió, con terribles imprecaciones, edificar en adelante en el sitio que había ocupado la aborrecida rival de Roma.

Tal fué el fin trágico de una de las ciudades más ricas, más poderosas y más afortunadas del mundo, pero que no supo emplear sus riquezas y poder, ni aprovechar su fortuna (1).

7. *Apogeo de la República romana.*—Sometida toda la region de la Galia Cisalpina, y preparada la conquista de la de allende los Alpes; conquistada la península española y sofocadas todas las insurrecciones de los indígenas; sometidas á sí mismo Iliria, Macedonia, Grecia y demás países al oriente de Italia, muerto Annibal y destruida Cartago, había Roma llegado al apogeo del poder y fundado, sino el imperio más extenso, si el más poderoso que hasta entónces se había conocido, el cual comprendia toda la parte meridional de Europa y en parte la septentrional de Africa, quedando el mar Mediterráneo como un lago inmenso en medio de sus vastos dominios. Calcúlese, dado lo que era en la antigüedad la guerra y la conquista, las inmensas riquezas que acumularía Roma en este

(1) Los que deseen detalles consulten: Mommsen, *Historia de Roma*, t. V, paginas 36 á 62; Laurent, *Etudes sur l'hist. de l'humanité*, t. III, p. 127-132.

período, y el grado de poder á que había llegado, no viendo en el horizonte de sus extensos Estados ni una nube que pudiera empañar el puro cielo de sus esperanzas, ni infundirle temores de ningún género. En lo sucesivo se extenderá aún más su dominación; nuevos pueblos seguirán de grado ó por fuerza el carro triunfal de la República; pero habrán decaído en cambio la energía y la vitalidad del pueblo romano, se habrán corrompido las costumbres, y habrán comenzado á aflojarse los fuertes lazos que unían las partes entre sí y con el todo y que sujetaban los extremos á aquel poderoso centro de atracción que se llamaba la ciudad de Roma. Por consiguiente, el período en que terminaron las guerras y conquistas que acabamos de mencionar es sin duda el del *verdadero apogeo de la República romana*.

8. HISTORIA INTERNA. *Modificaciones que había experimentado la constitución y la sociedad romana durante este período: nuevos partidos*.—Como por lo dicho en el curso de esta obra (lección IV), pudiera creerse que la República romana había tomado un carácter exclusivamente democrático, debemos, ántes de pasar adelante, hacer algunas rectificaciones, ó mejor dicho, aclaraciones sobre este punto en extremo complicado de la historia interna de Roma.

En las diversas revoluciones en que la plebe conquistó la igualdad civil y política con los patricios, sucedió exactamente lo mismo que sucede en las revoluciones modernas: en los primeros momentos, todo es libertad, todo democracia; pero á medida que las familias que ántes militaban en la oposición, van adquiriendo una posición distinguida.

por sus riquezas ó por los altos puestos desempeñados por algunos de sus miembros, comienzan á formar como una clase aparte, una especie de nueva aristocracia, que poco á poco va adquiriendo el predominio que ha dejado de ejercer la antigua, hasta sustituirla en casi todos sus antiguos privilegios políticos, ó por lo ménos, hasta igualarse con ella. Esta nueva aristocracia defiende entónces, estos privilegios aun con más tenacidad que la antigua, y da, por consiguiente, un nuevo carácter aristocrático á la sociedad y á las instituciones, apareciendo inmediatamente otro partido popular con tendencias más avanzadas que los anteriores, y comenzando una nueva lucha por plantear trascendentales reformas en todas las esferas de la vida social y política de un pueblo. Estas mismas trasformaciones se verificaron en Roma durante el período á que me refiero; pero las guerras y los grandiosos acontecimientos que en el exterior se realizaban, absorbían por completo la atención pública, para la cual pasaron desapercibidas dichas trasformaciones. Mas en cuanto cesaron esas luchas y el pueblo volvió su atención hácia los asuntos interiores, comenzó una nueva era de agitacione, de tumultos y motines que se tradujeron luego en sangrientas guerras civiles que trajeron consigo, como era natural, la tiranía.

Veamos ahora en qué consistían las principales modificaciones á que ántes me he referido.

En primer lugar, dada la aptitud de los plebeyos para obtener todos los cargos públicos, y los grandes honores y distinciones con que era honrado el magistrado á su salida del cargo, honores exactamente iguales á los que ántes disfrutaban los pa

tricios, y que procuraron ir convirtiendo en privilegios reales, es fácil comprender la lenta pero efectiva division de la plebe en dos clases, una de las cuales formaba una especie de nobleza nueva, en la que entrarían todos los ciudadanos de este orden que se distinguieran por sus honores y aún por sus riquezas, y otra formada por el pueblo bajo, el *cuarto estado* que hoy decimos. Además, como en esta época el Senado se componía principalmente de ex-magistrados, resultaba que, en vez de ser un cuerpo meramente consultivo á las órdenes del magistrado supremo, se había convertido en una corporacion gobernante, casi independiente de los otros poderes, y cuya voluntad se imponía siempre por la autoridad que naturalmente habían de tener sus miembros. Dueña, pues, la nueva nobleza del Senado, fuéle muy fácil imponerse ó atraerse á las demás magistraturas y corporaciones. Esto sucedió con las *centúrias ecuestres*, que llegaron á formar una especie de guardia noble, así como con la *censura*, que hizo muy luego causa comun con la nobleza.

Por otra parte, acostumbrados los Romanos á no pensar más que en el ejercicio de las armas, el trabajo de los campos tuvo que hacerse principalmente por medio de esclavos, y lo que tan honroso había sido en los buenos tiempos de Cincinato, llegó á despreciarse como vil é indigno de ocupar ni siquiera la atencion, cuanto ménos los brazos de un ciudadano. Agréguese á esto que las grandes riquezas procedentes de las conquistas hechas por las legiones iban introduciendo lentamente el lujo y el refinamiento en las clases elevadas, y fomentaban la vagancia y la corrupcion en las clases in-

finas, y se formará una idea clara del estado de cosas y de las modificaciones que aquella sociedad había experimentado.

9. *Cobernantes y gobernados ó relaciones de derecho entre Roma y los países sometidos.*—Al hablar de la historia interna de Roma en las lecciones precedentes, sólo me he ocupado del interior de la ciudad ó de las mútuas relaciones entre patricios y plebeyos, sin hablar de los países sujetos, ó de las relaciones entre la metrópoli y las demás ciudades fundadas ó sometidas por ella, porque creo que este es el momento más oportuno de hacerlo. Aun antes de llevar Roma sus conquistas fuera de Italia, tuvo ya diversas clases de súbditos, segun los derechos de que disfrutaban y los deberes que se les imponían. Prescindiendo de algunos detalles y diferencias accidentales, podemos dividir, atendiendo á esta relacion, los países ó las ciudades sujetas en cuatro clases: 1.^a Ciudades libres y confederadas; 2.^a Colonias; 3.^a Municipios; y 4.^a Prefecturas.

Las *ciudades libres y confederadas* (*civitates liberae et fœderatae*) eran aquellas que conservaban su independencia, pero estaban unidas á Roma por un pacto de estrecha alianza en condiciones de una igualdad completa, por lo ménos, segun la letra de los tratados, pues en realidad Roma ejercía la supremacía debida á su rango. En este caso se hallaron, en los primeros tiempos, Tibur, Preneste, muchas ciudades de Campania, Nápoles, Reggio, Camerino, etc., etc.; però segun iba aumentando el poder de Roma, iban quedando reducidas al rango de simples municipios, las que no descendían más, como sucedió á Cápuá y algunas otras

ciudades de Campania y de la Italia meridional.

Las *colonias* (1) eran de dos clases: 1.^a Colonias de ciudadanos romanos, que se componían generalmente de 300 individuos de reconocido valor y habilidad militar, que se trasladaban con sus familias á una ciudad conquistada, no muy grande, pero importante bajo el punto de vista estratégico. Estas 300 familias formaban allí la clase patricia, y los antiguos habitantes eran colocados en el rango de los plebeyos de la metrópoli. Los jefes de dichas familias conservaban todos los derechos de los ciudadanos romanos y podían ir á Roma á emitir su voto, siempre que lo tuvieran por conveniente.—2.^a *Colonias latinas*,—compuestas parte de ciudadanos romanos y parte de latinos,—eran aquellas que habían sido fundadas mientras subsistió

(1) Cada pueblo de la antigüedad dió á sus colonias el carácter particular que á él le distinguía. Así vemos que las colonias de Fenicia y de Cartago tienen por objeto especialísimo proteger y extender el comercio de la metrópoli; son una especie de puntos de escala ó factoría para los mercaderes de su nación. Las de Grecia tienen ménos carácter comercial y se nota en ellas el aislamiento que es natural, dado su origen, pues ya sabemos que la mayor parte procedían de la emigración forzosa á consecuencia de las invasiones y luchas entre Heráclidas, Pelópidas, etc., y su orgullo les impedía ponerse en contacto con los pueblos bárbaros que las rodeaban, así es que, con tanto colonizar, y con ser tan rica su cultura, sin la conquista de Grecia por Macedonia y por Roma, hubiera influido aquella ménos que ningún otro pueblo en la civilización del mundo antiguo.—La colonia romana revela la índole del pueblo que la establece. Es una especie de plaza de armas, una fortaleza enclavada en medio de un territorio siempre enemigo, por más que esté ya sometido, ó un fuerte avanzado para asegurar las conquistas. Así es que su origen es diferente del que han tenido todas las colonias antiguas y modernas. En vez de comerciantes, emigrados ó aventureros, son ciudadanos escogidos los que las forman. Las colonias de nuestros días tienen, en parte, el triple origen y objeto que las antiguas, aunque caracterizadas por las aficiones aventureras de los emigrantes.

la liga latino-romana, mediante la cual los Romanos gozaban de todos los derechos civiles de los Latinos en cualquier ciudad del Lacio, y lo mismo éstos en Roma. Estas colonias, parece eran consideradas en un principio como ciudades aliadas; pero en tiempos posteriores tuvieron el *jus Latii* ó la *Latinitas* (1), y estaban obligadas á suministrar un determinado contingente de soldados cuando Roma se los exigiese para las necesidades de la guerra.

Llamábanse *municipios* ciertas comunidades ligadas con Roma por tratados de alianza que establecían condiciones diferentes. Las cargas que les imponía esta alianza eran, por regla general, las de suministrar á Roma algunas milicias armadas y equipadas por su cuenta. Los privilegios consistían en estar exentos de toda otra carga ó impuesto, y en ser completamente libres en su régimen y gobierno interior. Sus habitantes gozaban generalmente de los derechos civiles del ciudadano romano, excepto cuando por vía de castigo se les privaba de ellos; pero no disfrutaban de ninguno de los derechos políticos, á no ser por concesion particular á algun individuo. Ya veremos despues que la *Ley Julia* concedió á todos los municipios y co-

(1) En los últimos tiempos de este período, consistía el *jus Latii* en la facultad de poder obtener la plena ciudadanía romana, viniendo á establecerse en Roma y siendo inscrito en una tribu, con tal que reuniese las siguientes condiciones: primera, que hubiera desempeñado una magistratura en su ciudad natal; segunda, que dejase allí un representante de su familia. Esta *Latinitas* la disfrutaban, como indicamos en el texto, lo mismo las antiguas ciudades del Lacio que las colonias llamadas latinas, las cuales, dicho sea de paso, fueron el más firme sosten del poderío romano en los tiempos más azarosos.

lonias el pleno derecho de ciudadanía. Lo mismo los municipios que las colonias eran gobernados ordinariamente por dos magistrados llamados *duumviri* (especie de cónsules), por un *senado* que lo formaban los jefes de las familias patricias, y algunas tenían además su *pretor* y su *cuestor*.

Por último, las *prefecturas* no gozaban del derecho de gobernarse por sí mismas, sino que lo eran por un prefecto ó gobernador elegido anualmente en Roma. Los habitantes de las prefecturas estaban sometidos á las peores condiciones. Inscritos por el censor romano en un registro especial, estaban sujetos á todas las cargas que los ciudadanos, sin gozar ninguno de sus privilegios. Esta condicion se llamó en un principio *jus cæriticum*, y á ella eran reducidas las ciudades que, como Cerea y Capua, disfrutando primeramente grandes privilegios, se sublevaban contra Roma ó hacían causa común con los enemigos de ésta.

10. *Trasformacion de la lengua y la literatura latinas durante la época de que nos venimos ocupando.*— El período histórico que media entre la conclusion de la lucha contra Pirro y la última guerra púnica, es el período de las grandes trasformaciones. Las ideas políticas, la constitucion social y política, las costumbres públicas y privadas, todo se modifica segun las nuevas exigencias de los tiempos y de las circunstancias. Como era natural, tambien habían de seguir la corriente general, la lengua y la literatura. El inmediato contacto con las colonias griegas de la Italia Meridional primero, la conquista de las ciudades de Sicilia despues, y por último, la de la península helénica, produjeron una gran revolucion en el ánimo de los Romanos, revo-

lucion que se tradujo principalmente en su lengua y en su literatura. La primera llegó al más alto grado de su perfeccionamiento, y en la segunda nacieron escuelas rivales, partidarios unos de imitar en todo los modelos griegos que les parecían, y con razon, insuperables en belleza y elegancia, y esforzándose otros por crear géneros originales que pudieran competir con los grandes modelos del arte helénico. Pero no pudiendo entrar aquí en detalles sobre este asunto, que exige un capítulo especial para poder dar de él siquiera una idea ligera, procuraré hacerlo, al mismo tiempo que de otros análogos, al fin de la obra.

RESÚMEN.

—

1. Una vez aseguradas por Roma las fronteras naturales de Italia por el Sur, por el Este y por el Oeste, sometidos tambien ó reducidos á la impotencia casi todos los pueblos confinantes con el Mediterráneo, era natural que dirigiese su vista hácia el Norte y tratase de poner á salvo tambien por este lado sus fronteras contra toda invasion céltica que en adelante pudiera intentarse; pero siendo los Apeninos y el Rubicon una barrera poco segura, necesitaba llevar sus fronteras hasta la cordillera de los Alpes.

Con este doble objeto, en cuanto terminó con la batalla de Zama la segunda guerra púnica, envió un ejército á la Cispadana, á fin de someter nuevamente á los Galos, que, como en otro lugar hemos visto, subyugados despues de la batalla de Telamon, se habían sublevado contra Roma despues de la llegada de Annibal y de las derrotas sufridas por las legiones en el Tesino y en el Trebia. Comenzó, pues, la guerra por el país de los Boios, en la campaña del año 201 (a. de J. C.), y con poca for-

tuna para los Romanos. Al año siguiente se sublevaron todos los Galos Cisalpinos, poniendo en grave apuro al ejército romano, pero venció al fin todos los obstáculos, ora derrotando, ora dividiendo á estos pueblos, siendo sometidos todos, excepto los Venetos, que conservaron algun tiempo más su independencia.

Los Alpes quedaron ya como límite fijo de los dominios de Roma, que aseguró además su nueva conquista con el establecimiento de varias colonias; pero aún había que fortificarse por el N. E., y al efecto envió á los pocos años (183), á uno de los cónsules, que acabó de someter á los Venetos, conquistó la Istria, y estableció la fuerte colonia de *Aquileia*, que defendió por aquella parte la frontera.

2. Casi al mismo tiempo que la lucha de que nos hemos ocupado en el párrafo anterior, comenzó la segunda guerra contra Macedonia (año 200). Aunque vencido Filipo V en la primera, y debilitada su nacion en las luchas que había sostenido contra los enemigos que Roma la había suscitado, era todavía un rival temible á quien había que castigar y humillar. En efecto, rompiéronse pronto las hostilidades, invadiendo los Macedonios el Atica, aliada de los Romanos, que no tardaron en presentarse con un ejército y una escuadra respetables. Despues de tres campañas en que la suerte de las armas favoreció alternativamente á ambos beligerantes, en la cuarta se dió al fin la sangrienta batalla de Cinocéfalas, en la que fué destruido el ejército de Filipo, viéndose éste obligado á pedir la paz, que le concedieron los Romanos en condiciones casi iguales á las que pusieron término á la segunda guerra púnica, proclamando solemnemente los delegados romanos la independencia de Grecia que, en realidad, no era más que un cambio de dominadores. Veamos ahora lo que sucedía en tanto en el otro extremo de los dominios de la República.

3. Al terminar las guerras contra Annibal, ya había Roma [verificado la conquista de España, ó mejor dicho, de la parte oriental y meridional de la Península, y la había dividido en dos provincias, *Citerior* y *Ulterior*; pero aún quedaba la Celtiberia propiamente dicha, ó parte central, la Lusitania (Portugal y Extremadura), y la

Cantábría y demás regiones al Norte, en las que sólo algunas tribus eran tributarias; pero las más eran completamente independientes.

La mala administración de los pretores encargados del gobierno de las provincias á la vez que el carácter un tanto levantisco de los Españoles, dieron márgen á la formidable insurrección del año 197, que hubiera terminado con la expulsión de los Romanos sin la oportuna llegada de M. Catón, que derrotó á los indígenas, y después de mil actos de barbarie, logró pacificar ámbas provincias; pero las incursiones de los Lusitanos y Celtiberos obligaron á Roma á mantener allí un ejército permanente, hasta que, cerca de veinte años después, logró T. Sempronio Graco dominar la Celtiberia, más bien por la dulzura que por la fuerza, y celebrar tratados equitativos con las tribus más poderosas de los otros países. De este modo hubo paz hasta el año 154, en que comenzaron otra vez las correrías de los Lusitanos. Cansados de nuevo los Españoles de sufrir todo género de vejaciones y malos tratamientos por parte de los enviados de Roma, aprovecharon la ocasión y se sublevaron algunas tribus, derrotando á P. Fulvio Nobilior, y obteniendo otros varios triunfos, hasta que el Cónsul M. Cláudio Marcelo consiguió derrotarlos y reducirlos á la obediencia, empleando los mismos medios que ántes Graco.

Violado el tratado de paz por el Cónsul Lúculo, su incorrecta conducta juntamente con la de Galba produjeron otra guerra en la que cometieron los Romanos todo género de crueldades, y que dió origen á su vez á la del tan célebre Viriato. Era este un hombre rudo, pero inteligente y enérgico, que poniéndose al frente de algunas bandas de guerrilleros, y reuniendo después un poderoso ejército, consiguió derrotar en muchos encuentros á los generales romanos y poner en peligro la dominación de Roma en nuestra península; pero viendo lo difícil que era destruir tan formidable enemigo, apelaron los Romanos á la traición, y sobornaron á algunos de los confidentes del Lusitano, que fué asesinado por éstos mientras dormía. Tal era ya la degradación de los descendientes de aquéllos que enviaran á Pirro el médico que les prometió envenenarlo y librarlos de tan temible enemigo. El ase-

sinato de Viriato se consideró ahora como un gran triunfo de la diplomacia romana.

A esta guerra siguió la tan célebre de Numancia, ciudad que apenas podía presentar,—reuniendo todos los hombres capaces de empuñar las armas—una cuarta parte del contingente de soldados que el ejército que se dirigía á sitiarla, y que, sin embargo, derrotó tantas veces á las legiones, que llegó á ser el terror de Roma y hubo que sortear las que debían marchar á sustituir las derrotadas por la invicta ciudad; y sólo cuando Escipion Emiliano se puso al frente del ejército romano y logró moralizarle en parte, consiguió que Numancia se rindiese por hambre, despues de haber muerto hasta el último de sus defensores, ora en el asalto que intentaron contra las fuertes trincheras del enemigo, ora luchando unos con otros para no caer en poder de los Romanos. Con la destruccion de esta ciudad terminaron por entonces las insurrecciones de los Españoles.

4. Volvamos ahora la vista á Oriente, donde Antioco el Grande, rey de Siria, qué egoista, y atento sólo á los intereses propios, aunque mal entendidos,—después de haber dejado pasar la ocasion propicia no auxiliando á Filipo de Macedonia en su reciente y última guerra contra los Romanos,—quiso ahora entraren una lucha desigual, sin duda, sobre todo no siguiendo los consejos de Anníbal, á la sazón refugiado en su córte. Disgustados los Etolios por el comportamiento de Roma con ellos que le habían sido tan fieles aliados, presentaron al Sirio como cosa fácil la conquista de Grecia, que estaba dispuesta á seguirle unánimemente para librarse del yugo romano. En vano Flaminio advirtió al rey que no pasase el Helesponto; Antioco lo atravesó, declarando así de hecho la guerra á Roma; y si bien los falsos rumores que aseguraban había muerto el rey de Egipto, le hicieron desistir de la expedicion, quiso llevar adelante sus planes cuatro años más tarde (192 a. de J. C.); pero fueron completamente derrotados los Asiáticos en el desfiladero de las Termópilas, salvándose el rey á duras penas. Los Romanos partieron poco después para el Asia Menor, donde Antioco había reunido todas sus fuerzas. La batalla de *Magnesia*, en la que perecieron más de 50.000 soldados

del ejército del Rey, dejó á éste imposibilitado para continuar la guerra, y pidió la paz, que le fué concedida, perdiendo todas sus anteriores conquistas, entregando todas sus galeras, y pagando una fuerte indemnización de guerra y un tributo de 1.000 talentos durante diez años. Tampoco en Oriente quedaba por entónces ningun enemigo temible para los Romanos.

5. No obstante, veinte años después, cuando ya Macedonia había disfrutado los beneficios de la paz por espacio de un cuarto de siglo, en cuyo tiempo Filipo, á quien mortificaban las constantes humillaciones que le hacía sufrir el Senado, había procurado cicatrizar las profundas heridas que la guerra había inferido á su nacion, y colocádola en un estado [relativamente floreciente, siempre con la intencion de tomar la revancha en la primera ocasion; pero murió ántes que ésta se presentase, heredando su trono y sus designios su hijo Perseo. Era éste un valiente soldado, pero no un buen general ni un hábil estadista; así es que no supo aprovechar las propicias ocasiones que le deparó la fortuna al comenzar la lucha contra Roma. El pretexto para la ruptura lo suministraron las intolerables exigencias de los Romanos y las enérgicas contestaciones de Perseo, que se negó á reconocer como vigente el tratado hecho por su padre después y á consecuencia de la batalla de Cinocéfalas. La poca prevision del Senado, que apenas tenía en Grecia 5.000 soldados; el estado de los pueblos de la Península helénica que habían comprendido, aunque tarde, las intenciones de Roma y sus verdaderos intereses, y las torpezas de los generales romanos en las tres primeras campañas, colocaron á Perseo en circunstancias tales, que, si hubiera sabido aprovecharlas y no hubiera andado con vacilaciones á última hora, cuando solo era tiempo de obrar con energía, de seguro habría sido muy distinto el éxito de la guerra; pero en cuanto el Senado envió al hábil general Emilio Paulo, la concluyó en *once* dias con la gran batalla de Pidna, en la que pereció casi todo el ejército macedonio, huyendo el rey en un principio y entregándose después al vencedor, que, con casi toda su familia y principales partidarios, le trasladó á Italia, donde murió al poco tiempo. Macedonia fué hecha tributaria.

de Roma y dividida en cuatro Ligas ó pequeñas Repúblicas, cuya rivalidad procuró fomentar constantemente el Senado, á fin de evitar el peligro que su union pudiera crearle. De este modo continuó hasta que algunos años después se levantó un tal Andriscos, diciendo era hijo de Perseo; y aunque al principio fracasó, fueron después acéjidas sus pretensiones y conquistó toda Macedonia; pero derrotado enseguida que llegaron refuerzos, fué ésta declarada provincia romana (año 148).—La misma suerte cupo á Grecia á los dos años. Después de agotada su energía en luchas intestinas de unas Ligas y ciudades contra otras, cuando el Senado se propuso intervenir militarmente y someterlos á todos, no tuvieron fuerzas que oponerle sino algunas milicias de Beocios y Etolios, que fueron fácilmente derrotadas, perdiendo los griegos su independendencia en el año 146 (a. de J. C.), en que fué declarado el país provincia romana, con el nombre de *Acaya*.

6. Aunque no era fácil que Cartago se levantase de la postracion política en que había caído, sin embargo, su prosperidad material ó comercial mantenía siempre vivos los celos de Roma, que acechaba una ocasion para poder destruirla por completo. Tomando al fin pretexto de que los Cartagineses habían violado una de las cláusulas del tratado de paz tomando las armas sin permiso de Roma para defenderse de las continuas agresiones de los Numidas, después de haberla obligado á entregarle 300 rehenes y todo su material de guerra, les declaró que iba á demoler la ciudad. Exasperados aquellos por tanta perfidia, se aprestaron á la defensa, y se condujeron valerosamente, poniendo en grave apuro á los Romanos; pero nombrado cónsul y jefe del ejército sitiador Escipion Emiliano consiguió apoderarse de la ciudad, que fué completamente arrasada, sin dejar piedra sobre piedra, en el año 131 a. de J. C. Tal fué el desenlace de la sangrienta lucha que había comenzado hacía ya cerca de siglo y medio.

7. Sometidas las regiones de que anteriormente son hemos ocupado, habíanse extendido los dominios de Roma por casi toda la parte conocida de los tres continentes del mundo antiguo; y con esto y las riquezas acumuladas con la conquista, puede decirse que Roma había llegado al

apogeo de su poder y de su grandeza; pues si bien luego se agregaron nuevos países á los ya conquistados, desaparecieron en cambio las pocas virtudes cívicas que aún conservaban los Romanos á fines de este período.

8. Durante el mismo, había ya experimentado la sociedad y la constitucion romana cambios importantes. Por un lado, conseguida ya por los plebeyos la igualdad civil y política con los patricios, las familias de los individuos que habían desempeñado altas magistraturas ó adquirido muchas riquezas, comenzaron á formar poco á poco una clase especial una especie de nueva aristocracia, que, uniéndose en cierto modo á la antigua, había contribuido á dividir de nuevo á los Romanos en dos partidos enteramente distintos, á saber: el de los *ricos* y la nobleza de un lado, y el de los *pobres*, ó sea la gran masa de la poblacion; cuyos partidos, en cuanto concluyeron las guerras exteriores, comenzaron una lucha abierta que después se tradujo en motines, asesinatos, revoluciones y sangrientas guerras civiles. Además, los antiguos magistrados habían ido perdiendo lentamente parte de sus atribuciones, y á sus expensas y á expensas de las asambleas populares, se había convertido el Senado en una corporacion gobernante, que, teniendo de su parte á las *centurias ecuestres*, á los Censores y á otros magistrados, imponía en absoluto sus decisiones.—Por último, el ejercicio constante de las armas había alejado á los Romanos de las faenas agricolas que se habían encargado, por punto general, á los esclavos, y comenzaba á considerarse este trabajo como un oficio vil é indigno de un ciudadano romano. Todo esto trajo consigo la corrupcion de costumbres, lo mismo en las clases bajas que en las más elevadas. Tales eran las principales modificaciones ó cambios á que ántes me he referido.

9. En cuanto á las relaciones de derecho de Roma con los pueblos sometidos, podemos dividir estos en cuatro clases: 1.^a *Ciudades libres y confederadas*, ó sea aquéllas que se aliaban con Roma en concepto de iguales, ejerciendo en realidad ésta la supremacia que era consiguiente á su poder é influencia; 2.^a *Colonias*, formadas, ora por ciudadanos romanos,—que conservaban todos sus derechos y formaban entre los antiguos habitantes de la ciudad don

de iban á establecerse, la clase patricia, —ora parte de Latinos y parte de Romanos, que tenían todos los derechos civiles de los ciudadanos, y estaban obligadas á suministrar un determinado número de soldados cuando Roma se los exigiese; 3.^a *Municipios*, que estaban unidos con Roma por tratados diferentes, y cuyas ventajas eran, en general, disfrutar de los derechos civiles de los ciudadanos romanos, siendo libres en su gobierno y régimen interior, y cuya obligacion principal era suministrar á Roma algunas milicias armadas y equipadas por su cuenta; 4.^a Las *Prefecturas*, que eran gobernadas por un funcionario que enviaba el Senado, y estaban sujetos á todas las cargas de los ciudadanos sin disfrutar ninguna de sus ventajas.

10. Tambien se había trasformado, como es natural, la lengua y la literatura latina. La primera llegó en éste período á su apogeo, y la segunda comenzó á adquirir ese poderoso vuelo que la ha hecho figurar después en todos los siglos al lado de la literatura griega, par más que nunca se le haya reconocido la originalidad ni la belleza de ésta.

LIBRO III.

LAS REVOLUCIONES.

LECCION VIII.

Consecuencias que trajeron para Roma las grandes conquistas.
Revolucion iniciada por los Gracos.

1. *Estado de Roma á principios del siglo VII de su fundacion.*—Vistas las cosas desde léjos y superficialmente, no podía ser más halagüeña la situacion de Roma. Dueña de casi toda la parte conocida de los tres continentes del mundo antiguo; respetada y sumisamente obedecida en todos los países y pueblos hasta donde alcanzaba el eco de su nombre; disponiendo además de inmensas riquezas acumuladas durante el período de las grandes conquistas, y gozando de una paz profunda que le permitía disfrutarlas, no faltaba nada á este pueblo, en concepto del vulgo que sólo ve las cosas al dia y por la superficie, para llegar al apogeo de la felicidad, del poder y de la grandeza; y sin embargo, ¡cuánto distaban de la realidad estas apariencias! Profundizando un poco, no ve el observador atento en todo cuanto examina, nada más que degradacion y decadencia.

Si se atiende á sus relaciones exteriores ó con los países sometidos, sólo se encuentran injusticias é iniquidades, y la desmoralizacion más re-

pugnante erigida en sistema. Ora recordemos el hecho de Publio Craso ordenando azotar despiadadamente al gobernador de la ciudad libre de Milasa, por haberle mandado un madero poco á propósito para el uso á que lo destinaba—para construir un ariete;—ora los hechos inhumanos y vandálicos de los procónsules que dieron márgen á las insurrecciones españolas; las inauditas violaciones de la palabra empeñada y de la fé jurada; las capitulaciones y tratados no cumplidos; las matanzas en masa ejecutadas en algunas poblaciones; asesinatos pagados de los generales enemigos; un Senado formado por hombres cuya venta era cosa corriente y una excepcion. la integridad y la virtud; en suma, el honor del nombre romano arrastrado por el lodo... hé aquí lo que encontramos á cada paso en ese pueblo que presenta un exterior tan brillante (1). Roma, que había tenido virtudes y valor bastante para conquistar el mundo, derrotar á tan ilustres generales y destruir tantos ejércitos, no le tenía ahora para vencer las malas pasiones de sus hijos, dando así una prueba más de que es ménos difícil conquistar que consolidar, y de que la principal y más noble victoria de los hombres, de los partidos y de los pueblos es la conseguida sobre sí mismos.

Ya en otro lugar he hablado, aunque ligeramente, de la situacion de los súbditos propiamente dichos; pues mucho peor era la de los Estados llamados clientes, que gozaban de cierta libertad aparente, y de la cual ellos se servían para debi-

(1) Mommsem *Historia de Roma*, tomo V, pág. 101 y siguientes:

litarse y consumir todas sus fuerzas en continuas guerras. Esto sucedia en Grecia, esto en Asia Menor, y esto en las costas africanas del Mediterráneo. Los pueblos sometidos ya sabían lo que se exigía de ellos: *todo por Roma y para Roma*; pero gozaban en cambio de una tranquilidad relativa, puesto que aquella había de proveer á su defensa contra los ataques de todos sus enemigos. Los Estados clientes, sin gozar de este beneficio, estaban en realidad sujetos casi á las mismas cargas que los súbditos, siquiera estas se disfrazasen con el nombre de *auxilios* voluntarios, teniendo que atender por tanto á sus necesidades propias y á las del Estado patrono.

Agregando á estas consideraciones lo dicho anteriormente (páginas 221 y sig.) acerca de las modificaciones que habían experimentado las austeras costumbres de los antiguos romanos, se vendrá en conocimiento de las profundas llagas de aquel cuerpo social y de la necesidad de un pronto y eficaz remedio si se había de cortar el mal, que tomaba cada vez mayores proporciones

2. *Los partidos políticos: Caton, Cayo Lelio y Escipion.*—Conocida la gravedad de la situación y sentida por todos la necesidad de poner un dique al torrente que amenazaba destruirlo todo, se dibujaron ya claramenté en el horizonte político dos tendencias opuestas, á saber: la reaccionaria representada por el viejo Caton, el último de los grandes hombres del siglo de las guerras de Aníbal, y la reformista ó revolucionaria, que había comenzado á manifestarse ya en el siglo VI con las leyes agrarias Licinias, y era continuada ahora por Cayo Lelio, y despues lo fué por los Gracos y

sus partidarios, que la extremaron bastante. Además de éstas, comenzó á dibujarse una tendencia intermedia, representada por Escipion Emiliano y sus amigos, que, si bien apoyaban á Lelio en un principio, lo abandonaron luego que vieron la ruda oposicion y la tempestad que levantaron sus proyectos; pero no llegaron á formar un verdadero partido. Los aristócratas intransigentes creían que no había salvacion para Roma sino volviendo á las antiguas leyes y costumbres, y reprobaban toda innovacion por peligrosa; Escipion Emiliano y sus amigos, eran ménos exagerados, y favoreciendo y aun promoviendo los adelantos del siglo, oponían sin embargo cierta resistencia pasiva á toda modificacion de carácter político-social que perjudicara notablemente los intereses de las clases elevadas. A pesar de que Caton no procedía de familia noble era el representante de la clase patricia y de la antigua rectitud y austeridad republicana, mientras Escipion, que descendía de una de las familias más ilustres, representaba lo que pudiéramos llamar clases conservadoras, esto es, la nobleza nueva. Los revolucionarios entendían, por el contrario, que había necesidad de introducir modificaciones en todas las esferas de la vida social y política, y sobre todo en la cuestion de propiedad agrícola, modificaciones que respondieran á las nuevas necesidades del tiempo, distribuyendo por ejemplo los terrenos públicos detentados por los ricos, entre la multitud de proletarios que pululaban por Roma y por las provincias, y que, no teniendo medios de subsistencia ni ocupacion alguna, vendian su voto ó sus servicios al que mejor los pagaba ó les ofrecía más esperanzas de pi-

llaje y de botín. ¿Cuál de las dos tendencias ofrecía más garantías y era más justa y razonable? Para contestar esta pregunta en el terreno de lo práctico ó con arreglo á las exigencias del momento histórico, preciso es confesar que, en la forma exclusivista en que ámbas se presentaron, ninguna llenaba las necesidades del tiempo. La primera quería retroceder á un ideal pasado é imposible de realizar con los elementos que constituían la nueva sociedad romana. También los revolucionarios erraban sin duda grandemente en sus cálculos. Para realizar su ideal era imprescindible reformar las costumbres, hacer que el pueblo adquiriese hábitos de trabajo, y convencer á los grandes propietarios de que no consiste la felicidad de los individuos y de los pueblos en acumular inmensas riquezas ó poseer vastos dominios, sino en que estén bien distribuidas, y haya el mayor orden posible en la administracion y gestion de todos los negocios. Sin embargo, si en vez de la oposición y la guerra á todo trance que las clases elevadas hicieron por punto general á los proyectos de reformas presentados, hubieran procurado contemporalizar y modificarlos, empleando sus fuerzas en traer al pueblo á buen camino en vez de gastarlas en diarias orgías ó en vanos alardes en los sitios públicos, es indudable que el ideal de los revolucionarios hubiera adquirido un carácter esencialmente práctico y habría concluido por salvar la sociedad romana de la ruina que le amenazaba. Si Escipion y sus amigos, que eran hasta cierto punto partidarios de las reformas prudentes, no se hubiesen retraído á última hora ante la actitud del resto de la nobleza, y hubieran apoyado aquellas que

todo hombre algo esperto en los negocios públicos veía eran indispensables para corregir los principales vicios de la sociedad, no hubieran venido á la vida pública los Gracos con el sentido radical que lo hicieron, y se habrían quizá evitado las violentas revoluciones que siguieron. Pero abandonado de todos el ilustre Cayo Lelio, no pudo formarse el partido medio que se hubiera atraído la parte sana del avanzado y los más prudentes y contemporizadores del reaccionario, único modo de encauzar y traer á buen camino aquella sociedad corrompida. Fué, pues, imposible ya evitar en Roma los grandes conflictos que traen siempre y en todas partes consigo las revoluciones y las reacciones violentas.

3. *La agricultura: Trabajo libre y trabajo servil. Primera insurreccion de los esclavos.*—La crisis que trajo consigo las revoluciones de que despues he de ocuparme, fué, en su esencia, más bien social y económica que política. A medida que se habían ido extendiendo los límites del territorio romano, lo habían verificado en la misma proporción los de los dominios particulares, teniendo que apelar al empleo de trabajadores libres primero, á cierta especie de arrendamientos despues, y por último al trabajo de los esclavos, estableciéndose *plantaciones* y empresas particulares, que los alquilaban á todos aquellos que necesitasen braceros para las faenas agrícolas, para la industria minera, para los asuntos comerciales, etc., etc. Los pequeños propietarios habían desaparecido casi por completo, y como la mayor parte de los países de Italia son menos fértiles que los de Sicilia, España, costas septentrionales de Africa y demás conquistados ya

por los Romanos, fueron quedando poco á poco yermos muchos campos, dedicados los esclavos al pastoreo y las tierras á pastos para los ganados, y á sotos de caza ó sitios de recreo para los señores. Tratados los esclavos de la manera brutal que puede suponerse, dados su estado, aplicacion y procedencia, no era posible que el hombre libre se pusiese ya á su lado en los trabajos ordinarios á que se les destinaba, y los descendientes de aquellos pequeños propietarios y braceros que hacían tan productivo el suelo de Italia, vinieron á engrosar las turbas del Forum, y fueron en adelante materia dispuesta para todo lo que tendiera á producir trastornos y desórdenes.

Por otra parte, habían llegado á tal punto los sufrimientos de los esclavos, sobre todo en Sicilia y en algunos puntos de la Italia meridional, que aquellos preferían la muerte á continuar en tan miserable estado, convirtiéndose esta clase, como puede suponerse, en un temible enemigo. Esto hacía que los *precursores de nuestros modernos negreros*, tomasen cada vez mayores precauciones y tratasen con más rigor á sus esclavos; hasta el punto de que, en las grandes *plantaciones*, se los tenía encerrados por la noche en calabozos subterráneos (*ergástula*) y de día salían al trabajo con sus capataces y amarrados con cadenas. Tan inhumano trato no podía prolongarse sin una enérgica protesta de la dignidad del hombre contra los miserables que por ganar algunos denarios más no vacilaban en sacrificar á su codicia cuanto hay de más sagrado en el individuo. Los esclavos estaban dispuestos á aprovechar la primera ocasion que la fortuna les deparase para tomar cumplida venganza.

Testigos las diversas sublevaciones que estallaron en diferentes puntos, y sobre todo la de Sicilia, que se convirtieron en una sangrienta guerra, que puso en grande apuro á Roma (1), y cuyos principales sucesos apuntaré aquí ligeramente.

Llegando cierto día á su colmo los malos tratamientos y el furor de los esclavos de un tal *Damófilo*, el más rico plantador de la Isla, se sublevaron á una en el campo, dieron muerte á su señor, y cayendo sobre Enna, se apoderaron de la ciudad, degollando y saqueando cuanto á su paso encontraron. La insurrección se propagó con la rapidez del rayo, y á los pocos días estaban ya sublevados los esclavos de toda Sicilia, los cuales eligieron por rey á *Euno*, que tomó el nombre de *Antioco, rey de los Sirios*, sin duda por pertenecer á este país la mayoría de sus *súbditos*. Un Cilicio llamado Cleon que se había puesto en otro punto al frente de la insurrección, se apoderó de Agrigento. Por más que fuesen las de los esclavos bandas indisciplinadas, derrotaron en varios encuentros parciales á las milicias de la Isla, y después, en una formal batalla, al pretor Lucio Hipseo, quedando todo el país á merced de los vencedores, cuyo número subía ya á *setenta mil* en estado de llevar las armas. Durante tres años (de 620 á 623), se vió Roma obligada á mandar contra ellos los cónsules y las legiones, que fueron varias veces derrotadas, hasta

(1) Al temor de insurrecciones, ó á insurrecciones efectivas, obedecieron las matanzas del año 621 en Roma, Minturnos y Sinuesa donde perecieron hasta 5.000: los continuos combates y colisiones en Delos, en las minas del Ática, en Asia menor, etc., etc. V. Mommsen, *Historia de Roma*, t. V, páginas 115 y siguientes.

que L. Calpurnio Pison y Publio Rutilio consiguieron dominar la insurreccion apoderándose de *Tauromenium* y de Enna despues de un sitio de dos años, y derrotar al ejército servil, crucificando más de 20.000 prisioneros que cayeron en su poder.

4. *Tiberio Graco.*—*Su tribunado; sus reformas.*—*Su muerte.*—No habiendo encontrado Lelio quien le siguiera por el camino de las reformas que en un principio emprendiera, y no osando colocarse á la cabeza del partido reformista Escipion Emiliano, hombre que, sobre comprender mejor que otro alguno la necesidad de corregir los abusos, normalizar la administracion y moralizar la sociedad, tenía más condiciones de aptitud y más méritos que todos sus contemporáneos para verificarlo, dió lugar á que acometiese la empresa un jóven sin méritos, experiencia, ni quizá talento suficiente para llevarla á buen término; me refiero á Tiberio Sempronio Graco.

Era Tiberio hijo de aquel Sempronio Graco, el pacificador de España de quien ya ántes he hablado, el cual, á pesar de su enemistad personal con Escipion el Africano, contrajo matrimonio con su única hija Cornelia, de la que tuvo en poco tiempo doce hijos y una hija, de los cuales sólo le vivieron ésta última y dos varones: Tiberio, que era el mayor, y Cayo, nueve años menor que su hermano. Muerto su esposo, fué Cornelia una de esas madres que sacrifican los demás placeres, y hasta su reposo, al de dar una educacion esmerada á sus hijos, en los que fundaba tales esperanzas, que solía decir que no sería tan conocida por ser nieta de Escipion, como por ser madre de los Gracos.

Apenas pudo vestir Tiberio la toga viril fué ele

gido miembro del colegio de los Augures, y Apio Claudio, presidente del Senado, le ofreció su hija en matrimonio. Poco despues acompañó á Escipion al sitio de Cartago, en donde mereció por su bravura grandes elogios del general, siendo el primero que subió á los muros en el asalto y toma de la ciudad fenicia. El matrimonio de Escipion con su hermana,—cuya union no fué por cierto feliz, por la diferencia de edad y de carácter—, vino á aumentar la importancia del jóven Tiberio. Elegido Cuestor á los treinta años de edad (137 a. de J. C.) fué enviado al ejército de España, y al atravesar la Etruria y algunas otras regiones de Italia, le impresionó vivamente ver que una parte de los campos estaban incultos, y el resto cultivados por grandes *rebaños* de siervos. Los diarios conflictos que los esclavos promovían en todas partes, y los progresos que la desmoralizacion hacía en la sociedad romana, le convencieron de que vicios esenciales y no un accidente pasajero eran los que producían aquella perturbacion, aquella especie de enfermedad, que, sino se le aplicaban remedios eficaces é inmediatos, acabaría por gangrenar todo el cuerpo social y producir la muerte del Estado. Hombre magnánimo y de un valor á toda prueba, generoso hasta preferir el bien de todos á su felicidad y á su reposo, y poseyendo el don de esa elocuencia natural, pero apasionada y arrebatadora, que arrastra á las masas populares con un ímpetu irresistible, pronto comenzó á ser Tiberio la esperanza y hasta el ídolo de los campesinos y de la turba-multa de la ciudad.

Despues de haber preparado, con algunos discursos, los ánimos para que recibieran bien sus proyectos, se presentó candidato al tribunado para

el año 133 (a. de J. C.), y fué elegido. Entónces fué cuando comenzó á presentar sus célebres reformas. Fué la primera pedir que se declarase vigente la famosa ley *Licinia agraria*, por la que se limitaba á 500 yugadas el máximum de terrenos públicos que un ciudadano podía cultivar, debiendo restituir lo demás al Estado, que nombraría tres magistrados (*triumviri*) encargados de la fiel ejecucion de la ley y de la distribucion de esas tierras en pequeñas parcelas para entregarlas á los pobres, á fin de restablecer la clase de los pequeños propietarios, que son los que forman generalmente la parte más sana de una sociedad bien constituida. Mas para lesionar lo ménos posible los intereses de los grandes propietarios detentadores de dichos terrenos, se proponía una indemnizacion á pretexto de las mejoras hechas en ellos y además 250 yugadas más de terreno por cada hijo que fuese emancipándose de la *patria potestas*. A fin de evitar que se acumulase de nuevo la propiedad territorial, se prohibía absolutamente la venta de las parcelas donadas.

El proyecto de Graco levantó, como puede suponerse, una gran tempestad entre los detentadores, que eran todos los ricos, y opusieron los argumentos que era de esperar: las conveniencias sociales, la equidad, la prescripcion, etc., ninguno de los cuales tenía verdadera importancia, pues el último que podía ser de algun peso, estaban allí patentes las continuas protextas del Estado ó sus representantes contra los poseedores, los diversos proyectos de leyes agrarias. El derecho de aquél era claro é incontestable; la cuestion versaba sobre la oportunidad y la forma de llevar á

cabo esta medida. Era además indudable que, si llegaba á votarse, la ley sería aprobada; y sus adversarios se propusieron evitar que esto ocurriese, ganando á su partido al tribuno Marco Octavio, que al ordenar Graco en la Asamblea del pueblo que se leyese el proyecto, interpuso su *veto*. Todos los ruegos, súplicas y amenazas para que desistiera Octavio de su oposicion fueron inútiles. En tres asambleas consecutivas que se propuso, en las tres se opuso el tribuno. Entónces Tiberio interpuso su *veto* á todos los actos de las magistraturas patriicias y selló las arcas del Tesoro, negándose á que se dispusiera de recurso alguno, trayendo el consiguiente conflicto; y por último propuso al pueblo la expulsion de su colega por traidor y enemigo de los intereses de sus representados. Las tribus votaron la proposicion del poderoso tribuno y aprobaron por aclamacion la ley Agraria, siendo nombrada en su consecuencia la comision, compuesta de los dos hermanos Gracos y de Apio Claudio.

Tiberio Graco había, pues, llegado á la cima del poder humano. El Senado no osó ó no creyó prudente oponérsele, y dueño de la voluntad del mayor número, podían ser leyes hasta los caprichos del tribuno. Habiendo muerto por aquel tiempo Atalo, rey de Pérgano, y legado su fortuna al pueblo romano, propuso Graco que se distribuyesen los tesoros del rey entre los nuevos propietarios, á fin de que pudieran proveerse de simientes, plantas y de los utensilios necesarios á un labrador. Esto correspondía de derecho al Senado, pero Tiberio, sin dar tiempo á que este alto cuerpo tomase resolucion alguna, anunció que iba á proponer al

pueblo una ley en el sentido indicado, sin permitir que interviniese el Senado en el asunto. Esto unido á la destitucion del tribuno Octavio y al poder absoluto que habia dado por otra ley á los *comisarios* ó triumviros para juzgar sin apelacion todas las cuestiones que surgieran en la aplicacion de la ley Agraria, hizo que comenzara Graco á perder muchas simpatías, enfriándose bastante sus más decididos partidarios, separándose los que no lo eran tanto, y poniéndose enfrente los que ántes permanecian retraidos ó indiferentes. Cuando se convenció de esto y los furibundos discursos de Scipion Nasica y demás oligarcas le dieron á entender las persecuciones de que iba á ser objeto tan pronto como cesara en su cargo, se presentó de nuevo candidato para ser reelegido; mas como no tenía la seguridad del triunfo, anunció nuevas y trascendentales reformas, como la de los tribunales superiores, por ejemplo, y la apelacion al pueblo de todas las sentencias cualquiera que fuese el tribunal que las hubiese dictado. Con esto se captó nuevamente las simpatías del pueblo. Los oligarcas se propusieron entónces acabar con el *revolucionario*. Cuando vieron que el dia de la eleccion comenzó la votacion por unanimidad en favor de Tiberio, suspendieron el acto, y al dia siguiente, á poco de presentarse en la asamblea del pueblo reunida en el Capitolio, cerca del templo de Júpiter, excitados los senadores por Nasica que se puso á su cabeza, salieron y el pueblo les abrió paso con cierto respeto; pero inmediatamente se arrojaron los patricios, preparados al efecto, sobre las casi indefensas masas de los partidarios del Tribuno y sobre éste que murió allí asesinado con más de

trescientos de sus partidarios, cuyos cuerpos quedaron insepultos y fueron arrojados al Tíber á la mañana siguiente.

El nombre de Tiberio Graco no ha pasado á la historia como el de uno de tantos perturbadores afortunados por un momento y que despues sufren la suerte reservada á los que quieren trastornar el orden natural de los sucesos; porque, si se atiende al noble fin que se proponía, á las circunstancias porque atravesaba la sociedad romana, y por último, á que en el transcurso de algunos meses que realmente fué lo que duró su cargo, dió á la omnipotente autoridad del Senado tan rudo golpe que no volvió á reponerse de él por completo, debe considerarse como uno de esos mártires de una idea elevada, á quien la posteridad y la historia se encargan de hacer justicia. Sus reformas le sobrevivieron, siendo elegido triumviro en su lugar Publio Craso; y Nasica, tal vez el asesino del Tribuno, se vió obligado á salir de Roma y murió al poco tiempo en Pérgamo. Muertos tambien Apio Cláudio y Craso, les sucedieron en el cargo de triumviros Fulvio Flaco y Carbon, cometiendo tales tropelías, que los mismos que habían sostenido á Graco se levantaron ahora como un solo hombre contra sus medidas. Todos estaban descontentos; por todas partes se notaban síntomas alarmantes. Acusado Escipion del delito de traicion á la República en favor de los Italianos á quienes defendió con calor en el Senado, se acostó bueno y amaneció cadáver, sospechándose que había sido asesinado por la faccion enemiga. Carbon desapareció tambien de la escena política, y hubo tranquilidad en Roma durante algunos años, si bien bajo esta tranquila su-

perficie se agitaban terribles corrientes precursoras de grandes borrascas.

5. *Tribunado de Cayo Graco: Sus reformas políticas y sociales.—Oposicion de los oligarcas.—Muerte de Cayo Graco.*—En esta época fué cuando comenzó á surgir la idea de extender el derecho de ciudadanía á los Latinos y á los Italianos en general, sosteniendo un partido é impugnando otro esta medida. Las cosas fueron tan adelante que uno de los tribunos del año 126, M. Junio Penno, propuso una ley para que saliesen inmediatamente de Roma todos los *forasteros*. La Ley fué aprobada á pesar de los exfuerzos que en contra hicieron los partidarios de los Gracos; pero elegido cónsul para el año siguiente, presentó Fulvio Flaco otra mocion para que fuesen admitidos como ciudadanos todos los aliados latinos é italianos. La ley no se aprobó, pero ya estaba arrojada la semilla que despues había de dar por fruto la famosa guerra social. La esfervescencia llegó á tal punto que la leal colonia de Fregela se sublevó contra la ingrátametrópoli que tan mal le pagara su fidelidad.

Dominada la insurreccion, se propuso el Senado tener alejados de Roma á los jefes de los reformistas; prorogó á Flaco los poderes como procónsul de la Galia, y manifestó á Orestes que retuviese á su lado en Cerdeña al jóven Cayo Graco, que le había acompañado como cuestor del ejército que había ido á sujetar á los montañeses sardos. Pero Graco abandonó la isla á mediados del año 124, y se presentó en Roma, donde, acusado por los censores, se defendió ante el pueblo con la habilidad y la elocuencia de que dió despues tan brillantes pruebas en el trascurso de su carrera

política; y esta defensa y el indirecto, pero terrible ataque dirigido en ella á sus enemigos, le valió, además de ser llevado en triunfo por el pueblo, la eleccion como tribuno para el año siguiente, siendo inútiles cuantos esfuerzos hizo el Senado para impedirlo, consiguiendo sólo con su oposicion estimularlo á obrar en el sentido que de él podía esperarse.

La naturaleza y el arte habían hecho del jóven Graco uno de los oradores más grandes que tuvo Roma, y muy superior á todos los de su tiempo. De más talento y erudicion que su hermano Tiberio, tenía todo el fuego y las pasiones de éste si bien sabía reprimirlas dentro de los límites de la prudencia. Sus primeros actos se dirigieron á castigar á los asesinos de su hermano y de sus amigos; pero separándose luego de este camino por consejo de su madre Cornelia, propuso en beneficio del pueblo las siguientes *rogaciones*, que fueron conocidas bajo el nombre de *leyes Sempronias*: 1.^a La que confirmó y amplió la ley agraria de su hermano, estableciendo colonias en diversos puntos de Italia y aún en las provincias, con lo cual se captó las simpatías de las tribus rústicas. 2.^a La que disponía se diesen á bajo precio por cuenta del erario los granos que necesitasen los ciudadanos. Cuarenta mil familias tomaron el trigo necesario á un precio ínfimo. Esta ley trajo incalculables males á la República, pues llegó el tiempo que se dió la *annona* gratuitamente á más de dos cientos mil ciudadanos. 3.^a La que sustituyó los tribunales permanentes de Senadores presididos por el *prætor peregrinus*, establecidos por la ley Calpurnia en el año 149, con el Jurado compuesto

de trescientos ciudadanos elegidos periódicamente entre todos los que poseían el censo ecuestre. 4.^a La que determinó que se señalasen antes de las elecciones las provincias que debían darse á los Cónsules á su entrada en el cargo, la cual fué una disposicion sábia que duró tanto como la República. 5.^a La que trasfirió á los tribunos el cargo de vigilar por la construccion y conservacion de las obras públicas.

Con estas y otras medidas se hizo Cayo Graco árbitro de la voluntad del pueblo y por consiguiente ejercía en realidad el poder soberano, quedando el Senado reducido á la impotencia. Despues de su reeleccion para el cargo de tribuno, propuso, de acuerdo sin duda con Flaco, que se extendiese á los Latinos y á los Italianos el derecho de ciudadanía. Su talento halló recursos para que esta medida no lo hiciese impopular ante aquella plebe, que, en parte por este motivo, había abandonado á su hermano Tiberio. Pero el partido de los oligarcas apeló al último extremo para desacreditar al Tribuno, jugando el todo por el todo. Ganó al otro tribuno, M. Livio Druso, jóven elocuente y ambicioso, que se prestó á ser el instrumento de la oligarquía; y cuando Cayo intentaba una reforma, él la proponía más avanzada; si aquél pedía que se enviasen 1.000 ciudadanos como colonos á diversos puntos de Italia ó de las provincias, él proponía que fuesen 10.000, extremándolo todo hasta hacer imposible su realizacion. El pueblo cayó en el lazo que se le había tendido, y comenzó á mirar con desconfianza á su tribuno favorito, que no fué ya reelegido para el año siguiente, obteniendo el triunfo sus enemigos. En vano se revistió de prudencia y tomó una

actitud pacífica. Sus contrarios lo excitaron y lo irritaron con infundadas acusaciones, proponiendo últimamente que se anulase la ley que había dispuesto se fundase una colonia en el territorio de Cartago. El día que se reunieron los comicios para anular dicha ley, promovieron los patricios un conflicto que no tuvo entonces consecuencias por la prudencia del ex-tribuno; pero al día siguiente, declarado Cayo Graco y sus adictos enemigos públicos, ocurrió tal colisión que costó la vida á Graco con cerca de tres mil de sus parciales, llevando los oligarcas sus actos de venganza hasta la ferocidad.

6. *Consecuencias que trajeron consigo estos acontecimientos.*—Fácil es comprender las consecuencias de los hechos referidos. Cayo Graco, uno de los demócratas y amigos del pueblo más sinceros, para poder realizar sus designios, tuvo que ejercer un poder casi ilimitado, echando sin quererlo, y quizá sin saberlo, los cimientos de la futura monarquía; pero su soberanía fué personal, y, como sucede con todos los poderes de esta índole, desapareció con el que la había fundado. Con la muerte del elocuente tribuno se vino abajo todo el edificio de las reformas; pero quedaron firmes los cimientos, pues jamás la fuerza bruta puede hacer que desaparezca el poder de las ideas cuando estas tienen algo de justas, y sobre todo si las leyes históricas las imponen como necesarias. Por otra parte, Roma no era ya la ciudad de las siete colinas, sino la metrópoli ó capital de todos los pueblos civilizados, y las instituciones y principios que ántes eran buenos y suficientes para gobernar el pequeño territorio romano, eran ahora deficien-

tes y poco á propósito para regir el mundo. Ni la egoísta oligarquía ni los inexpertos y apasionados demócratas eran capaces de remontarse á la idea relativamente moderna de la representación nacional, de la confederación propiamente dicha de los Estados. Ante la oposición y guerra á muerte que surgió entre ambos partidos, necesitábase un poder fuerte que se levantase entre ambas facciones y las sometiese igualmente, siendo ya para Roma la monarquía, dadas las nociones que de la ciencia política se tenían en aquellos tiempos, el único camino de salvación que le quedaba para continuar su historia. ¡Tales siempre el resultado del exclusivismo y la oposición irracional de los partidos políticos!

No teniendo Cayo Graco sucesor, ni el partido reformista un hombre que sirviera para el caso, quedó el poder como vacante, y vino á ocuparlo naturalmente la situación derrocada por el tribuno, el Senado; pero con esta restauración ocurrió lo que acontece generalmente con las restauraciones de poderes ó instituciones derribados por la fuerza de los acontecimientos ó el progreso de las ideas más bien que por la fuerza de las armas, esto es, que tuvo que transigir y gobernar con las mismas leyes y casi por los mismos procedimientos empleados por los revolucionarios. Salvo algún que otro decreto relativo á la autoridad del Senado ó que perjudicaba los intereses de la oligarquía, la persecución se dirigió más contra las personas que contra las ideas y las leyes, pero interpretándolas de modo que no se perjudicasen en lo más mínimo los intereses materiales del proletariado ni los de los oligarcas, destruyendo así su virtud con gravísimo perjuicio del bien público, siendo en resú-

men el resultado de ésta conducta que se mantuvieran en pié todos los vicios demagógicos del sistema de los Gracos, procurando destruir hasta el gérmen de lo trascendental y bueno de las reformas por ellos intentadas.

RESÚMEN.

1. A los ojos del observador superficial, no podía ser más brillante de lo que era la posición de Roma en la época que vamos historiando. Respetada y obedecida en todas partes; repletas las arcas públicas y las de muchos particulares con el producto del botín hecho en sus grandes conquistas ó con las indemnizaciones y tributos pagados por los pueblos sometidos; una paz general completa que permitía á los ciudadanos disfrutar su fortuna y dedicarse á las ciencias y á las artes... todo parecía contribuir á su prosperidad y su grandeza. Mas el que examinaba atentamente los elementos de que aquella sociedad se componía, la conducta inmoral y tiránica de los gobernadores y de los generales, la completa corrupción de las costumbres públicas y privadas, y las tendencias opuestas y exclusivistas de las facciones oligárquica y democrática, veía claramente el abismo en donde insensiblemente iba cayendo la sociedad romana, y la urgente necesidad de reformar las costumbres y las instituciones políticas si habían de consolidarse y dar fruto alguno las conquistas realizadas por espacio de tantos siglos y á costa de tan enormes sacrificios.

2. Entónces fué cuando la clase patricia y la plebeya comenzaron á organizarse en dos partidos abiertamente opuestos en tendencias é ideales. Uno, el de los oligarcas, tenía á su cabeza al viejo y severo Catón, el último de los romanos del tiempo de las guerras de Aníbal, y pretendía corregir los vicios de aquella sociedad volviendo á los usos é instituciones antiguas, como si la Roma

del siglo VII se pareciese en algo á la de los siglos IV y V. El otro, el democrático, reformista ó revolucionario, que había comenzado á dibujarse desde las leyes agrarias Licinias, tomó ya un carácter marcado con las reformas intentadas por Cayo Lelio, y se constituyó definitivamente por los Gracos.

Si los oligarcas no se hubieran mostrado tan intransigentes con las ideas del prudente Lelio, ó Escipion Emiliano, el hombre que á la sazón gozaba de justo prestigio y bastante popularidad, no se hubiera retraído en absoluto con la mayor parte de sus amigos, habría podido evitarse que se extremaran ciertas tendencias, y la oposición hubiera sido seguramente provechosa á los intereses políticos; pero no sucedió así, y las cosas fueron empeorando de día en día, hasta llegar á la revolucion y á las más sangrientas guerras civiles.

3. La crisis mencionada anteriormente fué económica y social más bien que política, y una de sus principales causas era la organizacion de la propiedad y del trabajo. Las continuas guerras que exigían el servicio casi permanente de todos los ciudadanos capaces de llevar las armas, y las masas de esclavos traídos á Italia á consecuencia de las grandes conquistas, hicieron que los Romanos fueran perdiendo los hábitos de trabajo, desapareciendo por estas y otras causas el cultivo *intensivo* y los pequeños propietarios, constituyendo éstos con parte de los braceros libres—que no querían trabajar al lado de los esclavos ni en las condiciones que éstos,—aquellas turbas de forzados holgazanes que se reunían en las calles y plazas de Roma, y que estaban siempre dispuestos á dar su voto al más alborotador ó al que mejor se los pagase.

Vino pues, todo el trabajo á parar á manos de los esclavos, y como las tierras de Italia no podían competir en fertilidad con las de muchos de los países conquistados, que producían mayor cantidad de cereales y podían darlos á más bajo precio que los labradores italianos, se dejaron muchas tierras para pastos y dedicaron los esclavos al pastoreo. No sucedía así en Sicilia, el país de las grandes *plantaciones*, donde se los trataba de la manera más cruel que imaginarse puede.

Cuanto peor era el trato, más crecía, como es natural,

el descontento y la irritación de los esclavos, se hacían más temibles, y tomaban los dueños mayores precauciones, conduciéndolos al trabajo amarrados con cadenas, y encerrándolos de noche en calabozos subterráneos. Cuando ya estuvo colmada la medida del sufrimiento, un ligero pretexto fué suficiente para una insurrección general de todos los esclavos de Sicilia. Comenzó por los de un rico plantador llamado Damófilo, los cuales se sublevaron, dieron muerte á su dueño y á los capataces, se apoderaron de Enna, y no tardó en cundir la sublevación por toda la isla. Derrotadas por ellos las milicias locales, tuvo Roma que mandar los ejércitos consulares, sosteniendo durante tres años una lucha encarnizada en la que no siempre llevaron las legiones la mejor parte, si bien al fin triunfó la habilidad y la disciplina sobre la fuerza bruta y el desorden, siendo crucificados más de 20.000 esclavos que fueron hechos prisioneros.

4) No habiéndose decidido Escipión á apoyar á Lelio ni osado emprender por sí mismo las reformas que prudencialmente hubiera creído necesarias, dió lugar á que acometiese esta delicada empresa un jóven de gran corazón y de ánimo exforzado, pero sin la experiencia ni la habilidad necesarias para mantenerse en los justos límites y llevar á feliz término su proyecto. Me refiero á Tiberio Sempronio Graco.

Era Tiberio hijo de aquel general del mismo nombre que había logrado pacificar á España, y de la ilustre Cornelia hija única de Escipión el Africano. Apenas vistió la toga viril, entró en la carrera de los honores, casándose enseguida con una hija de Apio Claudio, presidente del Senado. Al poco tiempo acompañó á Escipión Emiliano al sitio de Cartago, donde se distinguió por su bravura, y comenzó á ganar popularidad, y más cuando el ilustre general casó con la única hermana del futuro revolucionario. Al atravesar éste la Italia del Norte, le impresionó profundamente el estado de los campos yermos ó cultivados por esclavos, sin verse por ninguna parte al activo é inteligente pequeño propietario de los pasados tiempos. Esto y la desmoralización que había observado existía en todas las clases de la sociedad romana, le convencieron de que esta necesitaba reformas radicales, so pena de caer

en el abismo, y se propuso emprenderlas en la primera ocasion oportuna que se le presentase. Pronto se traslucieron sus propósitos y no tardaron en fijarse en él todas las miradas. Cuando ya creyó que la cosa estaba en sazón, se presentó candidato al tribunado para el año 133 a. de J. C. Una vez elegido, comenzó á presentar sus célebres reformas, siendo las principales la que dispuso que se pudiese en vigor la ley Licinia Agraria, y otra para que se nombrasen *triumviros* que se encargaran de la ejecucion de dicha ley (V. las pág. 243 y sig.). Dueño de la voluntad de las tribus, se sobrepuso al Senado y á los demás magistrados, proponiendo entónces otras reformas importantes como la de los Tribunales, etc. No pudiendo vencerle los oligarcas en lucha franca y leal, apelaron al deshacerse de él de cualquier modo, y aprovechando la primera ocasion que se les presentó, apelaron á la fuerza de las armas, sorprendieron á los amigos de Tiberio y los dispersaron, muriendo éste en el motin con 300 de sus parciales. Empero no se aprovecharon de su crimen los asesinos, viéndose algunos obligados á salir de Roma, y continuando en vigor las leyes votadas, si bien sólo se ejecutaban en parte, desvirtuándolas con torcidas interpretaciones, ó aplazando indefinidamente su aplicacion.

La figura y el nombre de Tiberio han pasado justamente á la historia como los de un hombre eminente. Aunque no tuviera otro mérito que el haber sido el primero en sobreponerse y humillar á aquel Senado ya casi omnipotente, y haber intentado poner enérgicos remedios á los males de que adolecía la sociedad romana, eran estos más que suficientes para que los hombres imparciales le coloquen en el puesto que merece, y rindan justo tributo á sus buenas cualidades.

5. A poco de la muerte de Tiberio, tomó la lucha de los partidos un nuevo aspecto, una nueva tendencia que hasta entónces había sido secundaria si acaso se había pensado en ello de un modo sério; me refiero á la idea de extender el derecho de ciudadanía á los aliados latinos é italianos. El tribuno M. Junio Penno propuso una ley para expulsar de Roma á todos los *forasteros*. En el año siguiente propuso en cambio Fulvio Flaco que fuesen admitidos como ciudadanos todos los sócios itálicos, y no

siendo aprobada la ley, se sublevó la siempre leal ciudad de Fregela. El Senado se propuso entonces tener alejados de Roma á todos los jefes del partido popular. Cayo Graco, hermano de Tiberio, estaba á la sazón como cuestor en Cerdeña, y se vino á la ciudad al poco tiempo de espirar el año de su cargo, sin hacer caso de lo dispuesto en contrario, por lo cual fué acusado, pronunciando con tal motivo un discurso, que fué el primero, y uno de los más gloriosos triunfos de su insinuante é intencionada oratoria, valiéndole su inmediata eleccion para el tribunado. Era Cayo Graco uno de los jóvenes más ilustrados de la ciudad y el orador más notable de su tiempo. Sus primeros actos como tribuno fueron perseguir á los asesinos de su hermano y de sus amigos; pero despues varió de rumbo por consejo de su madre, y se dispuso á llevar adelante todos los proyectos de Tiberio, y proponer otros no ménos beneficiosos, sobre todo sus proyectos de colonizacion para dar salida á toda aquella masa de ciudadanos pobres y vagos que, pudiendo ser virtuosos, los hacía viciosos la ociosidad. El prestigio y poder de Cayo Graco no reconocía límites. Los oligarcas apelaron á sus habituales medios para derrocarlo. Ganáronse al tribuno Livio Druso el cual, apénas Cayo intentaba una reforma, la proponía él mucho más avanzada, logrando hacerla imposible por su exageracion y desprestigiar al popular tribuno, lo cual consiguió por completo hasta el punto de ser abandonado por las estúpidas é inconstantes masas, que vinieron á reconocer su error demasiado tarde. En vano se revistieron él y sus amigos de la más esquisita prudencia, pues los oligarcas hallaron ocasion de provocarlos, volviendo á regar las calles de Roma con torrentes de sangre, y muriendo en una empeñada lucha ó á consecuencia de ella el ilustre Cayo Graco con tres mil de sus más fieles adictos.

6. Empero la muerte de los Gracos no trajo consigo las consecuencias que muchos esperaban; y, si bien es cierto que fueron perseguidos sus partidarios y que se restauró el gobierno del Senado, tambien lo es que sus instituciones les sobrevivieron, si bien bastante mutiladas, como es consiguiente. Aunque no hubiesen quedado de su grandioso edificio nada más que los cimientos se-

pultados bajo los escombros de la obra, hubieran sido bastante para que sobre ellos se fundase despues el edificio de la monarquía. De hoy más Roma está casi siempre entregada de hecho al gobierno de uno solo, ora éste se llame Mario ó Sila, César ó Pompeyo.

LECCION IX.

Guerra contra Yugurta y contra los Cimbrios y Teutones.
Guerra social. Mario y Sila.

1. *Mario: Su biografía y servicios prestados á su patria.*—Con la muerte de Cayo Graco volvieron los oligarcas á recobrar parte de su perdida supremacía; pero cuando el pueblo conoció que le habían engañado, puesto que no se realizaban las espléndidas promesas que ántes le habían hecho, hubo una reaccion notable en favor del partido verdaderamente reformista y popular. El triunfo de los nobles sobre este partido fué, pues, muy efímero, pero suficiente para que se manifestasen las mezquinas ambiciones y la corrupcion ó la total pérdida del sentido moral hasta en la corporacion más respetable que tuvo Roma, hasta en el Senado. El poder unipersonal de hecho, sólo estuvo vacante algunos años hasta que se presentó un soldado valiente y general afortunado, que recogió la ya ensangrentada herencia de los Gracos; me refiero á Cayo Mario.

Nació éste en el año 155 ántes de J. C., en Cereata, pequeña aldea de Arpinum, que estaba agregada á una de las tribus romanas. Hijo de un labrador pobre, pasó sus primeros años en medio de las mayores privaciones, vigorizando su cuerpo con el continuo ejercicio de las faenas del campo. Cuando llegó á la edad viril ocupó su puesto en las filas de las legiones, y dió principio á su carrera militar en la excelente escuela de las guerras

de España, en donde comenzó á mostrar su valor y sus grandes dotes para el mando, mereciendo que el severo Escipion le distinguiese de un modo particular en el sitio de Numancia. A su regreso á Italia, convencido de que las virtudes y el valor eran lo de ménos para obtener un alto puesto que ardientemente deseaba, entró en algunas empresas comerciales que mejoraron bastante su posicion económica, y más cuando por su matrimonio emparentó con la noble familia de los *Julios*. Al cabo de grandes exfuerzos consiguió ser elegido tribuno, y despues, en el año 115, la pretura de la España ulterior, donde obtuvo nuevos triunfos y adquirió mucha gloria militar. Destinado luego á la guerra de Numidia, á las órdenes de Metelo, fué al fin elegido cónsul y encargado de continuar esta guerra en el año 107 ántes de J. C., cuando ya contaba cuarenta y ocho años de edad, consiguiendo poco despues la entrega del rey Yugurta. Derrotando en seguida á los Cimbrios y á los Teutones, fué proclamado el tercer fundador de Roma por haberla salvado de una ruina cierta. Hizo, por último, una campaña brillante en la guerra social, pero manchó tan gloriosa vida con la sangrienta persecucion de los partidarios de su rival Sila, cuando, despues de la revolucion de Cina, obtuvo su sétimo consulado.

En cuanto á sus prendas personales, era Mario el tipo más acabado del militar que hace su carrera desde la clase de soldado, y se educa en medio de los combates. Hombre de un trato rudo, pero franco, sin doblez ni hipocresía, con un perfecto conocimiento práctico del ejército y de la guerra, aunque de escasa erudicion, de difícil palabra, y de

aspecto duro, era tan hábil organizador y buen capitán como mal político y estadista. Capaz para dominar con su presencia y su enérgico continente una sublevación de cien mil legionarios, no hubiera podido sofocar el más insignificante motín en el Forum. Tal era el personaje que iba á recoger la herencia de los Gracos, y á quien las circunstancias colocaban á la cabeza del partido popular en Roma. Dicho esto sobre el hombre, paso á referir en pocas palabras los hechos más notables en que intervino como actor principal.

2. *Guerra de Numidia*.—Los hechos y guerras exteriores habían sido en realidad de escasa importancia, por más que quisieron dársela los vanos aristócratas, que, parodiando ridículamente al vencedor de Zama ó al debelador de Cartago, se apellidaron ahora el *Baledrico*, el *Crético*, el *Dalmático*, etc., etc., por haber sometido algunos centenares de insulares ó haber sofocado alguna insurrección sin importancia. La única empresa de alguna trascendencia fué la sumisión de la parte meridional de la Galia Transalpina comenzada por Fulvio Flaco, continuada por Cayo Sextio y terminada por Quinto Fabio después de una gran batalla contra los Alóbroges y demás tribus cerca del Iser. Mas no tardaron en surgir también en otros puntos serias complicaciones.

Una de ellas fué la famosa guerra de Numidia. Situada esta región (como en otro lugar hemos visto) en la parte septentrional de Africa, comprendía el extenso territorio que medía entre lo que hoy llamamos regencia de Trípoli y Marruecos, y estaba habitada en un principio por tribus diversas, hasta que Masinisa logró reunir las todas bajo su

cetro, entrando luego su nacion en la clientela de Roma. Muerto Masinisa, se dividió el poder entre sus tres hijos, Micipsa, Gulusa y Mastanabal, viniendo al fin Micipsa á quedar único soberano por la muerte de sus dos hermanos. Pero demasiado aficionado á las ciencias especulativas, entregó luego las riendas del poder á Yugurta, hijo natural de su hermano Mastanabal, y á quien él adoptó para asociarlo al trono. A su muerte, dejó en su testamento como herederos del reino á sus dos hijos mayores, Hiempsal y Aderbal, y á su citado sobrino, recomendándolos eficazmente y poniéndolos bajo la proteccion de Roma. Mas no tardó en surgir la discordia y venir la completa ruptura entre los hermanos y el primo á quien aquellos consideraban como un intruso, sin que se dignase intervenir el Estado protector. Negándose los dos hermanos á cumplir el testamento de su padre, destituyeron á Yugurta; pero éste se declaró entónces único soberano, mandó asesinar á Hiempsal y estalló la guerra civil, y siendo imposible todo arreglo, invadió Yugurta el reino de Aderbal, que fué vencido y encerrado en su capital, la casi inespugnable Cirta (Constantina), donde, despues de una vigorosa resistencia y de esperar en vano el auxilio de los Romanos, tuvo que rendirse, pereciendo en seguida medio de los más crueles tormentos, ordenando Yugurta que fuesen pasados á cuchillo los habitantes, sin distincion de naturales ni de Italianos allí establecidos (año 112 a. de J. C.). En toda Italia resonó un grito de horror y de indignacion, y á pesar de la resistencia del Senado, que estaba ganado por el oro del Africano, se declaró al fin la guerra, dirigiéndose el cónsul Lucio Calpurnio

Bestia, á las costas africanas con un ejército que desembarcó en dicho continente. La primera campaña no tuvo resultado alguno, pues Yugurta compró á fuerza de oro un tratado de paz, por el cual se sometía á discrecion, y el vencedor le perdonaba generosamente y le devolvía su reino. Empero la indignacion llegó en Roma á su colmo, y se mandó que compareciese el rey africano ante el pueblo y el Senado. Así lo verificó, en efecto, pero precedido de su oro, con el cual se ganó á los principales personajes. Entónces se presentó al Senado un nuevo é inesperado pretendiente al trono de Numidia, un nieto de Masinisa, llamado Masiva, á quien parece que Yugurta mandó asesinar. Este nuevo atentado colmó la medida. El Senado anuló el tratado de paz, y dispuso que continuase la guerra, y fué á ponerse al frente de las tropas el cónsul Espurio Albino, que había sido el que con más energía había sostenido la anulacion de dicho tratado; pero en cuanto llegó á Numidia, se vendió al oro de Yugurta y no hizo movimiento alguno ofensivo. Partiendo luego para Roma, dejó encargado interinamente del mando del ejército á su hermano Aulo Postumio, que intentó un golpe atrevido sobre la fortaleza de *Sutul*, donde el Numida tenía todos sus tesoros; pero fué rechazado, perseguido y copado todo su ejército por la caballería de Yugurta, que obligó á los legionarios á pasar bajo el *yugo*, y al general á que firmase una paz humillante.

A la noticia del desastre, se sublevo la opinion en Roma contra tanta inmoralidad é impericia, se abrió una informacion ante un jurado extraordinario que condenó á los principales culpables. Entón-

ces fué cuando se eligió como general á Quinto Metelo, que llevó consigo como lugartenientes á P. Rutilio Rufo y á Cayo Mario, desembarcando en Africa en el año 109 (645 de Roma), y comenzando en seguida la reorganizacion del ejército. Yugurta hizo serias proposiciones para someterse sin pedir más que la vida, pero Metelo no creía satisfecho el honor del pueblo romano, si no derrotaba y daba muerte al revoltoso cliente, sin tener en cuenta las grandes dificultades que oponían á su empresa la naturaleza del país y las simpatías de que gozaba el Numida, á quien miraban los Africanos como el libertador de Libia. El general romano quisó ganar á los embiados por Yugurta para que lo entregasen muerto ó vivo, pero fracasó su intento, y el rey apeló ya á las armas. La primera campaña de Metelo fué poco afortunada, estando á punto de perecer todo su ejército en una batalla sobre el *Mutul*, consiguiéndose la victoria por el valor de los legionarios y la energía del lugarteniente Mario. Siguiéron despues los Romanos talando el país, siendo algunas veces sorprendidos y puestos en grave apuro, teniendo al fin que retirarse á invernar en la provincia romana, aunque dejando guarnicion en las ciudades conquistadas. Abrió ahora Metelo nuevas negociaciones, pero con el mal propósito de ganarse á alguno de los confidentes del rey para que lo asesinasé, pues comprendía que era el único modo de terminar la guerra. En la campaña del año 107, atravesó Metelo el desierto, llegó á Thala, donde se había refugiado Yugurta con su familia, y tomó la ciudad por asalto; pero el enemigo había ya huido con su familia y tesoros. Subleváronse además las tribus del desierto, y el fin de la guerra se

veía ahora más lejano que ántes. Roma había cometido la imprudencia de despreciar la alianza de Bocco, rey de Mauritania y suegro de Yugurta, que ahora amenazaba auxiliar á su yerno. En estos intermedios se vió Metelo obligado á resignar el mando en su lugarteniente Mario, que había sido elegido cósul y encargado de continuar la guerra. El general aristócrata que tan sarcásticamente se había burlado de las aspiraciones al consulado por parte de su plebeyo lugarteniente, sufrió el castigo del desprecio que había afectado, pues su sucesor iba á recoger todos los laureles que sólo á medias le corréspondían. No obstante, pueblo y Senado á una le tributaron el homenaje y consideración á que se había hecho acreedor.

Al ir Mario á colocarse al frente de las legiones, llevó consigo como cuestor á un hombre de gran talento, frio y reflexivo, aún más hábil como político y negociador que como oficial del ejército; me refiero á L. Cornelio Sila, que fué despues su más terrible enemigo. No tardó el afeminado y elegante aristócrata, de carácter acomodaticio, en captarse las simpatías de los soldados y del severo general, del que fué muy luego el principal consejero. Mario emprendió las operaciones con vigor, tomando y destruyendo la fuerte ciudad de Capsa y despues una fortaleza casi inespugnable sobre el rio Molochat, en la que Yugurta tenía sus más preciados tesoros; pero al retirarse á sus cuarteles de invierno, fué atacado por los ejércitos numida y mauritano, y si bien fueron derrotados con gran carnicería, se debió la victoria en gran parte á Sila; y Mario terminó la campaña sin cumplir su palabra de presentar en Roma prisionero á Yugurta, segun

había prometido. Tuvo, sin embargo, la fortuna de que, después de derrotados Bocco y su yerno, temiendo el primero que en la primavera siguiente invadiesen los Romanos su territorio, abriese negociaciones durante el invierno, las cuales dieron por resultado la entrega de Yugurta, que fué enviado á Roma cargado de cadenas y encerrado aquí en un calabozo donde murió de hambre. Parte del reino de Numidia fué cedido á Bocco, y parte se constituyó en un Estado cliente que se dió al débil *Goda*, hermano del príncipe destronado y el último vástago de la familia de Masinisa.

Los resultados políticos de esta guerra fueron para Roma una más profunda división de los partidos, porque los oligarcas atribuían todo el mérito de la victoria á sus dos héroes favoritos, Metelo y Sila, mientras que los demócratas decían que sólo el valor, la táctica militar y la habilidad política de Mario habían conducido al feliz éxito de la empresa. Basta recordar lo dicho anteriormente para comprender que no tenían razón unos ni otros.

3. *Luchas en la frontera septentrional de Italia: Guerra contra los Cimbrios y Teutones.—Su derrota por Mario.*—Casi al mismo tiempo que las guerras á que acabo de referirme, comenzaban, en las fronteras del Norte, otras que, sino de tanta importancia material como la de Numidia, tenían ó debió dárseles la de asegurar por este lado las fronteras contra toda invasión de los pueblos colindantes ó de los bárbaros que habitaban en el centro de Europa. Ya en otro lugar hemos visto las primeras guerras que sostuvieron los Romanos en el país entre los Alpes y los Pirineos, hasta dominar toda la Galla Meridional, y formar con ella una provincia.

Tambien tuvieron que sostener algunos combates contra los montañeses alpestres que solían hacer de tiempo en tiempo correrías talando el país llano inmediato á sus casi inaccesibles montañas, viviendo en paz y hasta formando alianza con Roma muchos de los pueblos allende los Alpes, entre el Rhin y el Danubio, tales como los Helvecios, Boyos, Tauriscos, Carnios, etc.; pero de cualquier modo, un gobierno previsor se hubiera fortificado para prevenir todo evento. En una guerra contra los Escordiscos y otros pueblos inmediatos á los Alpes orientales, traspusieron los Romanos la cordillera y llegaron hasta el Danubio. Tal era el estado de las cosas cuando aparecen por primera y última vez en la escena de la historia dos pueblos, que, durante muchos años, desempeñaron en ella uno de los primeros papeles: me refiero á los *Cimbrios* y á los *Teutones*.

Eran los Cimbrios un pueblo procedente del Norte de Europa y que vagaba hacía mucho tiempo por el centro, sin que se sepa con seguridad la razon de esta emigracion. Lo que si es cosa averiguada es que lo mismo sus tribus que las de los Teutones no pertenecían á la familia celta sino que eran de origen germánico, y parece habitaron parte de Dinamarca y de la actual Holanda. Hay quien supone que su emigracion fué debida á una gran inundacion en el territorio que despues se llamó Países Bajos. Tambien hay conformidad en reconocerles una gran fuerza y un valor á toda prueba. Su encuentro con los Romanos tuvo lugar de la manera siguiente:

Dirigiéndose los Cimbrios hácia el Sur en busca de un país fértil donde establecerse, entraron,

el año 113 a. de J. C., en el territorio de los Tauriscos, cerca de los pasos de los Alpes que guardaba el cónsul Cneo Papirio Carbon, el cual les intimó la orden de retroceder inmediatamente. Los Cimbrios se disponían á obedecer, cuando la traicion de Carbon, que les atacó de improviso, les obligó á pelear, y aunque sorprendidos por el enemigo, lograron derrotarlo completamente. Dirigiéndose entónces la horda hácia el Noroeste, apareció algunos años despues cerca de la *Provincia*, ó sea en la parte meridional de la Galia. Enviado á este país Marco Junio Silano se propuso defender, además del suyo, el país de los Alóbroges. En el año 109, los invasores le pidieron tierras donde establecerse en paz. La respuesta del cónsul fué atacarlos con vigor; pero tuvo la desgracia de ser completamente derrotado, perdiendo hasta su campamento. Poco despues (año 107) fué destruido un nuevo ejército mandado por L. Casio Longino. En la campaña del año 105, fué exterminado el doble ejército de Quinto Servilio Cepion y Gneo Manlio Máximo quedando, segun se dice, 80.000 hombres tendidos en los campos de batalla. Los Romanos se llenaron de terror y creyeron ya ver á los bárbaros á las puertas de Roma. El Senado tuvo que recurrir á medidas extraordinarias para reunir otro ejército, pero formado de soldados bisonños, que aterrados al oir las exageradas narraciones que se hacían respecto á la estatura y fuerza de los bárbaros, habían de huir á la desbandada al primer encuentro. La oposicion democrática dejó oir su voz en Roma condenando tantos escándalos, é hizo que se castigara severamente á los cobardes ó ineptos generales. Para oponerse al enemigo, no se nece-

sitaba ningún genio de la guerra, sino un soldado vigoroso y entendido, como Mario, por ejemplo. Este fué en efecto el general destinado á salvar á Roma del gravísimo peligro que le amenazaba, siendo al efecto elegido cónsul cuatro años consecutivos, cosa no vista hasta entónces.

Cuando Mario llegó al otro lado de los Alpes, no encontró ya al enemigo contra quien había de combatir, el cual, despues de talar la parte meridional de la Galia, traspuso los Pirineos y vino á España. En este intervalo acabó Mario de disciplinar sus huestes, y cuando volvieron los Cimbrios y se propusieron invadir á Italia, hallaron enfrente un ejército respetable mandado por un general experimentado. Confiados los bárbaros en su número y en sus fuerzas, dividieron su ejército en dos cuerpos; el uno el de los Teutones, que debía penetrar por la parte occidental, y el de los Cimbrios que debía verificarlo por la parte oriental de los Alpes. Los primeros atacaron vigorosamente el campamento romano que les impedía el paso; pero sus ataques se estrellaron contra la habilidad del enemigo en el manejo de las armas, y contra la sangre fria y las acertadas medidas del general en jefe. Los bárbaros abandonaron el sitio y provocaron en vano al enemigo á que saliese á campo abierto; pero cuando ya todos habían desfilado y tomado el camino de Italia, levantó Mario su campamento y los siguió con mucha precaucion, y en cuanto llegaron á un lugar favorable para sus planes, alineó sus tropas y presentó la batalla al enemigo que la aceptó inmediatamente sin reparar en que el lugar le fuese desventajoso. La jornada fué larga y sangrienta; pero al fin se declaró la

victoria por los Romanos, escapando muy pocos bárbaros de la matanza. En este intervalo, ya habían salvado los Cimbrios los mal guardados pasos de los Alpes y penetrado en las llanuras del Po, donde estuvieron á punto de exterminar un cuerpo de ejército romano, que pudo al fin salvarse mediante una retirada algo desastrosa. Los invasores continuaron su camino hácia el Sudoeste, á fin de encontrarse con sus camaradas que debían penetrar por el Oeste de la gran cordillera; pero al llegar á Verceil, encontraron con el ejército vencedor que les atacó y los envolvió tan completamente que se salvaron muy pocos. Los que no fueron acuchillados cayeron prisioneros y fueron reducidos á la esclavitud. De este modo terminó Mario en una sola campaña una de las guerras más peligrosas que tuvo Roma en el curso de su historia. Con estos antecedentes fácil es imaginar el prestigio que debió adquirir el héroe, sobre todo á los ojos del partido popular, que ya tenía un jefe y una bandera para poder derribar al gobierno restaurado, que hacía veinte años venía deshonrando á Roma. Era, pues, necesario reorganizar el partido y tomar una vigorosa ofensiva contra los oligarcas.

4. *Segunda insurreccion de los esclavos.*—Aun no se había conjurado del todo el peligro exterior de la invasion de los Cimbrios, cuando surgió otro interior con una segunda insurreccion de los esclavos en Sicilia. Despues de vencida la primera, no habían cesado los motines y las sublevaciones parciales; pero habían sido fácilmente sofocadas. No así la de que ahora voy á ocuparme, que produjo una guerra, que duró cerca de tres años, en la

cual no siempre llevaron la mejor parte las armas romanas.

Dió ocasion á esta guerra, lo mismo que á la anterior, la insaciable codicia de los Romanos y el mal proceder de los plantadores. Habiendo pedido Mario soldados al rey de Bitinia para atender á las necesidades de la guerra cimbica, respondió—y decía verdad—que no podía enviarlos por la sencilla razon que los publicanos y los mercaderes romanos se habían apoderado de todos los hombres libres y se los habían llevado y vendido como esclavos. Entónces ordenó el Senado que se pudiese en libertad á todos los que ilegalmente se les hubiese reducido á la esclavitud, pero ya fuera que los plantadores influyesen cerca del propretor, ó que él lo acordase espontáneamente, el hecho es que en Sicilia no se dió cumplimiento al decreto, y en su consecuencia, estalló una insurreccion general de esclavos, poniéndose al frente de unos 20.000, en la parte oriental de la isla, un tal Salvio, que fué proclamado rey con el nombre de Trifon, derrotaron al propretor, tomaron á Agrigento, y se organizaron como un ejército regular, equipando hasta 3.000 caballos. En la parte Occidental se habían reunido tambien más de 10.000 insurrectos bajo las órdenes de Atenion. Llamado éste por Trifon, se sometió, y reuniendo ámbos ejércitos, hicieron frente á las legiones, hasta que muerto Trifon, fué Atenion derrotado y muerto por el cónsul colega de Mario, dispersándose y sometiéndose las bandas insurrectas.

5. *Hombres notables que á la sazón dirigian en Roma los partidos aristocrático y popular.*—Con el siglo II (a. de J. C.) terminan las guerras exterior-

res que amenazaron la independencia de Roma y de Italia, y van á comenzar las guerras civiles, que durante siglos ensangrentarán el suelo de esta península, suscitadas unas veces por la intransigencia de los partidos y otras por la ambicion personal de sus jefes.

En la actualidad eran los hombres más importantes del partido aristocrático, Escauro, Metelo, Catulo y el jurisconsulto Escévola, uno de los ciudadanos más íntegros de su tiempo; mas los buenos deseos de éste y de otros personajes no ménos influyentes y notables por sus virtudes, no pudieron corregir los abusos ni la corrupcion social que habían provocado la reforma de los Gracos, y continuando el mal, debían tambien continuar las intentonas reformistas para destruirlo. Los más importantes personajes del partido popular eran Mario, el héroe militar del dia, el vencedor de Yugurta y de los Cimbrios y Teutones, el salvador de Roma; Saturnino y Glaucia, dos demagogos violentos que quisieron imponerse, y se impusieron de hecho algunas veces, al resto de los ciudadanos sensatos, incluso al mismo Mario, cuando el primero, para hacerse más popular, propuso una ley para que se distribuyesen entre los soldados que habían exterminado las hordas invasoras las tierras que éstas habían ocupado en la provincia de la Galia, y que, una vez votada la ley en las tribus, jurasen todos los senadores obedecerla y hacerla cumplir. Mario, Metelo y otros, protestaron en un principio contra semejante juramento, que degradaba al órden senatorial; pero despues hubo una transaccion, y todos juraron excepto Metel, que prefirió el destierro al deshonor, como él llamaba á aquel acto.

En el fondo era Mario el verdadero jefe del pueblo; pero la audacia del tribuno Saturnino, apoyado por Glaucia y otros, era tanta y alhagaba de tal modo las pasiones de los demagogos, que fué de hecho, por algun tiempo, el que dirigió los destinos de Roma, apelando al asesinato cuando no podía conseguir su objeto de otro modo. La muerte violenta de Cayo Memio por una banda de criminales mandada al campo de Marte por el tribuno, colmó la medida de la indignacion, y se alzaron como un solo hombre todos los aristócratas para poner término á tales desmanes, cometiendo ellos otros mayores. El pueblo sensato se había retraído ante estas luchas violentas, y sólo habían quedado en el campo los *ultras* ó intransigentes de ambas facciones; pero la de los patricios contaba con el apoyo del Senado. Cuando Saturnino vió la actitud que habían tomado sus enemigos, reunió todos sus parciales y se apoderó del Capitolio, dispuesto á resistir á todo trance. El Senado invistió entónces á los cónsules del poder dictatorial y les encargó la salvacion de la Republica. Mario que no había tenido suficiente aptitud ó energía para encauzar las pasiones de las masas, tuvo entónces, como cónsul que era, que ponerse al frente de los aristócratas y sitiar á sus antiguos amigos. Pero la fortaleza era inexpugnable, sobre todo defendida con el arrojo y la inteligencia de Saturnino, y hubo que apelar á cortarles las cañerías del agua, para obligarlos á rendirse. Los jefes del motin fueron conducidos á una prision con los demagogos más influyentes, y los aristócratas, sin esperar el fallo en el proceso que se les había formado, asaltaron el local donde se hallaban, subieron al tejado, rom-

pieron los techos, y desde lo alto los mataron á todos á tejazos. Allí murieron, entre otros, un pretor, un cuestor y un tribuno adornados con las insignias de su cargo. Mario había perdido su prestigio ante los suyos y los extraños, así es que el pueblo votó unánimemente una ley para el regreso del desterrado Metelo, y despechado el vencedor de los Cimbrios, se desterró voluntariamente, marchando á la corte de Mitrídates, rey del Ponto, á quien procuró provocar á una guerra contra Roma, á fin de ganar él en el campo de batalla lo que había perdido en el de la política.

Una vez fuera de combate la demagogia, estalló la rivalidad entre los antiguos patricios y la clase de los caballeros, que habían quitado al Senado la facultad de juzgar á los concusionarios; pero si este alto cuerpo se había mostrado parcial con los de su orden, no lo eran ménos ahora los caballeros. La condenacion de Q. Rutilio Rufo, por haberse opuesto en Asia á las exacciones de los publicanos, colmó la medida y comenzó la lucha, sostenida en primer término por P. Craso y por el célebre Livio Druso. Este último, hombre íntegro y de familia distinguida, inmensamente rico y conservador por temperamento, se vió obligado por las circunstancias á hacerse uno de los reformadores más ardientes, un fiel discípulo y sucesor de Cayo Graco. Elegido tribuno, no sólo propuso la distribucion de los dominios públicos y el aumento de la *annona* (para que en adelante no quedase á los demagogos que distribuir más que «el cieno ó el cielo») sino que, nombrado su patrono por muchas ciudades italianas, se propuso defender, con más firmeza que todos sus predecesores, la extensión

del derecho de ciudadanía á todos los Italianos. Esto llenó de indignacion á los patricios, y Druso fué asesinado en su misma casa. El Graco aristócrata había tenido el mismo fin que los demócratas; pero la esperanza concebida ahora por los Italianos, era una semilla que no tardó en producir sus frutos.

6. *Causas y principales acontecimientos de la guerra social.*—Estas reformas en tantas ocasiones intentadas, con tanta justicia exigidas y tantas veces negadas por la intransigente masa de los ciudadanos romanos, exasperó á los súbditos ó socios itálicos (siempre tan fieles y tan dispuestos á verter su sangre en los combates que Roma había sostenido dentro y fuera de la península) de tal modo que comenzaron á tramarse ciertas inteligencias para una formidable insurreccion, que obligase á los Romanos á concederles el derecho de ciudadanía, sopena de tener en frente una poderosa confederacion que pusiese en peligro hasta la existencia de la metrópoli. Despues de tan extensas conquistas, no era ya Roma la pequeña República cuyos Estados casi se encerraban dentro de sus muros. Para dar unidad á su poblacion primitiva, había proclamado la igualdad de derechos entre patricios y plebeyos; para formar ahora un poderoso núcleo que pudiera despues unificar al mundo, necesitaba extender aquellos derechos á todos los Italianos que los reclamaban con sobrada justicia; y cuando el asesinato de Druso los privó de toda esperanza, se levantaron aquellos como un solo hombre.

La sublevacion comenzó por la ciudad de Ausculum, y se hallaba al frente de ella *Quinto Pompeio Silon*, que era uno de los más hábiles oficiales del ejército, y se extendió rápidamente entre los

Marsos, Pelignios, Frentanos, Marrucinos, etcétera, etc., hasta el país de Apulia y de Calabria. Los Italianos habían organizado un Estado con instituciones exactamente iguales á las de Roma, y habían elegido por capital á Corfinium, dándole el nombre de *Italia*. Por ambas partes se habían hecho los mayores esfuerzos y sacrificios. Roma había pedido soldados á todas las provincias y puso en campaña 100.000 hombres; el ejército de los aliados no era inferior en número, y por su equipo, sus jefes y su disciplina, no desmerecía en nada del de sus enemigos.

En la primera campaña fueron poco afortunadas las armas romanas, y sin los enérgicos esfuerzos del viejo Mario, que procuraba compensar con sus triunfos las derrotas de sus colegas en el mando, los ejércitos aliados hubieran llegado á las inmediaciones de la Ciudad Eterna. También ahora iba á las órdenes de Mario el hábil oficial Lúcio Sila. Tomando pretexto los nobles del escaso éxito obtenido en la primera campaña, quitaron el mando al viejo y aguerrido general, sin tener en cuenta su vigor y sus servicios. El joven Sila, que fué uno de los nombrados para dirigir la segunda, obtuvo excelentes resultados, debidos, no tanto á la fuerza de sus armas, cuanto á la desunion que la ley Papiria introdujo entre los aliados, pues concedía á los que habían permanecido fieles ó á los que se sometiesen el derecho de ciudadanía, aunque con algunas restricciones; y como esa era la causa principal de la guerra, es natural que ésta decayese al desaparecer la injusticia que la había motivado, pues si bien los Samnitas se resistieron todavía algun tiempo, en la tercera campaña casi

toda Italia quedó pacificada. Parece extraño á simple vista que, teniendo los aliados tantos elementos de resistencia, sostuvieran la guerra tan poco tiempo y con tan escasa fortuna; pero ya queda señalada más arriba la causa principal del triunfo, más aparente que real, de los Romanos.

7. *Causas de la rivalidad entre Mario y Sila.*— Aunque Roma había triunfado de los *separatistas*, siquiera fuese mediante transacciones, no por esto había mejorado su situación interior, ántes por el contrario, se iba agravando más cada vez el mal que todos sentían, pero con cuyo remedio ninguno acertaba. La crisis económico-social se hallaba en todo su apogeo, y se comenzaba á pedir por los proletarios un *corte de cuentas*, es decir, que se perdonasen las deudas; la disciplina militar se había corrompido hasta el punto de apedrear los soldados á algun jefe, y no atreverse Sila á castigarlos. En la ciudad la situación de los partidos era cada vez más complicada; en Italia reinaba en todas partes gran descontento por la desigualdad que aún existía en los derechos de que cada region gozaba; y por último, en el exterior habían tenido que declarar la guerra á Mitrídates, rey del Ponto, lo cual vino á ser, como veremos, el motivo de que estallase abiertamente la lucha entre el viejo campeón del partido popular y el nuevo jefe de la aristocracia, entre Mario y Sila.

¿Cuáles eran las causas fundamentales de esta lucha entre ámbos personajes? No es difícil por cierto señalarlas: la perpétua rivalidad que los opuestos intereses materiales y políticos de las clases venían suscitando desde los primeros tiempos de Roma. Pero ¿cuáles fueron los hechos con-

cretos que dieron el motivo ó pretexto para que esta lucha estallase y se convirtiera en una de las más espantosas guerras civiles que asolaron el territorio de la República? Vamos á verlo.

Las mociones del aristócrata Druso, apoyadas en un principio por el Senado, demuestran suficientemente que los hombres ilustrados del patriciado veían, lo mismo que los demócratas, la necesidad de reformas trascendentales; así como el fin trágico de este personaje revela bien á las claras la ceguedad de la nueva aristocracia y su deseo de imponer de cualquier modo su exclusivo predominio. El Tribunal para juzgar los delitos de alta traición, creado á propuesta de Quinto Vario (*Ley Varia*), condenó y desterró á su placer á todos los que siquiera eran sospechosos de complicidad con Druso. Pero, apénas terminada la guerra, tuvo éste un digno sucesor en Publio Sulpicio Rufo, que se propuso conseguir que se declarase la igualdad civil y política de los ciudadanos nuevos con los antiguos, y además, que se casasen las sentencias ó veredictos dictados por el Tribunal creado por la *Ley Varia* y volviesen á Roma los proscriptos. Por último, la herida que más sintieron hasta sus mismos correligionarios, fué el insulto inferido al Senado al proponer al pueblo que se privase de su cargo á los senadores tramposos, á fin de que fuera moralizándose aquel alto cuerpo, quedando en él solamente los hombres íntegros y que se hallasen en condiciones de obrar con independendencia. Este dardo hería de muerte á la mayoría del Senado y ponía en evidencia la corrupcion de la corporacion más respetable del Estado. Estas medidas han sido calificadas por los historiadores bajo dos criterios

distintos: los que creen que las instituciones de los pueblos no pueden ménos de hallarse en armonía con el estado de cultura y de moralidad de los mismos (*todo pueblo tiene el gobierno que se merece*), las tildan de inoportunas, y á su autor de iluso ó visionario; pero los que entienden que todo hombre público honrado está obligado á defender en primer término los supremos principios de lo justo, donde quiera y en cualquier momento que vea la injusticia, sin consideraciones de ningun género, las califican de sábias, y á su autor de hombre puro é íntegro, por más que no desconozcan en absoluto que entraba por mucho la pasión en las mociones de reformas propuestas por Rufo.

Inútil es decir que el Senado declaró una resistencia á todo trance y quiso impedir que se reunieran los comicios; pero una violenta insurrección obligó á los senadores á huir y á los cónsules á que dejaran libre la reunión de la asamblea popular, que votó inmediatamente las referidas mociones. Sin embargo, Sila, que á la sazón era cónsul y mandaba una de las dos divisiones ocupadas en extinguir los últimos restos de la guerra social, salió inmediatamente de Roma para ponerse al frente de su ejército, y temiendo Sulpicio Rufo que volviese sobre la ciudad para imponerse y rechazar la fuerza con la fuerza, se propuso evitar el golpe con una medida ilegal y que tendía á despertar en el cónsul una idea que, preocupado con la gran campaña que le esperaba en Oriente, quizá no había abrigado. Sulpicio se puso, pues, en inteligencia con el viejo Mario y se propuso relevar á Sila, por medio de un plebiscito, del mando en jefe del ejército que había de ir á Oriente para hacer la guerra

á Mitridates, y cuyo cargo le estaba legalmente conferido por el Senado, sustituyéndole con el héroe del partido popular que á la sazón no ejercía ningun cargo público, y ambicionaba nuevas glorias y un sétimo consulado.

8. *Ruptura entre Mario y Sila. Triunfo de éste y persecucion de los marianistas.*—Votado el plebiscito que confería á Mario la mision de conducir al Asia el ejército de Sila, partieron dos tribunos para encargarse provisionalmente del mando de las legiones; pero el cónsul aristócrata convocó á sus soldados, les mostró la órden, y los arengó diciendo que otros serían los encargados de obtener las fáciles victorias y recoger el inmenso botin que prometía aquella guerra. Los soldados promovieron un tumulto espantoso, asesinaron á los dos tribunos del pueblo soberano, y pidieron á Sila que los condujese á Roma, como lo verificó (aunque no le siguieron los oficiales superiores), despues de habérsele unido en el camino el ejército del procónsul Estrabon, llegando á las puertas de la ciudad y penetrando espada en mano en su sagrado recinto, en donde la ley prohibía la guerra, siendo la vez primera que el ejército salía de su neutralidad, cometiendo un crimen de lesa patria. Una vez rota la valla que lo había hasta entónces contenido, era fácil preveer que, en adelante, obtendría el poder aquel que contase con el apoyo de las legiones. La resistencia fué en un principio vigorosa, pero de corta duracion, pues no era posible que unos cuantos centenares de soldados reunidos precipitadamente por Mario y Sulpicio pudieran resistir á las numerosas legiones que los acosaban por todas partes. Los jefes tuvieron que huir, y á las pocas

horas era ya Sila el dueño absoluto de Roma, sin que los exfuerzos del Senado para que los caballeros se opusieran al tirano y para armar á los esclavos prometiéndoles la libertad, dieran resultado alguno. Cuando el triunfo de Sila fué ya un hecho consumado, pudo notarse lo corrompido y bajo de aquel Senado que, cambiando de repente su anterior resolucíon, se prosternó ante el afortunado cónsul, sancionando cuantas medidas este tuvo á bien proponer para evitar en adelante nuevas insurrecciones, y entre otras la de poner casi á precio las cabezas de Mario, de Sulpicio y otros muchos personajes del partido reformista, logrando obtener sólo la de Sulpicio, preso y muerto en Laurentum, salvándose Mario y sus compañeros, que se refugiaron en Africa, despues de tantas fatigas y episodios tan conmovedores, que rehabilitaron en cierto modo, al casi septuagenario general (1).

Las precauciones y medidas tomadas por Lúcio Cornelio Sila hubieran podido contener la sociedad romana en su marcha por la pendiente por donde se iba deslizando hácia el abismo, sino hubieran sido la obra de un hombre, que, imponiéndose al resto de sus conciudadanos y, en parte, al espíritu de los tiempos, levantaba un edificio que sólo respondía á sus miras personales y á las ideas de una insignificante minoría, y que debía hundirse con el arquitecto que lo había construido. Arregló primeramente el Senado á su gusto, completándolo

(1) Los que deseen conocer los detalles de este episodio dramático, deben leer la sentida narracion que de él hace el ilustre historiador Teodoro Mommsen en su *Historia de Roma*, t. V, p. 382 y siguientes de la version castellana.

con sus más fieles adictos, y luego lo erigió en autoridad suprema, no pudiendo presentarse á la votacion del pueblo ningun proyecto que el dicha corporacion no hubiese revisado y aprobado. En suma, las disposiciones silanas eran una mezcla de lo pasado y de lo presente, impuestas por una *autoridad del porvenir*; pero predominaba, sin duda, sobre los ligeros retoques reformistas una reaccion, que, como sucede generalmente con todas las reacciones, con sus violencias y sus ilegalidades, dió pié á los revolucionarios para que no respetasen nada el dia de su triunfo.

Sila se veía obligado á preparar su inmediata partida para Oriente, donde habían surgido graves complicaciones, á pesar de que no había logrado asegurar su obra, demasiado fresca todavía para poder desafiar sin peligro las corrientes revolucionarias y los obstáculos que á su consolidacion habían de oponer los caballeros, cuyos intereses materiales y políticos se hallaban perjudicados.

En efecto, en las elecciones consulares para el año siguiente, triunfó, contra lo que Sila esperaba, uno de los más ardientes agitadores de la oposicion, y si bien obtuvo tambien mayoría de votos y fué elegido cónsul su favorito Quinto Rufo, que debía sustituir á Estrabon, general de los caballeros, en el mando del ejército que quedaba en el Norte de Italia, apenas aquel se presentó á reemplazar á éste, se promovió un motin entre los soldados, en el cual fué asesinado Rufo, teniendo que volver á encargarse del mando Estrabon. Es más, hasta el mismo Sila fué llevado ante los Tribunales por uno de los tribunos.

A pesar de que el jefe oligarca, como otros mu-

chos, veía venir la tormenta, que había de descargar en cuanto se ausentase, no vaciló por más tiempo, y partió con sus legiones para Oriente, á principios del año 667 (87 a. de J. C.).

9. *Nueva revolucion en Roma. Triunfo y proscripciones de Mario. Su muerte.*—Así, pues, en cuanto el temido procónsul se hizo á la vela, comenzó Cina á proponer mociones encaminadas á echar abajo la Constitucion del año 666, comenzando así á predisponer los ánimos para la revolucion. El Senado y el cónsul Octavio que había sido elegido para ocupar el lugar de Rufo, se opusieron tenazmente, y ámbos partidos se prepararon para el día de la votacion, en el cual vinieron, en efecto, á las manos, triunfando los oligarcas, quedando en el *forum* y en la *via sacra* más de 10.000 cadáveres, y siendo depuestos y perseguidos Cina y sus partidarios, pero tan débilmente, que estos tuvieron tiempo de reponerse y organizarse en la península, llamando á Mario y demás proscritos de Africa, y siendo nombrado por Cina general en jefe del pequeño ejército reunido en Etruria, mientras el mismo cónsul y Sertorio se dirigían con otras dos divisiones contra la capital, que sólo contaba con el ejército del vacilante Estrabon que hizo muy poco por defenderla, dando lugar á que desertasen muchos de sus soldados, hasta que, muerto el general, se unió el resto de sus tropas á las de Octavio. En vano el Senado apeló á conceder la plena ciudadanía á los Italianos que vinieran en su auxilio; otro tanto hacían los insurrectos, y era gente que en este punto merecía más confianza. En nada mejoró la situacion con la llegada de Metelo, hasta que, cansada la poblacion y los soldados que guarne-

cian la ciudad, arrojaron las armas y se pasaron la mayor parte á los insurrectos. El Senado se entregó á merced al cónsul desterrado, rogándole que economizase la sangre, lo cual prometió Cina, pero no Mario, que permaneció silencioso.

Entonces fué cuando comenzaron las célebres proscripciones (a) de Mario, una *época de terror* en la que sus secuaces y los de Cina asesinaron á los Senadores y ciudadanos más ricos é influyentes del partido contrario, sin perdonar al cónsul Cneo Octavio, que fué una de las primeras víctimas. Una significativa mirada de Mario equivalía á veces á una sentencia de muerte. El viejo general empañó en su vejez, con esta sangrienta é inútil ecatombe, la limpia historia de su vida y de sus heroicas hazañas.

En las elecciones del año siguiente, continuó Cina en el consulado y tomó por colega á Mario, que vió al fin cumplido aquel oráculo que le había prometido siete consulados, y realizado su deseo de venganza de aquella nobleza que le había hecho siempre tan cruda guerra, y á «cuyos alfilerazos respondió él con puñaladas», como dice un historiador contemporáneo. Acosado por los remordimientos ó para no dar oídos á la voz de la razón, comenzó á embriagarse, muriendo al poco tiempo víctima de una calentura, que en siete días le llevó al sepúlcro (7 de Enero del año 86 a. de J. C.). Entonces continuó Cina solo la tiranía durante cuatro años, reeligiéndose cónsul á sí mismo y nombrando á sus compañeros. Por lo demás, la situación me-

(a) ✱ 15 de Agosto de 1879, á la una de la madrugada. (Esta nota nada tiene que ver con el texto).

joró algun tanto, pues el valiente y honrado Sertorio, de quien despues he de ocuparme, reunió los asesinos que habían cometido con asentimiento de Mario tantos crímenes, y rodeándolos de soldados de su confianza, los acuchilló en número de más de cuatro mil. Por otra parte, Cina no era hombre de gobierno, y no hizo nada que pudiera ser durable, ni supo atraerse á ninguna de las clases sociales. Esta permanencia en el poder á pesar de su ineptitud para sobreponerse á las circunstancias, demuestra claramente la tendencia de aquella sociedad, y hasta la necesidad histórica de la tiranía en un pueblo que había perdido por completo la antigua pureza de las costumbres públicas y privadas.

10. *Estado de Oriente.—Mitrídates.—Guerras de Sila en Oriente hasta su regreso á Italia.*—El estado de todos los pueblo orientales bajo el dominio ó la clientela de Roma no podía ser más lamentable, uniéndose á las contribuciones *legales* del Gobierno de la República las exacciones de los prócsules y de los generales, las vejaciones de todo género que sufrían, y la tiranía con que eran tratados por toda clase de funcionarios romanos y hasta por los particulares que se dedicaban á explotar dichas regiones, no solamente en sus productos agrícolas ó industriales, sino arrancando á los habitantes del seno de su familia y de su patria para venderlos luégo como esclavos en Sicilia ó en Italia. El resultado de esta fatal conducta era fácil de preverse. En vez de consolidarse más cada dia la dominacion romana, no esperaban todos los pueblos desde el mar Adriático hasta el Eúfrates nada más que una ocasion y un hombre capaz de

ponerse al frente de un poderoso movimiento para sacudir el yugo de Roma. En tal situacion entra en la escena de la historia un príncipe enérgico, valiente, ilustrado, semi-griego y semi-bárbaro, y educado durante largos años en la escuela de la persecucion y de la desgracia. Me refiero á Mitridates Eupator, rey del Ponto, y descendiente de Darío Hidaspes por un lado, y de los Alexandridas y los Seléucidas por otro. Era de gigantesca estatura y fuerzas hercúleas, de alma grande y de imaginacion fogosa, y tan erudito que hablaba veinte idiomas de otros tantos pueblos que unió á su imperio, y se hallaba constantemente rodeado de los historiadores, filósofos y poetas griegos de más valía. Pero á la vez que estas buenas cualidades, tenía vicios tambien de primer orden, entre los que sobresalían los del vino, la mesa y el harem, si bien no le dominaba ninguno por completo. Desaparecía á lo mejor, sin que nadie supiese su paradero, y recorría en pocos dias su dilatado imperio, enterándose por sí mismo del estado de los pueblos y de la administracion de sus gobernadores, castigando luego ó recompensando á los que lo merecían. Parecía á todos que este era el hombre predestinado para la grande empresa de la emancipacion del Oriente; así es, que á pesar de no comprender su reino hereditario nada más que la Capadocia marítima ó país del Ponto, cuando se propuso extenderlo á casi toda el Asia Menor y á las costas septentrionales y orientales del Ponto Euximo (Mar Negro), bastáronle pocas campañas para conseguirlo, y la oposicion que encontró fué más bien por parte de los pueblos asiáticos que de los de origen griego, muchos de los cuales veían

en el rey Capadocio un salvador más bien que un conquistador. El reino de Mitrídates llegó á ser con estas conquistas y usurpaciones el más poderoso de Oriente; y los Romanos, que hasta entonces habían presenciado impasibles el engrandecimiento de aquel Estado cliente y su conversion en una potencia militar de primer orden, comenzaron á pensar seriamente en intervenir en los asuntos de Asia. Los pocos resultados contra Tigranes, rey de Armenia, conseguidos por Sila, cuando estuvo allí de propretor, se perdieron con su ausencia. El Senado envió entonces á Lúcio Casio y á Manio Aquilio con pocas fuerzas, pero encargando á los príncipes clientes, entre otros á Mitrídates, que les suministraran las que necesitasen; mas ninguno obedeció estas órdenes. Estaba á la sazón en todo su colmo la insurreccion italiana, y Mitrídates hubiera podido sacar gran partido de esta circunstancia para declarar la guerra á Roma; pero no utilizó el tiempo en este sentido, aprovechándolo sólo para extender sus dominios y su influencia en Oriente. Tambien el Senado anduvo vacilante é indeciso en este asunto; pero su enviado Aquilio procuró hacer imposible la paz por más tiempo, estallando la guerra á principios del año 89 a. de J. C.

Mitrídates comenzó á buscar alianzas, sobre todo con los Griegos, de los que se presentó como protector, y reuniendo un ejército formidable puso al frente del mismo generales experimentados. Los Romanos se hallaban entonces imposibilitados de enviar refuerzos á Asia, así es que los soldados de Mitrídates destruyeron en pocos encuentros las pocas tropas romanas y las milicias locales, y so-

metió toda la provincia de Asia, dejando libres á todos los prisioneros indígenas y cometiendo toda clase de crueldades con los italianos. No contento el rey del Ponto con las conquistas ya realizadas, se dirigió sobre Macedonia y Grecia. Su escuadra sometió muchas islas, y sus ejércitos, por tierra, casi toda la península helénica y parte de Macedonia. Tal era el estado de las cosas á principios del año 667 de la C., ó sea 87 a. de J. C., cuando Sila, despues de dominada la insurreccion italiana y la revolucion en Roma, se decidió á partir á Oriente con un ejército de unos 30.000 hombres. Al desembarcar en Grecia ofreció al Rey la paz, volviendo las cosas al *statu quo ante bellum*; pero Mitrídates rechazó estas condiciones. Sila rompió las hostilidades, derrotó á los generales del Ponto, y reocupó casi toda la Grecia sin hallar seria resistencia hasta llegar á Atenas, que tambien cayó en su poder despues de un sitio largo y riguroso. Empero como carecía de buques no podia Sila reconquistar las islas ni llevar adelante sus proyectos, y se hallaba en una posicion bastante crítica, cuando las imprudentes órdenes del Rey, mandando á sus generales atacar á toda costa, abandonando las fuertes y estratégicas posiciones que ocupaban, vinieron á salvarlo. En efecto, la brillante victoria obtenida por los Romanos cerca de Quercnea le sacó de su apurada situacion. En una segunda batalla, cerca de Orchomenes, destruyó Sila el segundo ejército enviado por Mitrídates que perdió todas sus conquistas desde el Helesponto al Adriático. Tal habia sido para Sila el fruto de tres campañas. En la primavera del año 84 (antes de J. C.), ya comenzó el vencedor sus preparativos para pasar á Asia.

Ya sabemos lo que había á esta fecha ocurrido en Roma. El gobierno revolucionario se apresuró á reemplazar al general aristócrata con Fulvio Flaco; pero siendo difícil la empresa, marchó esta directamente al Asia Menor donde se sublevaron sus soldados, deponiendo y decapitando á su general, y nombrando al hábil demagogo Cayo Fimbria, que derrotó en Miletópolis el ejército de Mitrídates, se dirigió sobre Pérgamo, á la sazón capital del Ponto, y obligó al Rey á que saliese de allí precipitadamente. Entónces quiso Mitrídates hacer la paz con Sila; pero rechazó los preliminares ajustados por su general Arquelao, que aun permanecía en Europa. Sin embargo, cuando Sila llegó á las costas de Asia, se encontró en Dárdanos con el Rey del Ponto y ajustaron la paz definitiva. Dirigióse inmediatamente contra Fimbria, cuyos soldados no quisieron batirse contra sus con ciudadanos, y se pasaron á Sila. El general democrata huyó á Pérgamo, donde se atravesó con su espada. Sila arregló inmediatamente los asuntos de Asia y se dirigió con su ejército á Italia.

11. *Sila en Roma.—Pacificacion de Italia.—Proscripciones de Sila.*—A principios del año 84 (670 de la C.), emprendió Sila su vuelta á Roma, anunciando en una carta que sólo castigaría á los jefes de la revolucion, y respetaría algunas de las reformas, sobre todo los derechos adquiridos por los nuevos ciudadanos. Cina, por la propia conservacion, y el Senado y los hombres de orden por temor á nuevas venganzas y proscripciones, se opusieron á que regresase á la cabeza de sus legiones. La contestacion del general hizo que Cina intentase pasar á Grecia con un ejército para inter-

ceptarle el paso, pero se sublevaron los soldados y dieron muerte al Cónsul. El Senado declaró la patria en peligro, é invistió á los nuevos cónsules de plenos poderes, y cuando se supo que Sila había desembarcado en Brindis, se le declaró enemigo público, mandando contra aquél los dos cónsules con numerosas fuerzas. En cuanto el vencedor de Mitrídates puso el pié en Italia, se le unieron muchos proscriptos y numerosos partidarios que acudían de todas partes. Uno de los más útiles y que ya revelaba lo que había de ser en adelante, era el joven Pompeyo, hijo de Pompeyo Estrabon, al que se le había tratado bastante mal por el gobierno de la revolucion.

Con estos refuerzos, y dueño ya del Picenum, marchó Sila por el Samnium hácia Campania, donde se encontraba uno de los cónsules, Norbano, con un ejército poderoso, que fué completamente derrotado junto al monte Tifata, y el de su compañero Escipion se pasó en masa á las filas del general de la oligarquía. De este modo terminó la primera campaña. Para la siguiente, se pusieron al frente de las fuerzas del Gobierno dos revolucionarios ardientes, Carbon y Mario el joven, que levantaron un poderoso ejército para oponerlo al general victorioso. Tambien se levantó contra éste el Samnium y otras regiones de Italia, pero todo fué en vano. La batalla de Puerto-Sagrado (*Sacri-portus*), perdida por el joven Mario,—á causa de la traicion de una de sus divisiones que se pasó al enemigo en lo más recio del combate,—á la que siguió la toma de Roma, luégo la derrota de Norbano en la Italia del Norte y la huida de Carbon, y por último la derrota de los Samnitas y los demó-

cratas en la Puerta Colina; y con la toma de las ciudades que se habían resistido, concluyó esta sangrienta guerra civil y van á dar principio la dictadura de Sila y sus famosas proscripciones.

Acerca de los poderes que le confirieron á su entrada en Roma, puede formarse una idea por la *mocion* propuesta por L. Valerio Flaco en los comicios y que fué aprobada por unanimidad á saber:

- 1.º Quedan aprobados y ratificados los actos que haya realizado L. Sila siendo cónsul ó procónsul;
- 2.º En el porvenir tendrá derecho á disponer y fallar en primera y última instancia de la vida y los bienes de los ciudadanos y del dominio público;
- 3.º A extender si lo juzga conveniente, las fronteras del Estado;
- 4.º A crear y suprimir ciudades en Italia;
- 5.º A decidir como soberano de la suerte de las provincias y de los Estados dependientes;
- 6.º A conferir el *imperium* en lugar del pueblo;
- 7.º A nombrar procónsules y proprettores;
- 8.º A decretar las leyes nuevas que interesasen á la República;
- 9.º A declarar por sí mismo cuando crea terminada su mision (de reorganizar el Estado y dotarlo de buenas instituciones), para dimitir sus poderes, y
- 10.º A juzgar cuando ó si convendrá proveer las altas magistraturas ó dejarlas vacantes.

En resumen, las atribuciones de un poder, no ya absoluto, sino despótico. Votada esta mocion, penetró Sila en Roma y entró en el pleno ejercicio de sus funciones, dando á su nuevo cargo el nombre de *Dictadura*. Entónces fué cuando comenzó aquella horrorosa proscripcion, quizá sin ejemplo en la historia, en que se premiaba con una gruesa suma de dinero á todo el que asesinaba á un ciudadano que hubiera ejercido funciones civiles ó militares

despues de cierta época con el gobierno revolucionario, así como á todos los ciudadanos, sin distincion, que hubieran sido decididos partidarios del gobierno caído. Despues de una carnicería horrosa, se *reglamentó* la matanza y sólo debían ser asesinados los que apareciesen en una lista de proscritos, la cual hubo ocasiones en que contenía cerca de 5.000 nombres. No pudiendo Sila tomar venganza en Mario ni en su hijo, que ya habían muerto, abrió la tumba del vencedor de los Cimbrios, arrojó sus cenizas al Anio, é hizo perecer en medio de los más horribles tormentos á Mario Gratidiano, nieto adoptivo del ilustre salvador de Roma. Estas ejecuciones iban acompañadas de la correspondiente confiscacion de los bienes, llegando hasta procesar á muchas ciudades. Con estos bienes principalmente y con el botin de la guerra formó Sila más de 100.000 lotes que dió á sus soldados y á los que mejor le habían servido durante las proscripciones, fundando así mismo varias *colonias militares*.

12. *Carácter de las leyes de Sila. Abdicacion y muerte del Dictador.*—Como es natural, dada la representacion política del Dictador, todas las leyes de Sila determinan una reaccion ostensible.

Despues de haber dispuesto en la forma indicada de los bienes confiscados, comenzó la reforma de las instituciones. En primer lugar dejó á los Italianos y á los demás pueblos los derechos que habían recibido; pero exceptuando á todos aquellos que no le habían seguido durante la guerra civil, y que formaban el mayor número. Para asegurar su triunfo en las tribus, emancipó diez mil esclavos jóvenes á quienes dió el derecho de ciudadanía,

los cuales aumentaban la ya numerosa guardia del Dictador. Quitó á las tribus toda su autoridad efectiva; ordenó que los candidatos al Tribunado debían ser necesariamente senadores; que cualquiera que hubiese sido tribuno no pudiera desempeñar cargos curules; que ningun tribuno tuviese derecho á proponer leyes á las tribus, y, por último, que el derecho de intercesion tribunicia (*el Veto*) no pudiera usarse para suspender los senado-consultos ni las leyes presentadas al Senado, y únicamente pudieran proteger la libertad personal de los ciudadanos contra las arbitrariedades de los magistrados superiores. Aunque restableció el poder de la asamblea de las centurias, lo restringió notablemente disponiendo que no pudiese votarse ninguna ley sin la prévia revision y aprobacion del Senado, cuya corporacion, después de haberla completado y arreglado á su gusto, fué siempre bajo la autoridad del Dictador la corporacion más influyente del Estado.

En cuanto á las magistraturas, elevó á veinte los ocho cuestores, y á ocho los seis pretores. Mandó observar rigurosamente la Ley que regulaba la gradacion que había de observarse para obtener los cargos públicos; y por último, dió el poder judicial á los Senadores. Estas fueron las principales Leyes de Sila que, con otras ménos importantes, determinaron una reaccion política en favor de la oligarquía. Verificadas estas reformas y asegurada su observancia y la paz pública, usó Sila con mucha moderacion de sus poderes extraordinarios; y á los años de haberlos ejercido, los abdicó por completo, volviendo á la clase de simple ciudadano, proclamando en alta voz en el forum que todo

aquel que tuviese motivos de queja contra él los expusiese ahora. Ninguno de los presentes los tenía, puesto que todos los perseguidos y privados de sus derechos lo habían sido también del de tomar asiento en la Asamblea. Entonces se retiró Sila para siempre de la vida pública, marchándose á una magnífica quinta que poseía en la bahía de Nápoles á entregarse de nuevo á la vida sensual y licenciosa que había hecho durante su juventud, y la cual lo arrastró á una muerte prematura, al año siguiente de su abdicación, y á los sesenta de edad. Su obra, que tan segura parecía, fué de corta duración como veremos en la lección siguiente:

RESUMEN.

1. Cuando el pueblo conoció que los oligarcas le habían engañado valiéndose de la persona del tribuno Octavio, era ya tarde para volver los ojos á sus verdaderos amigos. Comenzó, pues, á preparar una nueva revolución; pero no tenía un personaje bastante ilustre para poder recojer dignamente la ensangrentada herencia de los Gracos, hasta que apareció en la vida pública el afortunado general Cayo Mario.

Era éste natural de una pequeña aldea de Arpinum, é hijo de un labrador pobre. Pasó sus primeros años en medio de las mayores privaciones, vigorizando su cuerpo con las faenas del campo, hasta que llegó á la edad viril y ocupó un puesto en las filas de las legiones. Su bravura y buen comportamiento le valieron recorrer por rigurosa escala todos los puestos del ejército hasta el de general.

La posición militar traía naturalmente consigo la posición política, y cierto desahogo en su situación económica que aumentaron cuando contrajo matrimonio con

una mujer de la familia de los Julios, una de las más ilustres de Roma.

Mario es el tipo más acabado del general que hace su carrera desde la clase de simple soldado: duro en su trato, pero franco y leal; de poca erudicion, pero muy conocedor del soldado y sumamente apto para organizar ó reorganizar un ejército y disponer un plan de campaña; era, por último, como sucede por regla general, un mediano político y estadista.

2. Ya había obtenido Mario bastantes distinciones é importantes cargos militares y políticos, cuando sobrevino la tan famosa guerra de Numidia, region situada en las costas septentrionales de Africa, entre lo que hoy es la regencia de Trípoli y Marruecos. Reunidas sus tribus por el guerrero Masinisa, formó una nacion poderosa que dividió á su muerte entre sus tres hijos, poniendo á estos y su reino bajo la proteccion de Roma. Quedando por último el mayor único soberano; entregó las riendas del poder á su sobrino Yugurta, que, por una série de usurpaciones y crímenes, se apoderó del reino á la muerte de su tio. Los atentados cometidos, no sólo contra sus primos protegidos por Roma, sino tambien contra súbditos italianos, obligó á ésta y al Senado á declararle la guerra; pero la corrupcion de los generales y del Senado mismo, ganados por el oro de Yugurta, la hizo primero imposible, é ineficaz después, hasta que al fin se mandó al íntegro Metelo á dirigir los asuntos de la guerra, llevando como cuestor á Cayo Mario.

El hábil Metelo consiguió con la ayuda de su lugar teniente Mario importantes victorias; mas no pudiendo terminar aquella funesta guerra, fué reemplazado por su subalterno que había obtenido ya el consulado. Tambien Mario consiguió importantísimas victorias; pero el que más eficazmente contribuyó á la terminacion de la guerra fué el hábil Lúcio Sila, uno de los oficiales de Mario, á quien Bocco, suegro de Yugurta, entregó al rey numida, que pereció en Roma encerrado en un frio calabozo. La mayor parte de su reino fué cedido á Bocco, rey de Mauritania.

3. Casi al mismo tiempo que la guerra yugurtina, se levantaban por las fronteras septentrionales de Italia

nuevos peligros que amenazaban hasta la existencia de la República. Dos grandes hordas de bárbaros procedentes del Norte y centro de Europa, llegaron hasta los Alpes, destruyendo en poco tiempo cuatro ejércitos Romanos que se opusieron á su paso hácia el Mediodía de la Galia, quedando Roma casi imposibilitada para mandar un nuevo ejército á su encuentro. Si los Cimbrios y Teutones, que son los bárbaros á que me refiero, hubieran penetrado inmediatamente en Italia, de seguro que habrían dado en tierra con el poder de Roma; pero no lo hicieron así, y dieron tiempo á que esta se repusiese, y reuniendo todas sus fuerzas, encomendase su defensa al enérgico cuanto valiente general Mario, que era quizá el único capaz de salvarla en aquellas circunstancias, como lo verificó destruyendo á los Teutones en la sangrienta batalla de *Aquæ Sextiæ*, y después á los Cimbrios en la famosa de los Campos Raudicos, escapando muy pocos á la matanza, y salvando así de una ruina cierta á su patria, que le aclamó tercer fundador de Roma.

4. Aun no se había conjurado por completo el peligro de la invasion cimbria, cuando surgió en Sicilia una segunda insurreccion de los esclavos, en la que, poniéndose al frente de sus bandas dos de los más enérgicos y hábiles entre ellos, llamados Salvio y Atenion, derrotaron en varios encuentros las legiones romanas y sostuvieron la lucha durante tres años; hasta que, muerto Saluio (el rey Trifon) y Atenion fueron sus bandas derrotadas por un cónsul sometiéndose poco á poco casi todos los insurrectos.

5. Con el siglo II ántes de Jesucristo, concluyeron las principales guerras exteriores y van á comenzar con el siguiente las guerras civiles.

Roma continuaba dividida en dos partidos, que ya podemos llamar aristocrático y democrático. Los jefes más importantes del primero eran Escauro, Metelo, Catulo y el célebre jurisconsulto Escevola. Los del partido popular eran Mario, Saturnino y Glaucia. Aunque el primero era el verdadero jefe del pueblo, no convenía su jefatura severa á algunos olgazanes demagogos, como no convenía á ciertos aristócratas y caballeros la integridad de Escauro, Escevola y demás oligarcas notables, lo cual trajo

consigo sangrientas colisiones provocadas en primer término por Saturnino, que murió víctima de las mismas, y lo que es más, derrotado por Mario, que, en su calidad de cónsul, tuvo que ponerse al frente de las fuerzas del gobierno oligárquico perdiendo, como es natural su popularidad y su prestigio. Una vez inutilizada la demagogia, estalló la rivalidad entre los antiguos patricios, que ahora se hicieron reformadores con Livio Druso, y la clase de los caballeros, triunfando al fin estos, y muriendo en la contienda el Graco aristócrata; pero dejando en sus proyectos de reforma una semilla de disturbios y luchas intestinas que había de germinar en breve.

6. En efecto, siendo uno de los proyectos de Graco extender á todos los Itálicos el derecho de ciudadanía, al perder éstos con la muerte de su patrono la esperanza que abrigaban hacía mucho tiempo, se sublevaron contra la metrópoli, fundando una República analoga á la de Roma, y eligieron por capital á *Corfinium* á la que dieron el nombre de *Italia*. La guerra que á esto se siguió, y á la que se dió el nombre de guerra social, fué una de las más sangrientas y peligrosas que tuvo Roma; pero la energía de Mario en un principio, la habilidad de Sila despues, y por último el buen acuerdo del Senado de conceder los derechos de ciudadanía á los que se sometiesen, lograron poner término á la lucha despues de tres años de encarnizados combates.

7. No obstante el triunfo de Roma y las concesiones hechas á los Itálicos, la situacion interior iba complicándose de dia en dia llegando á su colmo cuando la declaracion de guerra contra Mitridates y la cuestion de jefatura del ejército expedicionario de Asia, dieron margen á la abierta ruptura entre los ilustres generales Mario y Sila. La causa real de esta ruptura, no fué quizá tanto la rivalidad personal entre ámbos campeones, como la eterna oposicion entre las ideas y clases sociales que cada cual representaba. La votacion de las leyes de Sulpicio Rufo, continuador del plan de Druso y de los Gracos, y las medidas tomadas por el reformador aristócrata para quitar á Sila toda su influencia en el ejército y en el estado, fueron la causa de que este general rompiese abiertamente las hostilidades.

8. Despues de la revolucion Sulpiciana, se confirió á Mario por un plebiscito el cargo de general en jefe del ejército que mandaba á Sila, y que era el destinado á la guerra contra Mitridates, cargo que un senado-consulta había conferido anteriormente á Sila. Cuando á este general se le comunicaron las órdenes para que resignase el mando, hizo que se sublevase todo su ejército, penetró en Roma espada en mano al frente de sus legiones, haciendo huir á Mario y á sus partidarios, y persiguiéndolos con el mayor encarnizamiento hasta el punto de pregonar sus cabezas autorizando á cualquier ciudadano á que los asesinase. Sila se erigió entónces en árbitro de los destinos de Roma, modificando algunas instituciones y dando al Senado las más ámplias atribuciones. Hecho esto, y tranquila en apariencia toda la península partió para Oriente á principios del año 87 ántes de J. C.

9. Pero en cuanto el procónsul volvió la espalda comenzó el cónsul demócrata L. Cina á proponer mociones cuyo objeto era hechar abajo la Constitucion de Sila. Oponiéndose á su votacion el Senado y el otro cónsul, vinieron los partidos á las manos, siendo derrotados los demócratas y quedando 10.000 cadáveres en las calles de Roma. Cina tuvo que huir precipitadamente; pero reuniéndose luego con Mario y demás proscritos que habían ya desembarcado en Italia reuniéronse numerosas huestes, vinieron nuevamente sobre Roma, y despues de un sitio bastante largo entraron en la ciudad, depusieron al gobierno constituido é inauguraron un período de terror y de proscripciones, en el que sucumbieron bajo el puñal de los asesinos los hombres más eminentes del partido contrario. Cina tomó por colega en el consulado al viejo Mario, que murió aquel mismo año rodeado de honores y consideraciones, pero asediado tal vez por crueles remordimientos.

10. Volvamos ahora la vista á las regiones orientales, á donde Sila luchaba heroicamente contra los ejércitos del rey del Ponto. El estado de los pueblos que estaban bajo el dominio ó la clientela de Roma, había llegado á ser tan deplorable á consecuencia de las vejaciones de los Romanos que esperaban con ansiedad se presentase un hombre capaz de darles la unidad de accion necesaria pa-

ra sacudir tan pesado yugo. Entónces fué cuando se presentó en la excena de la Historia Mitrídates Eupator, rey del Ponto, hombre de estatura colosal, fuerzas hercúleas, vasta erudicion, ánimo exforzado é imaginacion ardiente, en suma, el hombre que los Orientales necesitaban para llevar á cabo sus deseos. Comenzó este príncipe por apoderarse de grado ó por fuerza de casi todos los Estados y ciudades de Asia Menor y de las costas septentrionales del Ponto Euxino; y al poco tiempo, fué cuando sobrevino la colision entre el rey y los Romanos. Después de varias transacciones y rompimientos, reunió Mitrídates todas sus fuerzas, hizo alianza con los Griegos, penetró en la provincia romana de Asia, la sometió, y pasando sus ejércitos á Europa y su escuadra al Mar Egeo, se apoderó de las principales islas y ciudades de Tracia, Macedonia y Grecia. En este momento desembarcó Sila su ejército en las costas griegas, se dirigió contra los generales de Mitrídates, y en tres campañas consecutivas, y después de dos brillantes victorias, en Queronca y en Orchomenes, logró arrojar de casi todas sus posiciones á los ejércitos del Ponto, y pasando al Asia, concluyó con el rey la paz de Dardanos, marchando enseguida contra Fimbria, general del ejército enviado por el gobierno revolucionario, y cuyos soldados se pasaron todos á Sila sin intentar siquiera pelear, y Fimbria se atravesó con su espada. Había, pues, concluido Sila su mision en Oriente y se dispuso á regresar á Italia.

11. A principios del año 84, anunció Sila al Senado su regreso, indicando en su carta que sólo castigaría á los jefes de la revolucion. Cina, el Senado y los hombres de orden, temiendo nuevas venganzas y proscripciones, le intimaron que hiciese dimision del mando de las legiones y le entregarían un salvo conducto para que viniese á residir donde más le conviniera. Todo fué en vano: el general continuó su marcha hácia Italia, y Cina que quiso salirle al encuentro con un ejército, pereció en una insurreccion militar de sus mismos soldados.

Cuando Sila se embarcó en Beindis, se le unieron numerosos partidarios y prosélitos, y principió una sangrienta guerra civil, en la que el general insurrecto llevó siempre la mejor parte, hasta que después de derrotados

cuatro ejércitos consulares y muerto Mario el jóven, que era el alma de la resistencia, penetró Sila en Roma, después de haberle conferido el pueblo un poder absoluto en todas las esferas de la administracion y del gobierno, á fin de que diese unidad á las instituciones del Estado y devolviese la tranquilidad á la pátria. Pero el Dictador lo primero que hizo para satisfacer su venganza, fué decretar una de las más sangrientas proscripciones que registra la historia, privando de la vida á los jefes de familia de sus contrarios y de sus bienes y derechos al resto de sus individuos.

12. Puso mano enseguida á la reforma constitucional determinando ésta una reaccion, limitando hasta el extremo el poder y las atribuciones de las asambleas populares y de los tribunos, y concentrando en manos del Sénado, formado ahora en su gran mayoría de aristócratas adictos á sus miras, todo el poder y la representacion política.

Hecho esto, abdicó voluntariamente el poder y se retiró á la vida privada á disfrutar sus grandes riquezas, continuando la licenciosa vida de su juventud; pero murió antes de trascurrir un año, en una quinta de su propiedad cerca del golfo de Nápoles.

LECCION X.

—

Estado de los partidos en Roma.—Nuevas guerras y conquistas.—Primer Triumvirato.—Rivalidad y lucha entre César y Pompeyo.—Muerte de éste y establecimiento del imperio.

1. *Imposibilidad de que subsistiese la obra de Sila.*—*Principales personajes de las tres fracciones políticas en que se había dividido la sociedad romana.*—Hemos venido siguiendo paso á paso la decadencia de la sociedad romana, señalando las causas principales que habían de traer consigo la ruina de las instituciones republicanas; ahora vamos á asistir á su larga agonía y á su muerte.

El violento esfuerzo hecho por Sila para restaurar, en la parte posible, el antiguo edificio del gobierno oligárquico, no podía producir, ni produjo en efecto, más que efímeros resultados, porque la obra estaba corroida por sus cimientos. Acostumbrado el pueblo á obedecer las indicaciones del jefe de la facción dominante, casi sin distincion de partidos, la cuestion estaba reducida simplemente á decidir si el personaje había de ser un favorito de los demócratas, de los caballeros, ó de los antiguos patricios, sin que influyese en modo alguno la forma de gobierno que aquél defendiera, porque la cosa era para todos evidente; Roma necesitaba un señor semi-absoluto, pero que supiese guardar ciertas formas para no herir el tradicional y estúpido formalismo republicano que imperó allí durante algunos siglos. Al dimitir Sila, había dejado en realidad vacante el poder, y

había necesidad de que otro viniese á ocupar su puesto; mas como no era fácil que el sucesor pensase en todo como el exdictador, parecía natural que modificase las instituciones que éste había restaurado. Veamos ahora cuáles eran á la sazón los personajes más notables de cada una de las distintas agrupaciones políticas, y si había entre ellos alguno que pudiera sobreponerse á los demás y dominar las circunstancias para heredar á Sila y establecer definitivamente en Roma el gobierno unipersonal de hecho.

En primer lugar, hallamos que de los cuatro representantes principales de la antigua oligarquía patricia, Metelo, Cátulo, Lúculo y Cato, no había ninguno capaz de echar sobre sus hombros el peso del gobierno de tan vastos Estados y de un pueblo que atravesaba á la sazón una de las crisis más laboriosas que registra la historia. Metelo, carácter íntegro, buen general y regular político, se había captado bastantes simpatías, pero no sobresalía por su talento ni por su energía, y habiendo llegado ya á una edad avanzada, no abrigó, siquiera por un momento, la idea de imponerse á sus conciudadanos.—Quinto Lutacio Cátulo, cónsul cuando ocurrió la muerte de Sila, era, sin duda, el hombre que por la pureza de su vida política se había captado más generales simpatías; pero ni su talento era de primer orden, ni poseía la elocuencia ni el vigoroso carácter que se necesitaban en la Roma de aquel tiempo para gobernar la inquieta muchedumbre del *Forum*.—Licinio Lúculo, hábil general, y hombre de gran talento y energía, carecía, sin embargo, de ese tacto que necesita el hombre público para atraerse

las simpatías de los demás; así es que era en extremo impopular, no sólo entre los demócratas por sus ideas aristocráticas, y entre los caballeros y capitalistas, á quienes en Asia había impedido continuar sus exacciones, que él llevó á cabo por su propia cuenta, sino tambien entre los mismos patricios, por su carácter altivo y su modo de obrar independiente.—Casi contemporáneo, aunque más jóven que los anteriores, era Marco Porcio Caton. Hombre de severas costumbres, de una voluntad recta y de una abnegacion á toda prueba, bastante ilustrado y regular orador, habíase propuesto por modelo de su vida pública á su abuelo Caton el Mayor; y sin tener en cuenta la diferencia de siglo á siglo y de las tendencias y situacion de la sociedad de su tiempo comparada con la antigua, se propuso seguir en un todo una conducta rígida é inflexible, de tal modo que, así como un siglo ántes hubiera sido un *carácter*, en el presente degeneró en una *caricatura*. Inútil nos parece añadir que ni por sus ideas, ni por su representacion era éste el hombre que aquella sociedad necesitaba.

En el partido conservador ó de los caballeros, prescindiendo de Ciceron,—orador eminente, y hombre de bastante talento político, pero una especie de *anfibio* político que en tanto figuraba al lado de los patricios como patrocinaba al demagogo Catilina; siempre vacilante, sin idea ni plan determinados hasta que se echó en brazos de la reaccion, sacrificando á los aplausos, sin mirar de donde procedían, su consecuencia, y á veces hasta su dignidad,—hallamos dos hombres indudablemente notables, aunque por distinto concepto, á saber, Pompeyo y Craso. Poco ilustre por su naci-

miento (era hijo de Pompeyo Estrabon) y de escasas simpatías por sus progenitores, comprendió Pompeyo desde muy joven que, si había de ocupar un alto puesto, tenía que ganarlo por sus propios méritos. De hermosa figura, soldado bravo é inteligente, de regular talento práctico, y sobre todo sumamente favorecido por la suerte, le había señalado la opinion como el futuro sucesor de Sila; pero desgraciadamente no correspondía su génio á su prodigiosa fortuna; así es que sólo cuando veía muy seguro el éxito, daba el golpe decisivo, viéndosele embarazado y vacilante en cuanto se oponía á sus planes algun obstáculo sério y había que tomar una resolucion cualquiera. Todas estas cualidades hacían de él un buen general de division y hasta un regular jefe de partido. Por último, su carácter frio y reflexivo, sin otra pasion que una ambicion sin límites, y la ciega confianza en su buena estrella, hacían que presenciara impasible las más sangrientas ecatombes de Sila, ó se arrojava con denuedo contra el enemigo á la primera señal de su jefe; pero no era el hombre superior, de miras elevadas y trascendentales, que la situacion de Roma reclamaba, por más que la fuerza de las circunstancias y su flexibilidad política le colocaran en un puesto á que, en una época normal, jamás él habría aspirado.—Tambien Marco Craso había abandonado en cierto modo las filas de la oligarquía. Hombre de mediano entendimiento, tuvo, sin embargo, la rara habilidad de hacerse en pocos años el ciudadano más opulento de Roma, ayudándole mucho la corrupcion de costumbres de sus conciudadanos y el no reparar en medio alguno, por detestable que fuese, con tal que condujera á

su fin, á acumular inmensas riquezas. Aparentemente desprendido y generoso, sabía sacrificar el dinero cuando éste le daba posicion y seguridad de ganar despues ciento por uno, por cuyos medios llegó á hacerse acreedor de casi todos los hombres más influyentes de Roma, y adquirió una influencia extraordinaria y una posicion respetable entre los personajes de primera fila. Lo mismo Craso que Pompeyo no eran capaces por sí solos de dirigir la nave del Estado; pero tampoco eran hombres de quienes se pudiera prescindir facilmente.

Los principales representantes de la democracia eran, en esta época, Lépido, Sertorio, Catilina y César. Marco Emilio Lépido, antiguo silano, había renegado de su partido por motivos que nada le honran. Avaro y ambicioso, había adquirido grandes riquezas; mas no habiendo tenido la sagacidad de Craso para adquirirlas sin escándalo y saber usar de ellas, no le dieron un puesto entre hombres de primera fila, sino en una insurrección poco afortunada. La oposicion, sin embargo, le presentó en él un agitador popular en extremo temible al Senado; pero no era el personaje más á propósito para que un partido pusiese en él su confianza y por esto fracasaron sus proyectos.—Más condiciones que el anterior tenía indudablemente Sertorio, ardiente partidario de Mario y uno de los generales que más se habían distinguido bajo sus órdenes. Honrado si los hubo, inteligente y bravo soldado, hijo piadoso y excelente ciudadano, faltábale, sin embargo, una de las condiciones entónces, como siempre, indispensables para ser jefe de partido, la flexibilidad y la condescendencia con las malas pasiones de los afiliados; así es, que mientras hom-

bres de tercera fila desempeñaban en Roma un papel importante, le vemos á él proscrito y perseguido.—Tipo enteramente opuesto á éste era Lúcio Sergio Catilina, descendiente de familia noble, y antiguo partidario de Sila. Hombre de gran valor físico y moral, pero de costumbres depravadas, se pasó á la demagogia tan luego como comprendió que no podía hacer fortuna entre los suyos, y tuvo la suficiente habilidad para atraer hácia sí la mayor parte de la enviciada juventud romana y á todos los demagogos. ¿Hubiera sido Catilina hombre capaz de imponerse á Roma si no se hubieran frustrado sus planes? Mucho lo dudo con sólo tener en cuenta los medios y las personas de que se valia para aspirar al poder.—Réstame, por último, hablar de *Cayo Julio César*, cuyo carácter es muy difícil de determinar, por el raro contraste entre sus cualidades físicas y morales. De constitucion aparentemente enfermiza, de costumbres un tanto afe-minadas, de maneras distinguidas y delicado trato, nada tan léjos del ánimo de sus contemporáneos como la creencia de que aquel jóven, entregado á los vicios y á los placeres, estuviese dotado de una naturaleza de hierro y de un alma tan grande, y abrigara tan levantadas ideas que no ha habido tal vez hasta hoy estadista que le supere. Diferente y disimulado cual ninguno, dueño absoluto de sus pasiones y de sus actos, dotado de una prevision exquisita y de una actividad y constancia infatigables, hábil para imponerse á los demás afectando inferioridad, orador popular en el *forum*, general de primer orden en el campo de batalla, político astuto y eminente hombre de Estado en el gobierno..... tal era Cayo Julio César, tal el hom-

bre que Roma necesitaba en aquellas circunstancias.

2. *Insurrecciones de Lépido y de Sertorio.*—Apenas murió Sila, comenzaron nuevamente á agitarse los proscritos partidarios de Mario que aún no habían sucumbido, á fin de promover una insurreccion para derribar al gobierno de la restauracion silana; pero adelantóse á sus deseos el ambicioso é incapaz Marco Emilio Lépido, que, como ya ántes hemos visto, había abandonado el partido de los aristócratas, pretendiendo nada ménos que hacerse jefe de la democracia y sustituir á Sila en el gobierno del Estado, echando abajo sus instituciones y reemplazándolas con otras más ó ménos adecuadas á las circunstancias. Elegido cónsul con el apoyo de Pompeyo y de algunos demócratas, estalló pronto la rivalidad entre él y su colega Catulo. Conjurada en un principio la guerra civil entre ambos cónsules, gracias á la intervencion del Senado, se retiró Lépido á su provincia de la Galia donde comenzó á reunir un numeroso ejército; y cuando el Senado le intimó que volviese á Roma, lo verificó en efecto, pero al frente de sus tropas y en son de guerra. Saliéronle al encuentro Catulo y Pompeyo, tomaron posiciones en el puente Milvio, y atacados allí por Lépido le infirieron una sangrienta derrota, yendo éste á refugiarse á Cerdeña donde murió al poco tiempo. Su legado Marco Perpena reunió algunas de las dispersas huestes, que condujo despues á España para reforzar el ejército de Sertorio.

Casi al mismo tiempo comenzó la insurreccion española dirigida por este último general. Despues de fracasar una primera tentativa hecha en tiem-

po de Sila, había perdido Sertorio las esperanzas de llevar á cabo nada sério contra el gobierno restaurado. Pero, á la muerte del Dictador, acudió al llamamiento de los Lusitanos, que le ofrecieron ponerse á sus órdenes para luchar contra Roma. No tardó el proscrito marianista en aceptar la oferta que le hacían los descendientes de los guerreros de Viriato, reuniendo en poco tiempo un ejército considerable con el que derrotó en varios encuentros las milicias romanas y se apoderó de la mayor parte de la península. El Senado mandó contra él al famoso general Quinto Metelo; pero era éste demasiado débil y viejo para luchar con el fogoso é infatigable Sertorio; así es que, cuando el gobierno supo que el legado Perpena marchaba á España con los restos del ejército de Lépido para unirse á los insurrectos, mandó al joven y ya ilustre general Pompeyo para que auxiliase los esfuerzos de Metelo. Sertorio había establecido en España un gobierno exactamente igual al de Roma, con un Senado compuesto parte de Españoles parte de Romanos proscritos, y organizó además un excelente sistema de administracion. La llegada de Pompeyo mejoró algo la situacion de los Romanos en nuestra península, pues si bien en un principio sufrieron sus tropas algunos descalabros, lograron despues derrotar á Sertorio y sembrar la desconfianza entre los Españoles. Sin embargo, no llevaba la guerra visos de llegar á su término; pero, habiéndose entregado Sertorio á algunos actos de crueldad, comenzaron á desertar de sus filas muchos de sus partidarios, y creyéndose Perpena capaz de sustituir con ventaja á su ilustre jefe, le llevó su ambicion hasta invitarlo á un festin con

objeto de asesinarlo, como lo verificó en cuanto lo vió algo privado por el vino. Los proyectos de Perpena fracasaron por completo, pues, desertaron la mayor parte de los Españoles, y él fué al poco tiempo derrotado y muerto en una batalla.

3. *Guerra de los gladiadores. Idem de los Piratas.*—Aun no había terminado la lucha contra Sertorio y los Españoles, cuando estalló la terrible insurreccion de los gladiadores que puso en gran peligro á Roma. Sabido es que una de las diversiones públicas favoritas de los Romanos eran las luchas de los gladiadores, que por parejas se bataban en la arena del circo, teniendo para instruirlos perfectamente en la lucha y en la esgrima diversas escuelas en varios puntos de Italia. Una de las más célebres era la de Cápua. Había en ella un famoso gladiador llamado Espartaco, el cual, indignado contra tan bárbara costumbre, persuadió á varios de sus compañeros de que era más honroso morir como héroes en el campo de batalla que perecer en el circo como fieras, sirviendo de diversion á la degradada é imbécil muchedumbre de Roma. Huyeron, pues, en número de unos setenta, refugiándose en el Vesubio, donde fueron á unírseles muchos bandidos y esclavos fugitivos. Cercados por dos pretores Romanos, atacaron los gladiadores con tal denuedo á los soldados de la República que los derrotaron completamente apoderándose de sus armas, equipándose y organizándose como un pequeño ejército. Algunos triunfos conseguidos sobre ejércitos formales compuestos de legionarios, dieron tal renombre á Espartaco é inspiró éste tal confianza á los esclavos tráicios, sus compatriotas, que acudieron en tropel de todas partes á inscri-

birse bajo sus banderas, elevándose en breve á *cien mil* el número de combatientes, recorriendo y asolando impunemente casi toda Italia. Propúsoles entónces Espartaco salir de la península y volver á sus hogares unos y retirarse otros á donde se creyeran más seguros; pero alucinados los más con la esperanza de un rico botin, resolvieron continuar la lucha cometiendo además la imprudencia de dividirse. Aprovechando esta ocasión los generales romanos, los atacaron con vigor, derrotándolos por completo y muriendo Espartaco en la refriega. En adelante, más bien que una guerra formal, fué aquello una especie de persecucion de bandas de criminales, de las cuales no se vió libre Italia en muchos años. Los dos generales á quienes cupo el honor de acabar con aquella insurreccion fueron Craso y Pompeyo, comenzando entónces á dibujarse claramente la rivalidad entre estos dos hombres notables.

Miéntras las bandas de los gladiadores talaban el suelo de Italia, recorrían los buques piratas de los Cilicios casi todos los mares, imposibilitando completamente el comercio, haciendo desembarcos hasta en las costas de Italia, saqueando las pequeñas poblaciones, y llevándose consigo los habitantes, por los que exigían despues un rescate proporcionado á la categoría de la persona. Hasta el mismo César fué sorprendido y hecho prisionero en un viaje á Rodas, teniendo que dar una gruesa suma por su libertad. Ante los constantes clamores de la opinion pública, tuvo el Senado que decidirse á obrar con energía; pero ni Publio Servilio, mandado contra ellos como procónsul, ni Marco Antonio, á quien se dió un mando extraordinario on el

Mediterráneo, cosiguieron limpiar de aquella plaga los mares. En tal situacion votóse la célebre ley *Gabinia*, por la que se confería á Pompeyo una autoridad absoluta é ilimitada en todo el Mediterráneo. Pompeyo reunió una numerosa escuadra, la dividió en secciones, colocó estas en los puntos más convenientes para el buen éxito de sus planes, y comenzó la guerra con tanto acierto que en pocos meses dejó completamente limpios de piratas todos los mares, desde el Gusino hasta las columnas de Hércules.

4. *Segunda guerra contra Mitrídates.*—*Conquista del Ponto y de la Armenia.*—Al mismo tiempo que las anteriores, sosteníase en Oriente la segunda guerra contra Mitrídates. Por más que ni Roma ni el rey del Ponto deseaban la guerra, se la impusieron los acontecimientos de un modo inevitable. —Al morir el rey de Bitinia, Nicanor III Filopator, sin descendencia legítima, dejó por herederos de su reino á los Romanos. La anexión de este país acercaba éstos á las fronteras del reino del Ponto, y les devolvía su antigua preponderancia en Oriente. Mitrídates tomó su partido y declaró la guerra á la República, ajustando ántes cuantas alianzas podían allegarle algunos recursos. El rey puso en campaña un ejército de más de 150.000 hombres, surcando además los mares una escuadra de cuatrocientas galeras. También los Romanos procuraron reunir en Asia Menor un ejército y una escuadra, aunque muy inferiores á los del Ponto. Rompiéronse, pues, las hostilidades, haciéndose Mitrídates dueño de Bitinia, y poniendo en grave apuro á los Romanos que hubieran perdido seguramente todas sus posesiones asiáti-

cas si los Galos, establecidos cerca de Pesimunte, no hubieran tomado el partido de Roma y luchado victoriosamente contra los ejércitos del Ponto. Tenían estos sitiada á Caledonia por mar y tierra, y los jefes romanos, Cotta y Lúculo decidieron reunirse y marchar contra el Rey para terminar la guerra en una sola batalla; pero no esperando Cotta á su colega, atacó con sus solas fuerzas y la escuadra, al mando de Publio Rutilo, siendo completamente derrotados los Romanos, tanto por mar como por tierra; y si bien con la llegada de Lúculo mejoró un tanto la situacion de los negocios de la República, no se repusieron por completo hasta la gran derrota de las huestes de Mitrídates, delante de Ciciquia, en la que, habiendo perdido el Rey todo su ejército, tuvo que refugiarse en sus naves y continuar la guerra por mar, aunque no con mejor fortuna, siendo aniquilada su escuadra, parte por el enemigo, parte por las tempestades. Entónces invadió Lúculo el territorio del Ponto, persiguió á Mitrídates á través de su reino, sin cuidarse del sitio de las plazas fuertes, y encontrando cerca de Cabira el principal ejército pónico, lo atacó y derrotó completamente, huyendo Mitrídates con algunos de los suyos y refugiándose en Armenia. Los Romanos conquistaron entónces casi todo el Ponto, aunque algunas ciudades se defendieron á la desesperada, quedando aquéllos dueños de casi toda el Asia Menor. Mas para asegurar la paz en Oriente era necesario humillar á Tigranes, el poderoso Rey de Armenia, en cuyos Estados se había refugiado Mitrídates; pero Lúculo carecía de soldados y recursos suficientes, y el Senado no estaba en disposicion ni en ánimo de enviárselos. El

general se propuso entonces hacer la guerra por su cuenta, pasó el Eúfrates y marchó directamente sobre Tigranocerta, cuya ciudad sitió con sus aguerridas huestes que apenas llegaban á 10.000 hombres. Tígranes huyó de su capital y se retiró á las montañas, donde reunió un ejército veinte veces superior al de Lúculo, pero fué completamente derrotado, pudiendo él salvarse á duras penas.

Cuando el gran Rey se vió humillado, puso á Mitrídates á la cabeza de 10.000 caballos armenios para que marchase á su antiguo reino á fin de llamar por aquí la atención de los Romanos. Este comenzó una guerra de escaramuzas, sin empeñar una batalla decisiva, lo cual, juntamente con el descontento general de los Romanos contra Lúculo por aquella especie de guerra de aventuras, hizo que cambiase bastante la situación. Cuando Mitrídates llegó á su reino volaron á su encuentro sus antiguos súbditos, levantando un ejército respetable que puso en grave apuro á los pequeños destacamentos romanos que guarnecían las principales ciudades, mientras Lúculo se hallaba internado en los montes de Armenia, haciendo prodigios de valor, que eran completamente estériles, y viéndose obligado á emprender una penosa y difícil retirada.

Por este tiempo se votó en Roma la ley Manilia, que confirió á Pompeyo el mando del ejército que había de operar en Asia Menor contra Mitrídates. Comenzó Pompeyo por reunir el mayor número de tropas posible, elevándose su ejército á unos 40.000 hombres, y por contraer algunas alianzas con varios príncipes de Oriente, procurando además sembrar la división entre Mitrída-

tes y Tígranes. En la primera campaña penetró este ejército en el Ponto y comenzó la persecucion del Rey, que procuraba atraer á Pompeyo á regiones enteramente desconocidas; pero éste le cortó la retirada y lo envolvió en las orillas del Licus, derrotándolo tan completamente que á duras penas pudo salvarse el Rey, acompañado de algunos caballeros. No encontrando apoyo en Tígranes, tomó el Rey el camino del Norte, dirigiéndose hácia el reino del Bósforo al Norte del Mar Negro, mientras Pompeyo se arrojaba sobre el rey de Armenia, obligándole á comprar la paz á costa de todas sus anteriores conquistas y de una fuerte indemnizacion por gastos de guerra, continuando despues el general romano sus excursiones y sus victorias por la Iberia, la Albania y otros países.

Mitrídates se había refugiado en tanto en Panticapea, arrojando del trono usurpado á su hijo Machares y comenzando á formar de nuevo grandiosos proyectos, buscando alianzas en todos los pueblos del Oriente de Europa para penetrar en Italia al frente de numerosos ejércitos; pero una insurreccion de las principales ciudades de su nuevo reino, á cuya cabeza se puso su hijo Farnaces, le obligó á darse la muerte con todas sus mujeres y concubinas. Así acabó Mitrídates Eupator, en el año 63 ántes de J. C., á los 68 años de edad y 26 despues de su primer combate con los Romanos. Muerto Mitrídates, y conquistadas las últimas fortalezas del Ponto, procuró Pompeyo arreglar los asuntos de los diversos Estados de Asia Menor, Siria, Palestina, etc., no sin tener que librar todavía algunos combates, sobre todo con los judíos,

partió para Italia y Roma, en donde fué bien recibido, aunque no con los honores y consideraciones que él esperaba.

5. *Conjuracion de Catilina y consulado de Ciceron.*—Con las leyes Gabinia y Manilia habíase inferido á la aristocracia tal derrota, que no tardaron sus hombres más importantes en retirarse á la vida privada, dejando así libre á la democracia el campo del Gobierno. Pompeyo y los demócratas se habían protegido mutuamente en un principio; pero despues estuvieron á punto de venir á un completo rompimiento, comenzando á tramarse secretas conjuraciones contra el poder de aquella especie de monarca, que, aunque se hallaba peleando en el extremo Oriente, dejaba sentir su influencia en el Senado y en el forum. Para contrarrestarla con probabilidades de éxito, se había aliado la democracia con los anarquistas, pudiendo decirse que Roma estaba constantemente sobre un volcan. El complot estaba tramado para el dia primero de Enero del año 65. ¿Quiénes entraban en aquella conjuracion? No puede decirse con certeza. Suponen unos que se hallaban comprometidos Craso y César y que Catilina era el jefe de las bandas de asesinos que se habían de arrojar sobre los senadores y los cónsules salientes y que despues estaba convenido nombrar á Craso dictador y á César jefe de la caballería; pero esta conjuracion abortó sin que se sepa la causa. No tardó mucho tiempo en volver á comenzar el complot, proponiendo los demócratas como candidato al consulado al demagogo Catilina, quedando siempre á retaguardia y ocultos los misteriosos jefes verdaderos de la conjuracion. Reunidos los nobles, se propusieron dar sus votos á un

hombre nuevo, orador excelente y sagaz político, á M. Tulio Ciceron, que, gozando de las simpatías de los caballeros y de los partidarios de Pompeyo, tenía muchas probabilidades de triunfo frente al candidato demócrata completamente desprestigiado hasta entre los hombres honrados de este partido. Así es que éste quedó fácilmente derrotado por su ilustrado competidor. No pudiendo emprender nada serio desde las esferas del poder, se propusieron continuar la conspiración, intentando ahora crear frente á Pompeyo diez magistrados con poderes extraordinarios para la ejecución de la ley agraria propuesta por Servilio Rulo, en virtud de la cual debían erigirse en Italia nuevas colonias de ciudadanos á quienes se daría en propiedad perpétua una determinada extensión de territorio, adquirido por el Estado, con fondos procedentes de la venta de los terrenos públicos de Italia y de las provincias. Pero la ley fracasó, y todo quedó en el mismo estado que ántes. Entonces comenzaron los armamentos de los conjurados en diversos puntos de Italia, pero principalmente en Etruria. Entre tanto llegó el mes de Octubre que era el designado para la elección de nuevos cónsules, presentándose otra vez Catilina como candidato, mas con el firme propósito de asesinar al cónsul y á los principales senadores, si la votación no le era favorable; pero Ciceron que conocía detalladamente todos los proyectos de los conjurados, los denunció al Senado en presencia del mismo Catilina, tomando tales precauciones para el día de la elección que los conjurados no tuvieron más remedio que apelar á las armas. Levantó, pues, Cayo Manlio la bandera de la estos y algunos de los principales demócratas, que

insurreccion en Etruria, pero Catilina continuó en la ciudad empeñado en llevar á cabo sus proyectados asesinatos, fracasando tambien una segunda tentativa el dia 7 de Noviembre. El dia 8 convocó Ciceron á los Senadores, denunciando con valentía todos los planes de Catilina, y excitando á éste, que se hallaba presente, á que marchase al campo de los conjurados, como lo verificó, en efecto, no sin dejar ántes arreglados ciertos detalles para que durante su ausencia ejecutasen sus parciales los asesinatos que tenían convenidos. Estos no tuvieron habilidad ni valor para llevar á cabo dichos planes, ántes por el contrario, cometieron la torpeza de dar pruebas escritas á los enviados de los Galos, los cuales las entregaron á Ciceron que mandó prender inmediatamente á Lentulo, Cetego, Gabinio y demás jefes, mandando decapitarlos sin seguir el proceso todos sus trámites legales, lo cual valió al Cónsul que le saludaran los nobles con el nombre de padre de la patria. En cuanto al ejército de los conjurados, no decidiéndose el cónsul Antonio (que mandaba el ejército del Gobierno, pero que estaba comprometido con los conjurados) á luchar contra sus amigos, se fingió enfermo y resignó el mando accidentalmente en Marco Petreyo, el cual, dirigiéndose contra aquellos los encontró en la falda del Apenino, no léjos de Pistoya, donde se dió una sangrienta batalla en la que Catilina fué derrotado y muerto con un gran número de partidarios que mostraron en aquella jornada un valor y una decision á toda prueba y dignos de mejor causa.

6. *Primer Triumvirato entre Craso, César y Pompeyo. Muerte de Craso.*—Con la derrota de los anarquistas, y dada la indudable inteligencia entre

dó este partido en extremo abatido; mientras que los aristócratas de quienes Ciceron no era más que un instrumento, habían adquirido de nuevo una gran preponderancia hasta el punto de atreverse á ponerse frente al poderoso procónsul que debía llegar de Oriente de un momento á otro con el esplendor y el prestigio que le habían dado sus grandes victorias. Habíale César preparado el camino para una alianza con la democracia; pero mientras todos esperaban que se presentara con su ejército á las puertas de Roma, reclamando el puesto que de derecho le correspondía, licenció sus tropas en cuanto llegó á Italia, quedando reducido á la nulidad política, pues había tenido la habilidad de malquistarse con todos los partidos y hombres importantes, y entre estos con su ya antiguo rival Marco Craso. Aprovechando César la desairada posicion del ilustre general y la amistad que le unía con Craso, les propuso una reconciliacion, haciéndoles ver que unidos podían desafiar impunemente las iras de todos los partidos, mientras que separados no conseguirían más que ser desairados cuando no escarnecidos. Entónces fué cuando, poniéndose de acuerdo sobre ciertos puntos capitales, formaron el primer triumvirato, repartiéndose á su antojo los principales cargos del Estado, siendo impotentes contra esta coalicion cuantos exfuerzos se intentaron por parte de los nobles, retrayéndose en su consecuencia sus principales jefes, entre ellos Caton y Ciceron. Para estrechar más esta union, tomó Pompeyo por esposa á la jóven Julia, hija de César, cuyo matrimonio era tan feliz, que Pompeyo no echaba para nada de ménos los triunfos ni los honores de la vida pública. Pero habiendo fallecido

al poco tiempo la feliz esposa, volvió Pompeyo á los azares de la política, habiéndose ya roto uno de los más fuertes eslabones que unía entre sí á los triumviros. Otro incidente, más fatal si cabe, vino á trastornar el equilibrio que á la sazón reinaba. Apenas había trascurrido un año después de la muerte de Julia, cuando el ambicioso Craso, queriendo rivalizar en gloria militar con sus dos ilustres colegas, y encargado á la sazón del proconsulado de Siria, se propuso subyugar al belicoso pueblo de los Partos; y reuniendo al efecto un respetable ejército pasó las fronteras y comenzó á perseguir al ejército enemigo, que esquivaba la lucha, atrayendo á los Romanos hácia el interior del país, hasta que, habiendo llegado á un lugar para ellos ventajoso cerca de Carrás, le presentaron la batalla, y lo envolvieron y derrotaron completamente, muriendo él en el campo con lo más florido de sus tropas.

7. *Rivalidad y lucha entre César y Pompeyo. Batalla de Farsalia. Muerte de Pompeyo.*—La muerte de Craso acabó de turbar la buena armonía que aun reinaba entre César y Pompeyo, pues no habiendo un tercero que mediase para evitar disidencias ó equilibrar las fuerzas poniéndose al lado de la parte más débil, dicho se está que no podía ser la paz muy duradera, y se vió, en efecto, que cada cual de los dos triumviros trabajaba por su parte para que fuese el único señor de la República. Debiendo Pompeyo ir á España, cuyo proconsulado le había correspondido, aplazó indefinidamente su marcha á fin de intrigar en Roma al lado del Senado, y debilitar al que ya consideraba como su adversario. César, por su parte, aunque empeñado en la guerra

de las Galias, no apartaba la vista de Roma, intrigando tambien por medio de sus amigos. Inútil fué que quisiera intervenir el Senado temiendo la colision entre estos dos hombres poderosos, ordenándoles que resignasen ambos el mando. César contestó que estaba dispuesto á obedecer siempre que lo verificase Pompeyo al mismo tiempo; pero como éste se había ganado la corporacion aristocrática, la contestacion que ésta dió fué declarar á César fuera de la ley sino resignaba inmediatamente el mando, é investir á los cónsules de poderes *extraordinarios*. Ninguna de ambas partes se hallaba dispuesta para romper inmediatamente las hostilidades; pero Pompeyo tenía de su parte al gobierno, y decía que haría surgir legiones con sólo herir con el pié el suelo de Italia, con lo cual se confió extraordinariamente, y como la victoria, en estos casos, es siempre del que obra con más decision y prontitud, y estas cualidades adornaban á César en alto grado al paso que carecía de ellas Pompeyo, resultó lo que no podía ménos de suceder, es decir, que ántes que éste se moviera ni decidiera á hacer nada, ya había aquél tomado sus medidas para reunir un ejército considerable y se había puesto en camino para Roma. El Senado dió un decreto declarando traidor á la patria al que pasase el Rubicon, rio que separaba la provincia de la Galia Cisalpina, donde se hallaba Cesar, de la Italia propiamente dicha; pero el procónsul no era hombre que se detuviera ante un simple decreto inspirado por su rival; y ántes que llegaran las restantes legiones que tenía en la Transalpina, con una sola pasó el Rubicon, penetró en Umbria, y se apoderó de todas sus principales ciudades y de las del

Picenum sin romper una lanza. Uniéronsele allí otras dos legiones y algunas milicias ,y se dirigió á la capital; pero á la nueva de su resolución habían ya huido Pompeyo y el Senado, y César marchó sobre Corfinium valerosamente defendida por Domicio, pero que se entregó en cuanto supo la huida de Pompeyo, y los soldados siguieron las banderas del procónsul demócrata, que, con su amable trato y generoso comportamiento, se iba captando por doquiera las simpatías de los ciudadanos y de los soldados. Su rival Pompeyo con la turba-multa de los senadores y aristócratas, cobardes é indecisos, había marchado casi á la ventura, sin rumbo fijo, hasta que determinaron salir de Italia y dirigirse á Oriente, como lo verificaron embarcándose en Brindis en el momento que el ejército de César llegó al pié de los fuertes muros de la ciudad. El victorioso procónsul volvió entónces á Roma, fué autorizado por un plebiscito para tomar del Tesoro todos los recursos que necesitara, y no pudiendo seguir á Pompeyo al otro lado del mar por carecer de una escuadra para ello, dueño como era ya de Italia y de la Galia, se dirigió á España gobernada por los lugartenientes de su rival, Afranio y Petreyo, á quienes derrotó completamente, cayendo toda la península en su poder en una sola campaña. A su regreso tomó á Marsella que se había declarado p r Pompeyo, y cuando llegó á Roma había sido nombrado Dictador. Detúvose aquí sólo diez dias, durante los cuales puso en orden todas las cosas y dictó muchas y acertadas disposiciones. En Oriente, derrotados sus amigos Dolabela y Cayo Antonio, quedó todo el país allende el Adriático en poder de los pompeyanos, así como las costas

de Africa en donde se hallaba Varo, pues si bien es cierto que César mandó allí á Curion, éste fué derrotado y muerto. Todo el Oriente se hallaba pues en poder de Pompeyo, incluso Egipto y África, al paso que el Occidente seguía los destinos de César. Mientras éste subyugaba á España y arreglaba las cosas de Italia, había reunido Pompeyo un numeroso ejército, con mucha y excelente caballería, y una escuadra poderosa; pero que no pudo impedir que César pasase á Epiro con parte de sus legiones.

El procónsul de los aristócratas salió de Salónica con casi todas sus fuerzas, dirigiéndose al encuentro de César. Ambos ejércitos invernaron uno frente á otro, cerca de Durazo. En la primavera siguiente determinó César tomar la ofensiva, á pesar de la inferioridad numérica de su ejército. Después de haberse convencido de que no era aquel buen campo de operaciones para él, dispuso trasladar á otra parte el lugar de la campaña, y se dirigió con gran rapidez hacia la Tesalia, siguiéndole poco después el ejército de Pompeyo. Ambos procónsules establecieron sus campamentos cerca del Enipeo en las inmediaciones de Farsalia, en cuyos campos se dió la célebre batalla de su nombre, siendo completamente derrotado el ejército pompeyano, cuyos restos, perseguidos por César, se entregaron al vencedor, que los trató con mucha clemencia. La mayor parte de los senadores se refugiaron en Africa, y Pompeyo huyó con su familia á Egipto, donde el cobarde Tolomeo Auletes, que le debía el trono, mandó asesinarle para presentar su cabeza al vencedor y captarse sus simpatías, si bien las cosas no le salieron como él había presumido. Así acabó el gran Pompeyo, el exterminador

de los piratas y conquistador de Oriente, quedando con su muerte humillado para siempre el poder de la aristocracia.

8. *César sitiado en Alejandría. — Victoria del Nilo y expedición contra Farnaces.*— Tres días después de la batalla de Farsalia siguió César las huellas de su rival, llevando consigo unos 4.000 hombres, llegando á Alejandría donde se enteró de la muerte de Pompeyo, cuya cabeza le presentó el traidor Teodoto, volviendo César la suya por no verla. Apenas éste desembarcó y se instaló en su palacio, penetró en él la hermosa Cleopatra, hermana del Rey, y que aspiraba á apoderarse del trono. Prendado César de su hermosura, no era fácil que le negara nada que Cleopatra le pidiese. Cuando el vencedor de Farsalia quiso que viniesen ambos hermanos á un mútuo arreglo, se sublevó el pueblo de Alejandría, poniendo á César en tal apuro que tuvo que salvarse á nado; pero repuesto de la sorpresa, dispersó las masas que le asediaban, y una batalla campal ganada por él en las orillas del Nilo, concluyó con aquel peligroso episodio de su vida militar. Después de cuatro meses dedicados principalmente á los placeres, salió César de Alejandría, dirigiéndose á Siria, amenazada por Farnaces, hijo de Mitrídates, siendo tan breve la expedición y la campaña, que dió cuenta de ella al Senado en aquella carta lacónica que sólo contenía estas palabras: *Veni, vidi, vici*, entónces se volvió á Roma, donde entró por tercera vez á fines del verano del año 47, siendo nombrado dictador por segunda vez y partiendo en seguida para Africa, donde derrotó, en la batalla de Tapso, los restos del partido pompeyano que allí se habían refugiado.

Arregló la provincia de Africa y volvió á Roma, donde fué nombrado Dictador por tercera vez y por el término de diez años, reuniendo en su persona todas las magistraturas más importantes de la República, ejerciendo de este modo un poder casi absoluto y dando principio de hecho y de derecho á la monarquía imperial, interrumpida despues sólo durante algunos años, miéntras Augusto y Antonio se disputaron el poder supremo.

RESÚMEN.

1. Dadas las tendencias del siglo, las corrientes que agitaban la sociedad romana, y los elementos que la constituían, no podía subsistir por mucho tiempo la Constitución de Sila con sus reformas oligárquicas. No habiendo entre los patricios un personaje capaz de heredarle y continuar su obra, y exigiéndolo la sociedad como una necesidad de los tiempos, claro es que había que buscarlo, ora en el partido de los caballeros, ora en el de los demócratas. Los jefes de la aristocracia, Metelo, Catulo, Lúculo y Caton, sobre que no tenían estas aspiraciones, eran impotentes para soportar tan pesada carga. De los personajes principales que sobresalían en la facción de los caballeros, Ciceron (si es que éste perteneció á algun partido) Craso y Pompeyo, este último era el que más aspiraciones tenía á ocupar el primer puesto en la República; pero faltábanle algunas condiciones indispensables para ello, y sólo la fuerza de las circunstancias le colocó en la cúspide del poder humano. Entre los representantes de la democracia—Lépido, Sertorio, Catilina y César—aunque todos tenían quizá esas aspiraciones, sólo el último reunía las condiciones de ilustracion, sagacidad y energía que se necesitaban para heredar dignamente al dictador aristócrata.

2. Apenas murió Sila, comenzaron pues á agitarse los

partidos avanzados y los hombres que en ellos gozaban de alguna influencia. El primero que intentó apoderarse del poder fué el ambicioso é incapaz Marco Emilio Lépido, que se sublevó en la Galia con algunas tropas contra el Senado; pero fué derrotado por Catulo y Pompeyo en el puente Milvio, muriendo al poco tiempo en Cerdeña donde se había refugiado. Más seria y peligrosa fué la insurreccion de los Españoles dirigida por el marianista Sertorio, que quiso fundar aquí una República análoga á la de Roma, luchando con bravura durante algunos años, y derrotando en muchas batallas los poderosos ejércitos de la República mandados por generales tan hábiles como Metelo y Pompeyo. La ambicion de Perpena que aspiraba á sustituirle en el mando supremo, concluyó por asesinar, durante un banquete, al ilustre caudillo de los Españoles, siendo aquél derrotado y muerto al poco tiempo por los Romanos.

3. Aun más peligrosas que la anterior fueron la insurreccion de los gladiadores y las correrías de los piratas. Promovieron aquella unas cuantas parejas que se escaparon de la escuela de Cápuá, y que, dirigidas por el célebre Espartaco, vencieron primeramente algunos destacamentos de milicias romanas, y se aumentaron tan extraordinariamente que en poco tiempo subieron sus huestes á más de 70.000 hombres, los cuales estuvieron talando casi toda Italia por espacio de más de dos años, hasta que cometieron la imprudencia de dividirse, y fueron atacados y destruidos por los ejércitos romanos mandados por Craso y Pompeyo.

Por este mismo tiempo recorrían impúnemente los piratas Cilicios todo el Mediterráneo haciendo imposible el comercio y la navegacion, y teniendo en constante alarma á los habitantes de las islas y de las costas. Las primeras expediciones dirigidas contra ellos por Servilio y Cayo Antonio no diéron resultado alguno; pero investido Pompeyo de poderes extraordinarios por la célebre ley Gabinia, purgó de piratas el Mediterráneo en ménos de tres meses.

4. No marchaban los asuntos en Oriente mejor que en Occidente. Las injustas éxacciones de los Romanos en todas las ciudades y países de Grecia y Asia Menor, ha-

bían producido tal descontento que en todas partes deseaban se presentase un libertador cualquiera para seguirlo unánimemente; así es que, cuando apareció en la escena de la historia el célebre Mitridates, rey del Ponto, halló tales simpatías que le fué fácil extender extraordinariamente las fronteras de su pequeño reino; y cuando ya se declaró la guerra entre él y los Romanos, estuvieron éstos á punto de perder todas sus posesiones de Asia y muchas de Europa, como ya en otro lugar hemos indicado. Pero al estallar la segunda guerra, hubiérale sido fácil vencer al Rey, si las complicaciones y guerras de Italia y España no hubieran absorbido por completo la atencion y las fuerzas de Roma. Esta circunstancia hizo que se prolongase extraordinariamente la lucha, á pesar de los hechos heroicos de Lúculo y de su pequeño ejército. La ley Manilia confirmó á Pompeyo la direccion de la guerra de Oriente con poderes extraordinarios, y este general dió el último golpe al poder de Mitridates que tuvo que refugiarse en Panticapea, al norte del Mar Negro, donde insurreccionándose contra él su hijo Farnaces, y viendo el rey perdido su trono, se atravesó con su espada, librando así á Roma de un peligroso enemigo.

5. Respecto al estado interior de Roma, aunque las leyes Gabinia y Manilia habían inferido un rudo golpe á la aristocracia, fué esta reponiéndose lentamente gracias á las exageraciones de algunos demagogos, con los que parecía había hecho causa comun la democracia. El jefe de estos era Lúcio Sergio Catilina, de familia noble, pero hombre vicioso y corrompido, que se propuso apoderarse del mando de la República, siquiera fuese necesario apelar para ello á las conspiraciones y al asesinato. Vencido por Ciceron en las elecciones consulares, tramó una conjuracion contra la vida de éste y demás Senadores influyentes del partido aristocrático; pero descubierta por Ciceron, la reveló éste al Senado en una célebre invectiva, viéndose obligado Catilina á salir de Roma y á ponerse al frente de un ejército que los conjurados habían reunido en Etruria, siendo derrotado y muerto al poco tiempo en la batalla de Pistoya, al pié del Apenino. Habiendo sido decapitados tambien los jefes de la conju-

racion que habían permanecido en Roma, quedó la ciudad tranquila durante algun tiempo.

6 y 7. Muerto Catilina, y despues de varias intrigas y luchas entre el partido popular y el aristocrático, estalló cierta rivalidad entre los dos hombres más poderosos de aquel tiempo, entre Craso y Pompeyo. Pero la habilidad de César halló medios de reconciliarlos, formando los tres una especie de alianza conocida en la historia bajo el nombre de *primer triumvirato*, repartiéndose entre sí los cargos públicos y las más ricas provincias, tocando á Pompeyo el Gobierno de España; á César el de Galia, y últimamente á Craso el de Oriente. Muerto este último en una expedicion contra los Partos, estalló la rivalidad entre César y Pompeyo, viéndose que cada cual trabajaba por su parte para quedar único señor de la República.

Las cosas llegaron á tal extremo, que ámbos triumviros apelaron á las armas; y si bien Pompeyo contaba con más elementos, la energía y la actividad de César hizo que éste se sobrepusiera á su rival, que huyó á Oriente, donde reuniendo un formidable ejército y una poderosa escuadra, esperó tranquilamente el ataque de César. Este, despues de haber sometido á Italia, Galia y España, se dirigió al fin contra Pompeyo. Despues de algunos combates de ménos importancia, se encontraron ámbos ejércitos en los campos de Farsalia, siendo completamente derrotados los pompeyanos, huyendo el jefe á Egipto, donde murió á manos de un asesino.

8. César, que le había seguido, desembarcó en Alejandría con algunas fuerzas, y al intentar arreglar las diferencias entre los individuos de la familia real de Egipto, estalló en dicha ciudad una insurreccion que puso en grave riesgo su vida; pero derrotados los Egipcios en una batalla á orillas del Nilo, y arregladas dichas diferencias, marchó César contra Farnaces, sucesor de Mitrídates, y después de derrotarlo, volvió á Italia, desde donde se embarcó para Africa, exterminando en la batalla de Tapso los restos del partido pompeyano que allí se habían refugiado. Volvió inmediatamente á Roma, donde el pueblo le confirió la dictadura por diez años y todas las demás magistraturas de importancia, dando principio desde este momento á la monarquía imperial.

LECCION XI.

Julio César.

1. *Cesar: su juventud.—Su carrera política:—*
No obstante haber hablado ya en general, en la leccion precedente, del gran estadista de la antigüedad y de su significacion y gran valía en la historia de su pueblo, creo, sin embargo, que esa colosal figura que se destaca sobre las demás de su época y aún de todos los tiempos como la corpulenta encina sobresale entre los pequeños arbustos que la rodean; que ese hombre que, aún ántes de aparecer, ya le anuncian las ideas de que hade ser ilustre representante, y á las que ha de dar cuerpo y vida, á la manera que los primeros albores de la mañana anuncian la aparicion del sol y de un nuevo dia....., bien merece que se haga de él y de sus vastos planes una mencion especial, y que se le dedique un capítulo aparte en la historia del pueblo-rey.

Segun la opinion de eruditos historiadores, nació Cayo Julio César en Roma, en el año 102 ántes de Jesucristo, (652 de la Ciudad) (1). Descendiente de una familia patricia bastante ilustre, aunque talvez no tanto como él pretendía (remontaba su ge-

(1) La generalidad de los historiadores fijan como fecha del nacimiento de César el año 100 ántes de Jesucristo; pero las eruditas y acertadas observaciones que hace Mommsen en la obra citada, t. VII, p. 26-30 (nota), parece destruyen los fundamentos de esta opinion, dando la preferencia á la que fijo en el texto.

nealogía hasta Julio Ascanio, hijo de Eneas), á la vez que de otra plebeya, robusteci6se esta posicion especial y ventajosa por medio de enlaces matrimoniales que dieron á su g6nio el prestigio que merecía, y facilitaron la ejecucion de sus grandes designios. Su padre, Cayo César, murió en edad temprana y fué por esto de los individuos m6nos visibles de su familia. Aunque César reunió, con la suya y la de su mujer, una regular fortuna, parte le fué confiscada, y parte la derrochó, siguiendo en todo las costumbres libertinas de los jóvenes de su tiempo, sin que esto fuese un obstáculo para el completo desarrollo de su privilegiada inteligencia, sirviendo, por el contrario, este conocimiento de la sociedad de digno complemento á su educacion que era bastante esmerada.

Desde muy temprano comenzó el futuro dictador á mostrar la energía de su carácter y lo bien templado de su alma. Emparentado con Cayo Mario, el campeon del partido popular, casado con su tia Julia, estrechó más sus relaciones con este partido casándose él con Cornelia, hija de Cina. Sila, que ya había fijado su atencion en el joven César, le ordenó que repudiase inmediatamente á su esposa, á lo que se negó decididamente, á pesar de comprender que la negativa equivalía á sentenciarse á muerte á sí mismo. Salvóle, sin embargo, la intercesion de algunos parientes (pues casi todos los suyos militaban en las filas de la oligarquía), y pudo huir de Roma, llevando una vida errante y azarosa, cuando apenas había cumplido 20 años. El valor y la decision con que arrostró las iras y se puso enfrente del formidable dictador, cuando el partido popular se hallaba disuelto y

casi aniquilado, y cuando hombres poderosos como Pompeyo y Pison se habían apresurado á obedecer la primera indicacion de Sila en este sentido, le valió gran popularidad y respeto por parte de la muchedumbre, que comenzó á considerarle como el legítimo heredero del vencedor de los Cimbrios.

Despues de andar oculto algun tiempo en las montañas de la Sabinia, perdonado al fin por el dictador, partió para Oriente, donde comenzó su carrera militar en el sitio de Mitelene, y su carrera diplomática en la corte de Nicomedes de Bitinia que legó sus Estados al pueblo romano; pero cuando se hallaba en Cilicia peleando á las órdenes de Servilio, llegó la noticia de la muerte de Sila, y se puso inmediatamente en camino para Roma, donde entró cuando se estaba fraguando la insurreccion de Lépido, en la cual no tomó parte, entre otras cosas, porque jamás quiso secundar los planes de los demás á no ser que éstos favorecieran los suyos propios. Por último, ántes de entrar de lleno en la carrera de los negocios públicos, se marchó á Rodas y estudió el arte de la oratoria bajo la direccion del retórico Molon. A su vuelta á Roma fue cuando se lanzó á la corriente de los acontecimientos, atacando con vigorosas acusaciones á los partidarios de Sila, y poniendo su palabra é influencia al servicio de todo lo que tendiera á quebrantar y modificar la constitucion silana. Al fin fué elegido cuestor en el año 67 ántes de Jesucristo, y en el mismo murieron su tia Julia, viuda de Mario, y su esposa Cornelia, en cuyos funerales pronunció intencionados panegéricos, colocando entre los bustos de sus antepasados el de Cayo Mario, que las masas no habían podido contemplar en

público despues de la dictadura de su rival. A los dos años fué César elegido *edil*, ganando mucha popularidad con las fastuosas fiestas que ordenó en el año de su cargo, y sobre todo por haber colocado entre los objetos con que exornó el Forum, la estatua de Mario con todos los trofeos que representaban los gloriosos hechos del héroe de la democracia. El entusiasmo del pueblo rayó en delirio al contemplar en la plaza pública el severo busto de su ilustre general, y no obstante estar prohibido por las leyes de Sila, la estatua de Mario y sus trofeos continuaron formando parte del decorado del Forum.

En el año 63 obtuvo César el supremo pontificado, venciendo al hombre más respetable del patriado, al viejo é ilustre Quinto Metelo. En el año siguiente fué elegido al fin pretor, viniendo á regir, en cuanto espiró el año de su cargo, la provincia de España, donde consiguió grandes triunfos militares y acumuló cuantiosos tesoros para pagar á sus acreedores. Poco despues de su regreso á Roma fué cuando se formó el primer triumvirato, siendo César elegido cónsul por aclamacion en el año 60 ántes de J. C., llegando así á obtener el puesto más elevado de la República.

2. *Dotes militares de César. Conquista de las Galias.*—Aunque en realidad era César quizá el que menos base tenía al verificarse la coalicion entre los tres aspirantes al poder supremo y seguramente el que llevó á ella menos elementos materiales, pronto comprendieron todos que su gran habilidad política le colocaba muy por encima de sus dos colegas y que era el hombre verdaderamente peligroso para la existencia del gobierno republicano-

oligárquico; así es que, no pudiendo batirlo frente á frente, comenzó el Senado á excogitar un medio de inutilizarlo ó desprestigiarlo ante la opinion pública. Con tal objeto, se le quiso señalar, para cuando espirase el año de su consulado, una provincia en la que no necesitase fuerzas militares ni tuviese que desempeñar papel alguno de importancia, relegándolo así á la inaccion y al olvido; pero el tribuno Vatínio, hechura suya, propuso una ley por la que se daba á César, por un período extraordinario de cinco años, el proconsulado de la Galia Cisalpina y de la Iliria, con dos legiones. El pueblo votó la ley Vatinia, y el Senado, en vez de oponerse, le agregó el gobierno de la Galia Transalpina con el mando de otra legion. ¿Cuál era la causa de aquel aparente cambio de conducta del Senado? Fácil es adivinarlo. Esperábanse graves acontecimientos y trastornos allende los Alpes, segun se desprendía del descontento de los Alóbroges, de la inquietud y conducta de los Eduos, y sobre todo, de los movimientos de los Helvecios y de la horda germánica de los Suevos. La experiencia les había dado á conocer cuan terribles eran estas hordas y cuan largas y peligrosas las guerras que había que sostener para reducir las ó exterminarlas. Para esta empresa se necesitaba un general de reconocida pericia y energía, cuyas cualidades reunía César. Por otra parte, contando con que estas luchas habían de ser duraderas y peligrosas, esperaba el Senado, ó que César perdiera en aquel tiempo, con la ausencia, los amigos y relaciones políticas que tenía en Roma, ó que decayeran, á consecuencia de algun descalabro, las simpatías que hacía él sentía el pueblo. Los cálculos no esta-

ban mal hechos, tratándose de un hombre ordinario; pero se trataba de *Julio César* á quien con justicia la Historia ha calificado de verdadero génio, y por consecuencia, esto no hizo más que dar más ancho campo á sus ínclitas hazañas y más ancha base al edificio de su futura grandeza y de su gloria imperecedera.

Terminado, pues, el año de su consulado, y cuando aún estaba César haciendo sus últimas combinaciones políticas, llegaron á Roma graves noticias de la situacion de la Galia Transalpina y de los movimientos de los Helvecios, que se dirigían hácia Occidente buscando terrenos más fértiles y extensos donde establecerse, y los de los Suevos que habían pasado el Rhin y amenazaban dominar toda la Galia. Púsose inmediatamente en camino para la provincia Transalpina, llegando en ocho jornadas desde Roma á Ginebra, donde le esperaba la legion que defendía por aquella parte los límites de la provincia, ó sean las orillas del Ródano. Mandó destruir el puente que allí existía sobre el mencionado rio, y fortificó con trincheras la orilla izquierda por donde la corriente era vadeable; así es que, cuando los Helvecios llegaron á la orilla opuesta, fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron para atravesarla, viéndose obligados á tomar un camino más largo, salvando las montañas del Jura. César reunió entónces apresuradamente dos nuevas legiones, partió para Italia, se puso á la cabeza de otras tres que había situadas en Aquilea, atravesó los Alpes, no sin vencer ántes la ruda oposicion de los montañeses, y reuniendo todo su ejército, comenzó la persecucion de las hordas invasoras, alcanzando y derrotando su re-

taguardia en las orillas del Saona, cuyo rio atravesó despues, y al cabo de penosas marchas, y mediante una estratagemma de guerra, logró alcanzar y decidir á los bárbaros á que le hiciesen frente cerca de Bibracta (*Sautun*, en Borgoña) y los derrotó completamente en una campal batalla, haciendo en ellos gran carnicería, y obligando á los que sobrevivieron á que volviesen á su país natal.

Una vez puesta á salvo la provincia, y asentada entre los Galos como indiscutible la superioridad militar de las legiones y de su jefe, rogáronle aquellos que los librase de la tiranía de los Suevos, que ya habían sometido algunas tribus y amenazaban imponer el yugo á las demás. Despues de algunas conferencias con Ariovisto, jefe de la tribu germánica, el cual propuso dividirse entre ambos las Galias, determinó César apelar á las armas á fin de arrojar al otro lado del Rhin á los invasores. A pesar del pavor que la gran estatura y feroz aspecto de los guerreros germanos infundían á los legionarios, amenazándoles César con que, si no querían seguirle, atacaría él sólo á la cabeza de la décima legion, despertó el amor propio de las demás y marcharon todas contra el enemigo, al cual alcanzaron cerca del Rhin, al Norte de Basilea, donde se empeñó una terrible batalla, en la que los Germanos fueron destruidos, huyendo Ariovisto, que consiguió, con algunos de sus soldados, repasar el rio y refugiarse en los bosques de Germania.

Habiendo establecido César sus cuarteles de invierno en el centro del país galó, comenzaron á recelar de sus ulteriores miras las tribus belgas situadas al Norte del Sena, y formaron una pode-

rosa liga para oponerse á cualquier hostil designio del Procónsul. Sin contar éste con el permiso del Senado, levantó dos nuevas legiones y penetró en la region belga, ocupando una fuerte posicion entre el Sena y el Marne, de la cual no pudieron desalojarle los coaligados, que, cansados al fin de esperar que los Romanos saliesen de sus atrincheramientos, comenzaron á levantar su campamento y á dispersarse, marchando cada cual á su país. Entónces atacó César á los Nervianos, que era el pueblo más formidable de la liga, y los derrotó en una batalla entre el Sambra y el Escalda, no sin haber corrido gran peligro él y todo su ejército al principio de la jornada, por haber sido sorprendido. Subyugado este pueblo, se sometieron poco á poco todas las tribus belgas, y César dirigió sus miras hácia el Occidente y se propuso someter á los Menapianos, Morinos y demás tribus de las costas del Atlántico. Inútiles fueron todos sus esfuerzos para conseguirlo mientras limitó sus operaciones á la guerra continental; pero habiéndose decidido por fin á construir una escuadra derrotó tambien por mar á aquellos pueblos *anfíbios*, y con la sumision de los Aquitanos por su legado Publio Crasso, hijo del Triumviro, quedó sometida al poder de Roma toda la Galia, desde el Rhin hasta el Atlántico. Estos grandes triunfos hicieron callar en Roma á todos sus enemigos, y se celebraron juegos y fiestas extraordinarias por orden del Senado.

El procónsul se dirigió á la Galia Cisalpina, recorrió esta provincia, examinando el estado de las obras públicas, haciendo justicia á todos, y reclutando hombres y recogiendo dinero. Despues fué á establecerse á Luca, desde donde pudo comuni-

carse fácilmente con sus amigos de Roma, y á cuyo punto fueron á saludarle más de doscientos senadores y casi todos los magistrados de la República. Allí fueron tambien á conferenciar con el Craso y Pompeyo, reforzando sus antiguos lazos de amistad, y tomando sus medidas para continuar dominando en Roma. El efecto de esta conferencia fué la eleccion de Craso y Pompeyo para el consulado; y la votacion de la ley *Trebonia*, por la cual se confería á los cónsules, por el término de cinco años, el gobierno especial de dos provincias importantes (la de Siria á Craso y la de España á Pompeyo), y á la que Pompeyo agregó una cláusula para que se prorogase á César por otros cinco años, despues de transcurridos los de la ley *Vatinia*, el gobierno de las Galias.

Mientras Pompeyo se esforzaba en vano en sobreponerse en Roma á sus colegas, dando al pueblo magníficos espectáculos y construyendo grandes edificios públicos, se ocupaba César en llevar á cabo expediciones que asombraran á los Romanos é infundieran pavor en los bárbaros. Nuevas hordas de Germanos comenzaron á pasar el Rhin, cerca de Coblenza, pero fueron completamente derrotadas, muriendo en el campo ó ahogados en el rio más de 150.000 soldados de los invasores. Inmediatamente echó César un puente sobre el Rhin y penetró en Germania, talando y destruyendo cuanto á su paso encontraba. Castigados los bárbaros en su propio pais, volvió el Romano á pasar el rio, rompiendo luego el puente que ántes había construido. En este mismo año invadió las Islas Británicas, y aunque esta expedicion no fué más que una especie de reconocimiento, pasó en el año siguiente

con fuerzas muy superiores, derrotó á los insulares al mando de Casivelaum, y obligó á varias tribus á someterse. Sin embargo, tampoco esta expedicion tuvo más consecuencias que esparcir por la isla el terror del nombre romano, y admirar á sus conciudadanos.

Inmediatamente despues ocurrieron en la Galia dos sublevaciones sucesivas: la primera fué la de los Eburones, tribu semi-germánica, gobernada por Ambiorix, que puso en grave apuro á los lugartenientes de César; pero acudiendo éste desde Italia con algunos refuerzos, derrotó y casi destruyó la mencionada tribu, volviendo á la península en el invierno siguiente. Aprovechándose de la situacion interior de Roma, se rebelaron en los años siguientes (52 y 51 ántes de J. C.) todas las tribus de la Galia central, conducidas por Vercingetorix, jefe de los Arvernos, oponiendo á César tan obstinada resistencia en sus ciudades fortificadas, que necesitó éste casi tres campañas para reducirlos por completo. Con la toma de Avaricum, el último refugio de la insurreccion, quedó pacificada por mucho tiempo y sometida definitivamente á los Romanos toda la Galia, terminando allí estas célebres guerras de César y comenzando al poco tiempo la guerra civil entre éste y Pompeyo, de la que ya en otro lugar me he ocupado.

3. *Genio político de César.*—*Moderacion de su dictadura.*—Pero á la vez que sus grandes dotes militares, confirma la conquista de las Galias el génio político del gran estadista de Roma, génio que ya había entrevisto Sila, y que se había revelado en la habilidad con que se condujo César en las difíciles circunstancias que había atravesado

durante su carrera, no obrando jamás temerariamente como lo hicieron Lépido ó Catilina, pero no desperdiciando tampoco ocasion de darse á conocer ni de jugar con la mayor resolucion y valentía el todo por el todo. El arte con que supo ganarse primero las simpatías de los marianistas y despues la amistad y confianza de Craso y Pompeyo, ese mismo desplegó entre las tribus galas, reconciliándolas ó dividiéndolas, segun le convenía, teniendo amigos y servidores tan fieles que estaba al dia de cuanto ocurría desde la más humilde aldea de los Galos hasta el más secreto conciliábulo de la aristocracia romana, tomando así sus medidas para influir, lo mismo en las tranquilas y sencillas discusiones de la más insignificante de las tribus, como en las tempestuosas reuniones del Forum ó en las graves decisiones del Senado. Era pródigo para recompensar á sus amigos leales y benévolo para juzgar á sus francos enemigos; pero inexorablemente severo para castigar á los traidores y aún á los que creía un obstáculo insuperable para la realizacion de sus planes. Lo mismo ántes que despues de su ruptura con Pompeyo, fué siempre un modelo de habilidad política. Sólo en sus últimos años faltóle astucia ó confió demasiado en su popularidad y gran poder, y no ocultando sus designios de erigirse en autoridad suprema para humillar á los soberbios y ensalzar á los humildes, para extirpar hasta las últimas raíces de la oligarquía y establecer la posible igualdad en un pueblo en donde todos estaban igualmente degradados..., dió motivo y ocasion á los aristócratas para que conspirasen contra su vida, y le asesinaran á traicion aquellos que quizá más le debían.

Aun ántes de terminar la guerra civil, fué, como hemos visto, elevado por tres veces á la dictadura, de cuyo cargo no abusó jamás para perseguir ni vejar á sus enemigos, sino que obró con la más esquisita prudencia y moderacion en todo. A pesar de la servil adulacion del Senado, que le confirió sucesivamente los más pomposos títulos y honores y los más ámplios y absolutos poderes, tales como el de hacer la paz ó declarar la guerra sin la intervencion de esta corporacion ni del pueblo, disponer del ejército y del Tesoro, nombrar los pretores provinciales, dirigir los comicios, etc., etc., su proceder fué siempre bastante conciliador, no sólo entre los diferentes partidos políticos y los órdenes de ciudadanos, sino tambien entre las diversas clases de súbditos, procurando extender, aunque con precaucion y miramientos, el derecho de ciudadanía á muchas ciudades, regiones y pueblos que nunca lo habían disfrutado, como á la Galia Cisalpina, por ejemplo, dando así gran impulso á la unificacion de la sociedad antigua bajo el punto de vista del derecho y de la cultura greco-romana. En esta empresa, quizá objeto principal de sus miras y de todas sus obras, fué en la que rayó á más altura y la que reveló más á las claras su genio político.

4. *Triunfo definitivo de César sobre los pompeyanos. Concentra en sus manos todos los poderes del Estado. Nombre que prefiere para la monarquía. Sus principales medidas.*—Nombrado César dictador por tercera vez al regreso de su expedicion contra los pompeyanos refugiados en Africa, comenzó á ocuparse con diligencia en cicatrizar las terribles heridas que los desórdenes y las luchas

civiles habían abierto en la sociedad romana; pero le obligó á suspender su tarea una nueva guerra civil, promovida por dos hijos de Pompeyo que, con los restos del ejército de Africa, con los auxilios que les suministró Bocco, rey de Mauritania, con las legiones que habia en España, que se sublevaron contra César, y las milicias levantadas en esta provincia, reunieron en ella un ejército formidable, capaz de luchar con las más aguerridas legiones. César marchó en seguida contra ellos, y los halló cerca de Córdoba; pero una repentina y larga enfermedad, le impidió atacarlos por entónces. Los pompeyanos se retiraron hácia las costas del Mediterráneo, y cuando el dictador pudo ponerse á la cabeza de sus legiones, los encontró fortificados y los atacó y derrotó completamente en la batalla de *Munda*, cerca de Málaga, no sin haber corrido grave riesgo de ser derrotado y haber peleado personalmente, no, como otras veces, por la victoria, sino por la vida. Esta fué la última tentativa de resistencia del partido pompeyano, no quedando quien hiciese á César competencia ni quien se opusiera formalmente á sus aspiraciones.

A su regreso á Roma, resumía ya en su persona todos los honores y cargos de la República. Pontífice Máximo desde el año 63 a. de J. C.; nombrado dictador provisional en el año 49, dignidad que recobró despues de la victoria de Farsalia, designado dictador por diez años y censor por tres en el año 44, siéndolo luego vitalicio, y por último, dictador perpétuo despues de la batalla de Munda; investido de la dignidad consular por cinco años y por diez; príncipe ó presidente del Senado, y finalmente, *imperator* perpétuo, etc., etc.; reunía, en reali-

dad, las atribuciones de un verdadero monarca.

Pero el nombre de rey repugnaba á aquel pueblo que tanto se pagaba de las exterioridades, y era necesario tomar como principal cualquiera de los muchos títulos ó dignidades que le habían conferido. De las tres mas importantes,—la de Cónsul, la de Dictador y la de Imperator;—la primera tenía una significacion y atribuciones muy conocidas y bien determinadas; la segunda, las había tenido muy distintas en las diversas épocas de su historia; la tercera era, sino desconocida, por lo menos indeterminada en la extension de sus diversas atribuciones. La dignidad de *imperator* fué, pues, la que dió nombre á la nueva monarquía. ¿Es cierto que quiso César resumir sus títulos en el de rey? Ni siquiera parece probable, dado el conocimiento que tenía de lo apegados que eran sus compatriotas á la tradicion, y el tradicional ódio que profesaban á esta institucion, y ménos aún si se tiene en cuenta que él prefería el fondo á la forma y sabía sacrificar á la realidad las apariencias. Lo más probable es que esto fuese obra de imprudentes amigos y de serviles aduladores, y que el *imperator* no pensase jamás en cambiar á lo ménos por entónces, los nombres ni las apariencias de la antigua forma republicana.

Réstame, para terminar este párrafo, indicar algunas de las más notables reformas de César, reformas que asombran, no sólo por su trascendencia y por el superior talento que revelan, sino tambien por ser tantas y de tal índole que debieron exigir, para concebirlas y plantearlas, el trabajo de muchos hombres de primer orden durante bastantes años, siendo así que el Dictador pudo

disponer de pocos meses de quietud durante el último tercio de su vida. Una de las primeras reformas fué el arreglo del censo y la reduccion del número de ciudadanos pobres alimentados á costa del Tesoro público en Roma y sus inmediaciones. Otra, de que ya hemos hecho mención, fué la extension del derecho de ciudadanía á toda la Galia Cisalpina, y á muchas ciudades de la Galia Transalpina, de España, etc. Elevó á 900 el número de senadores, entrando á formar parte de esta noble y exclusivista corporacion romana muchos provinciales, especialmente Galos y Españoles; pero los cargos curules continuaron confiriéndose solamente á los Italianos, siendo el primer extranjero que consiguió el consulado el Español Balbo, natural de Cadiz y amigo de César y de Ciceron, cuyo hecho tuvo lugar cuatro años despues de la muerte del primero. Proponiéndose fundar principalmente en la paz y en el fomento de la agricultura la prosperidad y la grandeza de su imperio, comenzó á premiar los servicios de sus veteranos asignándoles lotes de las tierras públicas, más bien en las provincias que en Italia, y procuró honrar el vínculo del matrimonio, tan relajado en aquellos tiempos de corrupcion y de licencia. El matrimonio que tuviese en Roma tres hijos, cuatro en Italia ó cinco en las provincias, gozaba ciertas exenciones de cargas y gravámenes. Intentó además poner en vigor y en práctica un antiguo edicto que disponía que en el cultivo de las tierras se empleasen por lo ménos una tercera parte de braceros libres. En cuestion de obras públicas, fueron tambien muchas y de gran importancia las debidas á César, tanto en Roma como en las provincias, habiéndolo

dejado incompletos tres proyectos gigantescos: la desecacion de las lagunas Pontinas, la comunicacion de los lagos Lucrino y Averno con el mar para construir un gran puerto, y la medicion completa de todo el territorio del imperio para formar un mapa exacto del mismo, proyectos que fueron luego utilizados por Agripa, ministro de Augusto. Otro proyecto superior á los anteriores, aunque de otra índole, fué el de la formacion de un código de leyes, en el que se ordenasen los principios y la jurisprudencia de los antiguos jurisconsultos, vigentes en aquel tiempo en los Tribunales. Ya sabemos que esta obra sólo fué realizada muchos siglos despues por el emperador Justiniano. Por último, una de sus más benefic osas reformas fué la del *calendario*, llevada á cabo en el año 709 de la fundacion de Roma y 45 ántes de J. C.—Sabido es que el año civil romano constaba de trescientos cincuenta y cinco dias, miéntras que el año sideral consta de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas próximamente. César llevó á cabo la reforma agregando noventa dias más al 708, que se llamó por esto el año de la confusion, siendo así que, como dice Macrobio, debió titularse el último año de la confusion. Elevó, pues, César el año civil al número de dias del año solar, dividiéndolo en doce meses de treinta y treinta y un dias, excepto el de Febrero quo sólo tenía veintiocho, y de cuatro en cuatro años se le agrega un dia para incluir el que resulta de las seis horas á que ántes nos hemos referido. Este año se llamó bisexto (bisiesto). El calendario Juliano es el que seguimos en nuestros dias sin otras reformas que la *correccion gregoriana*, hecha á fin de computar con más exactitud el tiempo,

teniendo en cuenta los pocos segundos de error que habían en la apreciacion de éste segun el calendario de César.

5. *Conjuracion contra César.—Su muerte.—Juicio de su obra.*—Ya hemos visto anteriormente la improbabilidad de que César aspirase realmente al título de Rey; sin embargo, no faltó quien diera crédito á esta calumnia, y sobre todo cuando en el Senado se trató de presentar un decreto, facultándole para que tomase en las provincias este título, á fin de poder así satisfacer el honor de Roma y las exigencias del oráculo sibilino, que decía que sólo un rey podría conquistar el reino de los Partos y recobrar las águilas y demás insignias perdidas por Craso en la batalla da Carras. Por otra parte reinaba en varias clases de la sociedad cierto descontento por diferentes causas. La presencia de Cleopatra en Roma, con su hijo Cesarion que declaraba serlo tambien de César, exigiendo que se le reconociesen sus legítimos derechos; la clemencia del imperator que tanto disgustaba á sus más fervorosos partidarios; la irritacion de ciertos políticos estafadores de oficio, á quienes no se permitía robar como ántes á los desgraciados provinciales, etcétera, etc., iban lentamente preparando la tormenta que sólo había de descargar sobre la cabeza del Dictador; y cuando se trató de reunir un ejército para vengar la afrenta inferida á Roma por los Partos, se tramó una conspiracion, en la que entraban más de sesenta conjurados, la mayor parte de ellos senadores y magistrados, habiendo muchos que debían á César consideraciones, carrera y fortuna. Púsose á la cabeza de la conspiracion, aunque con repugnancia, Marco Junio Bruto, á quien los

demás hicieron creer que, así como su antepasado había sido el alma de la revolución que arrojara del trono al rey Tarquino el Soberbio, tenía él el deber patriótico de no permitir que se restableciese la nefanda institución que el primero había derrocado. No pasó desapercibido para César lo que contra él se tramaba; pero á pesar de los avisos de sus amigos y de los ruegos de su mujer para que no asistiese aquel día al Senado y tomase medidas enérgicas contra los conjurados, consiguieron éstos, por medio de Décimo Bruto, su antiguo lugarteniente, que desechase aquellas aprehensiones y marchó á la Curia, donde á poco de entrar le rodearon los conjurados con el pretexto de persuadirlo á que concediese indulto al hermano de un tal Cimbro, y afectando una discusión acalorada, se arrojaron todos sobre él, puñal en mano y tan ciegos de furor que se hirieron unos á otros, cayendo el dictador, muerto con veintitres puñaladas, á los piés de la estatua de Pompeyo, erigida en aquel lugar, por orden del mismo César, á la memoria de su ilustre contrario.

Así murió «el más grande de los hombres,» aquél á quien salieron bien todas sus empresas. Los discursos y arengas que de él nos quedan, y el testimonio de Ciceron nos muestran que fué un orador de primer orden; para probar que fué un escritor distinguido, ahí están sus *Comentarios*, modelo de ingenuidad y de sencillez y naturalidad de estilo, que los hacen iguales, si es que no superiores, á las mejores obras históricas de sus compatriotas; como general y buen táctico, las guerras de España, las de las Galias, y sus victorias contra Pompeyo y sus partidarios, le colocan

en uno de los primeros puestos entre los grandes capitanes de todos los siglos; como estadista y hombre político, no ha habido todavía quien le iguale; y lo que le hace aún más grande es su falta completa de vanidad y presuncion, tratando de igual á igual á todos los hombres. Era tan grande su pensamiento y tan oportunos y trascendentales sus proyectos que su muerte no abrió siquiera un paréntesis que interrumpiera la continuacion de su obra, la cual produjo sus principales frutos en tiempo de su sobrino y sucesor Octavio César Augusto. Ciertó que la monarquía imperial, que fué el resultado de las reformas de César en la constitucion política de Roma, trajo consigo grandes males y coincidió con la decadencia y la ruina del imperio y áun de la civilizacion antigua; pero entiendo que sólo considerando la historia por la superficie pueda atribuirse esta ruina á las instituciones del gran *imperator*. La historia tiene indudablemente sus leyes á que se sujetan todos los hechos; y la civilizacion antigua había necesariamente de desaparecer, legando, por decirlo así, sus principios á otra superior y más á propósito para el desarrollo y la marcha progresiva de la humanidad hácia su perfeccionamiento. Corrompida ya la sociedad romana en los últimos tiempos de la República, estaba irremisiblemente condenada á desaparecer de la escena de la historia; y no habiendo un pueblo con suficientes elementos de vida para sustituirla y dar cierta unidad á los heterogéneos elementos de la cultura antigua, vino César á llenar este vacío, levantando sobre las ruinas de una República ya estéril, si es que no imposible, el edificio de la monarquía

imperial, que dió por resultado la unificación de todos los pueblos cultos de lo que suele llamarse mundo antiguo, y preparó material y moralmente la sociedad para recibir la sublime doctrina del Cristianismo, que es, sin disputa, un gran paso dado por la humanidad en el camino que á su perfección conduce.

RESÚMEN.

1. Aunque en la lección anterior me he ocupado ya, en parte, de los hechos relativos á la historia de César, tienen éste y la obra por él realizada tal importancia que merecen se les dedique un capítulo aparte en la historia de su pueblo.

Nació Cayo Julio César en el año 102 ántes de J. C. y era descendiente de una familia patricia y de otra plebeya. Su padre, Cayo Céscar, murió en edad temprana dejándole huérfano y con pocos recursos. Cuando aun era muy joven casó con Cornelia, hija de Cina. Siendo pues sobrino y heredero de Mario y yerno de Cina, y dado su talento privilegiado, estaba llamado indudablemente á ser el jefe del partido popular. Comprendiéndolo así el dictador Sila, le ordenó, á la vez que á otros muchos, que repudiara á su mujer, á lo que se negó rotundamente el joven César, mostrando así su energía y lo bien templado de su alma. Habiendo incurrido por esta causa en las iras del terrible dictador y habiendo podido á duras penas salvarle la vida sus amigos y parientes, partió para Oriente donde comenzó su carrera militar y diplomática. Muerto el Dictador, volvió á Roma poco ántes de que estallara la insurrección de Lépido, en la que no quiso tomar parte, marchando luego á Rodas á perfeccionar sus estudios bajo la dirección del retórico Molon, y cuando volvió á Roma entró de lleno en la corriente de los negocios públicos, aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban para

dirigir rudos ataques á la nobleza y á la constitucion silana. A los 35 años de edad fué elegido Cuestor, y á los 37 Edil, ganando mucha popularidad en este cargo por sus fastuosas fiestas y por haber colocado en el Forum la estatua de Mario con todos los trofeos que representaban sus gloriosos triunfos. A los 39 años fué elegido Pontífice supremo, y pretor á los 40, viniendo al siguiente á regir la provincia de España donde obtuvo grandes triunfos militares y acumuló cuantiosos tesoros, siendo elegido por aclamacion Cónsul á los 42 años y formando parte del primer triumvirato con Craso y Pompeyo.

2. Reconocido por amigos y adversarios como un político admirable y un capitán de primer óden, y notándose al norte de los Alpes cierta agitacion entre los bárbaros que parecía amenazar la provincia de la Galia Transalpina, pueblo y Senado unánimes, aunque quizá con intencion distinta, le confirieron el proconsulado de ámbas Galias por cinco años, con una fuerza militar de tres legiones. El Senado esperaba que en una ausencia tan prolongada y en una guerra tan peligrosa como la que amenazaba, perdería gran parte de su popularidad y quizá su vida. Andaba sin embargo muy errado en sus cálculos; pues esto no era más que proporcionar á César ancho campo para desarrollar sus proyectos y nuevos laureles que añadir á su gloria militar. Habiendo llegado á Roma la noticia de que los Helvecios en masa se dirigían hácia Occidente buscando nuevas tierras donde establecerse, partió César para su provincia á fin de poner á cubierto las fronteras; llegó á Ginebra en ocho jornadas, destruyó el puente que había sobre el Ródano y fortificó con trincheras la orilla romana, siendo rechazados los bárbaros cuando intentaron atravesar el rio, y viéndose obligados á elegir otro camino. Entonces reunió César otras dos legiones á la que allí había, trajo otras tres de Aquilea y comenzó la persecucion de los emigrantes, alcanzando y batiendo su retaguardia en las orillas del Saona, y derrotándolos despues completamente cerca de Bibracta, volviendo á su país natal los pocos que se salvaron. Puesta á cubierto la provincia, se propuso librar á los Galos de las invasiones y del yugo de la horda germánica de los Suevos, que habían ya pasado el Rhin y amenazaban dominar

toda la Galia. Atacados y derrotados por César cerca de Basilea, salvándose sólo Ariovisto, su jefe, con algunos soldados, se entregaron á aquél casi todas las tribus galas, excepto las de los Belgas, que se prepararon á rechazar de su territorio al afortunado invasor. Pero disuelta la liga sin resultados, atacó César á los Nervianos, que era la tribu más poderosa, y los derrotó en una reñida batalla, sometiéndose sin resistencia todas las demás tribus. Conquistada también la parte occidental de la Galia, incluso los pueblos marítimos de los Menapios y los Morinos, y subyugados por Publio Craso los Aquitanos, quedó redondeada la conquista de las Galias. Después de estos triunfos fué César á establecerse en Luca, en la frontera de la Cisalpina, á donde fueron á visitarle infinidad de Senadores, Magistrados y hombres célebres, y entre otros los triumviros Craso y Pompeyo, que convinieron con él la continuación de su alianza y nuevas bases para seguir ejerciendo un absoluto predominio en los destinos de la República. Amenazando al poco tiempo una nueva irrupción de los Germanos, acudió César al Rhin, y los derrotó completamente, pereciendo, según se dice, más de 150.000 bárbaros, penetrando enseguida las legiones en Germania, talando y destruyendo cuanto á su paso encontraban, causando mucho pavor entre los bárbaros y gran admiración en Roma, por más que esta expedición no tuviese resultados materiales, así como tampoco las dos que hizo poco después á las islas británicas. Las insurrecciones de Ambiorix al frente de los Eburones y de Vercingetorix á la cabeza de las tribus de la Galia central, fueron la última señal de independencia de los Galos, y su represión la última hazaña de César en la Transalpina.

3. Estas conquistas no fueron obra sólo de la espada y del talento militar de César, sino también de su genio político, de que tantas veces dió pruebas en el trascurso de su vida pública, ora captándose las simpatías del partido popular, ora reconciliando á Craso y Pompeyo; lo mismo recompensando á sus leales amigos y perdonando generosamente á sus enemigos francos, que castigando con severidad á los traidores, y deshaciéndose de aquellos que creía un obstáculo insuperable para sus fines; pero jamás

se quejó nadie de que abusase de su dictadura para perseguir ni vejar á sus contrarios, obrando siempre con mucha moderacion y prudencia y procediendo en todo de una manera conciliadora.

4. Esto no obstante, no le dejaron un momento de tranquilidad para realizar sus vastos proyectos. Apenas, —libre ya, al parecer, de enemigos, despues de la batalla de Tapso,—comenzó á cicatrizar las heridas que las luchas civiles habían abierto en Roma: estalló en España una insurreccion promovida por los hijos de Pompeyo con los restos del ejército de Africa, con algunos auxilios suministrados por el rey de Mauritania y con las legiones y milicias que había en dicha provincia. César marchó á sofocarla, y lo consiguió, aunque no sin grandes exfuerzos, despues de la batalla de Munda, en que fueron derrotados los pompeyanos, muriendo al poco tiempo Cneo Pompeyo, y refugiándose Sexto en el Norte de España, donde permaneció oculto hasta despues de la muerte del dictador.

Al regreso de éste á Roma, ya reunía en su persona todos los honores y cargos de la República. Era Pontífice Máximo desde el año 63 ántes de J. C., dictador y censor perpétuo, cónsul por diez años, presidente del Senado, imperator perpetuo, augur, etc., etc., reuniendo de derecho y de hecho todas las atribuciones de la monarquía, por más que, en mi sentir, jamás pensó tomar el nombre de rey, que algunos amigos imprudentes y falsos aduladores quisieron darle, pero que él rechazó siempre.

Entre sus reformas de más importancia figuran: la extension del derecho de ciudadanía á toda la Galia Cisalpina, á muchas ciudades de la Transalpina, de España, etc., etc.; el haber elevado á 900 el número de senadores, permitiendo que formasen parte de esta corporacion respetable muchos Galos y Españoles; el favor dispensado á los matrimonios que tuviesen cierto número de hijos, lo mismo en Roma que en las provincias; los proyectos de desecacion de las lagunas Pontinas, y la apertura de un gran puerto poniendo en comunicacion con el mar los lagos Lucrino y Averno, así como el de formar un mapa exacto de todos los países del imperio, y un Código civil, que comprendiese ordenadamente todas las disposiciones y jurisprudencia vigentes en su tiempo; y últimamente,

la gran reforma del *calendario*, elevando el año civil de 355 días que hasta entónces había contado á 365 y seis horas.

5. A pesar de que César había rechazado siempre el nombre de rey y las indicaciones que en este sentido se le habían hecho, no por eso estuvo al abrigo de la calumnia y de la traicion. Algunos de los amigos á quienes más él había favorecido, juntamente con ciertos oligarquistas-fanáticos, tramaron una conjuracion, que dió por resultado el asesinato del Dictador en medio de una sesion del Senado, yendo á caer muerto con veintitres puñaladas á los piés de la estatua de su ilustre rival Pompeyo.

Su muerte fué completamente estéril, si es que no contraproducente, para los propósitos de los conjurados. La obra de César apenas sufrió un ligero paréntesis. La República había muerto, y César le había dado honrosa sepultura. Cuando los conjurados quisieron exhumarla, no consiguieron más que hacer ver á todos su deplorable estado de descomposicion, que buscasen con ansiedad quien le hiciera nuevas honras fúnebres, y acogiesen luego hasta con entusiasmo la victoria de Augusto en la célebre batalla de Actium.

LECCION XII.

—

Acontecimientos que sobrevinieron á la muerte del César.

Segundo Triumvirato.

1. *Funerales de César y consecuencias de su muerte.*—*Sus herederos.*—Mientras los conjurados acababan su sangrienta obra, aterrados los Senadores en presencia de aquel crimen, huyeron de la Curia, dispersándose por toda la ciudad, y comunicando el efecto que en ellos había producido el asesinato de César á todos los ciudadanos, los cuales, encerrándose á su vez en sus casas, dejaron las calles casi desiertas. Cuando los conjurados comprendieron por este hecho que el Senado desaprobaba su conducta, salieron del lugar del crimen y marcharon al Forum, blandiendo los ensangrentados aceros y llamándose á voces los *libertadores* de Roma. Pero al ver que el pueblo reprobaba tambien el atentado, y sabiendo que Lépido (que estaba disponiéndose para marchar con una legion á su provincia de la Galia Narbonense) había de querer vengar la muerte de César, se apoderaron del Capitolio, temerosos, pero dispuestos á hacer una vigorosa resistencia. Para completar el cuadro, sólo falta añadir que tambien los amigos de la víctima estaban asustados, hasta el punto de arrojar Marco Antonio sus insignias consulares y cambiar su traje por el de un esclavo. Durante esta confusion indescriptible, tres esclavos de César cogieron el cadáver de su señor y lo trasladaron á su propia casa.

Marco Lépidó comenzó á mover sus soldados en direccion al Campo de Marte, con intencion, sin duda, de penetrar en Roma; pero no convenia á los propósitos de Antonio un golpe de fuerza, que seguramente habria cedido sólo en provecho de Lépidó, á quien las circunstancias habian colocado en situacion de desempeñar uno de los primeros papeles en aquel drama. Aquella noche se apoderó el Cónsul de los tesoros que César tenia reunidos para la expedicion contra los Partos, y persuadió á la viuda á que le entregase el testamento y demás papeles del Dictador. En la misma noche visitó tambien Ciceron á los conjurados, calificando de obra divina el hecho en que, segun aquellos, no habia él tomado parte por cobardía. Décimo Bruto logró reunir algunos gladiadores asalariados para que les sirviesen de guardia, con lo cual ya osaron descender de la fortaleza al dia siguiente, y se presentaron en el Forum. Bruto dirigió al pueblo una arenga, que fué recibida con profundo silencio; pero cuando Lúcio Cina trató de insultar la memoria de César, prorrumpieron las masas en gritos amenazadores, viéndose obligados los *libertadores* á refugiarse de nuevo en el Capitolio, desde donde entraron en negociaciones con Antonio aquella misma noche. Convocados los senadores para el dia siguiente asistieron la mayor parte de ellos. Antonio propuso que se concediese una amnistía general, y que se diera fuerza de Ley á todos los actos del Dictador; y como muchos de los presentes, incluso los asesinos, disfrutaban cargos y honores conferidos por la víctima, la propuesta fué acogida favorablemente y aprobada por unanimidad al siguiente dia. Con esta aprobacion quedaba

tambien declarado válido el testamento de César, cuyo contenido aún se ignoraba. Las leves disidencias que despues surgieron fueron arregladas por Lépido y Antonio con Bruto y con Casio. Abierto dicho testamento, se vió que, no teniendo hijos varones, declaraba su heredero á Cayo Octavio, su sobrino; dejaba legados á todos los que creía sus amigos, entre los cuales había muchos de sus asesinos; legaba al pueblo sus magníficos jardines, y á cada ciudadano romano trescientos sestercios (unas setenta y cinco pesetas). Tres dias despues se procedió á los funerales, que debían verificarse en el Campo de Márte, junto á la tumba de su hija Julia. Pero el hábil Antonio dispuso que llevaran ántes el cadáver al Forum, donde él pronunció el elogio fúnebre. Colocado el féretro á la vista de las masas, comenzó Antonio su discurso recordando los principales actos de la gloriosa vida de la víctima; leyó despues su testamento, que causó una impresion vivísima, y acabó el orador de excitar las pasiones de la plebe, mostrando al pueblo en una figura de cera magistralmente hecha, las veintitres puñaladas que tenía el cuerpo del Dictador, y desplegando á presencia de todos la toga de éste, hecha girones y ensangrentada. Sobrescitantadas las masas, formaron allí mismo una pira, verificando los funerales en el sagrado recinto del Forum. Mientras la pira ardía, corrió la muchedumbre ávida de venganza á las casas de los conjurados; pero todos habían huído á tiempo.

Con esto quedó Antonio único señor de la ciudad, y si bien para tranquilizar al Senado publicó una ley que abolía para siempre la dictadura, partió luego de Roma para ganarse el favor de las comu-

nidades itálicas y sondear el ánimo de los veteranos. Pero en este intermedio apareció en la ciudad el jóven Octavio, que se hallaba hacia seis meses en el campamento de Apolonia. Al saber que su tío le había instituido heredero, aceptó esta peligrosa honra y se asesoró de Ciceron, que, desesperado de la salvacion de la República despues de lo ocurrido en los funerales, había salido de Roma. Habiendo vuelto Antonio á la ciudad casi al mismo tiempo que Octavio, buscóle éste y le pidió los tesoros de que se había apoderado, para poder satisfacer las obligaciones que le imponía el testamento de su tío; más como Antonio había gastado ya parte de aquellos y no quería entregar el resto, vendió Octavio los demás bienes de la testamentaria, tomó dinero á préstamo, y satisfizo todos los legados y obligaciones que su cualidad de heredero le había impuesto, con lo cual se ganó el favor del pueblo, y Antonio comenzó á temer la habilidad de aquel jóven de diez y ocho años. No obstante, continuaba siendo dueño absoluto de los destinos de la República, apoyando sus proposiciones con la afirmacion de que las había hallado entre los papeles de César de que, como ya hemos visto, se había apoderado y los podía falsificar á su antojo. Hizo que el Senadó sancionase un decreto, por el que se daban á su hermano Cayo y á Dolabela las provincias de Macedonia y Siria, que por disposicion de César correspondían á Bruto y á Casio, y le trasfería á él mismo la de la Galia Cisalpina que correspondía á Décimo Bruto. Los libertadores comprendieron que nada podían esperar en Roma, y se marcharon á sus provincias á levantar fuerzas contra el nuevo jefe del Estado.

En el Senado comenzó Ciceron á denunciar los planes ambiciosos de Antonio, consiguiendo reunir una oposicion bastante considerable. En el pueblo y en las ciudades de Italia le había quitado el jóven Octavio gran parte de las simpatías, y aun entre los legionarios comenzó á reinar cierto disgusto á consecuencia de la conducta observada por Antonio con el ejército que había llegado de Epiro á Italia. Las cosas vinieron á tal estado, que el Senado casi declaró á Antonio enemigo público, y Octavio, con los cónsules Ircio y Pansa, comenzaron á alistar soldados para hacerle la guerra. Antonio, que había marchado á la Galia Cisalpina para expulsar á Décimo Bruto, les salió al encuentro, logrando derrotar el ejército de uno de los cónsules, que salió mortalmente herido; pero siendo luego derrotado completamente por Octavio y por Ircio, si bien murió éste en el campo de batalla, tuvo que emprender Antonio una retirada hácia la provincia Narbonense, gobernada por Marco Lépido, que le había prometido su auxilio. Ambos capitanes comenzaron á preparar un plan de guerra, y aunque en un principio eran pocas las probabilidades de triunfo con que podían contar, como Octavio se había hecho tambien sospechoso al Senado y á los Romanos en general,—que no podían atribuir á la casualidad el que hubiesen muerto ambos cónsules en las dos batallas libradas contra Antonio,—entró aquél en tratos con su rival y con Lépido. Pero ántes de ultimar nada, marchó sobre Roma con sus legiones; se hizo nombrar cónsul cuando aún no tenía veinte años, y se le reconoció heredero de César. Despues de votada una ley, por la que se disponía que comparé-

ciesen ante los Tribunales los asesinos del Dictador, y que fuesen condenados por contumaces (como lo fueron) si no comparecían, marchó Octavio de nuevo con sus legiones á la Cisalpina, desde donde reanudó sus inteligencias con Antonio, sirviendo Lépido de intermediario.

2. *Segundo Triumvirato.* — *Venganzas de los Triumviros.* — *Batalla de Filipos.* — Ambos rivales celebraron una entrevista en Bolonia, á la que asistió naturalmente Lépido, conviniendo los tres en asumir el supremo poder bajo el nombre de «Triumviros para ordenar los asuntos de la República,» es decir, formaron el *segundo triumvirato*, y se repartieron las más ricas provincias del Imperio, tocando á Antonio las dos Galias, á Lépido España y la region Narbonense, y á Octavio la Sicilia, Cerdeña y Africa. Italia quedó proindivisa, pero la prometieron á Lépido para el año siguiente, cediéndoles éste en cambio sus legiones para que Octavio y Antonio partiesen á la conquista de Oriente, que se hallaba en poder de los conjurados.

Mas ántes de comenzar la guerra, siguiendo los Triumviros el ejemplo de Sila, se propusieron destruir á todos sus enemigos. Formaron, pues, una lista de nombres de todos aquellos á quienes odiaban, y cuya muerte podía traerles alguna ventaja ó evitarles algunos inconvenientes. Antonio se había creado en Roma muchos enemigos personales; Octavio no tenía tantos, pero eligió con gran perspicacia los nombres de aquellos que comprendió podrían oponerse en adelante á sus designios, y Lépido no quiso quedarse atrás en esta obra de sangre. El autor de las *Filípicas* contra Antonio, el gran orador Ciceron, fué una de las

primeras víctimas de este triumviro. Octavio lo abandonó; pero se indemnizó, pidiendo á su vez la muerte de Lúcio César, tío de Antonio. Lépidó sacrificó también á la buena armonía con sus dos amigos la vida de su mismo hermano Paulo. De este modo continuaron hasta formar una lista, en la que se veían los nombres de más de 300 Senadores y 2.000 caballeros. Después de su entrada en Roma, y de formular una Ley que les investía solemnemente de la autoridad suprema, comenzaron á publicar las listas de una de las proscripciones más horrorosas que registra la historia, si no por el número de las víctimas, por la sangre fría con que se dictó y llevó á cabo.

Bruto y Casio eran entretanto dueños del Oriente, donde se refugiaron algunos proscritos. Pero en vez de dedicarse ambos jefes á recoger y preparar fuerzas con que resirtir los ataques de Octavio y de Antonio, se entretuvieron en saquear las ciudades del Asia Menor, y cuando volvieron á Europa, hubieran ambos venido á las manos, si no hubiera llegado á ellos la noticia de que se aproximaba el comun enemigo. En efecto, los dos triumviros, con un ejército de más de 100.000 hombres, habían pasado el Mar Jónico y penetrado hasta las fronteras de Trácia, donde se hallaba el ejército de los conjurados, algo inferior en número, pero muy superior en caballería. Allí, en las llanuras de Filipos, se dió la primera batalla de este nombre, en la que puede decirse que quedó indecisa la victoria, pero en la que Casio perdió la vida, ora se suicidase por creerlo todo perdido, ora muriese asesinado por su liberto Píndaro. Veinte días después se libró la segunda batalla de Filipos, en

la que el número y la fuerza dieron la victoria á los Triumviros, y Bruto se atravesó con su espada, siguiendo su ejemplo muchos de sus amigos.

Antes de volver á Italia los dos Triumviros vencedores, convinieron en hacer una nueva division del Imperio, tocando á Antonio el Oriente y á Octavio el Occidente, y asignando á Lépido sólo la provincia de Africa en esta segunda division del mundo romano. Antonio marchó hácia el Asia Menor á fin de reunir algun dinero, vejando á los infelices provinciales; pero, al llegar á Tarso, recibió una visita de Cleopatra, cuya belleza él tanto había admirado durante su permanencia en Egipto, catorce años ántes. En la primera entrevista que celebró con ella se hizo su esclavo, la acompañó á Alejandría, dejó la toga romana por el vestido oriental, y empleó todo su poder en satisfacer los caprichos de la reina.

Entretanto habían invadido los Persas la Siria y el Asia Menor con un ejército formidable, y después de derrotar al lugarteniente de Antonio, recorrieron todo el país hasta Fenicia y Palestina sin encontrar ninguna resistencia. Saliendo entonces Antonio de su letargo, trató de oponerse á los Partos; mas uniéndose en Grecia con su mujer y amigos que habían salido de Roma poco satisfechos del gobierno de Octavio, se dirigió á Italia con su ejército, y habiéndose encontrado cerca de Brindis con Agripa, general de Octavio, estuvieron á punto de comenzar una nueva guerra civil; pero, cansados los soldados, no quisieron venir á las manos, y los dos triumviros se vieron obligados á estipular una nueva alianza, y para hacerla más duradera se casó Antonio con Octavia, hermana de

su colega. Durante la permanencia de Antonio en Italia había variado el aspecto de las cosas en Oriente, pues Ventidio, uno de los mejores oficiales romanos, había arrojado á los Partos de la península del Asia Menor, desbaratándolos completamente en los desfiladeros del Tauro y persiguiéndolos hasta la orilla oriental del Eufrates. En el año siguiente (38 ántes de J. C.), rechazó otra invasión de los Partos, derrotándolos en tres batallas consecutivas, quedando así tranquilo todo el Oriente.

3. *Guerra contra Sexto Pompeyo y deposicion de Lepido.*—No sucedía lo mismo en Occidente, principalmente en los mares de Italia, de los que se había hecho dueño Sexto Pompeyo. Sabemos que, perdida de la batalla de Munda, se había retirado éste al Norte de España. Despues de la muerte de César, consiguió dominar esta parte de la península. Al formarse el segundo triumvirato, y mientras Octavio y Antonio se hallaban ocupados en la guerra contra los conjurados, se apoderó Sexto Pompeyo de Sicilia y reunió una escuadra poderosa, con la que dominaba la mayor parte del Mediterráneo. Cuando Antonio se dirigió á Italia desde Oriente, á fin de habérselas con su colega y rival Octavio, había hecho alianza con Sexto Pompeyo, prometiéndole, sin duda, alguna provincia. Al celebrar el convenio de Brindís, abandonó Antonio á su aliado, é irritado éste por tal perfidia, estableció un riguroso bloqueo en todas las costas de Italia, impidiendo la importacion de granos, y poniendo á Roma en grave apuro. Los Triumviros entraron en negociaciones con Sexto, al que concedieron el dominio absoluto de Sicilia, Córcega, Cerdeña y parte

de Grecia, dividiéndose así el mundo romano entre Octavio, Antonio, Lépido y Sexto Pompeyo. Pero la alianza con éste último no podía durar mucho. Antonio se negó á entregarle la parte de Grecia que habían convenido, y el hijo de Pompeyo comenzó de nuevo el bloqueo de Italia. Octavio reunió una escuadra numerosa, con la que marchó al encuentro del enemigo; pero despues de dos batallas de dudoso resultado, fué completamente destruida por una borrasca. Entónces dió á Agripa encargo de que reuniese otra y construyese un buen puerto en la costa Occidental de Italia. Utilizando Agripa el proyecto de César (1), habrió el famoso puerto Julio, poniendo en comunicacion con el mar el Lago Lucrino, y con éste el Lago Averno. El primero de Julio del año 36 se hizo la escuadra á la vela, y despues de varios sucesos, en los que no quedó muy bien parado el talento militar de Octavio, consiguió Agripa derrotar por completo á Sexto Pompeyo, huyendo éste á Lesbos, á fin de buscar la proteccion de Antonio. Habiendo querido aprovecharse Lépido de la victoria del lugarteniente de Octavio, apoderándose de Sicilia, se presentó éste en el campamento de aquel triumviro, al cual abandonaron sus soldados, y se pasaron todos á su colega, viéndose Lépido obligado á suplicar el perdón, y quedando de hecho fuera del triumvirato.

4. *Conducta de Antonio en Oriente.*—*Comienzan sus desavenencias con Octavio.*—Durante los dos primeros años de su matrimonio con Octavia, había permanecido Antonio en Atenas sin acordarse de

(1) Véase página 344.

los encantos de Cleopatra; pero al tercero, el inconstante triumviro abandonó á su buena esposa y marchó al lado de la fascinadora reina de Egipto. Por agradar á ésta, á la vez que por emulacion, emprendió una expedicion contra los Partos, penetrando, como Craso, sin ningun género de precauciones, en los desiertos arenales de aquella region, viéndose obligado despues á emprender una desastrosa retirada hácia los montes de Armenia, donde se apoderó del rey de este país, conduciéndolo á Alejandria, y parodiando aquí ridículamente los triunfos que se celebraban en Roma. Durante los tres años siguientes permaneció entregado por completo á los encantos de la reina y á las orgías de la lujuria, llegando al extremo de vestirse Cleopatra de diosa Isis y él de dios Osiris. La efigie de la reina iba unida á la del triumviro en las monedas que éste acuñaba como magistrado romano, y Cleopatra disponia con una sola palabra de la suerte de los reinos y de los principados de Oriente, y hasta se atrevió á poner sus ojos en el Capitolio, creyendo alcanzar con sus encantos lo que César no había podido con todo su génio.

Mientras Antonio se hallaba sumergido, por decirlo así, en aquel mar de voluptuosidad y de ócio, desprestigiándose y perdiendo su autoridad entre propios y extraños, proseguía Octavio con ánimo resuelto consolidando la suya en Occidente. Si no era un capitan hábil ni afortunadó, tenía en Agripa un jefe experimentado. En vez de imitar á Antonio, entregándose á la ociosidad y á los vicios, sin ser quizá mejor que éste en su vida privada, no dejó que los placeres le impidiesen cumplir los deberes que su posicion, su cargo y sus aspiraciones

le imponían. Cuando Antonio, por complacer á su régia amante, prodigaba en los arenales de la Partia la sangre y la vida de los ciudadanos sin obtener resultado alguno, se dirigía Octavio contra las hordas bárbaras de Dalmacia y de Panonia, y extendía la frontera romana hasta las orillas del Sava. Por más que éste triumviro quería disimular sus disgustos y sus desavenencias con su colega, se hacían estas cada vez más públicas. Lamentábase Antonio de que Octavio no le hubiese dado parte de las provincias arrancadas á Sexto Pompeyo y á Lépido; Octavio, á su vez, acusaba á Antonio de haberse apropiado el Egipto y la Armenia, y de aumentar el poder de Cleopatra con perjuicio del Imperio. Mas cuando la indignacion llegó á su colmo fué al saberse en Roma el contenido del testamento de Antonio. Entre otras cosas, ordenaba en su última voluntad que se le sepultase en Alejandría en el mausoleo de Cleopatra. Todos los Romanos se representaron al atrevido general llegando á Italia al frente de su ejército, y penetrando en Roma para erigir en el Capitolio un trono á la hermosa reina de Oriente, aprensiones y sospechas que procuraban despertar y extender con gran cautela los amigos de Octavio. En tal estado las cosas, éste declaró la guerra á Egipto por disposicion del Senado.

5. *Lucha entre Antonio y Octavio.—Batalla de Actium.—Muerte de Antonio y de Cleopatra.*—Corrían los últimos dias del año 32 ántes de J. C., y Antonio despertó súbitamente de su letargo, y comenzó los preparativos de guerra. Trasladándose de Alejandría á Atenas, repudió aquí á su mujer Octavia, y comenzó á recoger de todo el Oriente

soldados y naves de guerra, mandando que la escuadra se reuniese en Corcira, y estableciéndose él en Patras en el golfo de Corinto. Mas á pesar de su reconocida superioridad por mar, dejó que Agripa surcase libremente el Jónico y se apoderase de algunos puertos de la costa, entre otros del de Corcira, donde Antonio había ordenado que se reuniese su escuadra. Esta tomó posiciones cerca de Actium, en el extenso golfo de Ambracia, y las legiones se hallaban tambien en la costa septentrional de dicho golfo en un campamento construido en una pequeña península del mismo. En la primavera del año 31, se colocó Agripa cerca de la escuadra enemiga, espiando una ocasion para poder atacarla. Al comenzar la buena estacion, marchó Antonio á ponerse al frente de sus huestes, para estar dispuesto á rechazar á su rival si intentaba pasar á Epiro ó trasportar él mismo sus legiones á Italia. Tambien Augusto se hallaba ya al frente de su escuadra. Los soldados de Antonio recobraron su antiguo ardor guerrero con la presencia de su jefe; pero los oficiales, indignados al ver la autoridad que ejercía Cleopatra, se pasaron casi todos á las filas de Octavio, no encontrando Antonio personas de su confianza que secundasen sus propósitos ni interpretasen bien sus órdenes.

Así trascurrió la mayor parte del verano, sin atreverse á emprender el ataque ninguna de las dos partes, hasta que el 28 de Agosto, impulsado Antonio por Cleopatra, que ya estaba cansada de aquella incertidumbre, mandó disponerlo todo para la partida; pero los vientos le detuvieron allí cuatro dias sin poder salir á alta mar. Al quinto, ó sea el 2 de Setiembre, calmado ya el temporal, las na-

ves ligeras de Octavio, movidas á fuerza de remos, embistieron á las pesadas galeras orientales; pero fueron recibidas y rechazadas con vigor por los soldados de Antonio. Pronto se extendió el combate á toda la línea sin que se reconociese ventaja por ninguna de ambas partes; mas al medio día huyó Cleopatra con sesenta de sus naves, y Antonio abandonó el combate por seguir á aquella mujer funesta. La batalla continuó, sin embargo, sostenida con vigor, aunque sin obedecer á un plan fijo por parte de la escuadra de Antonio, declarándose al fin la victoria por Augusto, cuyas naves echaron á pique ó incendiaron casi todas las enemigas. Al saber las legiones acampadas en la costa lo ocurrido, se pasaron todas al vencedor. Así terminó la batalla de Actium, quedando sepultados para siempre en las aguas de aquel puerto los últimos restos de la República romana. Augusto pasó el resto del año arreglando los asuntos de las provincias orientales, y fundando la ciudad de Nicópolis (ciudad de la Victoria), en memoria del gran triunfo obtenido. En el invierno volvió á Italia, donde permaneció hasta Julio del año 30, en que partió para Egipto.

Al llegar Antonio y Cleopatra á Alejandria, ocultaron lo ocurrido en Actium; pero pronto se extendió la fatal noticia, y los amantes comenzaron á formar proyectos para no caer en poder del vencedor. El primero que pusieron por obra fué trasportar al través del istmo de Suez hasta el Mar Rojo las naves de Cleopatra, é ir á vivir tranquilos en lejanas tierras, donde no hubiese llegado siquiera el eco del nombre romano; pero destruidos por los Arabes los buques segun los iban traspor-

tando, tuvieron que renunciar á su propósito. Antonio resolvió entónces reunir fuerzas para oponerlas á su rival, logrando juntar una buena division de caballería, con la que obtuvo en un principio algunas ventajas; mas tambien abandonó esta idea al encontrarse sin naves y sin recursos, volviendo otra vez á Alejandría. Cleopatra, por su parte, había apelado á las artes con que fascinara á César y Antonio, para ganarse la voluntad de Octavio; pero todo fue en vano. El dia 1.º de Agosto entró éste en Alejandría, y mostrándose inflexible á las súplicas de los dos amantes, se encerró Cleopatra en un panteon casi inaccesible. Habiendo corrido la voz de que había muerto, se atravesó Antonio con su espada, y agonizando como estaba, mandó que le condujesen al lado de la reina. Movida ésta á compasion, ordenó colocar cuerdas para que pudiesen subir al moribundo, cuya herida bañó con sus lágrimas. Cuando éste lanzó su último suspiro, comprendiendo Cleopatra que Octavio deseaba llevarla como trofeo el dia de su triunfo, en Roma, determinó tambien suicidarse, y aunque no habían dejado á su alrededor instrumento alguno para llevar á cabo su intento, no le faltó un medio de realizarlo; ignorándose si éste fué un veneno que ella llevaba siempre preparado, ó la mordedura de un Aspid, que se dice le introdujeron en una cesta con frutas; el hecho es que, cuando los enviados de Octavio escalaron el panteon y fueron á prenderla, halláronla muerta en su lecho en medio de dos fieles camareras. Así terminó este largo y sangriento drama, quedando Egipto declarado provincia romana.

RESÚMEN.

1. Aterrados los Senadores y el pueblo con el crimen cometido por los conjurados, se retiraron todos á sus casas, dejando casi desiertas la Curia y las calles de Roma, y dando así á entender á los asesinos que no estaban dispuestos á secundar sus planes. En vano éstos recorrieron las calles y convocaron á las masas en el Forum, titulándose los *libertadores*; pues aquellas respondieron con gritos amenazadores cuando se quiso insultar la memoria del ilustre conquistador de las Galias, viéndose obligados á transigir con Marco Antonio, que se había apoderado de los papeles y tesoros de César, y que podía disuadir á Lépido,—que se hallaba con una legion á las puertas de Roma,—de llevar á cabo su intento de penetrar en la ciudad y vengar al Dictador. Convocado el Senado, tuvo lugar una transaccion, por la que se declararon con fuerza de ley todos los actos y proyectos de César, y se daba una amplia amnistía por el reciente delito. Entonces se procedió á abrir y leer en público el testamento de la victima, que, entre otras disposiciones, contenía la declaracion de heredero en la persona de su sobrino Cayo Octavio, y dejaba una manda de 300 sestercios á cada ciudadano romano. Acto continuo, se verificaron los funerales con una pompa inusitada, y, al llegar con el cadáver al Forum, pronunció el hábil Antonio una oracion fúnebre, tan sentida y tan intencionada, que corrió el pueblo indignado á las casas de los *libertadores*, que pudieron evitar con la huida ser víctimas del furor de las masas, quedando así Antonio único señor de Roma. Pero haciéndose éste sospechoso al Senado, y presentándose Octavio pidiendo la herencia de su tío, comenzó la rivalidad entre ambos, rivalidad que trajo consigo la guerra civil y el triunfo de Octavio con los cónsules Ircio y Pansa, si bien quedaron estos muertos en el campo de batalla. Habiéndose unido Antonio y Lépido, y desconfiando á su vez el Senado de las miras del jóven Octavio,

se entendió éste con aquellos, vino sobre Roma con sus legiones, se hizo elegir cónsul, se le declaró heredero de César, y se votó una ley contra los asesinos de éste que se habían refugiado en Oriente.

2. Inmediatamente despues marchó Octavio á la Galia Cisalpina, y reanudando sus inteligencias con Antonio con la intervencion de Lépido, se convinieron en asumir el poder supremo, formando el segundo Triumvirato, y distribuyéndose las provincias del Imperio, excepto las de Oriente, que estaban en poder de los conjurados. Declarados éstos fuera de la ley, debían partir los Triumviros á hacerles la guerra; pero ántes de verificarlo, llevaron á cabo una proscripcion, en la que murieron casi todos los hombres notables que habían jugado en la política romana, sacrificando cada cual de los tres sus mejores amigos y hasta hermanos al ódio de sus colegas, para afianzar mas su amistad. Despues de este acto de barbarie inaudita, cedió Lépido sus legiones á Octavio y á Antonio, que partieron para Macedonia, donde Bruto y Casio habían reunido un ejército formidable, y encontrándose en los confines de Tracia y Macedonia los contendientes, se dió la primera batalla de Filipos, en la cual quedó indecisa la victoria; pero habiéndose suicidado Casio por creerlo todo perdido, se dió á los pocos dias una segunda batalla, en la que fué derrotado Bruto, quedando todo el mundo romano en poder de los Triumviros. Antes de volver á Italia hicieron los vencedores una nueva division, tocando á Antonio el Oriente y á Octavio el Occidente, y dejando á Lépido solamente la provincia de Africa. Disgustado Antonio de la conducta de Octavio, estuvieron á punto de renovar la guerra civil; pero se avinieron al fin, casándose el primero con Octavia, hermana de su colega, aplazándose con esto el inevitable rompimiento. Antonio, que se había echado en brazos de Cleopatra, reina de Egipto, y había dejado que los Partos se apoderasen de toda el Asia Menor, olvidó por algun tiempo aquellos amores, y su general Ventidio derrotó y expulsó por completo á los invasores.

3. Durante el tiempo en que se realizaron estos sucesos, se había apoderado Sexto Pompeyo de casi toda Sicilia y reunido una escuadra formidable, con la que era

dueño de los mares é impedía el arribo de granos á Italia, poniendo á Roma en grave apuro. En vano procuraron llegar á un arreglo definitivo con el terrible *pirata*, pues no cumpliéndose lo estipulado, volvió éste á capturar los buques cargados de cereales con destino á Italia. Octavio reunió entónces una escuadra, que fué destruida por los elementos. Nuevos armamentos reunidos por Agripa, general del triumviro, se hicieron á la vela, y si bien Octavio con su escuadra fué derrotado por Sexto, alcanzando á éste Agripa le infirió tal descalabro, que perdió toda su escuadra, y se vió obligado á huir casi sólo y á refugiarse en Lesbos. Lépido quiso entónces aprovecharse de la victoria, apropiándose la Isla; pero abandonado por sus soldados, que se pasaron á Octavio, tuvo que implorar el perdon de éste y perdió el carácter de triumviro, permitiéndole vivir en Italia como particular.

4 y 5. Durante este tiempo había continuado la buena armonía entre los dos poderosos triumviros; pero no tardó mucho en surgir la rivalidad que había de dar á uno de ellos la victoria y á Roma la unidad y la paz de que tan necesitada estaba. A los dos años de matrimonio con Octavia, volvió Antonio á reanudar sus amores con Cleopatra, á cuyo exclusivo servicio puso su persona el poder de que disfrutaba. Por ella y para ella emprendió una desastrosa expedición contra los Partos, y se apoderó luego del reino de Armenia, mientras su colega se captaba las simpatías del pueblo y la confianza del Senado, y extendía los límites de la Republica hasta las orillas del Sava. Comenzó, pues, á hacerse pública la rivalidad que entre ambos triumviros existía. Quejábase Antonio de que Octavio no le hubiese cedido parte de Sicilia ó de Africa, arrancadas á Sexto y á Lépido; Octavio á su vez se quejaba de la conducta de Antonio, y de que se hubiese apropiado el Egipto y la Armenia. El Senado, temiendo que Cleopatra ambicionase asentar su trono en el Capitolio y obligase á su amante á venir sobre Roma, se adelantó y declaró la guerra á Egipto, encargando á Octavio la dirección de la misma.

Reunidas por ambas partes las mayores fuerzas posibles, se encontraron las dos escuadras enemigas cerca del puerto de Actium, donde se dió la gran batalla de es-

te nombre, siendo derrotados Antonio y Cleopatra por haber abandonado á los que peleaban por su causa, huyendo ambos á Egipto, donde algunos meses despues, por no caer en poder del vencedor, se atravesó Antonio con su espada, y su amante se suicidó tomando un veneno, ó quizá por la picadura de un aspid. Egipto fué declarado provincia romana, y Octavio quedó libre de este rival y dueño de los destinos de la República.

LIBRO IV.

EL IMPERIO.

LECCION XIII.

Reformas y Gobierno de Augusto. Los cuatro emperadores de su casa:
Tiberio, Calígula, Claudio y Neron.

1. *Octavio único señor de Roma: su conducta política al ir asumiendo todos los cargos de la República.*
—Con la terrible proscripción de los triumviros al comenzar á ejercer sus funciones, con la pérdida completa de las virtudes cívicas de los Romanos, y con la muerte de Sexto Pompeyo ántes y la de Marco Antonio despues de la derrota de Actium, quedó Octavio único señor de la República, y se hizo el hombre necesario en Roma. Así lo debió él comprender con la sagacidad política que le distinguía, y se propuso sacar partido de su ventajosa posicion, afectando no querer continuar en el ejercicio de las funciones respectivas cada vez que espiraba el tiempo de cualquiera de los cargos que se le habían conferido, obligando así al Senado y al pueblo á que le rogaran que no abandonase la direccion de los negocios públicos. Con esta conducta, á la vez que aparentaba conservar la antigua forma republicana y se ponía á cubierto de la maledicencia y de los atentados contra su persona,

establecía definitivamente el poder imperial sobre las sólidas bases del asentimiento y hasta del aplauso del pueblo y del Senado.

A su regreso de Oriente en el verano del año 29 (a. de J. C.), después de celebrar sus triunfos, le confirió el Senado el título de *Imperator*, en el mismo sentido que lo había tenido César, esto es, como autoridad suprema, principalmente en el ejército, obligando á los soldados á que le prestasen juramento de fidelidad. Nombrado además Censor, con el nuevo título de *prefecto de las costumbres*, purgó el Senado de todos aquellos individuos en cuya sumision no tenía completa confianza, reduciendo el número de senadores de 900 á 600, llevando á esta corporacion muchos de sus adictos y ganándose con liberalidades de todo género á los que no lo eran.—También reformó el orden de los caballeros, elevando al patriciado á varios de ellos para que llenasen los muchos vacíos que habían dejado los que habían desaparecido durante las guerras civiles y las proscripciones.

En el año 28, al formar su colega en la censura, Agripa, las listas del censo, fué el nombre de Octavio César colocado el primero en la de los senadores y saludado como *Príncipe del Senado*, y sus sobrinos *príncipes de la juventud*.—A principios del año siguiente, sin duda para borrar la infamia de la proscripcion de que había sido coautor con Lépido y Antonio, condenó públicamente este acto, abolió los decretos del triumvirato y declaró que su triunfo era el de la ley y la justicia. Para confirmar con hechos estas palabras, declaró en plena Curia que deseaba despojarse de toda autoridad y restituir al pueblo y al Senado sus antiguos derechos; pero

sus amigos y aduladores, que eran la inmensa mayoría de los allí presentes; le rogaron que continuase indefinidamente, negándose él á esta exigencia, diciendo que sólo aceptaba el imperio por diez años; y esto compartiendo la autoridad proconsular é imperial con el pueblo y con el Senado, dejando á estos el mando de las provincias pacíficas, en las que no se necesitaban soldados, y quedándose él con las restantes. Entusiasmados los senadores por tanta magnanimidad dieron á Octavio el título de *Augusto*, que se daba á los lugares sagrados, lo cual casi equivalía á divinizarlo. Para distraer la atención pública á fin de que no se fijase en tan graves innovaciones, se ausentó de la ciudad, haciendo una expedición de tres años á las Galias y á España, donde sujetó algunas tribus rebeldes y llevó á cabo importantes reformas y mejoras.—Al volver á Roma, en el año 24, le confirmó el Senado á perpetuidad la potestad proconsular y tribunicia con anterioridad civil y militar en todas las provincias. Así pues, reunidos en su persona los cargos de Príncipe del Senado, Imperator de las legiones, Censor, Proconsul y Tribuno perpétuo, con plena autoridad dentro y fuera de la Asamblea, y por último, la inusitada dignidad de Augusto, asumía en realidad todos los poderes del Estado, y cuando, en el año 22, amotinado el pueblo contra el Senado, quiso que esta corporación le diese también la dictadura perpétua, fingió Octavio desesperarse, y rasgando sus vestidos, suplicó que le matasen antes que obligarlo á contaminarse con un cargo tan odioso y que había sido siempre tan fatal para la libertad; pero aceptó el de *curator* de la *annona*, á fin de que no volviese

á faltar esta al pueblo. Despues de proveer á las necesidades más urgentes, partió para las provincias de Oriente, cuya expedicion duró tres años. A su regreso (19 a. de J. C.), fué nombrado consul vitalicio, y á la muerte de Lépido (14 años a. de J. C.), Pontífice máximo. Con tales cargos y atribuciones, contando con la absoluta sumision de los senadores que, por punto general, eran hechura suya, sin temor á aquella aristocracia degradada por los vicios y la molicie, habiéndose ganado á su partido la codiciosa clase de los caballeros, y apoyado ciegamente por un pueblo que le idolatraba por que le proporcionaba *panem et circenses...*, con apariencias de un gobierno mixto de monárquico y republicano, pero liberal y casi democrático, estableció un verdadero despotismo.

2. *Insurrecciones y guerras durante los primeros 25 años del Imperio de Augusto. Paz general. Nacimiento de Jesucristo.*—Habiéndose sublevado, durante la última guerra civil, los Belgas y los Aquitanos, mandó Augusto contra ellos algunas legiones que los obligaron á someterse. En el año 27 ántes de nuestra era, fué cuando el emperador verificó su primera expedicion á las Galias, tomando en estas Provincias tales medidas y realizando tales reformas, que consiguió que este país se romanizase completamente en poco tiempo. Pasó luego á España donde á la sazón se habían sublevado los Astures, los Cántabros y otras tribus del Norte de la península, las cuales se sometieron tambien despues de una larga y enérgica resistencia. Arregló en seguida los asuntos de las provincias españolas, y se volvió á Roma donde permaneció dos años ántes de emprender su nueva expedicion á

Oriente. Verificóse esta, como en otro lugar hemos visto, en los años 22 al 19, y por más que durante ella arregló provincias, suprimió reinos y dividió regiones, apenas tuvo necesidad de apelar á la fuerza, consiguiendo que, sólo por el temor y el respeto que su nombre inspiraba, se le sometiesen los Armenios pidiendo que les diese un Rey, y le devolvieran los Partos las águilas y demás insignias quitadas á Craso y á Marco Antonio en sus dos desgraciadas expediciones. Hasta de las más lejanas regiones de Oriente recibió embajadas, solicitando su amistad y su alianza. Entretanto triunfaban sus generales en el continente africano llevando hasta Etiopía el terror de las armas romanas, y exterminaba Agripa á los Astures y Cántabros nuevamente sublevados. A su regreso á Roma, en el año 19, celebraron los poetas «al vencedor de los Partos y al rayo de la guerra en las orillas del Eúfrates». No estuvo el Imperio en paz mucho tiempo. Los Retios, los Nóricos y otros pueblos germanos hacían continuas incursiones en el territorio romano. En el año 16 mandó Augusto contra ellos á sus hijastros, Druso y Tiberio, los cuales vencieron en varios encuentros á los bárbaros, obligándoles á entregarse á discrecion, formando aquella region alpestre la provincia llamada Retia. Druso continuó sus triunfos en Germania, mientras Agripa y Tiberio eran embiados contra los Dalmatas y los Panonios que fueron derrotados, muriendo Agripa á su regreso á Italia (Marzo del año 12). En este mismo tiempo se dirigió Druso contra los Sicambros, los Ténteros y otros pueblos germanos, derrotándolos, y llegando en su incursion hasta el Mar Germánico, sometiendo toda la region hasta el

Elba; pero en el año 10, volvió á la Galia por órden de Augusto, levantando en la orilla izquierda del Rhin hasta cincuenta castillos ó baluartes para defender por este lado la frontera del Imperio contra las invasiones de los bárbaros, y murió al año siguiente á consecuencia de la caída de un caballo. Por todas estas hazañas fué apellidado con justicia *Germanico*, y se le erigieron en el Rhin arcos triunfales y estátuas. Su hermano Tiberio corrió entónces con nuevas legiones á Germania, sometiendo otra vez á los Sicambros y haciendo tributarios á otros pueblos bárbaros (año 8 ántes de J. C.).

Terminadas estas guerras, cerró Augusto por tercera vez el templo de Jano en señal de que el Imperio se hallaba en paz con todos los pueblos de la tierra, y se dedicó principalmente á continuar la obra de unificacion comenzada por César, á velar porque en todas partes rigiese un buen sistema administrativo, y á hacer cumplir por todos las leyes, llegando así en su tiempo el Imperio á su mayor grado de prosperidad y de grandeza.—Entónces fué cuando se verificó el nacimiento de Jesucristo, en una pequeña ciudad de Judea, cuyo hecho, aunque poco notable en un principio, lo hicieron despues muy célebre la trascendencia y grandeza de las doctrinas predicadas y de la moral practicada por el ilustre fundador del Cristianismo (1).

(1) No creemos oportuno tratar aquí la cuestion suscitada entre los cronologistas, defendiendo unos que el nacimiento de Cristo se verificó cuatro años ántes de la Era vulgar, ó sea en el año 750 de la fundacion de Roma, y otros en el año 1.º de dicha Era, bastando aquí con hacer la indicacion correspondiente.

3. *Nuevas guerras con los Germanos.*—Trascurridos diez años de paz, comenzaron de nuevo las luchas contra los pueblos bárbaros del Norte del Imperio. Habiendo subyugado Tiberio á los Longobardos y á los Caucos, se disponía á dirigirse contra el príncipe de los Marcomanos, que había fundado en lo que hoy llamamos Bohemia, un reino poderoso que contaba para su defensa hasta 75.000 soldados perfectamente disciplinados á la romana; pero antes de emprender esta campaña tuvo que dirigirse precipitadamente á sofocar una insurrección general de Dálmatas y Panonios. Después de tres años de una obstinada lucha, fueron completamente sometidos, extendiendo Roma sus conquistas hasta las orillas del Danubio, cuyo río, juntamente con el Rhin, sirvieron de frontera por el Norte al Imperio y de valla á los bárbaros. Cuando se preparaban en Roma á celebrar triunfos y fiestas por esta victoria, llegó la nueva de una terrible derrota. Habiéndose subleado casi todas las tribus germánicas por instigación del joven Arminio, que ambicionaba devolver la libertad á toda la patria, marchó el general romano Varo con 20.000 hombres, á fin de apaciguar la insurrección; pero cayó en una emboscada en la selva de Teuteberg, siéndole rodeado por los bárbaros y exterminado todo el ejército romano, viéndose obligados los jefes á suicidarse para no caer en poder de los vencedores (año 9 después de J.C.).—En vano corrió Tiberio con un poderoso ejército á las orillas del Rhin á fin de vengar esta derrota, pues el nombre de Arminio se había hecho tan popular entre los bárbaros que habían acudido todos á alistarse bajo sus banderas, reuniendo tan numerosas huestes que no se atrevieron los Roma-

nes á presentarle batalla. El desastre de Teuteberg fué un golpe mortal para el viejo Octavio, que casi quedó privado de razon al recibir la noticia, corriendo de un lado para otro, golpeándose la cabeza contra el muro y exclamando: «Varo, devuélveme mis legiones!» y en los cinco años que sobrevivió á esta catástrofe no volvió á recobrar su alegría ni su salud por completo.

4. *Organizacion administrativa del Imperio: Leyes y reformas*.—Ya hemos visto en otro lugar que Augusto dividió las provincias en senatoriales é imperiales. Las primeras eran administradas por Procónsules, cuyo cargo duraba un año; y las segundas por legados nombrados por Augusto. A fin de conocer perfectamente su estado y sus necesidades, hizo el emperador frecuentes escursiones á todas ellas, y procuró que se terminase en breve tiempo, el censo de los habitantes y la medicion geográfica de todo el Imperio, así como el catastro de la propiedad territorial. Procuró dar gran impulso en todas partes á las obras públicas, particularmente á las grandes calzadas ó vías militares que unían entre sí y con la capital las distintas provincias del Imperio, reformándolas, continuándolas ó abriendo otras nuevas. En cuanto á Italia, parece que siguió en el mismo estado que anteriormente, con sus gobiernos municipales y sus magistrados locales que administraban todos los asuntos de la ciudad, y eran elegidos por sus conciudadanos. Para facilitar las comunicaciones y el comercio, estableció correos en carruaje y á caballo, y una especie de guardia rural para reprimir los atentados, perseguir á los malhechores y velar por la seguridad del viajero. Apesar de su

aparente respeto á las formas republicanas, promulgó Augusto muchas leyes é introdujo radicales reformas en todas las esferas de la vida pública. Alteró con sus edictos varias leyes antiguas, sin contar con el asentimiento del pueblo, al cual fué quitando poco á poco todo el poder legislativo y electoral. Creó una especie de Consejo de Estado, compuesto de sus más fieles adictos, con los cuales consultaba todas las resoluciones que pensaba tomar y daba á sus informes la fuerza y valor de senado-consultos; todo con evidente desprecio de la autoridad del Senado y del pueblo. En el ejército introdujo una severa disciplina, y haciéndolo permanente le concedió grandes privilegios. Estableció barcos ligeros en el Rhin y en el Danubio, y 400.000 hombres situados en distintos puntos defendían contra los bárbaros las fronteras del Imperio. Instituyó además una guardia para su persona, y una numerosa policía vigilaba por la seguridad de los ciudadanos. Puso muchos obstáculos á la emancipacion de los esclavos; introdujo grandes reformas en la religion, y edificó varios templos. Empero sus leyes más importantes fueron las relativas al celibato, las cuales tenían al mismo tiempo un fin moral, fiscal y político. Despues de haber condenado con la ley *Julia* los adulterios y los estupros, procurando introducir las buenas costumbres en el hogar doméstico, promulgó contra los célibes la famosa ley *Papia Popea*, que daba á los casados amplísimo derecho á suceder y recompensas inauditas; concedía privilegios á las madres que tenían muchos hijos, y á los maridos un lugar distinguido en el teatro, otorgándoles además exencion de muchos gra-

vámenes, etc etc., mientras que á los que permanecían solteros á cierta edad y á las mujeres que no se habían casado á los cincuenta años, les quitaba el derecho de heredar á los que no fuesen sus próximos parientes, y á los casados sin hijos sólo les permitía tomar la mitad de la herencia á que tuviesen derecho, yendo á parar al erario público cuanto dejaban de percibir todos ellos.

5. *Muerte y testamento de Augusto.*—*¿Pertenece á éste la gloria de su reinado?—Proteccion que durante él se dispensó á las letras.*—La derrota de Varo y las muchas desgracias de familia sufridas por el Emperador, amargaron los últimos días de su vida y aceleraron la hora de su muerte. Despues de 44 años de imperio y á los 76 de edad, murió el político más hábil que ha conocido el mundo, en concepto de muchos historiadores, siendo generalmente llorado por sus súbditos, sintiéndole unos por amor y otros por el temor de los trastornos que pudieran sobrevenir despues de su muerte. Antes de verificar sus funerales, se leyó en el Senado el testamento, en el cual instituía como principales herederos á su hijastro y yerno, Tiberio, por dos tercios, y á Livia por un tercio de la herencia, sustituyendo á éstos Druso, hijo de Tiberio, Germánico, sobrino de éste, y sus tres hijos; y hacía luego numerosos legados á varios amigos, al pueblo, á las tribus, á los pretorianos y á todos los legionarios.—Despues fué quemado el cadáver en el campo de Marte y colocadas sus cenizas en un mausoleo suntuoso, erigido entre la vía Flaminia y el Tíber.

Su reinado fué, sin duda, bajo cierto aspecto, el más floreciente que tuvo Roma. Sin grandes dispendios de intereses y economizando mucho la

sangre del soldado, extendió considerablemente las fronteras del Imperio y mantuvo la paz y aseguró el orden en todas partes, siendo Roma temida y respetada por todos los pueblos hasta donde alcanzaba el eco de su nombre. Sus leyes, su sistema administrativo, su conducta política, todo parece demostrar que era un profundo conocedor del corazón humano y que estaba á la altura de la misión que le había sido reservada. Ciertó que no era, ni con mucho, como su predecesor, un verdadero genio; pero tuvo la habilidad de rodearse de hombres de primer orden como Agripa y Mecenas, logrando con los talentos militares del primero, vencer á sus enemigos en el interior, y á los de Roma en el exterior, y consiguiendo con la sagacidad política de ambos que amase el despotismo un pueblo que odiaba la monarquía. Solo teniendo en cuenta la gran valía de los hombres de quienes se aconsejaba se explica la paradoja que su vida representa. Cruel y sanguinario como triumviro, aparece humano y justiciero como emperador; desordenado é inmoral en su vida privada, aparece como el propagador y protector de las buenas costumbres y el más decidido campeón de la moralidad más estricta en las leyes por él promulgadas; derrotado casi siempre mientras dirigió personalmente las operaciones de la guerra, fué su reinado uno de los más gloriosos para las armas romanas.

Otro tanto puede decirse de su protección á las letras y á las artes: la mayor parte, si es que no toda la gloria, corresponde también á su ministro Mecenas, cuya casa era el centro del movimiento literario y el asilo de los literatos pobres.—En el siglo en que vivió Augusto y al que injustamente,

en mi sentir, dio su nombre, florecieron los eminentes poetas Propertio, Horacio, Catulo, Tibulo, Virgilio y Ovidio, con otros de ménos fama, historiadores de primer orden como L. Cornelio Balbo, C. Crispo Salustio, Cornelio Nepote, Tito Livio, Cayo Licinio, Quinto Claudio y otros, así como oradores y filósofos de gran nombradía. En resumen, el siglo de Augusto fué el de mayor cultura y quizá el más floreciente bajo el punto de vista material y literario; pero fué al mismo tiempo uno de los más corrompidos de que hay noticia bajo el punto de vista moral y político.

6. *Emperadores de la familia de Augusto: Tiberio, Caligula, Claudio y Neron.*—Aunque por las desgracias ocurridas, ó mejor dicho, por los crímenes cometidos en la familia de Augusto (1) no dejó

(1) Haremos aquí algunas indicaciones sobre la familia de este emperador.

De Scribonia, su tercera mujer, tuvo Augusto una hija llamada Julia, á la que casó con Marcelo, hijo de su hermana Octavia. Muerto éste, la casó con su célebre general Agripa, de cuyo matrimonio tuvo tres varones, Lucio, Cayo y Agripa Postumo. Muerto también éste marido, casó Julia en terceras nupcias con Tiberio, hijo de Livia, cuarta mujer de Augusto, arrebatada por éste á su esposo, á pesar de hallarse aquella en cinta y estar terminantemente prohibido por las leyes romanas. Livia, que era una mujer tan bella como ambiciosa y malvada, ejercía sobre el emperador una influencia decisiva, y se propuso que á toda costa fuera á parar á su hijo Tiberio la corona imperial. Como Augusto había adoptado á sus dos nietos Cayo y Lucio, se cree que pagó hombres para que les dieran muerte, y aunque el delito no está probado, el hecho es que ambos hermanos murieron, asesinado el uno y quizá envenenado el otro. También desterró á su hija Julia por su vida escandalosa, y á su nieto Póstumo por sujeciones de Livia. Tiberio, que hacía siete años se hallaba fuera de Roma, volvió por exigencia de su madre, y fué asociado por Augusto al gobierno imperial é instituido luego sucesor en el testamento. A la muerte de Augusto, pereció también violentamente Agripa Postumo, su último nieto, asesinado, según se dice por orden de Tiberio.

éste á su muerte sucesion directa, sin embargo, dado el sistema de las adopciones que tan en boga estuvo siempre en Roma, pueden decirse que pertenecen á su casa los cuatro emperadores que le siguieron y en cuyo tiempo llegaron á su más alto grado el despotismo del gobierno imperial y la degradacion política y moral del pueblo.

a) TIBERIO CLUDIO NERON, descendiente de la antigua y altiva familia de los Claudios, hijastro y yerno de Augusto, asociado por éste al trono é instituido como su principal heredero, le sucedio efectivamente, y el principio de su reinado no dejó apenas que desear, ni desmereció en nada del de su predecesor. Ya hemos visto que Tiberio había hecho al Estado grandes servicios en tiempo de Augusto con sus victorias sobre los Germanos, Dacios y Panonios, victorias que fueron continuadas por su sobrino Germánico, hijo adoptivo del emperador sobre todo en Germania, que hubiera quedado sometida por completo á las armas romanas sin la envidia y aún el temor que á Tiberio inspiraban la popularidad y la gloria que aquél iba adquiriendo, y que indujeron al emperador á ordenarle abandonar sus conquistas, retirarse á las orillas del Rhin y presentarse luego en Roma, desde donde partió para Oriente encargado del gobierno de aquellas provincias, á fin de castigar á los Partos, y tranquilizar á los Armenios, Cilicios, Sirios y Judios, etc., que amenazaban con nuevos trastornos. Al regresar á Antioquía de una expedicion á Egipto, enfermó repentinamente y murió al poco tiempo, se cree que envenenado por los agentes de Pison, que obedecía sin duda en esto órdenes superiores. Acusado despues como autor de la muerte de

Germánico y del delito de sedicion, se suicidó, segun unos, ó fué asesinado por orden del Príncipe, segun otros, á fin de que no pudiera declarar lo que entre ellos había mediado en este asunto.

Durante los nueve primeros años de su imperio, no pudo ser Tiberio más equitativo ni gobernar con más tino y prudencia; pero cuando el audaz y malvado Elio Seyano logró con su astucia hacerse dueño de la voluntad del príncipe, comenzó éste á mostrar su natural crueldad y suspicacia. Restableció la ley de lesa-magestad, aplicándola hasta por los actos más inocentes, como el de suspirar cuando el emperador ó su omnipotente ministro estaban alegres, ó regocijarse cuando estaban tristes. Rodeáronse de espías y de acusadores, y el infame Seyano, no contento con haber inducido á Tiberio á ordenar tantas ejecuciones y cometer tantos crímenes, los cometía él por su propia cuenta, siendo sus principales víctimas, Druso, hijo del emperador, que murió envenenado; el valiente general Sillio, que se dió la muerte para evitarse la condenacion por una delacion falsa, así como la virtuosa Agripina, viuda de Germánico, su amiga Sosia y su cuñada Claudia Pulcra, que fueron desterradas. Persuadido por su ministro, se retiró Tiberio de Roma, dejando la ciudad por espacio de diez años entregada al capricho de aquel malvado. Sabedor Elio Seyano de la gran pribanza de que gozaba al lado del emperador el único hijo que quedaba de la familia de Germánico, Cayo Calígula, comenzó á conspirar contra su señor, pero descubierta la trama, fué preso y ejecutado poco despues, espiando así sus muchos crímenes. Pero con la muerte del ministro no cesó la tiranía ni las persecuciones. Su

sucesor Macron, si bien era mas disimulado, no fué mejor que Seyano. Tiberio continuó sacrificandola vida de muchos personajes ricos solo por confiscarlos sus bienes, hasta que murió á los veintitres años de su reinado y 68 de edad, no se sabe si á consecuencia de enfermedad, si envenenado por Caligula, ó ahogado por Macron prefecto de la guardia pretoriana y su ministro ó favorito. Tal fué el reinado y el fin del primero de los cuatro emperadores *monstruos* que sucedieron á Augusto. Habiendo designado como sus herederos á Caligula y á Tiberio, hijo de Druso, anuló el Senado el testamento y dió al primero la autoridad discrecional para gobernar el Imperio.

b) Veinticinco años tenía CAYO CÉSAR CALIGULA cuando fué aclamado emperador por el Senado y por el pueblo, comenzando su reinado como el de su predecesor, aboliendo la ley de lesa-mages-tad, dando una amnistia general, devolviendo su autoridad á los comicios y su libertad é independencia á los jueces, etc.; pero, atacado á los ocho meses por una grave enfermedad, parece que de resultas de la misma quedó perturbada su razon, sujiriéndole su demencia las ideas mas crueles y los mas extravagantes caprichos. Rodéose de bufonas, bailarines, cantantes, cocheros, etc., etc., y se dejaba gobernar por ellos. Tenía aspiraciones á ser el mejor gladiador, cantor, y cochero de su tiempo, castigando severamente á todo el que sobresalía por su ingenio, llevándole la envidia hasta querer destruir todas las obras de Homero, de Virgilio y de Tito Livio, y en el colmo de su demencia, dió á su caballo *Incitatus* los honores y la consideracion de príncipe; le designó los persona-

jes para su corte, lo hizo inscribir en la lista de los pontífices, y se empeñó en nombrarlo Cónsul, derrochando en escandalosas orgías y en empresas imposibles ó estériles cerca de tres mil millones que había dejado Tiberio, y cuanto él pudo allegar apelando á las mas inícuas vejaciones. Para obtener los honores del triunfo, fué á la Galia, pasó el Rhin, ocultó en un bosque parte de los soldados que llevaba consigo, y con los otros simuló un ataque, trayéndose prisioneros á los primeros. Cerca de cuatro años toleró el Senado y el pueblo romano las atrocidades de este loco, y las habría tolerado mucho mas tiempo, si Casio Chereas, tribuno de una cohorte pretoriana, no hubiera tramado una conjuracion, que dió por resultado el asesinato del príncipe en Enero del año 41 de nuestra era.

c) Muerto Calígula se propuso el Senado restablecer la república, y Chereas procuraba infundir en el corazon de los soldados y del pueblo el antiguo amor á la libertad. Pero mientras uno y otro se exforzaban inutilmente, sacaron los soldados del lugar en donde se había ocultado, al viejo TIBERIO CLAUDIO DRUSO, tio de *Calígula*, y lo aclamaron emperador en el campo de Marte, cuya eleccion tuvo que confirmar el Senado. Claudio era hijo de Druso, y por tanto sobrino de Tiberio y tio de Calígula.

Siguiendo este príncipe la tradicion de la familia, comenzó tambien su reinado aboliendo todas las leyes y decretos tiránicos, llamando á los desterrados y declarando que nada haría sin el consejo y la aprobacion del Senado; pero débil de cuerpo y de espíritu, fué muy pronto dominado por sus libertos, criados y dispenseros, que, en union de su

mujer Mesalina, cometían en su nombre todas las infamias y exacciones imaginables, llegando á ser aquellos más ricos y poderosos que el mismo emperador. Arrastrada la infiel esposa por la pasión violenta que concibió por un jóven patricio llamado Silio, abandonó á su débil marido y se casó con aquél, tomando entónces Claudio por esposa, á pesar de prohibirlo las leyes romanas, á su sobrina Agripina, que no era mejor que la anterior, continuando los desórdenes y los crímenes, reinando aquella en lugar de Claudio; y para impedir que éste tratara de designar como heredero á su hijo Británico, ambicionando aquella la corona imperial para su hijo Domicio, habiéndose de su primer matrimonio con Domicio Enobarbo y adoptado por el emperador con el nombre de Neron Claudio, le administró un veneno y murió en Octubre del año 54.

En cuanto á las empresas militares, no dejó de ser glorioso el reinado de Claudio, pudiendo citarse, entre otras, la conquista de la Gran Bretaña, llevada á cabo á principios de este reinado por Aulo Plancio y por el emperador en persona que tomó por esto el nombre de Británico (año 43 d. de J. C.).

d.) Educado en una corte corrompida, por una madre famosa por su ferocidad y su lujuria y por un maestro indulgente y atento principalmente á aumentar su poder y sus riquezas, como Seneca, se vió rodeado el emperador NERON CLAUDIO de una turba dispuesta á adularle y á secundar sus locuras y sus caprichos. Apesar de esto los cinco primeros años de su imperio son celebrados por los historiadores como modelos de un gobierno sabio y justo. Empero esto tenía más de aparente que de real, puesto que en el año 55, segundo de su rei-

nado, amenazándole su madre Agripina con revelar los medios de que se habían valido para usurpar el cetro á Británico y con promover una insurrección entre los soldados, previno Neron este acontecimiento, invitando á su rival á comer en su mesa, y haciendo que le administrasen un veneno que le mató momentáneamente, y distribuyó el emperador sus bienes entre los más poderosos para hacerlos callar. Hasta Burro y Séneca que aparentaban tanta rectitud y severidad de costumbres, tomaron algunas casas y quintas de las que ántes pertenecían á la víctima. Entónces entró abiertamente en el camino del crimen, disfrazándose de esclavo por la noche y recorriendo la ciudad acompañado de una turba de desalmados que, rompiendo las puertas, robaban, estupraban, asesinaban y cometían en fin todos los crímenes imaginables. Enamorado de Popea, esposa del opulento Oton, la robó á su marido, y viendo esta que Agripina era un obstáculo á su ambicion, instigó al principe á deshacerse de su madre. El emperador ordenó que ahogasen á ésta en el mar echando á pique la nave que la conducía; pero habiéndose salvado Agripina á nado y refugiándose en una quinta cerca del lago Lucrino, mando allí Neron á su liberto Aniceto con una turba de esbirros que la asesinaron á puñaladas (año 59), por cuya hazaña le felicitaron Burro y Séneca. Su locura llegó entónces á su colmo, empeñándose en rivalizar con los mejores poetas, cantores, músicos y actores y aun con los cocheros del Circo, y hasta se le atribuye con fundamento ser el autor del incendio que destruyó la mayor parte de la ciudad, acusando luego por ello á los cristianos, á quienes persiguió cruelmente.

En el año 62 había hecho envenenar á Burro y cayó tambien en desgracia Séneca, por lo cual éste tomó parte despues en la conspiracion del año 65 para asesinar al emperador y proclamar en su lugar á C. Calpurnio Pison; pero descubierta la trama por un liberto, fueron decapitados todos los que en ella se hallaban comprometidos y muchos inocentes. En el año 66 fué cuando Neron emprendió su célebre expedicion á Grecia para tomar parte en todos los juegos y certámenes públicos, venciendo en todas partes (¡ay del que le hubiese vencido!) á los mejores poetas, cantores, músicos, gladiadores, cocheros, etc., etc., volviendo á Roma con 1.800 coronas ganadas á fuerza de valor, de habilidad y de genio.

Por último, una insurreccion de las legiones de las Galias, que ofrecieron el trono al viejo Galba, gobernador de la Tarraconense, hizo que comenzasen á abandonar á Neron sus infames confidentes, y sublevándose en seguida la guardia pretoriana despues de haberle prometido grandes recompensas para que lo verificase, se vió aquél obligado á huir y luego á suicidarse, á los 32 años de edad, y en el 68 de la era cristiana. De este modo acabó la que podemos llamar *dinastía de Cesar* despues de haber elevado el imperio á su mayor grandeza y reducido la sociedad romana á la degradacion más completa.

ADVERTENCIA. La suscinta narracion de los importantes sucesos á que esta leccion se refiere, dada la importancia de estos, es un verdadero *resúmen* más bien que una exposicion completa, así es que omito en ésta el que en las lecciones anteriores venía haciendo.

LECCION XIV.

Ultimos dias de esplendor del imperio. Los Flavios y los Antoninos.

1. *Insurrecciones militares: Galba, Oton y Vite-lio.*—Grande fué la alegría que se experimentó en Roma al extenderse la noticia de la muerte del tirano Neron. Aunque las malas nuevas que habian circulado respecto del mal éxito de la primera insurreccion militar que en su favor había estallado en las Galias casi habían decidido al viejo y debil SERVIO SULPICIO GALBA á renunciar á su empresa, cuando supo lo ocurrido en la capital, y que el Senado, el pueblo y los pretorianos habían secundado la insurreccion mencionada, se puso en marcha para Italia á fin de tomar posesion de la nueva dignidad que se le había conferido. Al salir de España, donde á la sazón se hallaba, comenzó á expedir órdenes de asesinato y destierro contra todos aquellos que él consideraba como sus enemigos, en cuyo camino, no solo perseveró á su llegada á Roma, sino que se negó tambien á entregar á los pretorianos el donativo que en su nombre se les había ofrecido para sublevarlos, y lo mismo hizo con los soldados, sobre todo con las legiones de las Galias. Su gobierno comenzó tambien bajo los más tristes auspicios, entregándose por completo á sus favoritos, Icelo, Vinio y Lacon, que comenzaron á vender todos los cargos, dignidades y privilegios, y hasta la justicia. De este modo trascurrieron los siete meses de su reinado, del 15 de Junio del 68 al 15 de Enero del 69 d. de J. C., en cuya

fecha se sublevaron los pretorianos y proclamaron emperador á Oton, primer marido de Popea, esposa de Neron. Galba murió en el tumulto, así como sus favoritos y muchos de sus partidarios.

Reconocido por el Senado y el pueblo MARCO SALVIO OTON, puede decirse que no fué más que un instrumento de los pretorianos, que eran los que en realidad disponían de los destinos públicos, quedando á merced de la desenfrenada soldadesca la fortuna y la vida de los ciudadanos. Comenzó pues á reinar en Roma el terror y la confusion, que se aumentaron extraordinariamente al llegar la noticia de que las legiones del Rhin, se habían sublevado el 3 de Enero y proclamado emperador en Colonia á AULO VITELIO, su general, habiendo secundado este movimiento las legiones de Bretaña y de casi toda la Galia. Comenzó pues la guerra civil entre las fuerzas de ambos emperadores, hasta que, derrotados los Otonianos cerca de Verona el 15 de Abril, y suicidandose Oton al tener noticia de la derrota, fué reconocido Vetelio por el Senado. En su marcha triunfal desde las Galias hasta Roma, se entregaron los soldados al pillaje, cometiendo infinidad de tropelias en las ciudades por donde atravesaban. En los pocos meses que duró su reinado, sólo se hizo célebre por su gula y sus bacanales, gastando en estas más de 900 millones de sestercios. En Roma continuaron sus soldados cometiendo toda clase de desmanes y atropellos. Los bárbaros y las insurrecciones de las provincias amenazaban por todas partes, y el Imperio parecía próximo á su ruina despues de haber resistido los males en él producidos por los siete mónstruos que sucesivamente lo habían regido,

cuando las legiones de Oriente proclamaron Emperador á su general Vespasiano.

2. *Guerra de Judea. Proclamacion y gobierno de Vespasiano.*—La tiranía y las exacciones de los procuradores romanos, Pilatos, Albino, Floro y otros en la Palestina, provocaron en el reinado de Neron una insurreccion formidable por parte de los judíos. Neron mandó para sofocarla á *Vespasiano* (hijo de un humilde pero honrado publicano), que se había ya hecho notable en las guerras de Germania y de Bretaña, y que despues de haber egercido cargos de gran importancia, como el gobierno de la provincia de Africa, por ejemplo, se había retirado casi pobre á la vida privada. Vespasiano organizó un ejército de 60.000 hombres, con el que llegó al Asia Menor, atacando y destruyendo en todas partes las bandas insurrectas de los Judíos y las ciudades más poderosas de Palestina, llegando, á pesar de la enérgica resistencia y del valor que en esta guerra demostraron los Judíos, hasta los mismos muros de Jerusalem, al pié de los cuales comenzaron á darse reñidísimos combates. En estos momentos era cuando llegaban á su colmo los desórdenes y los trastornos en Roma con motivo de la eleccion simultánea de los emperadores Oton y Vitelio. Envidiosas las legiones de Oriente al ver que las demás proclamaban y deponian emperadores, no quisieron aquellos soldados ser ménos que sus compañeros, y proclamaron emperador á TITO FLAVIO VESPASIANO, el cual dejó á su hijo Tito el cuidado de acabar esta guerra, como lo verificó apoderándose de la ciudad, despues de uno de los sitios más sangrientos que registra en sus anales la historia, y en el que perdieron la vida

1.200.000 judíos, quedando arruinada la ciudad y destruido su templo. Entónces comenzó otra lucha civil, que despues de varias alternativas concluyó con la entrada de los partidarios de Vespasiano en Roma, habiendo derrotado ántes en sus inmediaciones á los partidarios de Vitelio, el cual fué hecho prisionero, maniatado, conducido por las calles de Roma en medio de insultos y amenazas hasta el campo de Marte, donde fué ejecutado con gran algazara de la plebe y de los soldados.

Con Vespasiano pricipia una nueva era de regeneracion para el imperio. Apenas entró en Roma, comenzó por restablecer el órden en la ciudad y la disciplina en el ejército, procurando además que los Tribunales administrasen pronta y recta justicia. Asoció al trono á su hijo Tito y emprendió la reforma del Senado, arrojando de esta corporacion á todos los hombres indignos de figurar en sus filas, nombrando para sustituirlos á ciudadanos probos, sin distincion entré los Romanos ni provinciales, y procurando, por último, reformar las costumbres y refrenar el lujo inmoderado, dando él mismo ejemplo de sencillez y modestia. En cuanto á la Hacienda, fué tambien restaurada por este emperador, teniendo que hacer algo onerosos los impuestos para atender al mal estado en que se hallaba el erario á consecuencia de los despilfarros de sus predecesores, y de las obras públicas que emprendió, lo mismo en Roma que en algunas provincias.

Las guerras más notables de su reinado fueron la continuacion de la de Judea, de la que ya en otro lugar me he ocupado, y la rebelion del bátavo Civilis que intentó unir á los Germanos y á los Ga-

los en un solo reino. Los sacerdotes druidas habían recorrido ya casi toda la Galia, predicando la insurrección contra los Romanos; las legiones se habían indisciplinado y casi disuelto los ejércitos del Rhin, y los Germanos y Bátavos habían seguido la bandera de Julio Civilis; pero encargado *Petilio Cerealis* de reprimir la insurrección, venció en dos batallas á los Treviros y derrotó luego á los otros bárbaros cerca de *Castra Vetera*, obligando á los Bátavos á retirarse á su país, haciendo al poco tiempo la paz con los Romanos y aliándose con ellos para formar una especie de avanzada de Roma contra los pueblos del Norte (año 70 d. de J. C.). No obstante haberse tramado algunas conspiraciones contra la vida del emperador, su reinado, fué, en general, tranquilo en el interior; muriendo á los 70 años de edad, el 23 de Junio del año 79 de nuestra era.

3 *Gobiernos de Tito y de Domiciano.*—A Vespasiano sucedió su hijo Tito; ya asociado por su padre á las funciones del Imperio, segun hemos visto anteriormente. Corrompido y cruel durante su juventud, fué TITO FLAVIO VESPASIANO (tenía el mismo nombre que su padre) despues de su elevacion al trono un modelo de príncipes; y tanto en su vida pública como en la privada, fué tan afable y justiciero durante su corto reinado, que mereció que sus súbditos le diesen el dictado de *amor y delicias del género humano*. Atendió con una solicitud paternal á las víctimas de las grandes calamidades que en su tiempo afligieron al Imperio, como el incendio que destruyó casi todo el Capitolio y la mayor parte de la ciudad, una peste asoladora, y la espantosa erupcion del Vesubio que enterró entre

sus cenizas varias aldeas y las ciudades de Herculano y de Pompeya. En cuanto á las obras públicas, concluyó el famoso anfiteatro comenzado por su padre y edificó sus célebres termas en el lugar que habían ocupado los jardines de Neron. A poco de terminar los 100 dias de espectáculos con que inauguró el referido anfiteatro, le atacó una fiebre violenta que le llevó al sepulcro á la edad de 42 años, y despues de un reinado de veintiseis meses, siendo sinceramente llorado por el pueblo y por el Senado.

Despues de este corto respiro, volvió á afligir á Roma la tiranía con el reinado de su hermano y sucesor Tito FLAVIO DOMICIANO, que, si bien en su juventud fué semejante á Tito, no sucedió lo mismo durante su imperio. Al principio de éste tuvo algunos arranques de severidad y de justicia, reprimiendo abusos y procurando continuar la reforma de las leyes y las costumbres; pero al poco tiempo se entregó á los actos más censurables. Envio al patíbulo sin causa alguna á sus primos Flavio Sabino y Flavio Clemente, se hizo llamar *Señor y Dios*, y los edictos comenzaron con la fórmula: *Nuestro Señor y Dios manda*, etc.; persiguió cruelmente á los judíos y á los cristianos, desterró de Italia á los filósofos. Despues de sofocada por L. Máximo la sublevacion de Lucio Antonio que se había hecho proclamar emperador en Germania, estableció Domiciano su residencia accidental en Alba, desde donde, rodeado de Senadores funcionarios serviles, enviaba sentencias de muerte contra los hombres mas honrados y virtuosos, tales como Erenio Senecion, Aruleno Rústico, Elvidio Prisco y otros. Cansados al fin de tanta tiranía, y temiendo que

poco á poco fuese llegando á cada cual su hora, tramaron los palaciegos y los oficiales de la guardia pretoriana una conspiracion para dar muerte al tirano, que fué efectivamente asesinado en su propio palacio el 18 de Setiembre del año 96, á los 45 de edad y 15 de su elevacion al trono.

4 *Reinado de los emperadores Nerva. Trajano y Adriano.*—Muerto Domiciano, saludó el Senado como emperador á MARCO COCCEYO NERVA, anciano de 70 años, de carácter bondadoso y hombre tenido por justo y benéfico, concepto que no desmintió durante su corto reinado; pero carecía de la energía que se necesitaba en aquellos tiempos para tener á raya la desenfrenada soldadesca, así es que se le impusieron en seguida los pretorianos, obligándole á perseguir á los asesinos de Domiciano, y á condenarlos al suplicio. Al verse de este modo dominado, tuvo el buen acuerdo de adoptar y elegir por sucesor al español Trajano, natural de Itálica, el cual se había distinguido ya por sus dotes militares bajo el reinado de los Flavios.

Muerto Nerva á los 16 meses de su eleccion, fué proclamado emperador por el Senado, por el pueblo y por las legiones el citado español. MARCO ULPIO TRAJANO, excelente guerrero y prudente general, afable, pero digno y enérgico, y el primero en participar de las fatigas y de los peligros al lado de sus soldados. Con estas cualidades y con su sincera modestia y benevolencia, se captó el amor y hasta la veneracion, no sólo de los soldados, sino tambien de todos los súbditos del Imperio. Al entrar en Roma, despues de su proclamacion, lo verificó á pié, y al llegar á Palacio, dirigiéndose al prefecto de la guardia pretoriana, le

entregó la espada, signo del poder, diciéndole al mismo tiempo: «*Defendedme con ella si gobierno bien y volvedla contra mí si lo hago mal.*» Su gobierno fué en general bastante bueno, y si bien puede tachársele de haber obrado de un modo algo absoluto, halla su excusa esta conducta en la situacion difícil que á la sazón atravesaba el Imperio. Vendió todas las alhajas y objetos de lujo del palacio imperial, llenando completamente las arcas del herario; disminuyó las cargas públicas, y proscribió la obligacion de hacer legados al emperador en los testamentos. Pero por lo que más se distinguió Trajano fué por las obras públicas y por sus empresas militares. En cuanto á las primeras, restauró el Circo, construyó baños y palacios, desecó las lagunas Pontinas, construyó á sus espensas los puertos de Ancona y Civitavechia, y muchas calzadas que hacían más fáciles las comunicaciones y el Gobierno del Imperio. En España llevó á cabo obras importantísimas de las que aún subsisten algunas, como el famoso puente de Alcántara sobre el Tajo. por ejemplo. La guerra y las conquistas eran la verdadera y única pasión de Trajano. Antes de obtener el Imperio, había ya peleado en el Asia y en las orillas del Rhin. Despues de proclamado emperador, quiso vengar las derrotas de Domiciano en las orillas del Danubio, y marchó con 60.000 hombres contra Decébalos que había hecho alianza con los Sármatas y los Partos contra Roma. Vencido el rey dacio en tres grandes batallas, se vió obligado á pedir la paz en el año 103; pero rompiendo en el año siguiente las hostilidades, acudió el Emperador con un nuevo ejército á las orillas del Danubio, echó un puente sobre este rio,

penetró en el país de los Dacios, tomó su capital y obligó á Decébaló á suicidarse, reduciendo aquel país á provincia romana (año 106), estableciendo colonias y construyendo nuevas ciudades. Volviendo despues sus armas hácia Oriente contra los Arabes y contra los Partos, pasó el Eúfrates y llegó á las orillas del Tígris, por el que descendió en una escuadra al golfo Pérsico, costeando luego el Occéano hasta el mar Rojo, y sintiendo que fa falta de tiempo no le permitiese acometer como Alejandro la empresa de conquistar la India. A su vuelta á Babilonia tuvo noticia de que se habían revelado los pueblos antes sometidos, viéndose obligado, despues de una sangrienta guerra, á perder parte de sus conquistas, y dejando á su sobrino Adriano el gobierno de Siria, se dispuso á volver á Italia; pero murió en el camino, en la ciudad de Selinunte, llamada despues Trajanópolis, el 11 de Agosto del año 117. Sus cenizas fueron trasladadas á Roma y sepultadas en la base de la famosa columna que lleva su nombre.

Sucedióle en el Imperio PUBLIO ELIO ADRIANO tambien español y sobrino de *Traiano*. La emperatriz Plontina hizo creer que el difunto lo había adoptado ántes de espirar. Este emperador abandonó parte de las conquistas de su predecesor, á fin de dar la paz al Imperio. Marchó despues contra los Sármatas y los Rosolanos, con los que hizo una paz poco honrosa, y para contener en la Gran Bretaña las invasiones de los Pictos y de los Caledonios, hizo construir la gran muralla llamada *Val-lum Adriani*, y otra desde Babilonia á Maguncia, para oponerse á las correrías de los Germanos. Su única gran empresa militar fué el exterminio de

los Judíos que se habían sublevado nuevamente bajo la direccion de Barcochevas y de Akiba, por haber levantado Adriano un templo á Júpiter en el mismo lugar en que ántes se hallaba el de Gehova, y haberles prohibido que circuncidasen á sus hijos en cuya guerra se dice que murieron mas de 580.000 hombres, quedando desierto aquel país y prohibiendo á los que supervivieron que volvieran á Jerusalem, si bien mucho despues obtuvieron el permiso de visitar una vez al año la ciudad santa.

Terminadas las guerras, emprendió Adriano el arreglo del Estado. Dió al gobierno una forma casi completamente monárquica, colocando á mayor altura la persona del príncipe, aunque respetando la autoridad del Senado. Separó en la administracion los asuntos civiles de los militares, dando la preferencia á los primeros. Puso un cuidado particular en la reforma de las leyes y en la buena administracion de justicia, juzgando muchas veces por sí mismo auxiliado y aconsejado por los cónsules y los pretores. Rodeado de los mejores jurisconsultos de su tiempo, dió á los juicios de aquellos grande autoridad; y por su orden compiló Salvio Juliano el famoso *edicto perpétuo*, que es una especie de coleccion de edictos de los antiguos pretores, ediles y procónsules, haciendo desaparecer en parte la incertidumbre y la confusion que en la legislacion reinaba, y preparando el camino de la igualdad legislativa de Roma y las provincias.

Para conocer por sí mismo las necesidades de las diversas provincias del Estado y poder asegurarlas de los peligros interiores y exteriores, las

visitó todas en dos grandes expediciones. Dirigió la primera hácia Occidente, partiendo en el año 120 para las Galias, desde donde pasó á Germania, á Bretaña y á España, volviendo desde aquí á Roma. En el año 125, se dirigió á Oriente pasando dos inviernos en Atenas; visitó luego la Siria, la Palestina, Arabia y Egipto, procurando asegurar por todas partes la paz y la prosperidad de los súbditos, impidiendo las rapiñas de los gobernadores, procurando que administrasen pronta y recta justicia, y castigando rigurosamente á los malvados. Al lado de estas virtudes tenía Adriano vicios asquerosos y defectos graves. Uno de estos últimos (porque repugna hablar de los primeros) era la envidia que sentía hácia todo hombre notable por cualquier concepto. También persiguió á los cristianos, aún cuando no tan encarnizadamente como sus predecesores, pues prohibió que se les condenase á muerte sin que precediese un proceso en forma.

En el año 136 adoptó Adriano para que le sucediese en el imperio á Elio Vero, hombre que prometía muy poco; pero habiendo muerto éste al año siguiente, adoptó el príncipe á Antonino, que despues tomó el nombre de Pio, el cual adoptó á su vez á Marco Aurelio y á Lucio Vero accediendo á los deseos del emperador. Adriano murió en Baía en el año 138 de nuestra era.

5 *Reñados de Antonino Pio, Marco Aurelio y Cómodo Antonino.*—ANTONINO PIO, originario de Nimes en la Narbonense, pero nacido en Lanuvium. Excelente literato, de bella presencia, afable, generoso y virtuoso en extremo, fué muy estimado de sus contemporáneos que le dieron el nombre de *padre del género humano*. Puso todo su cuidado en

procurar la felicidad del mayor número y asegurar por todos los medios posibles la paz al Estado, siendo ésta completa durante los veintitres años que aquel permaneció sentado en el trono imperial, pues una vez que los Partos invadieron la Armenia en este tiempo, se retiraron con solo exigírselos el emperador en una carta. Hizo una vida modestísima; eligió siempre sus ministros entre los ciudadanos más ilustrados y virtuosos; y aunque economizó cuanto le fué posible los gastos del Estado, no perdonó medio de extender la instrucción, fundando muchas escuelas en Roma y en las provincias, dando alimento y educación á muchos jóvenes cuyas familias carecían de los recursos necesarios para ello, é hizo otras muchas buenas obras que justifican el general sentimiento de sus súbditos al ocurrir su muerte en el año 161, á los 73 de edad y 23 de reinado.

Sucedíóle MARCO AURELIO ANTONINO, natural de Roma, aunque de origen Español. Era muy versado en las letras griegas y latinas, en las leyes, en las matemáticas, en las bellas artes, en la elocuencia y especialmente en filosofía. Aclamado emperador por el Senado, dividió inmediatamente el mando con Lucio Vero, su hermano de adopción, pero de carácter enteramente opuesto al suyo, por lo que se enajenó éste las simpatías y el afecto del público y fué de hecho Marco Aurelio único emperador. Sus virtudes y sus leyes hicieron que su nombre fuese venerado por todos. Instituyó pretores tutelares que patrocinasen á los huérfanos; fué diligentísimo para administrar justicia; publicó excelentes disposiciones respecto de la herencia; procuró reformar las costumbres, enfrenar la licencia

teatral y la ferocidad del circo; socorrió la miseria de muchas ciudades, y puso coto á los abusos y á las exacciones. Por último, con el llamado *edicto provincial*, sometió á todos los súbditos á las mismas leyes, procurando armonizar todos los ramos de la administracion, y estudiando la manera de dar unidad al Imperio y establecer la igualdad de derechos entre todos los súbditos.

En el reinado de Marco Aurelio fueron frecuentes las guerras con los bárbaros, tanto en Germania y en Bretaña, como en Oriente; pero en todas partes fueron vencidos, ora por el Emperador en persona, ora por sus delegados. La más sangrienta y peligrosa de estas guerras, fué la sostenida en las orillas del Danubio contra los Marcomanos, Vitobalos, Yacigas, Quados, y otros pueblos que invadieron por este lado el territorio del Imperio, penetrando en Iliria, llegando hasta Aquilea, y llevando el terror á toda la Península; pero saliéndoles al encuentro Marco Aurelio y Lúcio Vero, consiguieron rechazarlos y derrotarlos en una gran batalla, haciéndoles 100.000 prisioneros. A su vuelta á Roma (Diciembre del año 169), murió Vero en el camino y quedó Marco Aurelio completamente libre para cuidar mejor de los negocios públicos. Poco tiempo disfrutó el Imperio de los beneficios de la paz, pues en el año siguiente, se vió nuevamente atacado por los Marcomanos, Sármatas, Vándalos, Suevos, Rosolanos, Alanos y otros muchos pueblos que se precipitaron contra las fronteras romanas por el Rhin y por el Danubio; pero haciendo el príncipe un supremo exfuerzo logró reunir medios suficientes para defenderse de tantos enemigos, consiguiendo rechazarlos en to-

das partes, despues de una lucha de tres años. Cuando esperaba descansar de tantas fatigas, tuvo que acudir á Siria á sofocar la insurreccion de Avidio Casio, que se había proclamado emperador al frente de las legiones de Oriente; pero ántes de llegar supo que Casio había sido derrotado y muerto por Albino, gobernador de Bitinia. Despues de arreglados los asuntos de aquel país, volvió Marco Aurelio á Roma, de donde tuvo que partir inmediatamente, á fin de someter á los Marcomanos, Bastarnas, Alanos y otros pueblos de las orillas del Danubio, obligados por los Godos á emprender nuevas correrías por el territorio romano. El emperador, juntamente con su hijo Cómodo investido ya de la potestad tribunicia, marchó contra ellos y consiguió derrotarlos completamente, y hubiera reducido su país á provincia romana si la muerte no hubiera venido á interrumpir sus victorias el día 7 de Marzo del año 180, á los sesenta de edad y diez y ocho de reinado, dejando como sucesor á su hijo Cómodo ANTONINO, en cuya época puede decirse que comenzó decididamente la decadencia material del Imperio, siendo tan malo su gobierno, que se dice deshonoró la memoria de los Antoninos, y su designacion para sucederle se califica por los historiadores como una falta cometida por Marco Aurelio, tan grave por lo ménos como la de haber perseguido á los cristiancs, que es otra de las que se le acusa.

6. *Conclusion.*—Hemos expuestos á grandes rasgos, en las páginas que anteceden, la historia interna y externa del pueblo-rey que asumió en el período de su apogeo casi todos los elementos de

la cultura del mundo antiguo. Desmoralizada la sociedad romana, falta ya esa vitalidad y energía que necesita un pueblo para continuar á la cabeza de la civilizacion en cualquier período histórico, vino necesariamente una decadencia tan rápida que se derrumbo en poco más de dos siglos el edificio que había costado más de ochocientos años concluirlo.

Aunque á los ojos de muchos historiadores es de poca importancia histórica el período que media desde Cómodo hasta la destruccion del Imperio de Occidente por los bárbaros del Norte, es, en mi sentir, de tal trascendencia que, en vez de resumirlo en pocas páginas, como habría necesidad de hacerlo para incluirlo en este volúmen, hay que darle quizá tanta extension como á la parte ya narrada, ó sea al período de la fundacion de la nacionalidad romana y al de sus progresos sucesivos hasta comprender en su seno casi todos los pueblos civilizados de la edad antigua.

De este modo podrán exponerse con la debida extension y claridad todos los elementos de la civilizacion greco-romana que, conservados por el Imperio de Oriente, ó aceptados por los bárbaros que se los asimilaron lentamente, sirvieron, despues de muchos siglos, como base firmísima para levantar el grandioso edificio de la cultura moderna; así tambien podremos hacer un exámen algo detenido de los pueblos bárbaros que vinieron á establecerse en Italia y en las provincias de Occidente, clasificándolos y determinando los elementos nuevos que éstos trajeron consigo, y que en union de los antiguos lograron regenerar la humanidad y disponerla con-

venientemente para que pudiese echar en ellas
hondas raíces la civilización cristiana (1).

(1) Lo expuesto en esta lección es un brevísimo *resumen*
de la Historia en el período de los Flavios y de los Antoninos,
por lo cual repetimos aquí la *advertencia* que en la anterior
hicimos.

INDICE.

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.....	V
Advertencia.....	VII
Introduccion.....	IX

LIBRO PRIMERO.

ORÍGENES Y MONARQUÍA.

LECCION PRIMERA.

Orígenes.—Península Italiana.—Sus pobladores primitivos.—Primeras ciudades.—Fundacion de Roma.

1	Descripcion geográfica de Italia.....	15
2	Pobladores más antiguos de la península.....	16
3	Civilizacion greco-italica.....	19
4	Los Pelasgos.....	21
	Ampliacion.....	23
5	El Lacio y los Latinos. Su cultura.....	24
6	Organizacion de los Latinos.....	25
7	Las tribus de los Ramnes, de los Ticios y de los Lúceres. Orígen y fundacion de Roma.....	27
8	Distintos pueblos que habitaban en Italia al apare- cer Roma en la Historia.....	29
9	Orígen fabuloso del pueblo romano. Leyendas principales relativas al asunto.....	29
	Ampliacion.....	30
	RESÚMEN.....	34

LECCION II.

Monarquía.—Constitucion primitiva de Roma y principales aconteci-
mientos hasta la caida de la Monarquía.

1	Constitucion social, civil y política de Roma du- rante esta Epoca.....	38
2	Reforma de la Constitucion por Sérvio Tulio. Cen- so, organizacion militar.....	43
3	Preponderancia de Roma sobre los demás pueblos de Italia.....	46

	Págs.
4 Cronología y tradiciones de los reyes romanos...	47
5 Política de los reyes. Es, en general favorable á la plebe.....	56
6 Caída de Tarquino el Soberbio y proclamacion de la República.....	57
7 La religion, el culto y los sacerdotes durante esta época.....	58
8 Lengua y literatuta latina. Otras artes.....	63
RESÚMEN.....	66

LIBRO SEGUNDO.

REPÚBLICA ARISTOCRÁTICA.

LECCION III.

Principales acontecimientos desde la expulsion de los reyes hasta la caída del decemvirato.

1 Causas que determinaron la caída de la monarquía y carácter del gobierno que la sustituye.....	71
Ampliacion.....	75
2 Consecuencias inmediatas que trajo consigo la expulsion de los reyes respecto de la historia externa de Roma; guerras reales; guerras con los Volscos, Ecuos, Voyenses, etc.....	78
3 Creacion de la dictadura é institucion del Tribunado.....	85
4 HISTORIA INTERNA DURANTE ESTE PERÍODO. Necesidad de la lucha entre patricios y plebeyos.....	84
5 Ley agraria de Espurio Casio. Ley Publilia.....	89
6 Ley Terentila; el Decemvirato.....	93
7 Caída del decemvirato.....	95
RESÚMEN.....	97

LECCION IV.

Luchas entre Patricios y Plebeyos hasta conseguir la igualdad de derechos. Guerras con diferentes pueblos hasta la completa sumision de toda la península.

1 Nueva situacion formada á la caída del Decemvirato. Exámen de las Doce Tablas.....	102
2 Continúan las guerras. Sitio de Veyes.....	104
3 Invasion de los Galos. Batalla del Alia. Toma y saqueo de Roma.....	105
4 Guerra con los Ecuos, Volscos, Ftruscos, Hérni-	

	<u>Págs.</u>
cos, etc. Son rechazadas las nuevas invasiones de los Galos en el territorio romano.....	108
5 Guerra con los Samnitas.....	110
6 Acontecimientos en el Mediodía de Italia. Guerra de Pirro.....	113
7 HISTORIA INTERNA.—Igualdad de derechos entre patricios y plebeyos.—Ley Canuleya.—Leyes Licinias; la Concordia.....	123
RESÚMEN.....	131

LIBRO TERCERO.

SECCION PRIMERA.

PREDOMINIO DE LA DEMOCRACIA.—CONQUISTAS EN EL EXTERIOR Y REVOLUCIONES EN EL INTERIOR.

LECCION V.

Origen de Cartago.—Su historia, su gobierno y demás instituciones públicas.

1 Fundacion de Cartago.—Estado de los pueblos que la rodeaban.....	137
2 Sucesivo engrandecimiento de Cartago y sus luchas con los Griegos hasta dominar por completo el Mediterráneo.—Antiguo tratado de comercio con Roma.....	139
3 <i>Historia Interna</i> .—Gobierno de Cartago.....	142
4 Los partidos cartagineses: demócratas y aristócratas, ó Barcas y Hannones. Sus luchas.....	145
5 Poderío y cultura de Cartago. Su situacion durante las guerras Púnicas. Su caída.....	149
RESÚMEN.....	150

LECCION VI.

Luchas entre Cartago y Roma, ó guerras Púnicas.

1 Question que se debatía en las guerras Púnicas, ó causas esenciales y accidentales de la lucha entre Cartago y Roma.....	154
2 Primera guerra Púnica.....	157
3 Insurreccion de los Libios. Expedición de Amílcar Barca y conquista de España por los Cartagineses.....	168
4 Sagunto. Segunda guerra Púnica.....	171

5	PRIMER PERÍODO.—Marcha de Aníbal. Jornadas del Tesino, Trebia, Transimeno y Canas.....	173
6	SEGUNDO PERÍODO.—Guerras y conquistas fuera de la Península. Guerras en Italia, hasta la batalla del Metauro.....	181
7	TERCER PERÍODO.—Batalla de Zama y fin de la guerra.....	187
8	Fin y juicio de Aníbal.....	189
	RESÚMEN.....	193

LECCION VII.

Principales guerras y conquistas de Roma durante el siglo II ántes de nuestra era. Estado de la sociedad romana á fines del mismo.

1	Ojeada retrospectiva. Guerras y conquista definitiva de la Cisalpina.....	200
2	Segunda guerra con Filipo de Macedonia. Batalla de Cinocéfalos.....	202
3	Insurrecciones de España.....	205
4	Guerras con Antioco el Grande, rey de Siria.....	209
5	Tercera guerra y sumision de Macedonia.....	211
6	Cartago y Roma. Tercera guerra Púnica. Destruccion de Cartago.....	216
7	Apogeo de la República Romana.....	218
8	HISTORIA INTERNA.—Modificaciones que había experimentado la constitucion y la sociedad Romana durante este periodo: nuevos partidos....	219
9	Gobernantes y gobernados, ó relaciones de derecho entre Roma y los países sometidos.....	222
10	Trasformacion de la lengua y la literatura latinas durante la época de que nos venimos ocupando..	255
	RESÚMEN.....	256

SECCION SEGUNDA.

LAS REVOLUCIONES.

LECCION VIII.

Consecuencias que trageron para Roma las grandes conquistas. Revolucion iniciada por los Gracos.

1	Estado de Roma á principios del siglo VII de su fundacion.....	235
2	Los partidos politicos: Caton, Cayo Lelio y Escipion	237

	<u>Págs.</u>
3 La agricultura. Trabajo libre y trabajo servil. Primera insurreccion de los esclavos.....	240
4 Tiberio Graco.—Su tribunado; sus reformas. Su muerte.....	243
5 Tribunado de Cayo Graco: sus reformas políticas y sociales. Oposicion de los oligarcas. Muerte de Cayo Graco.....	249
6 Consecuencias que trageron consigo estos aconte- cimientos.....	252
RESÚMEN.....	254

LECCION IX.

**Guerra contra Yugurta y contra los Cimbrios y Teutones. Guerra social.
Máριο y Sila.**

1 Máριο: su biografía y servicios prestados á su pátria.....	260
2 Guerra de Numidia.....	262
3 Luchas en la frontera septentrional de Italia. Guer- ra contra los Cimbrios y Teutones. Su derrota por Máριο.....	267
4 Segunda insurreccion de los esclavos.....	271
5 Hombres notables que á la sazón dirigían en Roma los partidos aristocrático y popular.....	272
6 Causas y principales acontecimientos de la guerra social.....	276
7 Causas de la rivalidad entre Máριο y Sila.....	278
8 Ruptura entre Máριο y Sila. Triunfo de éste y per- secucion de los Marianitas.....	281
9 Nueva revolucion en Roma. Triunfo y proscripcio- nes de Máριο. Su muerte.....	284
10 Estado de Oriente. Mitridates. Guerras de Sila en Oriente hasta su regreso á Italia.....	286
11 Sila en Roma. Pacificacion de Italia. Proscripcio- nes de Sila.....	290
12 Carácter de las leyes de Sila. Abdicacion y muerte del dictador.....	293
RESÚMEN.....	295

LECCION X.

**Estado de los partidos en Roma.—Nuevas guerras y conquistas.—Pri-
mer Triumvirato.—Rivalidad y lucha entre César y Pompeyo.—
Muerte de éste y establecimiento del Imperio.**

- 1 Imposibilidad de que subsistiese la obra de Sila.
Principales personajes de las tres fracciones po-

	líticas en que se había dividido la sociedad romana.....	302
2	Insurreccion de Lépido y de Sertorio.....	308
3	Guerra de los gladiadores. Idem de los Piratas....	310
4	Segunda guerra contra Mitridates. Conquista del Ponto y de la Armenia.....	312
5	Conjuracion de Catilina y consulado de Ciceron...	316
6	Primer Triumvirato entre Craso, César y Pompeyo. Muerte de Craso.....	318
7	Rivalidad y lucha entre César y Pompeyo. Batalla Farsalia. Muerte de Pompeyo.....	320
8	César sitiado en Alejandria. Victoria del Nilo y expedicion contra Farnaces.....	324
	RESÚMEN.....	325

LECCION XI.

Julio César.

1	César: su juventud. Su carrera política.....	329
2	Dotes militares de César. Conquista de las Galias.	332
3	Génio político de César. Moderacion de su dictadura.....	338
4	Triunfo definitivo de César sobre los pompeyanos. Concentra en sus manos todos los poderes del Estado. Nombre que prefiere para la monarquía. Sus principales medidas.....	340
5	Conjuracion contra César. Su muerte. Juicio de su obra.....	345
	RESÚMEN.....	348

LECCION XII.

Acontecimientos que sobrevinieron á la muerte de César.

Segundo Triumvirato.

1	Funerales de César y consecuencias de su muerte. Sus herederos.....	353
2	Segundo Triumvirato.—Venganzas de los Triumviros. Batalla de Filipos.....	358
3	Guerra contra Sexto Pompeyo y disposicion de Lépido.....	361
4	Conducta de Antonio en Oriente. Comienzan sus desavenencias con Octavio.....	362
5	Lucha entre Antonio y Octavio. Batalla de Actium. Muerte de Antonio y de Cleopatra.....	364
	RESUMEN.....	368

LIBRO CUARTO.

EL IMPERIO.

LECCION XIII.

**Reformas y Gobierno de Augusto. Los cuatro emperadores de su casa
Tiberio, Calígula, Cláudio y Neron.**

- 1 Octavio, único señor de Roma : su conducta política al ir asumiendo todos los cargos de la República..... 373
- 2 Insurrecciones y guerras durante los primeros veinticinco años del Imperio de Augusto. Paz general. Nacimiento de Jesucristo..... 376
- 3 Nuevas guerras con los Germanos..... 379
- 4 Organizacion administrativa del Imperio. Leyes y reformas..... 380
- 5 Muerte y testamento de Augusto. ¿Pertenece á éste la gloria de su reinado? Proteccion que durante él se dispensó á las letras..... 382
- 6 Emperadores de la familia de Augusto. Tiberio, Calígula, Cláudio y Neron..... 384
Advertencia 391

LECCION XIV.

Ultimos dias de esplendor del imperio. Los Flavios y los Antoninos.

- 1 Insurrecciones militares: Galba, Oton y Vitelio... 392
- 2 Guerra de Judea. Proclamacion y gobierno de Vespasiano..... 394
- 3 Gobiernos de Tito y de Domiciano..... 396
- 4 Reinado de los emperadores Nerva, Trajano y Adriano.. 398
- 5 Reinado de Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo Antonino... 402
- 6 Conclusion..... 405
Indice..... 409